Donde empieza el amor...

Parada en boxes



ESHA PATEL

Harper+

Portadilla

Parada en boxes

Donde empieza
el amor...

ESHA PATEL

Harper+

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Título original: *Offtrack*
© Esha Patel 2023
Publicado originalmente por Avon, un sello de HarperCollins Publishers Ltd.
Traducción de María Romero Valiña
© 2026, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas omuertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Diseño de cubierta: Emily Langford/HarperCollinsPublishers Ltd
Ilustración de cubierta: @ Mallory Heyer/IllustrationX
Maquetación: MT Color & Diseño, S. L.

ISBN: 9788410643505

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Plantilla de pilotos para 2022
Calendario de Grandes Premios de Fórmula Uno 2022
Temporada 2021
- 1. Miguel
- 2. Miguel
- 3. Miguel
- 4. Diana

Temporada 2022
- 5. Miguel
- 6. Diana
- 7. Diana
- 8. Miguel
- 9. Diana
- 10. Diana
- 11. Miguel
- 12. Diana
- 13. Miguel
- 14. Miguel
- 15. Diana
- 16. Miguel
- 17. Diana
- 18. Miguel
- 19. Diana
- 20. Miguel
- 21. Miguel
- 22. Diana
- 23. Diana
- 24. Diana
- 25. Miguel

26. Diana
27. Miguel
28. Miguel
29. Diana
30. Diana
31. Diana
32. Miguel
33. Miguel
34. Diana
35. Miguel
36. Diana
37. Miguel
38. Diana
39. Miguel
40. Diana
41. Diana
42. Miguel
43. Diana
44. Diana
45. Miguel
46. Diana
47. Miguel
48. Diana
49. Miguel
50. Diana
51. Miguel
Diciembre de 2023
Epílogo. Diana
Nota de la autora
Referencias
Agradecimientos

Dedicatoria

A todas las chicas a las que alguna vez les han dicho que no.
Solo tú decides lo que eres capaz de hacer y lo que no.
Ve y pon el mundo patas arriba.

Plantilla de pilotos para 2022

EQUIPO	PILOTO 1	PILOTO 2
Scuderia Revello	Miguel de la Fuente (DLF 88, España)	Andrea Russo (RUS 12, Italia)
Heidelberg Hybridge F1 Team	Peter Albrecht (ALB 09, Australia)	Darien Cardoso-Magalhães (CAR 67, Brasil)
Jolt Archambeau Racing	Por determinar	Kasper Ramsey (RAM 17, Reino Unido)
Kramer F1 Team	Ansel Hermann (HER 57, Países Bajos)	Craig Grant (GRA 37, EE. UU.)
Griffith	Nicolò Necci (NEC 21, Italia)	Alexander Romilly (ALR 11, Francia)
Burgess F1 Team	Jules Beaumont (BEA 04, Mónaco)	Benjamin Kittington (KIT 52, Reino Unido)
Misaki	Banyu Setiawan (SET 49, Indonesia)	Jonas Hauser (HAU 36, Alemania)
Wilson Nitro	Thomas Zhang (ZHE 79, China)	Michael Cade (CAD 15, Australia)
Laurens	Erhan Solak (SOL 38, Turquía)	León Villena (VIL 57, México)
Vittore Monterey	Christian Clay (CLA 03, Dinamarca)	Byron Hargreaves (HAR 18, Canadá)

Calendario de Grandes Premios de Fórmula Uno 2022

1. Gran Premio de Arabia Saudí
2. Gran Premio de Emilia-Romaña (Imola)
3. Gran Premio de Miami
4. Gran Premio de Australia
5. Gran Premio de España (Barcelona)
6. Gran Premio de Mónaco
7. Gran Premio de Azerbaiyán
8. Gran Premio de Austria
9. Gran Premio de Francia
10. Gran Premio de Hungría
11. Gran Premio de Canadá
12. Gran Premio de Gran Bretaña (Silverstone)
13. Gran Premio de Jaipur
14. Gran Premio de Estados Unidos (Austin)
15. Gran Premio de Bélgica (Spa)
16. Gran Premio de Italia (Monza)
17. Gran Premio de los Países Bajos
18. Gran Premio de Singapur
19. Gran Premio de Japón
20. Gran Premio de México
21. Gran Premio de Brasil
22. Gran Premio de Abu Dabi

Temporada 2021

No solemos tener la oportunidad de hacer algo así.
Corremos como si no fuéramos a vivir para ver el mañana.

Eduardo «Eddie» Palomas
N.º 21, Jolt Archambeau Racing

1. Miguel

—Mig, esto no pinta bien. —Paula caminaba de un lado a otro por el suelo de mi despacho privado.

No se me ocurría ninguna carrera en la que no hubiera empezado con aquel aterrador paseo. Era su método más eficaz para lidiar con las situaciones cuando yo la cabreaba, cuando todo se iba al traste, o ambas cosas. Aquella vez, ambas.

—¿Cuál es nuestra estrategia? —pregunté, esperando desesperadamente que tuviera una respuesta. Si alguien sabía cómo rescatar nuestra carrera, era Paula—. ¿Quieres que adelante hasta llegar arriba?

—Tendrá que ser así. Estás en la parte trasera de la parrilla por culpa del maldito desastre del chasis de ayer. —Paula se mordió el interior de la mejilla—. Presiona en las curvas. Eso es lo que mejor se te da.

Asentí.

—Vale. Presionar, puedo hacerlo.

—Sabes —Paula me lanzó una mirada—, no estaríamos en esta situación si no te hubieras pasado en la clasificación.

Y ahí vamos otra vez. Solté una carcajada.

—Por Dios, Pauli, estas cosas pasan. Los accidentes ocurren.

—¿Accidentes en los que nuestro equipo tiene que partirse el lomo con reparaciones de última hora? —Paula bajó la voz—. Todos sabemos que eres el número uno, Mig, muy por encima de Russo, pero recuerda que corres para un equipo.

No pude evitar poner los ojos en blanco, recordando las millones de veces que mi hermana mayor me había soltado el mismo sermón. Bueno, ahí no era mi hermana mayor. Era mi ingeniera de carrera.

Paula era excepcional en su trabajo y, en boxes, se transformaba inmediatamente en el diablo con chubasquero. Como una de las directoras del equipo y mi ingeniera de carrera, Paula de la Fuente era la única persona autorizada para hablarme una vez que estaba

en el vehículo. Era la responsable del resultado final de la carrera y, con un trabajo tan prestigioso, cargaba tanto con los fracasos como con los éxitos; por ejemplo, un chasis roto por presionar demasiado en las clasificatorias.

Paula me dio un golpe en el brazo. Evidentemente, mi gesto de incredulidad no había pasado desapercibido.

—¡Sí, Miguel! No podemos perder el liderato del Campeonato porque hayas decidido hacerte el vaquero.

—Ese término está en la descripción de mi trabajo. —Toqué el logotipo de la corona roja y verde y el escudo de mi mono blanco de carreras—. «Vaquero».

Le dediqué una sonrisa a Paula mientras salía del garaje y me dirigía a nuestro coche con el equipo, ignorando su expresión exasperada. Ya podía oler los neumáticos quemándose y, como en cada carrera, el aroma se apoderó de mis sentidos, llevándome de vuelta al principio.

Mi infancia apestaba a gasolina y goma. Crecí en los karts, igual que mi padre y su padre antes que él. La adicción a las carreras estaba en mi sangre: las chispas que saltaban cuando la parte trasera del coche rozaba el asfalto, las curvas cerradas, los choques que te sacudían el cuello y las nubes de humo. No era algo que los De la Fuente eligieran. Era simplemente el destino, a través del cual mi difunto abuelo llevó a la familia al lucrativo circuito de carreras conocido mundialmente como Fórmula 1.

Los De la Fuente somos unos capullos de primera. Somos de Barcelona. Odiamos estar quietos. Adoramos al Barça. Nos encanta el dinero y lo malgastamos en bodegas de vinos añejos. Llevamos tres generaciones compitiendo en la Fórmula 1; desde el momento en que mi abuelo se sentó en un coche de carreras, solo hemos tenido un objetivo: subir al podio en el Campeonato de Pilotos, tal vez incluso ganar el Campeonato, algo que hasta ahora nadie había logrado. Mi promesa a la familia De la Fuente era que haría todo lo posible por traer el título a casa antes de que terminara mi carrera.

Paula, aunque era tan competitiva como el resto de nosotros, sugirió una vez que esa actitud pomposa era un atributo de demasiada masculinidad tóxica. Nuestro padre se limitó a reírse.

—Paulita, los delicados cuellos femeninos no están hechos para soportar seis G.

Todo el mundo se rio, pero, por desgracia para Paula, papá tenía razón. En el fondo, las carreras son un deporte muy conservador. Nadie quiere cambios, a menos que sirvan para que los coches vayan más rápido y los pilotos asciendan en las clasificaciones.

Así que, con el tiempo, mi hermana, como el resto de nosotros, se vio obligada a seguir el ritmo del resto del mundo de la Fórmula 1. Se resignó a aceptar el machismo de la F1 cuando fracasaron sus intentos de reclutar más ingenieras. ¿El motivo? Las ingenieras en cuestión se mostraban reacias a lidiar con el comportamiento altivo de los pilotos.

Justo al otro lado de la puerta del garaje, la multitud rugía. Decidí rodear mi coche y salir del *pit* un momento, saludando con la mano mientras me alejaba. Los gritos solo se hicieron más fuertes cuando mi sección de animadores, armados con carteles, banderas y pancartas, se volvió loca. Alguien puso a todo volumen la canción con la que los seguidores de la Scuderia me habían nombrado caballero: *Whatta Man*, de Salt-N-Pepa. Sentí cómo la confianza inundaba mi pecho mientras levantaba ambos brazos y asentía con la cabeza, como para darles un «¡SÍ, JODER!» de aprobación.

Durante mi etapa en la Fórmula 1, había ganado fans de todo el mundo, sobre todo en España, mi lugar de nacimiento y el país por el que corría, y en Canadá, donde me crie durante un tiempo. Eran incondicionales, eso estaba claro. Me habían lanzado algunos objetos bastante interesantes durante las vueltas de honor. Al principio me desconcertó, pero con el paso de las carreras me acostumbré. Eso no significaba que fueran menos importantes para mí: mis fans hacían que cada Gran Premio fuera inolvidable.

Volví al garaje, me puse el sistema de radio y el casco y me metí en la cabina del coche mientras nuestro equipo trabajaba a mi alrededor.

—Comprueba, Mig. —La voz de Paula sonó en mi auricular—. ¿Me oyes?

Me di cuenta de que no estaba precisamente contenta por la forma en que su acento español se había acentuado, y las sílabas,

normalmente suaves, adquirían un tono peligroso. Paula, que había nacido y crecido en Barcelona durante la mayor parte de su infancia, mantuvo el acento incluso cuando nos mudamos a Canadá, y volvió con toda su fuerza cuando regresamos a España. El mío tendía a sonar algo canadiense, y casi nunca como algo que se pudiera considerar español.

—Sí —le dije para tranquilizarla.

—Más te vale.

El locutor habló por el altavoz, algo que apenas podía oír debido a mis tapones para los oídos, el casco y el zumbido omnipresente en mis oídos desde el accidente de ayer. Mientras tanto, mi equipo se apartó para dejar un amplio espacio para mi coche.

—Vamos a rodar. —Paula sonó desanimada—. Estás en la parte trasera de la parrilla. Andrea está en la *pole*. Pero al menos las posibilidades de que Revello gane hoy son buenas. Hazlo lo mejor que puedas.

Los coches salieron para la formación, moviéndose desde los boxes para tomar sus posiciones en la vuelta de formación detrás del coche de seguridad. Yo iba detrás, decimoctava posición en la parrilla. Muy por delante estaba mi compañero de equipo en Revello: Andrea Russo, corriendo en primera posición.

No había duda de que los comentaristas estaban disfrutando con aquello. Un coche de Revello eliminado en la Q1, dejando uno en *pole* y otro en la cola. La idea me enfureció tanto que, inconscientemente, pisé el acelerador e hice rugir el motor al pasar junto a las animadoras.

Sí, era cierto. Había animadoras. No era novato en las carreras, pero aún no había competido en un Gran Premio tan espectacular como el de Estados Unidos. Aquí, en Austin, en el Circuito de las Américas, o COTA, como lo llamábamos, los estadounidenses se volvían locos. Animadoras en las gradas, celebraciones extravagantes antes y después, espectáculos de rodeo, sombreros de vaquero incorporados a los atuendos de llegada de todos… Era realmente impresionante. Habría disfrutado de lo exagerado que era todo si no hubiera estado planeando mi ataque desde la decimoctava posición.

—Mierda —refunfuñé, entrando en la parrilla. Al menos no era el último. Estaba justo por delante de Vittore y Laurens. Tercero empezando por el final. Qué divertido.

—Te he oído —me reprendió la voz de Paula.

Apreté los dientes y me concentré en la pista. Comenzó la vuelta de formación, una vuelta lenta que me obligó a zigzaguear y mover los neumáticos para calentar el compuesto. No fue difícil. Texas ardía, con unos treinta y cinco grados centígrados en el aire y sin duda más de cuarenta en la pista. Cuando terminó la vuelta de formación y volvimos a la salida para colocarnos en las posiciones de la parrilla, el sudor ya me empapaba la frente bajo el pasamontañas y empezaba a resbalar por mi cara. Mi pelo no ayudaba. Con su longitud actual, solo aumentaba la sensación de calor excesivo. Paula tenía razón cuando dijo que necesitaba cortarme el pelo. En ese momento, quería afeitármelo todo, ya que me costaba mucho no desplomarme por el agotamiento del calor. Mientras esperábamos, pulsé el botón del volante con un dedo enguantado, permitiendo que la bebida electrolítica almacenada en el coche subiera a través de una pajita alrededor de mi casco y llegara a mi boca. Por fin, un respiro.

Al poco tiempo, se levantó la bandera verde. Las luces de la cuenta atrás se encendieron sobre nuestras cabezas. Con ánimos de revancha, me espabilé de golpe y aceleré el motor hasta que rugió.

—Los seis primeros, Mig —me advirtió Paula—. Llega a los seis primeros.

Las luces rojas parpadearon una a una, iluminando las cinco. Y finalmente, con un pitido, todas se apagaron.

Los motores rugieron. Los coches que tenía delante salieron disparados en la primera de las cincuenta y seis vueltas. Comenzaba la temporada. Aproveché el rebufo del otro Laurens que tenía delante, preparándome para adelantar, y lo rebasé limpiamente.

—P17, Miguel —dijo Paula.

Volamos por la primera curva y ya oí un chirrido detrás de mí al adelantar fácilmente a los dos Wilson Nitros.

—¿Quién era ese?

—Vittore de Clay ha derrapado, pero ya se ha recuperado —respondió Paula—. Sigue adelante, ahora eres P15.

Giré bruscamente el coche y aumenté la presión en la parte trasera del Burgess que tenía delante: otro adelantamiento sencillo. Tuve que dar algunos saltos y giros para llegar a la cabeza, un método que rara vez tenía que utilizar, pero que dominaba a la perfección. En la vuelta veinte, Paula me dijo lo que ya sabía y quería oír.

—Te mantienes estable en la cuarta posición, Mig. Necesito que aprietes un poco más en las rectas. Tienes combustible.

—¿Quién va delante?

—P3, Palomas para Jolt, P2, Albrecht para Heidelberg, P1, Russo.

—Genial. Vamos a por ello.

En aquel momento, mis posibilidades eran escasas, pero creo que pasar del P18 al P4 ya era un buen resultado. Me quedaba un largo camino por recorrer hasta el primer puesto.

—Escucha, Mig, entramos en boxes en esta vuelta. Box, box —ordenó Paula dos vueltas más tarde.

Entré en boxes y, a mi alrededor, los sistemas hidráulicos zumbaban mientras el equipo de primera categoría de Revello cambiaba mis neumáticos a la velocidad del rayo. En poco más de dos segundos salí, renovado tras una parada que me daría una ventaja considerable sobre el coche de Jolt Archambeau, que iba en tercera posición.

Salí del *pit lane* en sexta posición y remonté hasta la cuarta, superando a Jolt Archambeau.

—¡Sí, le pisamos el culo! —grité. Casi podía ver a Paula negando con la cabeza en señal de desaprobación. Las palabrotas, como a Paula le gustaba llamarlas, no eran algo que mi hermana tolerara.

Llegamos a la vuelta cuarenta y, finalmente, presioné al Jolt para adelantar a Eduardo Palomas.

—¡P3!

—Sí, sigue así, ahora viene Heidelberg.

La carrera transcurría sin problemas para ser tan agresiva, con una competencia tan feroz. Entonces, de forma bastante repentina,

cuando salía de la curva once, un fuerte golpe detrás de mí sacudió la pista.

Maldije. —Pauli, ¿qué ha sido eso?

—Bueno, Mig —me dijo—, han sacado la bandera amarilla. Reduce la velocidad. Le ha pasado algo a Palomas.

—Acabo de adelantarle, ¿no?

—Sí. Ha pasado algo. Se ha salido en la curva once y parece que ha chocado contra el muro. Hay daños.

—¿Qué daños?

—¡Concéntrate! —me reprendió Paula con voz temblorosa.

—¿Hay fuego?

—No, solo… ¡Dios mío!

Su grito coincidió con un enorme estruendo. Las banderas rojas salieron con urgencia mientras un coche de seguridad se adentraba en la pista para controlar los coches que seguían en carrera.

—¿Qué demonios está pasando?

—Mig, el coche… El combustible explotó, ahora están sacando a Eddie. No pasa nada. Mientras tanto, hay bandera roja. Quédate detrás del coche de seguridad, *tío*[1].

En la meta, nos encontramos inmediatamente con una serie de bloqueos y coordinadores de tráfico. Parecía que la carrera se detendría, al menos por un tiempo, ya que ocupaban todo el ancho de la pista. A mi alrededor, los demás conductores, desconcertados, se detenían, salían de sus coches y miraban alrededor, como si esperaran encontrar alguna explicación.

Yo hice lo mismo. Me quité el casco justo a tiempo para escuchar un anuncio.

—El Gran Premio de Estados Unidos se reanudará siguiendo las instrucciones de la FIA. Pedimos disculpas por las molestias. Pilotos, por favor, salgan de sus coches. Eviten cualquier contacto innecesario con su vehículo una vez que lo hayan abandonado.

Yo era tercero. Para alguien que había salido desde atrás, resultaba algo increíble. Era un resultado de primer nivel y no había duda de que Revello me felicitaría más tarde. Había hecho lo que tenía que hacer —quedar entre los seis primeros— y más. Pero mi instinto me decía que no era momento de regodearme, ya que todos

nosotros, incluidos los que habíamos salido y nos habíamos quedado al margen, veíamos cómo el humo se elevaba en el cielo, lejos, en la pista.

—¿Está bien? —preguntó mientras abandonaba mi coche y corría directamente hacia Paula, que parecía tan desconcertada como yo.

—Es grave —me dijo con voz temblorosa—. El depósito de combustible se rompió en el choque y…

Miré con furia la espesa nube de humo y escuché el ruido de la ambulancia de la carrera y los equipos de seguridad. Era una de las últimas carreras de la temporada. Era demasiado tarde para que Jolt soportara ningún golpe en lo más alto de su carrera. Pero eso daba igual. Había pasado del *karting* a la Fórmula 1 viendo correr a Eduardo Palomas. Era uno de mis grandes referentes y, por muy intensas que se pusieran las carreras, siempre le había tenido un gran respeto. No podía creer que fuera Eddie quien hubiera sufrido un accidente así, pero tenía que creer que saldría de él capaz de volver a conducir.

Finalmente, la bandera bajó y la carrera se reanudó. Pero no con la misma intensidad de antes. Terminé en tercera posición. Ya ni siquiera me importaba. Eddie tenía que estar bien. Tenía que estarlo.

[1] Las expresiones que aparecen en español en el texto original se mantienen en cursiva en esta traducción. *(N. de la T.).*

2. Miguel

El orgullo corría por las venas de los De la Fuente con la frialdad del hielo. Pero si algo podía hacerlos bajar la cabeza y dejar de actuar como si fueran seres superiores, era una tragedia en el circuito.

Era algo inevitable en ese deporte, sin importar las medidas de seguridad que se tomaran. El primo de nuestro padre, Cruz, murió por las lesiones sufridas en un brutal accidente en la pista hace muchos años, lo que llevó a papá a tomar todas las precauciones de seguridad posibles con nuestros coches. A través de su puesto en la junta directiva de Revello, incluso colaboró en el desarrollo del dispositivo halo, que salva vidas. Por supuesto, no era el único que pensaba así. La Fórmula 1 se había vuelto mucho más segura desde el accidente del tío Cruz gracias a las medidas introducidas por la FIA. Sin embargo, seguía habiendo riesgo. Y en el accidente de hoy, parecía que las inevitables consecuencias habían recaído sobre los hombros de Eduardo Palomas.

Después de la carrera, me vi obligado a asistir a la celebración en el podio y a responder apresuradamente a las preguntas de la prensa.

—Me gustaría ir al hospital —le dije sin rodeos a mi hermana—. Paula, no está bien quedarse aquí y fingir que no es Eddie quien está en apuros. Tengo que irme. Andrea puede quedarse y disfrutar de su gloria.

Así que nos dirigimos rápidamente al hospital más cercano, donde habían llevado a Palomas, a la espera de noticias de los médicos.

Paula se sentó conmigo en la abarrotada sala de espera del hospital. Sabía que estábamos llamando la atención, yo con mi mono de carreras y mi gorra de tercer puesto, y ella con la chaqueta del equipo. La gente nos miraba raro de vez en cuando. Pero yo debía de irradiar tanta tensión que nadie se atrevió a acercarse.

Media hora después de llegar, un médico salió de Urgencias.

—Eduardo se recuperará —anunció—. Tiene una conmoción cerebral leve, algunos rasguños y contusiones.

Los periodistas que estaban allí con nosotros inmediatamente comenzaron a bombardear al pobre médico con preguntas.

Exhalé un largo suspiro.

—Gracias a Dios.

Nos dejaron pasar para hablar con él. Paula me miró de reojo, como si pensara que aquello me vendría bien mientras avanzábamos por los pasillos del hospital. Como casi todos los pilotos, sentía una especie de compañerismo en la Fórmula 1. Por más dura que fuera la competencia, al final siempre estábamos del mismo lado. Desde que empecé a correr, Eddie y yo no habíamos sido la excepción.

Eduardo Palomas estaba sentado en el borde de su cama de hospital, con las piernas colgando de manera despreocupa, nada que ver con alguien que acababa de estrellarse contra un muro en un coche con cabina abierta. No tenía tan mal aspecto, teniendo en cuenta algunas de las horribles historias de accidentes que había oído —y visto— en el pasado. Todavía llevaba puesto su mono, bajado hasta la cintura, de modo que se podía ver la camiseta de manga larga de Nomex que llevaba debajo. Aunque aquella prenda estaba algo chamuscada, con marcas negras que manchaban la tela blanca como si fuera hollín, probablemente le había salvado de quemaduras que podrían haberle costado la vida. Tenía algunos rasguños en la cara, una mano vendada con gasas, un par de moretones aún rojos y algunas quemaduras en el cuello, pero por lo demás estaba ileso, al menos a simple vista.

—Ay, Eddie —gemí. Abracé a mi amigo con fuerza—. ¿Qué ha pasado?

Eddie suspiró.

—Ni siquiera lo sé. En un momento estaba bien y, al siguiente, me pasé. Estaba dando vueltas y eso es todo lo que recuerdo. Me dijeron que me desmayé.

—Vaya. ¿Te han dado el alta?

—Sí, sí. Me han dado el alta, puedo volver a la próxima carrera. Pero…

Había una clara renuencia en los ojos de Eddie. No estaba seguro de haberlo visto bien. Casi parecía como si no quisiera correr. Y, si soy sincero, eso era mucho peor que cualquier lesión.

—¿Qué pasa? —le pregunté con cautela. Por la ansiedad en su voz, me di cuenta de que él también lo había notado.

—Miguel, tío, me encanta este deporte. —Nos miró a los dos—. Pero este tipo de cosas me afectan mucho. Y esa presión no es nada comparada con lo que tienen que pasar Belén y Angelica.

Exhalé profundamente mientras pensaba. Belén, la esposa de Eddie, era una mujer encantadora, el ángel de los *paddocks*, zonas que normalmente estaban llenas de novias irritables y resentidas. Su hija, Angelica, solo tenía dos años. Sé que a Paula se le aceleraba el corazón cada vez que mi Revello salía disparado al comienzo de una carrera. Me lo había dicho muchas veces entre lágrimas. No podía imaginar las emociones que debía de estar pasando la familia de Eddie.

—Oye, eres un piloto legendario —le aseguré a Eddie—. Estos accidentes le pasan a todo el mundo. No podemos dejar que nos hundan. Has entrenado más duro que nadie. No es nada por lo que debas preocuparte, tío.

—Esa es la cuestión, Miguel. —Eddie sonrió con tristeza—. Estos accidentes le pasan a todo el mundo. Pueden ocurrir en cualquier momento. Mi familia no estaba preparada para ello hoy y, pase lo que pase, no estarán preparados si vuelve a ocurrir.

Hice todo lo posible por sacarme de la cabeza la inquietante conversación con Eduardo Palomas. Nadie hablaba nunca de los riesgos que corríamos como pilotos, y cuando lo hacían, te arrollaban como un tren: en ese deporte todo era posible.

No fue ninguna sorpresa, entonces, que algo pareciera apoderarse de mí, de modo que, inmediatamente después de salir de la habitación de Eddie, insistí en que volviéramos a España para reunirnos con Jatziry Fernanda en su escuela femenina de Barcelona. Hasta para mí, aquello resultaba raro. Paula siempre decía que Jatziry Fernanda Calderón Blanco me importaba un

comino, aunque nuestro matrimonio ya estuviera prácticamente asegurado.

Llegamos a Barcelona en mitad de la noche, así que nos alojamos en un hotel de la ciudad. Nos reconocieron de inmediato: el propietario se negó a dejarnos pagar. Cuando llegó la hora de levantarnos a la mañana siguiente, dejé billetes de quinientos euros bajo las almohadas de nuestras dos habitaciones.

Paula contuvo un bostezo mientras nos subíamos al coche que habíamos alquilado, un Revello Catanzaro, fiel al espíritu de nuestro equipo. No había un solo día en el que el equipo Revello no insistiera en que representáramos a la marca (excepto aquella vez en la que dejaron que Paula cogiera un Mercedes para ir de Madrid a Barcelona, e incluso entonces, se notaba que no les hacía mucha gracia). Le abrí la puerta de un tirón y ella me miró con una ceja ligeramente arqueada.

—¿Qué, no quieres que sea amable y te abra la puerta? —le pregunté.

—Creo que estás nervioso —fue todo lo que dijo antes de subirse al asiento del copiloto.

Negué con la cabeza, tratando de averiguar qué demonios se traía entre manos ahora mi enigmática hermana. Di la vuelta al coche y me abroché el cinturón en el asiento del conductor.

—¿Crees que estoy nervioso?

—Bueno —dijo ella con tono incisivo, alzando la voz por encima del rugido del motor—. Sabes lo que hacen los pilotos después de algo como el incidente de Eddie, ¿no?

Suspiré mientras sacaba el coche del aparcamiento. Tenía razón, como siempre. Los accidentes en las carreras —como ya he dicho— nunca perdían su impacto. Después de la bola de fuego que habíamos presenciado en la pista, sabía que no era solo yo: toda la parrilla debía de estar haciendo lo mismo, visitando a sus seres queridos por un retorcido sentimiento de culpa.

Solo que ese era mi problema, y siempre lo había sido. Me sentía fatal, porque tenía a Jatziry, pero al mismo tiempo, era como si no la tuviera.

La Universidad Católica Santa Teresa de Ávila[2] estaba situada a las afueras de la gran ciudad, donde su población femenina permanecía aislada de la civilización bajo las órdenes de unas monjas puritanas. Que a Paula y a mí se nos permitiera entrar fue una bendición, ya que la directora, la hermana Alejandra, era una gran seguidora en secreto de De la Fuente.

Apenas había puesto un pie en la escuela cuando la directora apareció de la nada con una enorme sonrisa en el rostro.

—¡Señor De la Fuente!

Mi hermana y yo intercambiamos una mirada rápida antes de volver a dirigirnos a la anciana monja con una sonrisa cortés.

—La veo tan bien como siempre, hermana Alejandra —respondí con suavidad, añadiendo una sonrisa burlona para darle un poco más de énfasis—. Esperábamos poder ver a Jatziry Fernanda Calderón Blanco, por favor.

Feliz, la hermana nos condujo al comedor.

—Suenas como un *yanqui* —se burló Paula—. *Bobo*.

—*Bruja* —le susurré.

El comedor de Santa Teresa apareció ante nosotros, con sus altos techos de inspiración eclesiástica y sus excesivas vidrieras de colores. Paula se estremeció, y estaba casi seguro de que luchaba contra los recuerdos de sus propios días en un colegio católico, hacía ya casi siete años. Mi hermana mayor tenía ahora veintiocho años y era objeto de controversia dentro de la familia por su negativa a casarse. Yo tenía veinticuatro años y acababa de terminar la licenciatura en Administración Sanitaria, que había cursado mientras competía. Puede que mi familia tuviera la cabeza puesta en las carreras, pero era la voz de mi hermana la que resonaba en mi cabeza con su insistente convencimiento de que la educación tenía que ser lo primero. El deporte me consumía muchísimo tiempo, pero terminé el instituto y la universidad. Recuerdo que pegaba fichas didácticas en la parte superior de la jaula de pesas para poder estudiar mientras mi entrenador me sometía a los entrenamientos obligatorios. Sin embargo, al final me dediqué por completo a la Fórmula 1, en lugar de elegir una carrera más tradicional.

Rápidamente vi a Jatziry con sus amigas, ruidosa y bulliciosa como siempre, hasta que nos acercamos a menos de tres metros de ella. Nos abrimos paso entre las mesas, zigzagueando entre grupos de chicas deslumbradas, hasta que llegamos a Jatziry, momento en el que ella se quedó repentinamente en silencio.

Sus amigas se quedaron boquiabiertas, con los ojos como platos, al darse cuenta de que estábamos delante de ellas.

—Disculpadme, pero… ¿puedo hablar con Jatziry Fernanda? —dije, con el tono más tranquilo y educado que pude—. Solo os la robaré un momento.

Una de las amigas se desmayó. Otra se volvió hacia Jatziry.

—¿Conoces a Miguel de la Fuente?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Jatziry mientras se levantaba y alisaba las arrugas de su falda del uniforme.

—Un momento, chicas.

Jatziry era del tipo de belleza sutil pero insistente. Llevaba el uniforme habitual, la falda a cuadros y la chaqueta con el escudo de la universidad. Tenía el pelo recogido en una coleta de ondas oscuras que le caía por la espalda. Tenía un rostro joven, ojos color avellana y una expresión pensativa sin arrugas, aún sin marcas del estrés de la Fórmula 1. Sobre todo, Jatziry tenía una calma y una compostura que a mí me faltaban por completo. Mi madre decía que eso le serviría de mucho cuando fuera mi esposa y tuviera que lidiar con todo el circo del automovilismo y la prensa que inevitablemente me rodeaban.

—Oye, eh, Pauli. —Le di un codazo a Paula, aclarando la garganta con torpeza—. Deja que Jatziry y yo hablemos un poco a solas.

Ella contuvo el aliento.

—Pero, Mig, la hermana…

—Nos dejará estar solos —insistí—. No tardaremos mucho. Lo prometo.

—Ay… —Suspiró mi hermana—. Está bien. Cinco minutos. Vuelve pronto.

Jatziry Fernanda y yo nos sentamos juntos en un banco fuera del comedor, lo más cerca que había estado de ella desde el anuncio implícito, y luego explícito, de nuestro compromiso hace tantos años.

Los dos éramos españoles, pero poco más teníamos en común. Éramos de mundos diferentes, por muy cliché que sonara. Paula me había dicho una vez que mi inglés fluía de mi lengua como el agua de un río por las colinas cubiertas de brezo. Luego añadió que el inglés de Jatziry era como conducir por el desierto del Sáhara sin el cinturón de seguridad puesto. Jatziry y yo no hablábamos demasiado. Supongo que pensé que no le importaba mucho, por lo que me desconcertaba que estuviéramos compartiendo un momento así, aunque fuera culpa mía que estuviéramos allí.

Me quité la gorra de Revello e inmediatamente me sentí un poco vulnerable sentado allí con ella. Solo con vaqueros, camiseta y zapatillas. Cuando me ponía el mono de carreras, era como un muro, una armadura. Sentí un nivel de honestidad que nunca antes había alcanzado con Jatziry… nunca. Parecía tan inocente, pero sabía que no era ingenua respecto al peso de aquella conversación. No habría ido hasta allí solo porque me apetecía verla.

—¿Cómo estás, Jatziry? —le pregunté sin pensar—. ¿Qué tal la universidad?

—Estoy bien —respondió—. Me gradúo antes de tiempo, en diciembre.

Era curioso lo madura que parecía para ser una chica solo dos años menor que yo.

—¿Es difícil? —Era una pregunta estúpida. Es la universidad.

—Es una escuela difícil —admitió, con la mirada aún baja para evitar la mía—, pero puede que sea solo porque las monjas siempre están encima de mí.

Y de repente se tapó la boca con la mano, con los ojos muy abiertos, como si estuviera completamente sorprendida por el hecho de haberme mostrado algo de su personalidad.

No pude evitarlo. Resoplé. Y luego me reí, me reí de verdad. Era diferente, un cambio respecto a las risas fingidas que nos enseñaban a dar en las entrevistas. Con el peso del incidente con Eddie, necesitaba reírme.

—Sabes —dije con una sonrisa una vez que me recuperé—, puedes ser tú misma conmigo. No pasa nada.

—¿De verdad? —preguntó Jatziry. Se dio cuenta demasiado tarde de que seguía hablando con la mano en la boca y la bajó bruscamente—. Tú no me pediste a mí. Ni siquiera sabes en qué te has metido. Yo solo… te conozco igual que el público. Nada más. —Su confesión fue como un yunque que me presionaba el pecho; puede que fuera un peso menos para ella, pero yo sentía que me aplastaba—. A través de tus carreras, tus GP y tus anuncios. No sé cómo comportarme contigo, Miguel.

—Por eso estoy aquí. —Incómodo, me moví en el banco antes de girarme finalmente hacia ella y mirarla a los ojos, casi deseando que me miraran a los míos—. Ayer hubo un accidente. No sé si te has enterado, pero fue grave. Le pasó a un piloto al que admiro mucho; tiene esposa e hijos. Él está bien, pero me hizo pensar en todas las personas a las que doy por sentadas. En el arrepentimiento que sentiría si me hubiera pasado a mí. He venido aquí porque, sinceramente, Jatziry, quiero conocerte de verdad.

—Sí me enteré —admitió en voz baja.

Me pasé la mano por el pelo nerviosamente. Ella se ajustó la falda, con la mirada fija en sus zapatos. ¿Y si había dicho algo incorrecto? No podía estropearlo. Había mucho en juego, para nosotros.

—Me gustas más sin la gorra.

Incliné la cabeza. ¿Mi gorra?

—¿Cómo dices?

—Ya sabes algo más sobre mí. —Se encogió de hombros—. No soy una gran aficionada a las carreras. Así que me gustas tal y como eres, Miguel, sin Revello y los patrocinios. Me gustan las cosas naturales.

Exhalé aliviado. Y entonces me di cuenta de lo que acababa de decir y volví a inhalar.

—Ah, ya veo.

Tal vez era culpa, como Paula había dicho. Pero en ese instante todo me parecía pasajero. La seguridad, las personas que me importaban…, todo podía desvanecerse en un segundo. Podía

perderlo todo de un momento a otro. Si no me aferraba a esta relación, también se iría.

Así que tiré mi gorra detrás del banco. Me sentía extraño sin esa parte de mí. Siempre corría como si fuera a ser la última vez; el deporte lo era todo para mí. Podría haber dicho que no era más que una gorra, un accesorio que no significaba nada. En cambio, me sentí como si hubiera perdido una extremidad.

Sabía que Jatziry tenía buenas intenciones al decir que quería más de mí y menos de la fachada. Sabía que mi dedicación a las carreras era un sacrificio necesario para darle a Jatziry el respeto que se merecía. Me convencí a mí mismo de que lo sabía.

—¡Mig! —La voz de una mujer rompió la tensión entre nosotros dos.

Me reí torpemente, esperando que no se diera cuenta de que me alegraba de que mi hermana me sacara de mis pensamientos.

—Paula.

Ambos nos levantamos. No me importaba mucho mi gorra, aunque Jatziry la miró con curiosidad un par de veces, así que no me agaché a recogerla. Al levantarnos del banco, me incliné e hice algo inusual para un canadiense: los besos españoles en las mejillas, uno en cada lado. Nunca hacía eso, al menos no habitualmente, porque no era así como me habían educado. Era una costumbre que Paula seguía más que yo, pero estando en España, intuía que acabaría convirtiéndose en algo natural para mí. Jatziry iba a ser mi esposa. Mi esposa.

Recé para no sonrojarme mientras la acompañaba de vuelta a la escuela.

—No más gorras —le susurré justo antes de llegar a la mesa de Jatziry—. Solo yo. Lo prometo.

No estaba seguro de si la estaba convenciendo a ella o a mí mismo.

Cuando nos fuimos, pude sentirlo en el aire. Algo había cambiado, no sabía si era mi promesa o la forma en que entendía esa responsabilidad. Me pregunté si Jatziry sentiría lo mismo cuando pensaba en la gorra entre los arbustos, si realmente se daba cuenta de hasta qué punto me apasionaban las carreras. La Fórmula 1 era

para mí una especie de baile frágil, una rutina perfectamente sincronizada que seguía cada día. Y acababa de perder el paso.

Tenía que romper con ella. Aunque sentía un nudo formándose en el pecho, diciéndome que aquello no era tan fácil como pulsar un interruptor, tenía que funcionar. Tenía que conseguirlo.

[2] La universidad mencionada es ficticia. *(N. de la T.).*

3. Miguel

El champán surcó el aire y me salpicó el mono mientras gritaba de alegría, alzando el trofeo bien alto. Los aficionados gritaron desde las gradas, extasiados ante la culminación de aquella temporada tan accidentada.

Por primera vez había logrado el podio. Era segundo en el Campeonato de Pilotos de Fórmula 1 de 2021, y mientras las cámaras disparaban sus *flashes* y la multitud vitoreaba al final del Gran Premio de Abu Dabi —que se había llevado parte del alerón delantero izquierdo de mi coche—, me sentí en la cima del mundo. Por supuesto, quería ganar el primer puesto la próxima temporada, pero por el momento no podía estar más feliz con lo que tenía.

Por encima de mí, en P1, estaba Peter Albrecht de Heidelberg Hybridge, y en tercero, Andrea: el mismo top tres que en COTA y en la clasificación del Campeonato. En cuanto a Eddie Palomas, Jolt había confirmado que estaba relativamente ileso. Había terminado la temporada, pero le faltaba algo. Su rendimiento había sido inferior al esperado y había perdido fuelle, cayendo en la clasificación. Si no hubiera sido por el accidente, pensé, estaría en el podio en lugar de Andrea. Para mí era un sueño hecho realidad, algo que había deseado desde que competía en karts, pero también se sentía incompleto sin una leyenda como Eddie compartiendo la gloria.

Esa noche la terminamos en el Rosa Dorada Lounge, el club itinerante de la Fórmula 1 reservado para las exclusivas celebraciones poscarrera, y el único vestigio que quedaba del equipo para el que, en su tiempo, había competido mi abuelo. Nuestro personal, familiares, amigos y patrocinadores llenaron el salón mientras corrían las bebidas y bullían las conversaciones sobre la próxima temporada. El primero en abordarme, naturalmente, fue Andrea Russo.

—Oye, Miguel. —Ocupó el taburete de la barra a mi lado con lo que supongo que él consideraba elegancia—. ¿Has oído algo sobre el

contrato de Eddie?

Intenté disimular mi exasperación.

—No, Andrea, como no soy miembro del equipo Jolt, no sé nada.

—¿En serio? —Arqueó una ceja y se bebió el resto de su copa de un trago—. Porque yo he oído algo, tío. Algo que sé que te gustaría haber oído.

—No hablas en serio.

—Oh, claro que sí. —Andrea sonrió con suficiencia—. Hagamos un trato. Ven a jugar al golf conmigo en el receso de temporada, nada de seguir posponiéndolo, y te lo diré ahora mismo.

Aquello era… vergonzoso. No me gustaba relacionarme con Andrea, principalmente porque no quería que su reputación de mujeriego se me pegara, y también porque simplemente no me caía bien. Al final, sin embargo, la curiosidad pudo conmigo.

—Vale —cedí—. Trato hecho. Ahora dímelo.

La sonrisa de Andrea reveló unas fundas dentales demasiado blancas.

—Palomas está empezando a echarse atrás. ¿Crees que se está preparando para volver con fuerza? Te equivocas. Lo he oído del mismísimo director del equipo. Cavanaugh lo soltó. Palomas se retira definitivamente.

—¿Que Eddie… qué? —Se me desencajó la mandíbula. Ni siquiera podía procesarlo. Eddie llevaba casi una década en el deporte. Sin alguien de su calibre, Jolt se hundiría.

—Sí, Miguel. Están buscando reclutar a un novato de F2, alguien diferente —continuó Andrea, con la voz más baja que le había oído nunca—. Juro por Dios que estoy diciendo la verdad. Lo verás por ti mismo durante la temporada baja.

—Mmm… —Reflexioné sobre aquella información. La incorporación de un piloto completamente nuevo a un equipo de Fórmula 1 de primer nivel, en lugar de fichar a alguien de un constructor de mitad de tabla, era algo muy importante. Todas las miradas estarían puestas en él. Aquello podría reforzar a Jolt Archambeau o destruirlos.

—No le des tantas vueltas —me aconsejó Andrea sin ser de mucha ayuda—. Probablemente será el hijo decepcionante de algún gran

patrocinador otra vez. ¿Te acuerdas de Bonham?

Resoplé. Andrea Russo era un idiota, pero tenía razón. Matt Bonham, hijo del patrocinador de Bonham Plastics, Reginald Bonham, solo había durado una temporada, y además había sido terrible.

—Estamos en la cima, tío. Lidiamos con las amenazas cuando llegan. No es nada del otro mundo.

4. Diana

—Qué pena, estuvo tan cerca.

Mi madre chasqueó la lengua mientras se secaba las manos con el paño de cocina y rodeaba el sofá para sentarse a mi lado. Sacudió la cabeza mirando la televisión. Era la mayor admiradora de Eduardo Palomas que yo conocía. Había estado tan cerca de ganar el Campeonato antes de su accidente. Toda mi familia estaba sentada frente a la pantalla con la boca abierta cuando ocurrió, como hacíamos en cada carrera.

—¿Podría ser esta tu oportunidad? —murmuró Ammi mientras agitaba el paño.

Hice un gesto de desacuerdo.

—No en un equipo así.

—¿Ni siquiera con tu historial en las carreras?

—Quizá. —Subí una pierna al sofá y la crucé sobre la otra—. Pero solo si soy lo que están buscando.

Mi madre siguió chasqueando la lengua.

—Bueno, conduces muy bien, *joonam*.

—No lo suficiente —respondí. Algo dentro de mí se retorció y me aprisionó el corazón hasta sentir náuseas solo de pensarlo. No sabía adónde iría a partir de aquí. Me encontraba en una situación extraña para alguien en mi posición: campeona de F2 y, sin embargo, sin ofertas ni siquiera para un puesto de reserva en Fórmula 1. Me había metido en un callejón sin salida—. Siempre buscan una energía concreta en su pareja de pilotos, ya sabes. Quizá quieran mi energía, quizá no.

—Quieren ganar —señaló Ammi, algo que no podía rebatir en absoluto. Era cierto: el dinero movía aquel negocio—. Ganaste el título en tu primera temporada allí. Las puertas están abiertas de par en par para ti.

Ojalá las cosas fueran tan sencillas. Me encantaba la forma simple de hablar de mi madre, sus sueños claros y hermosos. Los

apreciaba, así que sonreí y me acurruqué junto a ella. Me abrazó con fuerza, como si todavía fuera su pequeña. Había pocas personas a las que apreciara de verdad, pero ella era diferente. Durante toda mi vida, Ammi había ido contra las normas que seguían todas las demás madres, haciendo ilimitadas las posibilidades para su hija. Fue la primera persona que me abrió esas puertas. Lo menos que podía hacer era darle esperanza, incluso en aquella situación donde era posible que yo no tuviera ninguna.

Había recibido la noticia hacía apenas una semana. Mi última tabla de salvación, un asiento en Fórmula 1 con Vittore, se había esfumado, perdido a manos de un joven, probablemente de algún país europeo. Tenían buenas escuelas de *karting* y producían buenos pilotos de familias adineradas. Tenía sentido.

—¿Crees que llegaremos a algún lado dudando, *joonam*? —continuó mi madre. Su voz era ligeramente cantarina, con toques de su persa nativo entremezclados con el inglés. La pregunta era retórica, no esperaba respuesta—. Sé que perdimos ese asiento que estabas mirando. Pero no podemos dudar.

Nunca pudimos hacerlo, ni siquiera cuando empecé a competir. Me trenzaba el pelo con fuerza en forma de corona bajo el pasamontañas para que no me distrajera mientras corría. Ella y Baba hacían carteles en casa y los llevaban a las carreras. Cuando empezamos a viajar para el *karting* y recibíamos miradas extrañas, me apretaba la mano y decía: «Piensa en nosotros». Nunca me había dejado albergar dudas, pero después de tantos años compitiendo, había empezado a permitir que se colaran en mi cabeza.

Las categorías de Fórmula eran diferentes. La esperanza no bastaba. Necesitabas dinero, influencia, patrocinadores. La gente pensaba que solo buscaba compasión cuando argumentaba que no debería ser tan difícil, pero no era solo el talento lo que te abría camino en el mundo de las carreras. Me habían fichado y descartado, y vuelto a fichar y descartar más veces de las que podía contar, por marcas de los propios Emiratos Árabes Unidos. Veía todas las carreras, igual que mi madre, pero una punzada de frustración

me atravesaba el pecho cuando me daba cuenta de que muchos de esos hombres nunca habían sentido esa desilusión.

—No podemos dudar —repetí las palabras de Ammi. No tenía valor para hacer otra cosa.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Baba desde la mesa del comedor.

—Peter Albrecht se ha llevado el Campeonato. —Me giré en el sofá para gritarle la clasificación—. De la Fuente ha quedado segundo y Russo tercero. Palomas no ha participado.

—Vaya, no está Eduardo Palomas… —murmuró—: Es una pena… para nosotros, para su equipo.

—Baba —le dije, con voz casi de advertencia, quizá incluso de reproche.

No podíamos rezar por la caída de otras personas con la esperanza de que se nos abrieran oportunidades. Algo en aquello me parecía profundamente incorrecto. Sabía lo mucho que Ammi y Baba deseaban esto. Yo lo deseaba el doble. Quería que todo lo que habían sacrificado durante aquellos años valiera la pena. Pero no podía concebir la idea de que mi oportunidad llegara a costa de otra persona. A los pilotos masculinos normalmente ya les costaba mucho; no era difícil imaginar que yo tendría que soportar el doble.

Sí, quería una oportunidad con todo mi corazón. Había invertido hasta el último céntimo que tenía en aquel deporte. Pero si dijera que no estaba aterrada, estaría mintiendo.

Temporada 2022

La Fórmula 1 es una tradición.
Cambiar este deporte es mancillarlo.

Santiago de la Fuente
N.º 71, Rosa Dorada Racing

5. Miguel

—«El nuevo piloto de Jolt Archambeau debuta con unas misteriosas fotos para los medios que no revelan absolutamente nada». ¿Qué significa eso? Ni siquiera se le ve la cara.

Estaba sentado en la gran terraza de la casa de Barcelona, junto a Jatziry Fernanda, ya graduada, y ambos mirábamos con atención las imágenes de mi teléfono.

—Es pequeño —señaló Jatziry.

Tenía razón. El nuevo piloto posaba junto a su coche, con el casco puesto y la visera oscura bajada para dar ese aire de «Mmm, ¿quién podría ser?». Era larguirucho, delgado y bastante menudo, incluso para ser piloto de Fórmula 1. Repasé mentalmente a todos los chicos de F2 de los equipos satélite de Jolt. ¿Quién demonios era tan bajito?

Quizá el nuevo piloto de Jolt Archambeau era un niño.

—Es un chico de dieciocho años que casi se pierde la pubertad —deduje—. Eso es lo que me dijo Andrea Russo en Abu Dabi. Un novato de la F2. ¿A ti te parece que sea un adulto, Jatziry?

—No seas cruel —me reprendió ella—. Hay gente que simplemente tiene, eh…, problemas de estatura.

—Y otras ven demasiado lo bueno en el enemigo. —Le di un codazo en broma—. Se supone que debemos estar en contra de Jolt, no aumentar su autoestima.

—Claro. —Jatziry volvió a mirar el teléfono—. Sabes, a la Fórmula 1 le vendrían bien algunas mujeres…, alguien como Paula sería genial. Frenaría esta competencia cara a cara en la que los hombres siempre están comparando tamaños.

Aunque Jatziry y yo habíamos empezado dejando las carreras fuera de nuestras conversaciones, el paso de casi cinco meses de lo que llamábamos «citas» muy castas y la familia llamaba «cortejo» había cambiado las cosas. Ahora Jatziry finalmente se había liberado de las monjas y, después de mucho rogar y suplicar por mi parte,

había aceptado a regañadientes involucrarse en el automovilismo y tenía previsto ver un buen número de Grandes Premios de la próxima temporada. Estaba emocionado. Jatziry se parecía a Paula: sabía perfectamente que le caería encima una avalancha de toxicidad, y aun así tenía ganas de cambiar la narrativa.

—Oh, una filtración de Andrea. —Respondí al mensaje que me envió con una velocidad que me sorprendió a mí mismo. Andrea se había convertido rápidamente en la fuente de todos los cotilleos de Jolt, debido a que formaba parte de un club de póquer con el director del equipo, Theodore Cavanaugh. Sin embargo, pagué un precio por ello, concretamente numerosas partidas de golf—. Tiene un nombre. Daniel Zahrani. De los Emiratos Árabes Unidos, dice. Creo que he oído ese nombre.

—¿Confías en ese hombre? —preguntó Jatziry, dubitativa.

—Todavía no se ha equivocado.

Tomó un largo sorbo de té.

—No lo sé. Tengo la sensación de que esta vez sí.

—Tú y tus premoniciones —bromeé, haciendo que Jatziry resoplara con una sonrisa—. Bueno, pronto lo sabré. Todos estamos invitados al banquete de bienvenida en Los Cabos, y entonces descubriremos si Andrea tenía razón.

La Fórmula 1 es como la familia más problemática, desestructurada y, sin embargo, unida que hayas conocido jamás. Es el deporte más selectivo del mundo; todos somos competitivos en el fondo. La F1 tiene un total de veinte plazas a nivel internacional. Corremos para sobrevivir, para mantener nuestras carreras. Eso hace que algunos sean unos capullos y otros auténticos diamantes en bruto. Algunos solo están ahí por el dinero. Pero otros se convierten en amigos valiosos, en hermanos, hasta el final de tu carrera y más allá.

—¡Hola, Miguel! ¿Qué tal las vacaciones?

Uno de esos hermanos, Nic Necci, fue la primera persona que vi cuando Jatziry, Paula y yo entramos en el salón de banquetes. El equipo Jolt había decidido celebrar aquel evento en uno de los

hoteles de sus patrocinadores, una lujosa excursión a Cabo que nos invitaba a todos a disfrutar de unas últimas vacaciones antes de que comenzara la nueva temporada. No me hacía mucha ilusión tener que volver a relacionarme con algunas de aquellas personas, pero Nic era mi mejor amigo en la parrilla, así que no sería tan malo.

—El descanso no ha sido lo suficientemente largo. —Nic y yo nos dimos un enrevesado apretón de manos. Cuando estábamos juntos, los dos éramos poco menos que unos adolescentes revoltosos—. ¿Dónde está Alex?

—Ahora mismo tiene a la prima de un ingeniero embelesada en el bar. Mejor dejarlos solos. Parece un buen partido —dijo Nic riendo—. El niño está creciendo.

Me eché a reír.

—¿Ahora se dedica a seducir mujeres?

—Muchísimo. —Nic señaló el bar con la cabeza—. Compruébalo tú mismo.

—Oh. —Me reí. Efectivamente, allí estaba el pequeño Alex con su sonrisa de dientes blancos y los ojos alegremente arrugados mientras hablaba de forma animada con una rubia alta que parecía estar pendiente de cada una de sus palabras. Se notaba que le gustaba mucho: gesticulaba como un director de orquesta, con su pelo rizado y esponjoso rebotando con cada movimiento—. Entonces, ¿cuándo vas a hacer tú lo mismo, forajido?

Nic solo puso los ojos en blanco con una sonrisa. Para ser sincero, me sorprendió que no tuviera una novia colgada de su brazo. Era el típico piloto de F1 encantador: siempre atraía a las mujeres en las fiestas con su combinación de cabello castaño, ojos grises y sonrisa ganadora, además de su voz suave. Participaba en todos los eventos benéficos que muchos otros pilotos consideraban una pérdida de tiempo, acudía a todas las ruedas de prensa, interactuaba con sus fans (también en su italiano natal, lo que, como se puede imaginar, gustaba mucho a sus admiradores). Era imposible odiar a ese tipo. Sin embargo, por otro lado, yo lo conocía bien y sabía que, al igual que yo, necesitaba a alguien que aceptara la locura que las carreras despertaban en el ser humano medio.

—Solo quieres lo mejor para ti, ¿verdad? —le dije con una sonrisa burlona—. Ya la encontrarás, hombre.

—Cruzo los dedos, Mig.

No había mucha gente en la parrilla a la que desearle cosas buenas, que yo supiera, pero Nic era uno de los pocos a los que quería todo el éxito y la felicidad del mundo. El primer año que empecé a correr en la F1, estaba con Vittore Monterey, entonces Scuderia Vittore, junto a Nicolò Necci, y no podría haber pedido un compañero de equipo más amable y comprensivo dentro y fuera de la pista.

En cuanto Nic se reunió con Alex y su nueva amiga, nos dirigimos a las mesas de nuestros respectivos equipos, cerca del escenario. Desgraciadamente, aquello significaba que me vería obligado a mantener una conversación durante la cena con Andrea Russo.

—Fíjate bien —me recordó Paula—. Echa un vistazo a los pilotos de este año.

Le hice caso y vi un cambio: Heidelberg había descartado a Kowalski y lo había sustituido por Darien Cardoso-Magalhães, un estadounidense que compite bajo la bandera de Brasil y que tiene un gran rendimiento, una decisión bastante atrevida. Vittore contaba ahora con el novato canadiense Byron Hargreaves junto al veterano Christian Clay. Por lo demás, el cambio de plantilla de la temporada era lo que estábamos a punto de presenciar: el niño prodigio de Jolt.

—Por favor, tomen asiento —pidió Theodore Cavanaugh desde el escenario extremadamente exagerado instalado a unos tres metros de nuestra mesa. Ya estábamos sentados, así que era obvio que querían montar un gran espectáculo.

—Buenas noches, damas y caballeros, nuestros chicos del momento, por así decirlo. Mi nombre es Theo Cavanaugh, y como ya saben, soy el director del equipo Jolt Archambeau Racing —comenzó, con la voz resonando debido al volumen exagerado del micrófono.

—¿Este hombre dirige todo un equipo de carreras? —susurró Jatziry—. Pero si se parece a uno de mis tíos.

Casi escupo el vino por la nariz.

—Jolt no había previsto estas circunstancias, eso es seguro —continuó Cavanaugh, con una risa que se extendió entre el público —. La marcha de Eduardo Palomas fue una pérdida inesperada y triste, pero nos damos cuenta de que era lo mejor tanto para Jolt como para el señor Palomas. Con un puesto vacante, Jolt lo vio como una oportunidad de mejora, una oportunidad para incorporar sangre nueva.

—Sangre joven —murmuré poniendo los ojos en blanco.

Nic se inclinó desde la mesa Griffith contigua a la nuestra para darme un codazo.

—Pórtate bien, Miggie.

—Queremos hacer lo que nunca se ha hecho en la F1. Queremos dejar un legado. —Cavanaugh estaba exagerando mucho—. Jolt encarna la cultura de superar los límites y sobrepasar las fronteras. Eso es lo que haremos esta temporada. Así que, sin más preámbulos, iden la bienvenida al nuevo piloto de Fórmula 1, el número cuarenta y cuatro de Jolt Archambeau Racing, Daniel Zahrani!

Cavanaugh se apresuró a salir del escenario mientras unas molestas chispas pirotécnicas iluminaban el espacio abierto y las luces se atenuaban. La imagen de la pantalla detrás del escenario se desvaneció para mostrar la silueta de un piloto entrando en la pista.

—¿Qué diablos es esto? —murmuró Paula.

—Un truco publicitario —le susurré con total certeza—. Demasiada pompa para un novato fracasado.

El vídeo se fundió a negro. Las chispas se detuvieron.

—Vamos —refunfuñé—. Sal ya, hijo de…

Cuando el humo se disipó, se hizo visible una figura. La misma estatura delgada y baja, un piloto con todo el equipamiento, casco incluido, igual que en las fotos promocionales.

—¡Quítate el casco, chico! —gritó Craig Grant, de Kramer, ante los abucheos de todos los que se encontraban en un radio de metro y medio. Era un comportamiento bastante típico en el mundo del motor. Muchos de esos tipos habían alcanzado su punto máximo en el instituto y se habían quedado allí para siempre, con ese aire

irritante de los chicos de fraternidad empeñados en humillar al nuevo.

El número cuarenta y cuatro se quitó el casco y la protección. Los vítores llenaron la sala con tal volumen que Jatziry se tapó los oídos a mi lado. Nic y Alex se pusieron de pie. No era una bienvenida cordial. Era el arranque de pretemporada.

El nuevo piloto de Jolt finalmente se quitó el casco. Los vítores alcanzaron su punto álgido. Y entonces, de forma muy abrupta, todo se apagó. Silencio sepulcral.

De debajo del casco del cuarenta y cuatro cayeron mechones de pelo liso y negro. Unos cálidos ojos marrones delineados con kohl recorrieron la sala sin rastro de sorpresa, a pesar de que se podía oír caer un alfiler. La piloto se cambió el casco por una gorra de Jolt como si no pasara nada mientras todos la observábamos con la boca abierta.

Por una fracción de segundo, juraría que sus ojos se posaron en mí, y los míos en los suyos, brillando bajo la visera de su gorra. Provocándome a poner en palabras este giro del destino… Un giro del destino que me había mirado una sola vez y ya me había atravesado, apuñalándome con algo que no sabía ni cómo describir.

—Eso… no es un chico —logré decir.

—¿No ha dicho Daniel? —preguntó Alex.

—Oh, no —dijo Nic con los ojos muy abiertos—. Creo que hemos oído mal.

El director del equipo carraspeó torpemente desde el lado izquierdo del escenario.

—Diana Zahrani, Emiratos Árabes Unidos. Por favor, denle una calurosa bienvenida.

Me giré en mi asiento para mirar a Andrea, que estaba a dos mesas de distancia.

—¡Diana! —gesticulé con la boca.

Él se limitó a encogerse de hombros, completamente atónito.

Todo seguía en silencio. Nadie se atrevía a hacer ruido. Era irreal e inimaginable. Jolt, de entre todos los constructores, había apostado su futuro por…

Un silbido ensordecedor a mi lado casi me revienta los tímpanos. Paula se había subido a su silla, con una enorme sonrisa en el rostro.

Eso rompió el hechizo. Vacilante, una cautelosa ola de aplausos comenzó a extenderse entre un público aún envuelto en la incredulidad y el asombro. Yo estaba absolutamente impresionado. Ni siquiera sabía que había mujeres en la Fórmula 2, lo que, en retrospectiva, era sumamente vergonzoso.

—Estoy más que emocionada por correr en la Fórmula 1 —dijo Diana Zahrani desde el escenario con una voz demasiado delicada para el círculo masculino y cerrado que era la F1—. Mucha gente me dijo que no lo conseguiría desde el día en que empecé a correr en karts, y sé que eso era solo la punta del iceberg en cuanto a las críticas a las que me enfrentaría, pero esto es lo que he soñado. Estoy lista para hacer justicia al legado de Eduardo Palomas.

Jatziry se inclinó hacia mí con una sonrisa burlona.

—Te lo dije, Miguel. Más Paulas.

6. Diana

No podía ser real. Durante todo el año pasado, me había quedado después de mis carreras de Fórmula 2 y observaba con el aliento contenido cómo los coches de Fórmula 1 pasaban zumbando junto a la valla de protección al doble de nuestra velocidad: tan cerca y a la vez tan lejos.

Y ahora, Jolt.

Las premoniciones de mis padres se habían hecho realidad. Mis miedos y mis esperanzas se habían materializado.

Sí, esperaba cierta desconfianza y aún podía sentir la incredulidad irradiando hacia mí en oleadas cuando tomé el micrófono y dije aquellas palabras: «Estoy lista para hacer justicia al legado de Eduardo Palomas». Miré a través de las mesas los rostros sorprendidos y escépticos. Todo el cuerpo me temblaba. Aquello era solo el comienzo de la montaña rusa, me recordé. Me quedaban miles de giros y vueltas por delante.

Así que uno puede imaginarse mi sorpresa cuando Paula de la Fuente se me acercó en el bar, justo cuando reunía el valor para empezar la ronda obligatoria por la sala que me había impuesto el equipo.

—Buenas noches. —Me sonrió—. Diana Zahrani, ¿verdad?

—Sí —logré decir.

Paula de la Fuente era icónica. Gobernaba el *paddock* de su hermano con puño de hierro, la única ingeniera de radio femenina que había ocupado ese puesto. Conocía bien su voz de ver las carreras y oírla tomar decisiones por radio para salvar las carreras de Revello.

Llevaba el pelo liso recogido a media altura con una horquilla de mariposa. Vestía un traje de chaqueta y pantalón de dos piezas granate con tacones a juego. Era una de mis ídolos, y estaba allí, delante de mí, hablándome directamente.

—Debo confesarte que soy una gran admiradora —añadió Paula.

Eh… ¿Qué?

Me reí con nerviosismo. Aquella mujer parecía salida de una campaña de Chanel. Tenía el tipo de mente analítica que hacía temblar a la mayoría de los equipos de la parrilla. Era imposible que fuera admiradora mía.

—Sé que es un poco raro decirlo —prosiguió Paula—, pero vi las carreras de Fórmula 2 y no te imaginas lo inspirador que fue verte ganar ese campeonato.

—Apenas he comenzado —comenté con una risa nerviosa. De repente era muy consciente de todos mis pequeños gestos, del rastro de acento árabe que la escuela de expatriados no había logrado borrar de mis palabras—. Tendremos que ver de qué estoy hecha en las carreras de Fórmula 1 ahora.

Paula miró hacia la mesa de Jolt y, cuando seguí su línea de visión, pensé inmediatamente en su otro piloto: mi nuevo compañero de equipo, Kasper Ramsey. Procedente del Reino Unido, Kasper había demostrado ser un rival difícil dentro del equipo para Palomas, y ahora parecía completamente despreocupado, bebiendo con su equipo. No veía amenaza alguna en mí.

—¿Te molesta que estos hombres no te tomen en serio? —preguntó Paula, arqueando una ceja hacia Kasper.

—Es parte del juego. —Me encogí de hombros con naturalidad para calmar el temblor en mi voz—. Nos subestiman por ser mujeres, pero eso es una ventaja. Se confían y, de repente, vas por delante.

Para mi alivio, Paula estalló en carcajadas.

—Ay, *tía*, vas a tener una temporada brillante. Me caes bien, Diana. Eres alguien a quien vigilar.

—Te lo agradezco. —Hice ademán de irme con una última sonrisa, pero Paula no había terminado todavía.

—¡Eh, Diana! —me llamó desde varios pasos de distancia.

Me volví hacia ella.

—¿Quieres conocer al equipo Revello?

En ese mismo instante sentí que algo cambiaba en la conversación: la dinámica pasaba del modo amistoso al de negocios. Fui comprendiendo la jugada mientras Paula me observaba con

detenimiento. Podía estar cayéndole bien, sí, pero si quería evitar conflictos a mitad de temporada y conservar nuestra posición, necesitaba cultivar también una buena relación con Scuderia Revello. Ella iba a intentar convertirme en su aliada, casi podía sentirlo. Recordé entonces una de las primeras lecciones de relaciones públicas al entrar en F3: más vale sumar aliados que enemigos. Los enemigos generan problemas, y los problemas te hacen perder patrocinadores. Así que… no podía dejar pasar la oportunidad.

—Sí, por favor —respondí.

Paula me condujo con entusiasmo a través de la multitud de personal e ingenieros, hasta donde su equipo se había reunido en su mesa. Andrea Russo había traído un montón de bebidas alcohólicas para todos. Estaba tomando chupitos de tequila con el equipo de boxes, porque, ya se sabe, si no marcabas tu territorio, no eras un hombre. Otra mujer a la que no reconocí, con ojos castaños claros y pelo oscuro recogido en una coleta, observaba con indiferencia, ayudando a los miembros del equipo aturdidos a sentarse en las sillas del banquete.

—Esto es la F1 —me dijo Paula poniendo los ojos en blanco cuando nos acercamos al caos.

Un estruendo a mi derecha captó mi atención: la ruidosa aparición del último miembro del equipo. Imposible no verlo.

Sentí un vacío en el estómago al darme cuenta de quién había decidido finalmente unirse a nosotros.

Miguel de la Fuente soltó una risita y se recostó contra la mesa, con dos botellas de tequila en las manos… y completamente fuera de sí.

Mi madre y yo éramos admiradoras incondicionales de Eduardo Palomas. Las dos habíamos animado al piloto veterano en cada carrera. Pero durante años, Palomas había sido el mentor de De la Fuente, y los dos siempre se reunían al final de las carreras para intercambiar opiniones. Miguel era un niño mimado, pero era un niño mimado con talento como nunca había visto otro. Corría y elaboraba estrategias como Eduardo Palomas, pero había algo más en él ahora, algo en su rostro —lo poco que podía ver de él— que me inquietaba. No estaba del todo segura de por qué, pero algo

sobre aquel hijo pródigo del imperio de Fórmula 1 que llevaba el apellido de su familia me ponía los nervios de punta.

Y no ayudaba que lo último que esperaba era ver a Miguel Ángel de la Fuente, número ochenta y ocho, el rey de España, a punto de desmayarse sobre la mesa.

—Eh… —Observé a Paula mientras ella luchaba por esbozar una sonrisa—. Diana, Scuderia Revello.

Un par de chicos se arreglaron el pelo y se sentaron un poco más rectos. Andrea adoptó una expresión inquietantemente condescendiente, acompañada de un toque de zalamería.

—*Che bella*. Encantado de conocerte, señorita Diana.

Todo mi cuerpo se estremeció, como si rechazara su mera presencia.

—¿Andrea Russo? —fue todo lo que pude decir.

—Ese soy yo. —Sonrió con suficiencia—. Eres realmente guapa, si no te importa que lo diga. ¿Por qué desperdiciar eso en la Fórmula 1?

Me dieron ganas de vomitar.

A la gente le encantaba centrarse en eso. Era guapa, por lo tanto, correr era un desperdicio. Y la forma en que aquel hombre me miraba, con codicia y lascivia en los ojos… Dios. Creo que podría haber vomitado de verdad. Sobre él.

En cambio, dije:

—¿Perdón? Me temo que no entiendo.

—No tienes que correr, ¿sabes?, por el dinero. Eres de los Emiratos Árabes Unidos, ¿no? Tienes muchas oportunidades para casarte allí.

Oh. Aquello tampoco era nuevo. Era nauseabundo. Los Emiratos siempre se colaban en la conversación. Los hombres ricos, los coches rápidos. Tenía que ser estúpida para renunciar a eso por una vida en el deporte, por supuesto. Podría estar sentada en casa junto a la piscina con gafas de sol, cinco hijos y un martini, pero en cambio estaba aquí. Qué imbécil.

—Me encanta correr. Y he gastado más de lo que he ganado para llegar a este punto, señor Russo —expliqué con toda la educación que pude. Para ser sincera, quería desaparecer. Aquello no auguraba

nada bueno para una relación decente con Revello, y mucho menos para una incursión en la Fórmula 1—. Mi familia lo arriesgó todo para que yo pudiera pilotar porque era mi pasión. No por dinero.

—Bueno, siempre es maravilloso ver a pilotos aquí por el deporte. —Andrea me guiñó un ojo. Asqueroso—. No es lo habitual, así que da gusto tener una cara tan guapa en el equipo.

Mierda. Miré nerviosa a Paula. Ella taladraba con la mirada la cabeza despeinada de su hermano, quizá deseando que saliera de su estupor y salvara la situación. No había esperanza. Miré a la otra mujer al otro lado de la mesa, la única persona además de Paula que parecía sentir algún tipo de incomodidad por cómo iban las cosas. Esperaba que mi expresión fuera suplicante. ¡Ayuda!

La mujer se inclinó y pellizcó el brazo de Miguel de la Fuente.

—¡Ah! —Se enderezó en la silla—. Vaya.

Los ojos de Mig se encontraron con los de su hermana, pero inmediatamente viajaron a los míos, haciendo cálculos rápidamente.

—Ooh. —Se sacudió las migas de la chaqueta del traje, asegurándose de que el escudo de Revello estuviera en orden—. Sí, yo, eh…

—Miguel de la Fuente —terminó Paula antes de que su hermano pequeño pudiera estropear espectacularmente su propio nombre.

—Por supuesto. —Bajé la voz a un susurro que solo ella pudiera oír—. ¿Se encuentra bien?

—Apostaría a que no —me respondió en voz baja—. Lo siento muchísimo. Normalmente no es así. Ninguno de ellos lo es. Excepto quizá Andrea.

Intenté mostrarle una sonrisa comprensiva.

—No pasa nada. —Luego, dirigiéndome a Miguel—: Encantada de conocerte, Miguel.

—¿Eres fan? —bromeó él, inclinándose hacia delante con una sonrisa perezosa—. Venga ya.

—Sí. —Me sudaban tanto las palmas que tuve que secármelas en los pantalones del mono mientras le hablaba—. Corres como Palomas, me he dado cuenta. Solo que… eres un poco imprudente.

—Ohhh, eso es muy duro, Diana. —Hizo un puchero con demasiado entusiasmo. Sus ojos se desviaron hacia la otra mujer

con una sonrisa burlona—. Hay que ser un poco temerario cuando se corre en la pista, ¿no, Jatziry?

Jatziry, ese era el nombre de la mujer que estaba a su lado. Por sus mejillas enrojecidas, parecía estar muriéndose de vergüenza en ese momento.

—Madre del…

—Es mi prometida —proclamó Miguel alegremente—. Le gustan los imprudentes. Como cuando…

—Está bien, Miggie. —Paula sonrió lo más ampliamente que pudo, ocultando por completo el hecho de que las posibilidades de que su hermano tuviera una relación positiva conmigo en la pista acababan de reducirse a entre escasas y nulas—. Te llevaremos a casa, ¿de acuerdo? Lo siento mucho, Diana…

—No hace falta. —Hice una mueca de compasión y me aparté un rizo oscuro de la cara—. Siempre y cuando duerma un poco. Y… —Extendí la mano y le di una palmadita a Jatziry, lo que hizo que la atónita prometida en cuestión volviera a la vida.

—Pido disculpas por el comportamiento de Miguel —dijo Jatziry apresuradamente—. Es que él…

—No he oído nada. No te preocupes. Los hombres son un caso aparte cuando están borrachos… y cuando están sobrios también —bromeé—. Tengo que acostarme temprano, mañana tengo un día ajetreado. Buenas noches, chicos.

—Buenas noches —repitió Jatziry, todavía aturdida.

Aunque la noche de buena no tenía absolutamente nada.

7. Diana

Mi mánager de campaña mascaba el chicle con impaciencia, el brillo de sus labios reluciendo bajo la luz, mientras me examinaba por última vez.

—Cariño, tienes que cooperar, ¿vale? —dijo plantando una mano en la cadera—. Esa es la imagen que quiere Jolt, y eso es lo que les damos.

No quería cooperar. Mi día ya había empezado con mal pie. Aparte de las incómodas interacciones de la noche anterior, mi alerón delantero se había roto durante una sesión matutina en el Autódromo Hermanos Rodríguez. El equipo de diseño había reaccionado mal cuando expresé mi deseo de poner una pegatina con los nombres de mis padres en el halo.

Y se me había quemado la tostada en el desayuno.

Ahora estaba de vuelta en el hotel, donde Jolt había montado un elaborado estudio para hacer fotos con mi compañero de equipo, Kasper Ramsey. Al parecer, Jolt había decidido la imagen que quería, pero no era una que yo hubiera aprobado.

—No, no. De ninguna manera voy a hacer eso.

—Así no funcionan las cosas, Diana.

—¡No voy a posar así con Kasper! —protesté—. ¡Somos iguales! ¡Soy piloto de ese equipo, no su mujer del mes!

La mánager puso los ojos en blanco.

—Cariño, eso es lo que vende. La «igualdad» no. Si tienes algún problema, revisa tu contrato.

Apreté los dientes. Me tenía acorralada. Las dos sabíamos que mi contrato estipulaba que tenía que seguir las instrucciones que me dieran si quería permanecer en el equipo.

Al otro lado del estudio, Kasper estaba en manos de sus maquilladores. Me sacaba de quicio. A pesar de tener solo veinticinco años, una tez perfecta, cabello rubio, ojos azul hielo y una estructura ósea impecable, parecía necesitar minuciosas rutinas

de cuidado de la piel y capas de maquillaje para cada ocasión. Tampoco bromeaba cuando decía que tenía una mujer nueva cada mes: no era una persona agradable, me recordaba a Andrea Russo de Revello, aunque ligeramente menos repugnante. Desde luego, no parecía tomarme en serio. Quizá pensaba que yo no pertenecía a aquel mundo.

Pero ¿sabes qué? Era automovilismo. Mirando el lado positivo, muchos pilotos encantadores me habían recibido calurosamente —Peter Albrecht dijo que tenía un talento increíble, lo cual me mató, porque era *tan* guapo—, pero siempre habría dudas. Siempre habría estigma; siempre existiría la sensación de que debía adorar a esos hombres —a esos constructores— por permitirme estar allí. ¿Permitirme estar dónde? ¿En aquella horrible posición que iba contra toda mi moral? No era de extrañar que fuera tan difícil para una mujer llegar tan lejos en el circuito. Las carreras eran una cultura basada en estereotipos despectivos y falta de apoyo, y había que aceptarlo para tener éxito. Por el amor de Dios, les había llevado tanto tiempo acabar con la tóxica costumbre de las «chicas de parrilla». No se vislumbraba ningún cambio significativo.

Era triste que la directora de campaña tuviera razón: aquello era lo que vendía.

Con demasiada brusquedad, me aparté la parte superior del mono, que ya no servía para nada, y me quedé solo con la parte de abajo y mi camiseta ignífuga Nomex de manga larga, antes de unirme a Kasper bajo las incómodas luces del estudio, con una sonrisa tímida en el rostro.

—Esto es muy emocionante —mentí descaradamente mientras el fotógrafo me hacía señas para que me subiera al chasis.

—Oh, sí que lo es. —Kasper ocupó su lugar sentándose en la cabina del JA76 de atrezo.

En cuanto a mí, me tumbé con total naturalidad sobre la parte delantera del chasis del coche, como una chica de calendario.

—¡Perfecto! —exclamó el fotógrafo.

Aquello era solo para la promoción, me recordé mientras mantenía mi expresión ardiente. Ya me habían tomado la foto oficial —una

simple, de pie, sin sonreír— y había quedado genial. Al fin y al cabo, aquello era solo una formalidad. A nadie le importaría.

—¡Ahora con el Jolt, Diana! —me indicó el fotógrafo.

En ese momento, su asistente me puso en la mano una botella de ácido de batería rosa chicle que se suponía que era una bebida deportiva rica en electrolitos, justo en cuanto me puse de pie.

Con un suspiro, levanté la botella con incertidumbre.

—¿Estamos seguros de esto?

—Sí, sí, ¡solo relájate! —me despachó el asistente con impaciencia.

Miré la botella. Todo terminaría pronto y, una vez que comenzaran las carreras, nadie volvería a pedirme que posara de forma sexi sobre un coche de Fórmula 1.

Abrí el tapón. Qué más daba.

De un solo golpe, me eché todo el contenido encima, con los ojos cerrados y una felicidad fingida pintada en el rostro, mientras la pegajosa bebida cubría mi precioso uniforme negro.

—¡Maravillosa toma, Diana, les va a encantar!

Ojalá alguien me hubiera advertido sobre la soledad que conlleva estar en la cima.

Después de mirarme lascivamente mientras me empapaba con Jolt Frambuesa, Kasper Ramsey me invitó a cenar con él en un restaurante de lujo de la ciudad. Lo rechacé educadamente y reservé todo el gimnasio del hotel durante una hora para poder entrenar en paz, sin que nadie me mirara, compitiera conmigo o señalara mis defectos.

Me encantaba mi paz, por supuesto, pero a los diez minutos me cansé de estar sola.

Quería algo como lo que Miguel de la Fuente y Nic Necci habían compartido en Vittore unos años atrás; incluso cuando habían perdido estrepitosamente (una de cada dos), se lo habían pasado bien porque lo habían hecho juntos. En cambio, mi compañero de equipo no quería saber nada de mí. Estaba acostumbrada a hacerlo

todo por mi cuenta, pero a veces me habría gustado tener compañía.

Sentada en el banco, consulté el teléfono en un intento inútil por hallar una excusa para marcharme. Y, por suerte divina, encontré una. Desgraciadamente, cuanto más leía, más me echaba para atrás.

Era un mensaje bastante desafortunado de la asistente personal de Miguel de la Fuente: la primera señal de alarma. En un breve correo de dos párrafos, exponía una disculpa básica por el comportamiento inapropiado del señor De la Fuente y me pedía que me reuniera con dicho piloto para una cena de reconciliación antes de que el equipo Revello hiciera las maletas y se marchara al día siguiente.

Qué desastre.

Había visto a gente intentar enmendar sus errores de formas muy desagradables, pero tenía que admitir que aquella era nueva. Quería mantener una relación positiva con Revello tanto como Paula, pero aquel era un correo de su asistente. No tenía ninguna garantía de que Miguel fuera a aparecer.

Justo cuando estaba cerrando el correo, mi teléfono vibró con un mensaje. Oh, no.

Kasper Ramsey: ¿Seguro que no quieres venir a cenar?

Me mordí el labio. Se me estaban acabando las opciones.

Así que volví a abrir el correo del asistente de Miguel y revisé todos los detalles. Dirección, hora… Bien. Un sitio de tacos. Al menos no era Kasper. Podría ser peor.

Miguel de la Fuente, según su asistente, no era un idiota arrogante con complejo de superioridad.

¿O sí?

8. Miguel

Si no podía recuperarme de aquello, estaría jodido hasta el día de mi muerte. Primero la fiesta de bienvenida, luego Susanne enviando un correo en mi nombre, ¿y ahora tacos? ¿Qué demonios?

Golpeé con los dedos la mesa para dos en el restaurante a las afueras de Cabo, en ese momento solo con una gran dosis de vergüenza. ¿Por qué no pude enviar yo mismo ese maldito correo? Susanne era fantástica, pero esto no le correspondía a ella; y apenas ahora empezaba a darme cuenta.

Quizá estaba confuso porque todavía estaba procesando lo de anoche, una historia que no recordaba pero que me había contado una nerviosa Jatziry.

—¿En serio, Miguel? —se había enfurecido—. Dijiste eso de mí delante de todos, incluida esa mujer nueva. ¿Qué va a pensar ella, eh?

Sí. Había estado bastante mal.

Ya casi había perdido la esperanza de que Diana llegara cuando la puerta finalmente se abrió.

Diana Zahrani entró, quitándose la gorra color crema. Ese día llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta tiesa como una tabla y vestía una sudadera con capucha de Jolt y mallas negras de yoga.

Levanté la mano torpemente y ella se dirigió hacia mí.

Diana sonrió con bastante amabilidad, teniendo en cuenta lo mal que había quedado delante de ella apenas veinticuatro horas antes.

—Me alegra verte… mejor, Miguel.

—Por fuera —bromeé.

Soltó una risita y se sentó frente a mí. Por triste que fuera, había estado demasiado borracho en el gran momento de la revelación como para recordar mucho de nuestro encuentro, así que era surrealista estar ahora cenando juntos, cara a cara. Era excepcionalmente guapa. Ojos marrones cálidos, cejas perfectas,

nariz recta, sonrisa suave que se curvaba ligeramente hacia la derecha.

—Bueno, Diana… —Carraspeé, haciendo un gesto de dolor. La situación era muy incómoda—. Quería pedirte perdón. Ya sabes, por lo mal que me comporté ayer. Es imperdonable, sobre todo teniendo en cuenta que tú…

—No pasa nada —dijo ella rápidamente, con un fruncimiento inconsciente de la nariz que delataba sus propios sentimientos—. Me di cuenta de que no estabas en tu mejor momento.

—Sí. —Hice una mueca—. Pensé que quizá podríamos empezar de cero. Conocernos como es debido, sin todo eso del trabajo.

Diana sonrió con aire burlón.

—Paula te ha convencido para que hagas esto, ¿verdad?

—¿Qué? —Esperaba no parecer demasiado nervioso—. Bueno, en cierto modo, pero tampoco quería irme sin redimirme. ¿Cómo… cómo lo has sabido?

—El correo de tu asistente personal era bastante revelador.

—Ah, sí. —Normalmente podía mantenerme firme en las peores ruedas de prensa, pero ahora me sentía fuera de mi elemento: tenía las palmas sudorosas y no podía sostenerle la mirada correctamente. Eran sus ojos, la forma en que me miraba, la línea oscura del kohl entrecerrándose mientras me observaba con un ligero aire de estar juzgándome. No pude hacer nada más que limpiarme las manos en los vaqueros intentando tranquilizarme. ¿Qué demonios?

Irónicamente, fue la propia Diana quien me salvó. Cogiendo el menú, dijo con indiferencia:

—¿Tú… eres amigo de Andrea Russo?

Mi instinto me decía que dijera «sí», sin importar nada más. La imagen era importante en la F1. Tenía que parecer amistoso. Pero entonces recordé que Jatziry me había dicho que las mujeres valoran la honestidad y, por alguna razón, no quería que aquella mujer en particular me viera como un completo idiota. Decidí usar el cerebro, por una vez.

—En absoluto —admití—. Andrea es un gran piloto, pero no es una gran persona.

Hubiera jurado que Diana soltó un suspiro de alivio.

—Sí, me hace sentir incómoda, por decirlo suavemente.

Vaya. Jatziry también me había contado eso. Los comentarios de Andrea hacia Diana habían sido bastante imperdonables. Puede que me comportara como un idiota la noche anterior, pero esperaba no estar al nivel de Andrea. Ya lo veríamos en los Grandes Premios: Andrea correría como un loco, y a Diana le tocaría hacer malabares para mantener la distancia. Solo de pensarlo, sentí una oleada de ira en el pecho.

—¿Y tu compañero de equipo, Ramsey? —pregunté.

La mirada de asco en el rostro de Diana lo decía todo. Dejó caer el menú, sacó su teléfono, tocó la pantalla y me lo mostró.

Me eché hacia atrás por el impacto.

—Vaya, esto es… Vaya.

Tenía que ser un delito hacer fotos promocionales tan… inquietantes. El compañero de Diana, Kasper Ramsey, estaba sentado triunfalmente al volante de su coche. Diana estaba encaramada al chasis como una sirena en una roca, con una sonrisa falsa en el rostro.

—¿Por qué yo? —se quejó—. ¿Por qué? Odio decirlo, pero Kasper me da ganas de huir a toda prisa en dirección contraria. Es muy Russo.

Guardó su teléfono con exasperación.

—Eso debería ser ilegal —coincidí—. ¿Acaso no eres piloto tú también?

—Eso mismo digo yo. —Sin esfuerzo, Diana esbozó una sonrisa radiante, cambiando de actitud en un instante. Era sorprendente y triste a la vez. Golpeó el menú con la palma de la mano—. Ya basta. ¿Qué tacos pedimos?

No sé qué tenía aquella forma tan rápida de cambiar, pero tenía la sensación de haberlo visto antes. Quizá fue en una entrevista o algo así, aunque creo que lo recordaría. La sensación de *déjà vu* me desconcertó mientras contemplaba la amplia sonrisa en el rostro de Diana, una expresión que era a la vez bonita y melancólica. Me dieron ganas de sentarme allí con ella durante horas, solo para averiguar qué había detrás de esas sonrisas tan perfectamente ensayadas…, y por qué demonios me resultaban tan familiares.

Lo desterré de mi mente tan rápido como había llegado. Tenía que reparar el daño causado. Eché un vistazo al menú y elegí mis tacos.

9. Diana

En lo que probablemente podría describirse como la cena más incómoda de todos los tiempos, Miguel y yo nos comimos nuestros tacos en un silencio sepulcral. Aquella no era la reconciliación que él ni yo queríamos. Era incómoda.

—Eh, bueno… —Miguel dio un sorbo a su horchata—. ¿Cuándo empezaste a practicar *karting*?

Era una pregunta muy trivial, pero solía dar pie a alguna broma entre la comunidad de pilotos, ya que muchos de los de Fórmula 1 empezaron juntos en el *karting* cuando eran niños. Al menos estaba haciendo un esfuerzo. Pero, si lo pensaba detenidamente, él era el responsable directo de aquella situación.

Aunque era difícil pensar en él como el causante de nada. Era guapo, por supuesto: pelo revuelto por las interminables horas que pasaba con el casco puesto, ojos color chocolate enmarcados por unas pestañas gruesas. Procedente de una familia europea adinerada, se notaba su ascendencia en la mandíbula fuerte con algo de barba, la nariz romana salpicada de pecas, y los labios carnosos que revelaban su carácter apacible en una sonrisa satisfecha. Parecía que nunca había roto un plato, algo que yo sabía de primera mano que era totalmente falso. Ya me estaba poniendo nerviosa. Lo mejor que podía hacer era actuar con la mayor naturalidad posible.

Decidí seguirle el juego, un poco por compasión.

—Tarde —respondí, dando un sorbo a mi horchata—. Empecé a correr en karts a los catorce años. Solo llevo unos nueve años en esto.

—Ya veo.

—¿Y tú? —Sonreí burlonamente cuando me di cuenta de la ironía de mi inocente pregunta. Miguel probablemente había aprendido a conducir antes de aprender a caminar, y se lo dije—. Por otra parte,

no debería haberle preguntado a un De la Fuente cuándo empezó a practicar *karting*, ¿verdad?

Mi broma le arrancó una risa, lo que alivió la tensión entre nosotros.

—Es cierto. Ya es una historia bastante manida.

—¡Me gustaría escucharla! —Levanté mi vaso en señal de protesta —. Por favor.

—Vale. Eh… Comencé a correr en karts a los cuatro años. Más tarde gané algunos campeonatos en Canadá antes de pasar a la categoría OK-Junior, tendría unos doce. Después vinieron una o dos copas, KF2, la academia de Revello, Fórmula 3 con Bianchi, F2 con Bianchi… y ahora, bueno, aquí estoy. Lo mismo que todos los De la Fuente —concluyó Miguel, quizá con un poco de sarcasmo.

Era una locura escuchar ese tipo de historias, al menos para mí. No era algo tan habitual en el lugar de donde yo venía. El acceso lo era todo, y cuando no lo tenías, estabas acabada. Asentí con la cabeza.

—Está claro que has logrado mucho. No te subestimes tan rápido solo por lo de los De la Fuente.

Él levantó una ceja.

—Mmm… Tienes razón. Oye, si no te importa que te pregunte, ¿por qué empezaste tan tarde?

—Claro. Nací en los Emiratos Árabes Unidos y poco después nos mudamos a Arabia Saudí por el trabajo de mi padre, que es donde crecí —expliqué con cierta torpeza. Me hacían muchas preguntas sobre mi hogar, pero nunca sobre mi relación con él—. Las mujeres no podían conducir hasta 2018. Nos prohibían conducir en los deportes de motor, así como en el día a día, por lo que cuando empecé a practicar *karting* todavía era algo dudoso, todavía estaba mal visto. Corría de vez en cuando, cuando podía. No fue hasta 2018, cuando se levantó la prohibición, que me permitieron competir en la F3. Corrí para Arabia Saudí durante un año y luego volví a los Emiratos. Si te soy sincera, creo que estoy un poco por debajo del nivel de Jolt. Kasper es como tú, con toda su experiencia, campeonatos y patrocinadores. Estoy muy agradecida de estar aquí.

—Qué mierda —maldijo, y tengo que admitir que parecía sorprendido. Seguramente fue por lo de la prohibición de conducir. A menudo, sobre todo los hombres adinerados de familias acomodadas, ni siquiera se planteaban esas cosas. Sus coches eran su orgullo y alegría—. Entonces, ¿eres de Arabia Saudí?

—Más o menos —respondí haciendo un gesto con la mano al mismo tiempo—. Pero ahora me voy a mudar a Dubái, ya que compito bajo la bandera de los Emiratos Árabes Unidos. Por no mencionar que allí las normas son mucho más liberales. Por eso saqué mi licencia en los Emiratos. Solo quiero… —Me encogí de hombros, tratando de encontrar las palabras—. Volar libremente.

—Volar libremente —repitió mis palabras. Cada sílaba que pronunciaba era casi un susurro, mezclado con su ligero acento canadiense. Sus ojos se encontraron con los míos, y luego descendieron hacia mis labios, apenas un segundo, tan breve que pensé que lo había soñado. Sentí el mismo tirón en el estómago que cuando lo vi en la presentación de Jolt. Había algo en su voz… Algo que me resultaba casi familiar. Era como tener un pensamiento en la punta de la lengua.

—Lo siento, no pretendía soltarte esta charla… —intenté aliviar el momento, pero él negó con la cabeza.

—No, no lo sientas. Es realmente increíble —respondió Miguel, sin dejar de mirarme a los ojos—. Ver cuánto te has esforzado por alcanzar tu sueño.

—Gracias. —Me eché la coleta hacia atrás por encima del hombro, un pequeño e insignificante gesto que hacía desde pequeña. Sin embargo, algo brilló en los ojos de Miguel ante ese simple gesto: reconocimiento.

—¿Te conozco de algún sitio? —preguntó con voz pausada—. Lo siento, pero es que tengo la sensación de que te conozco de antes.

Fruncí el ceño. Miguel también frunció el suyo, como si pudiera sentir mi confusión.

—Que yo sepa, no… Bueno, espera. —Me recosté en la silla—. ¿Estuvimos juntos en F3 o algo así? Yo corría para Kender.

Él levantó la vista con exasperación, como si fuera a encontrar la respuesta escrita en algún lugar del techo.

—Es probable que así fuera, pero yo dejé F3 para pasar a F2 el año en que te seleccionaron. Lógicamente, no podríamos habernos encontrado en las carreras. Lo dudo.

Mi teléfono empezó a vibrar con tanta fuerza que sacudió toda la mesa. Abrí mucho los ojos.

—Maldición. Tengo que volver al hotel para reunirme con mi nuevo entrenador. Siento mucho tener que irme, Miguel, pero… —Saqué una nota adhesiva y un bolígrafo de mi bolso, garabateé algo con la mano izquierda y se lo pasé a Miguel.

Sus dedos rozaron los míos al alcanzarla, lo que me provocó un escalofrío que me recorrió los brazos y la espalda. Miró mi mano, como si quisiera preguntarme o señalar algo, pero supongo que lo pensó mejor, porque enseguida apartó la mirada y leyó la nota entrecerrando ligeramente sus ojos oscuros.

—Mi línea directa —dije a modo de explicación—. Con ese número no te redirigirán a ningún sitio extraño ni nada por el estilo. Si necesitas algo, no lo dudes.

—Lo mismo digo. —Me tendió la mano derecha—. Nos vemos en las pruebas de invierno.

Di un paso adelante con la izquierda. Por tonta que fuera, no podía evitar hacerlo, aunque sabía que todos los demás en mi vida eran diestros. Me sentí doblemente avergonzada ante Miguel de la Fuente, un sentimiento que me sonrojó las mejillas mientras extendía la mano derecha y le daba un apretón firme. Un escalofrío, caliente y helado a la vez, recorrió mis músculos. Algo en mí reconocía esa sensación. Mi cuerpo la había vivido antes.

—Nos vemos en las pruebas —me despedí con una sonrisa apresurada, con la que esperaba ocultar mis nervios. Recogí todas mis cosas y salí corriendo por la puerta, con el corazón latiéndome a mil por hora.

10. Diana

Desde el *paddock*, observé cómo el equipo de Miguel lo ayudaba a sacar su coche del garaje, el último modelo R3-71 de Revello. Según mi ingeniero, las pruebas de invierno no tenían nada de emocionante. Los equipos intentarían completar el mayor número de vueltas posible y recopilar datos para ajustar los coches más adelante. Como siempre, se esperaba que Revello obtuviera buenos resultados. Jolt parecía satisfecho con su diseño y estaba ansioso por que me sentara en el coche y lo probara. Quizá las pruebas de invierno fueran aburridas para los demás, pero aquella era la primera vez que conducía mi coche. Había sido piloto reserva. Había corrido alguna sesión de prácticas con el coche de otro. Pero ahora me sentaría en *mi* coche y saldría a la pista. Lejos de encontrarlo rutinario, estaba ansiosa y rebosante de energía.

—Es una locura, ¿verdad? —comentó la última novia de Kasper Ramsey, una conocida supermodelo británica llamada Cassandra Cavendish. No sabía que tuviera novia; al menos, su comportamiento conmigo y los mensajes que me enviaba sugerían lo contrario. Dado que el ambiente podía encenderse con facilidad, lo lógico era que estuviera en el garaje de Kasper y no en el mío. Pero Cassandra tenía ese aire de mujer acostumbrada a que todo se hiciera a su manera—. Una mujer en la Fórmula 1 después de tantos años, y encima de Oriente Medio.

Asentí con extrema cautela. No estaba segura de si intentaba ser sincera o simplemente fingía, pero no me convencía en absoluto.

Observamos en silencio el Revello de Miguel en las pantallas durante un buen rato, acelerando a máxima velocidad por las rectas. El coche era una maravilla, aunque su forma de conducir no se quedaba atrás: trazaba cada curva a la perfección, sin perder ni un ápice de velocidad. Podría haberlo visto conducir todo el día.

Pasaron varias vueltas antes de que Cassandra se bajara las gafas de sol Chanel para protegerse los ojos de la intensa luz del sol de

Sakhir, en Baréin, donde nos encontrábamos para aquella sesión de pruebas. Se aclaró la garganta antes de volverse hacia mí, inquietante con sus enormes gafas cubriéndole el rostro.

—Bueno, te gusta bastante ver correr a Miguel de la Fuente, ¿verdad?

Casi me atraganto mientras me ajustaba el pasamontañas.

—No sé qué quieres que te diga. Es piloto de Fórmula 1. Es bueno en lo suyo, ¿no? Tú también estás aquí viéndolo.

—Claro que sí… —soltó Cassandra.

Intenté no hacerle caso, ponerme el casco y concentrarme, pero su voz me taladraba la cabeza, repitiendo una y otra vez lo mismo: «Claro que sí».

Me habían lanzado a la Fórmula 1 igual que me habían lanzado a la mayoría de las categorías en las que había competido. Mi carrera había sido una sucesión de golpes de suerte, uno tras otro, que me llevaron al circuito de Fórmula, pero me dejaron poco tiempo para asimilar el cambio.

Llevaba tiempo haciendo aquello, adaptándome. Así había pasado mi infancia, algo a lo que había renunciado voluntariamente en busca de un sueño que nadie creía alcanzable. Y ahora estaba aquí, en aquel coche por primera vez desde la prueba de asiento, lista para conducirlo, para sentir toda su grandiosa potencia bajo las mismas manos que me habían dicho que eran demasiado pequeñas para conducir.

A veces me preguntaba por qué corría, por qué elegí los coches, justo eso que tanto les quitó a mis padres. Pero a menudo elegimos lo que sabemos que no podemos tener fácilmente. Elegí un camino difícil y elegí un camino de orgullo, por mí misma y por la familia que me había apoyado cuando nadie más lo hizo.

Ese mismo orgullo se hinchó en mi pecho cuando agarré el brillante halo plateado del JA76 con las manos enguantadas y me hundí en el asiento diseñado para ajustarse perfectamente a mi cuerpo. Aún tenía que añadir algunos elementos personalizados, pegatinas y demás, a aquel coche, pero ya era mío. Llevaba mi

número, el cuarenta y cuatro, y el de nadie más. Llevaba mi nombre en el halo: *ZAHRANI*. Sentí un cosquilleo en el estómago cuando me entregaron el volante y lo acoplé al coche como había hecho cientos de veces antes. Pero aquella vez era diferente. Era el comienzo de algo nuevo. Sabía que sería difícil, pero, al igual que cuando decidí subirme a un kart por primera vez, eso solo sirvió para infundirme más valor. Exhalé con fuerza, bajé la visera y esperé la señal de mis mecánicos, el momento en que por fin podría darle a aquel motor lo que había estado esperando.

Finalmente, el equipo se alejó del coche y el mecánico jefe señaló la salida, haciéndome señas con la mano y asintiendo con la cabeza.

Aceleré ligeramente y el coche respondió a la perfección. Reaccionó como si llevara años conduciéndolo, tomando la curva con suavidad y deslizándose hacia la salida del *pit lane*. Luego, la pista. Una pista brillante e interminable que se extendía bajo un amplio cielo naranja, con el sol ardiendo mientras se hundía bajo el horizonte de asfalto. Podría haber contemplado ese sol todo el día mientras conducía en completa felicidad. Nunca antes me había sentido así en un coche. El Jolt Archambeau era una bestia y yo estaba al volante.

Todo sucedió de golpe. Flotaba por la recta con una gran sonrisa en la cara y sin ningún indicio de preocupación cuando uno de mis cuatro neumáticos salió volando de la llanta. Se me revolvieron la cabeza y el estómago, el cuello se me tensó automáticamente en respuesta a la presión mientras mi maravilloso JA76 daba una vuelta, luego otra y, con un terrible crujido, chocaba contra el muro. Los neumáticos restantes quedaron como único amortiguador entre el coche y el olvido, provocando que rebotara contra la barrera TecPro. Como si fuera poco, los dos neumáticos que acababan de golpear el muro se desprendieron, abandonando también la carrocería del coche.

Jadeé en busca de aire, con la voz de mi ingeniero gritándome a través de la radio.

—¿Diana? Diana, ¿estás bien?

Vaya. Eso sí que redefinió lo que es una «prueba».

—Sí —resoplé más que otra cosa. Por supuesto que estaba bien. Me despegué del asiento y salté por encima del desastre para salir del coche e inspeccionar los daños. Genial: habíamos perdido tres de los cuatro neumáticos, sin mencionar el alerón delantero y el chasis abollados. Sentí que se me calentaba la cara y supe que bajo el casco debía de estar poniéndome roja. Los neumáticos no se salían del coche sin más. Tenían que estar mal atornillados para saltar así. Alguien del equipo del garaje había cometido un error muy caro en mi primera vuelta.

Me contuve durante todo el camino de vuelta al *paddock*, incluso cuando tuve que ver cómo el coche de seguridad salía disparado a la pista mientras mi vehículo destrozado era elevado con una grúa, cubierto con una lona como si fuera un sudario automovilístico.

Una vez a salvo en el garaje, en mi habitación privada, lejos de miradas indiscretas, dejé que mi furia estallara. Aquello era algo que no estaba estipulado en mi contrato, pero era un acuerdo tácito: los hombres podían permitirse ciertas cosas, como las rabietas públicas, que yo no podía permitirme. Si alguna vez perdía los estribos, me aseguraba de que no hubiera testigos. Me quité el casco y lo tiré con demasiada fuerza al suelo. Cogí una almohada del sofá, ahogué un grito con ella y añadí para rematar: «¿Qué demonios?».

Se suponía que aquel era mi equipo. Se suponía que aquel era mi hogar. Y ni siquiera tenía cuatro neumáticos en buen estado.

Iba a ser una temporada muy larga.

11. Miguel

La primera carrera de cualquier temporada de F1 siempre debía ser memorable, aunque el término «memorable» significara cosas distintas para cada piloto. En mi caso, podría decirse que tenía cuentas pendientes con aquella carrera inaugural. El Gran Premio de Arabia Saudí, disputado en el sinuoso circuito de Jeddah Corniche, era un espectáculo digno de ver para los espectadores que buscaban acción en el desierto, pero para mí representaba un recordatorio de todo lo que podía salir mal durante un GP.

Los De la Fuente se jactaban de ser expertos en Fórmula 1, lo mejor de lo mejor, y sin embargo yo había conseguido demostrar que el cliché era falso. El año pasado me precipité en una curva traicionera en Arabia Saudí y, de repente, quedé colgado boca abajo en mi coche. Había una razón por la que aquel circuito ostentaba con creces el sobrenombre de carrera urbana más peligrosa de la F1. Hacía falta conducir con la máxima fortaleza mental para superarla con éxito.

Sin embargo, nuestro público, que llenaba completamente las gradas, ya vibraba con charlas emocionadas; era lo contrario al ambiente que se respiraba en el *motorhome*. Me refugié en mi habitación personal, estirando el torso y, sobre todo, practicando reflejos luminosos con mi entrenador. Aquellas luces, espaciadas uniformemente en la pared, eran en realidad botones. Cada vez que se encendía una, la apretaba tan rápido como podía. Podría parecer un juego arcade sin importancia, pero me provocaba bastante estrés. Los reflejos luminosos te ayudaban a practicar para ese giro de última hora o ese trozo de escombros; sobre todo, te preparaban para el segundo en que comenzaba la carrera, cuando tenías que pasar de cero a ciento ochenta en la salida.

—Lo estás haciendo genial. Buen tiempo —me felicitó Louie, mi preparador físico de toda la vida. Desde que había empezado en Fórmula 3, llegué al punto en que era necesario tener a alguien que

me preparara una dieta específica y se asegurara de que estuviera en plena forma física en todo momento, así que empecé a trabajar con Louie. Era el mejor, en mi opinión, al menos cuando no me estaba machacando con sus planes de entrenamiento—. Sigue así.

Cuando superé la última luz, Paula asomó la cabeza, preparada como siempre con sus comentarios. Llevaba el pelo recogido en un moño y parecía estar muriéndose de calor con su polo del equipo y los auriculares, ya visiblemente sudando a mares.

—¿Una charla, Lou?

Louie asintió y le hizo señas para que entrara. Paula se encargaba de todo lo relacionado con el *paddock*, pero la última palabra la tenía Louie en lo que respectaba a los estrictos parámetros que había establecido para, básicamente, mi vida diaria. Solo cuando Paula tenía permiso expreso podía interrumpir sesiones como los entrenamientos antes de las carreras de GP.

—Queremos la *pole*, Mig —dijo sin rodeos. Era muy directa en ese sentido—. Sé que puedes conseguirla. Tenemos que presionar y demostrar nuestra fuerza desde el principio. Además, vigilemos a Diana. Sin contacto, mantén una actitud amistosa. Asegúrate de dejarle espacio en la pista. No queremos manchar nuestra imagen ante la prensa. Pero si se trata de conseguir la *pole*, adelántala, ¿de acuerdo? ¿Cómo dicen los chavales? No dejes ni las migas.

—La *pole*. No golpear a la dama. Entendido.

De todos modos, no podría chocar con Diana aunque lo intentara. Ahora nos llevábamos bien y, además, había algo en ella que seguía rondando en el fondo de mi mente, como si intentara provocar un recuerdo. Chocar con ella sería desastroso, más allá de la reacción negativa de los medios.

Al comenzar la Q1, me moví nervioso en la cabina de mi coche. Los anuncios resonaban por los altavoces, compitiendo con el ruido de los motores que aceleraban mientras algunos equipos salían de boxes y se dirigían a la pista.

—Tienes vía libre para salir a la pista, Miguel —dijo Paula por el intercomunicador—. Hazlo bien.

Mi equipo de boxes se apartó y yo salí del garaje, tomando el *pit lane* hacia la pista. Desde allí podía ver la curva en la que había chocado. Estaba claro: la F1 era un juego mental. Así que, al salir a mi vuelta de calentamiento, decidí jugar el mío.

Expulsé cualquier pensamiento de mi mente hasta que lo único que veía eran los coches que compartían el asfalto conmigo, al diablo con la gente. Era una forma estúpida de pensar, pero era la única manera. O corrías así o te quedabas fuera de la carrera. Aprendí rápido que no tenías otra opción si querías permanecer en la parrilla.

Un motor defectuoso sonó detrás de mí, sacándome de mi modo de concentración.

—¿Quién es ese?

—Clay para Vittore. Sigue adelante. Empecemos con una vuelta rápida —ordenó Paula.

Aceleré al máximo en la salida, mi tiempo comenzó cuando llegué a la recta principal con el DRS totalmente abierto, con un ojo puesto en mi velocidad.

—Va bien, Mig. Buen ritmo. Mantén la velocidad en la curva.

Aceleré suavemente para alcanzar el vértice de la curva uno a la perfección, saliendo a la curva dos sin esfuerzo y acelerando lo justo. No había razón para quemar los neumáticos en la Q1. Terminé la vuelta con lo que me pareció un tiempo decente, confirmado por Paula.

—Todos los sectores en morado. Vas en P1. Uno veintinueve y una décima.

—Bien. ¿Andrea ya ha hecho una vuelta?

—Justo detrás de ti. Sale con un tiempo de 1:29.8.

La Q1, de dieciocho minutos, pasó volando. Terminé en P1 sin apenas esfuerzo. La Q2 fue similar. Según Paula, Diana se aferró al P9 para terminar entre las diez primeras y conseguir una plaza en la Q3, con Andrea detrás de mí en P2 y el nuevo prodigio de Heidelberg, Darien Cardoso-Magalhães, en P3. La alineación de la Q3 estaba lista y la última carrera estaba en marcha.

Me reuní con Paula y mi equipo en el garaje. Mi hermana se agachó a mi lado mientras el equipo colocaba mi parasol.

—Hasta ahora todo va bien —dijo—. Recuerda lo que te comenté. Vamos a salir con la *pole*, *tío*.

—Nada menos que lo mejor para mi *bruja* favorita —le aseguré con la boca llena de bebida electrolítica.

—Haré como si no hubiera oído eso. —Paula carraspeó—. Bueno. Has estado tomándotelo con calma, ahora necesito que te esfuerces al máximo. Porque sospecho que Diana está haciendo lo mismo. Es imposible que Jolt la haya fichado para sustituir a Palomas si ese es su nivel habitual.

—¿Qué significa eso? ¿Hacer lo que tenga que hacer?

—No muestres todas tus cartas —advirtió Paula—. Juega con inteligencia. Usa tu DRS, pero no hagas adelantamientos que puedan provocarnos un accidente. Sé que lo harás de todos modos, pero le puede pasar a cualquiera.

Con aquel consejo, que me recordó lo que Palomas me había dicho en Austin, los coches de la Q3 se alinearon en el *pit lane* para salir. Sabía cómo iban las cosas, pero esa vez había algunos cambios en los pilotos, cambios que alterarían la forma en que el resto correríamos.

Salí a la pista entre Andrea y Peter.

—Diana está a unos cuantos coches —dijo Paula—. No deberías preocuparte por interferir en sus vueltas.

Terminamos nuestra vuelta de calentamiento y comenzamos la vuelta rápida, listos para la acción. Aceleré el coche mucho más fuerte que en las dos sesiones anteriores, y el nuevo modelo respondió perfectamente a todas mis indicaciones. Aquel coche, el R3-71, septuagésimo primero de su línea de F1 como indicaba su nombre, era el miembro más reciente y potente de la familia Revello, con una velocidad y una conducción sin igual en respuesta a las nuevas regulaciones de la FIA para 2022. Muchos constructores habían experimentado un descenso en la calidad de sus coches debido a esas normas. Revello no era uno de ellos.

—A por ella en la curva trasera. DRS activado.

Aceleré en la curva veintidós, sin resistencia aerodinámica, y me adelanté. La multitud rugía en la distancia, sin duda aprobando mi maniobra.

—Sectores uno y dos morados. Terminemos el tres con fuerza —ordenó Paula.

Obedecí, con el pie firme en el acelerador, mientras cruzaba la meta en lo que me pareció una vuelta estelar en todos los sentidos.

—Sí, Mig, son tres sectores morados y vas directo a la cima. Uno veintiocho y una décima. No creo que te puedan superar con una vuelta como esa.

—¡Sí, chicos! ¿Quién está cerca?

—Darien acaba de terminar su vuelta. Sigue en segunda posición, detrás de ti.

—De acuerdo.

Entré en otra vuelta de descanso por el exterior mientras los coches seguían pasando a toda velocidad. La *pole* parecía segura. Prácticamente estaba sentado en la P1. De todos modos, los demás estaban a segundos de mí.

—Miguel, te recomiendo que hagas otra vuelta rápida después de esta —dijo Paula con voz vacilante.

—¿Intentar ir más rápido?

—Sí, porque las cosas están cambiando. Russo ha conseguido la P2. Delta punto uno-uno-cinco.

—Entendido.

Salí disparado de mi vuelta de descanso y volví a la recta para dar otra vuelta rápida espléndida. La Q3 iba tal como yo quería cuando crucé la línea de salida por última vez, con tiempo suficiente para una vuelta rápida más, totalmente preparado para esforzarme aún más que antes. Fue entonces cuando me di cuenta de que la jerarquía de la parrilla estaba cambiando ante mis ojos.

—¿Es Zahrani la que está tomando esas curvas así? ¿No estaba teniendo problemas en la Q2?

—Va muy rápida, *tío*. —Podía notar la ansiedad en el tono de Paula—. Va en morado en el sector 1, justo delante de ti. ¡Vamos, Miguel! ¡Es la última vuelta que te queda!

Apreté los dientes y lo di todo con todas mis fuerzas.

—¿Qué ha sido eso?

—Sigue siendo un sector amarillo, Miguel. Sigue siendo amarillo. Se dirige al dos.

—¡Mierda! —Mis ruedas rebotaron justo en una curva. Estaba perdiendo la compostura. Fue tan repentino… Jolt estaba jugando con nosotros. No podía creer lo que estaba pasando.

—Se vuelve morada en la S2. ¡Vamos, Mig!

—¡Lo estoy intentando! —Giré bruscamente el coche en la última curva—. Por favor, dime que es morado.

—Vale, se vuelve morado.

—Muy bien. Acabemos con esto.

Con Diana a la cabeza, nos adentramos en el sector 3 y bajamos por la recta. Recé y maldije al mismo tiempo cuando ella cruzó la meta, y yo hice lo mismo poco después.

—Diana ha ido más rápida… ¡ESPERA, TÚ VAS DELTA PUNTO CERO-CERO-OCHO, MIGUEL, LA HAS VENCIDO! —Paula casi gritó justo cuando mis ruedas delanteras cruzaron la línea de meta.

—¡SÍ! —grité.

Podía oír la celebración desde el lado de Paula.

—¡*POLE*! —oí gritar a mi madre—. ¡MI MIGGIE EN *POLE*!

Era prácticamente el mejor sonido que había oído nunca.

—¡Por muy poco! —dijo Paula por radio—. ¡Qué clasificación, Mig, bien hecho!

La tribuna también estaba alborotada tras una clasificación tan reñida, pero se volvieron locos cuando pasé por delante de ellos, recogiendo los aplausos que no podía oír a través de la euforia de sus rostros. Aparqué en la señal del primer puesto y salté del coche en un éxtasis desatado para abrazar a mi equipo por encima de la valla, con abundantes palmadas en la espalda. No había nada como aquella sensación: la cima del automovilismo. Tenías esa ventaja asegurada para la carrera, lo que significaba que tenías mucho menos de qué preocuparte.

Después del equipo, me encontré con el coche de Diana en la segunda marca justo cuando se detenía, con los focos brillando contra la pintura negra satinada de la carrocería. Me había dado la clasificación de mi vida. Creo que nunca había competido con nadie por tan pocos segundos, y además en su primera clasificación. Me quedé sin palabras.

Diana levantó la visera. Sin aliento, corrí hacia ella, y aquella extraña e indescriptible sensación de familiaridad que había sentido cuando cenamos en México volvió a surgir. Lo vi con total claridad en su mirada, en esos ojos que amenazaban con atrapar los míos y no soltarlos en toda la noche. Nos quitamos los cascos y los pasamontañas, y no sé si era por la sonrisa en su rostro, el rubor en sus mejillas o la forma en que las líneas del casco marcaban su piel, pero no podía dejar de fijarme en ella.

—Genial —logré decir finalmente—. Has estado genial.

12. Diana

—Has estado genial —dijo Miguel de la Fuente.

La forma en que me miraba me hizo darme cuenta de que tenía el pelo revuelto, con mechones sueltos escapando de las trenzas que apenas se agarraban a mi cuero cabelludo. Mi madre solía decir que parecía una cavernícola cuando salía del coche, toda sudada y desaliñada, con los rizos enmarañados. Pero a Miguel parecía no importarle. Me observó con una expresión de asombro que nunca había visto en nadie, provocándome un cosquilleo en los dedos que me llevó a quitarme los guantes para frotarme las palmas contra los muslos.

—Quién fue a hablar. —Al final se me escapó una sonrisa, un gesto que ya no podía contener. Algo en aquella conexión que se había formado entre nosotros cuando nuestros coches se detuvieron uno al lado del otro y nuestras miradas se encontraron me arrastraba más allá de mis sentidos—. Señor *Pole*.

—¡Te has quedado a menos de una milésima, *tía*! —Me devolvió la sonrisa—. Eres tan *pole* como yo.

Hice un gesto desdeñoso con la mano, ignorando el leve sobresalto de mi corazón.

—Celébralo. Te lo has ganado. Solo ten en cuenta que estaré ahí a tu lado para aprovechar si mañana la fastidias.

Soltó una carcajada, un maravilloso sonido ronco que me daban más ganas de sentir que de oír. Parpadeé. «Para, Di».

—Ni lo sueñes —bromeó Miguel, aunque seguía sonriendo.

Mis ojos se desviaron hacia las cámaras por un instante. Había muchas, muchas más que en Fórmula 2. Estaban por toda la pista, grabando imágenes de los coches después de la clasificación y revoloteando a nuestro alrededor. Pensé que había reaccionado con rapidez, pero Miguel captó el gesto.

—¿Qué pasa?

—Es raro. Todos nos están mirando —dije con voz temblorosa por los nervios.

—Te miran a ti —me corrigió.

—Eso no ayuda con mi ansiedad.

Miguel rio nervioso. ¿Nervioso, Miguel de la Fuente? Pensé que lo había imaginado, pero sin duda había algo ahí. Se volvió hacia mí, mirándome directamente a los ojos.

—Entiendo que sea aterrador. Siempre lo es cuando corres por primera vez en Fórmula 1. Pero, Diana…, nunca han visto a nadie como tú. Ninguno de nosotros. Yo… Quiero decir que yo no lo he visto.

Mi pulso se aceleró y la sangre me retumbó en los oídos, silenciando el clamor de la multitud y los gritos de los periodistas. El corazón me latía con tanta fuerza contra las costillas que pensé que iba a atravesarme el pecho.

—¿Es bueno o malo? —pregunté.

—Bueno. —Exhaló, y una especie de placidez se apoderó de su rostro mientras miraba hacia una cámara y luego volvía a mirarme, con aquel rastro de admiración aún presente en sus ojos—. Definitivamente bueno.

El momento se rompió con el grito particularmente agresivo de un hombre que llamaba a una mujer alta entre la multitud, cuyo micrófono llevaba el logo de la principal cadena de televisión de Fórmula 1. Ahora sí era algo grande.

—Respira hondo y respóndeles con sinceridad, pero con cuidado. —Miguel me dedicó una última sonrisa—. Tú puedes.

Nos separamos, yo hacia la periodista y él hacia Darien, que había quedado tercero. Quizá accidentalmente, su mano rozó la manga de mi mono al alejarse. Apreté los labios y mi mirada se dirigió al punto que acababa de tocar, fuera a propósito o no.

Qué tonta.

Me reí en voz baja mientras negaba con la cabeza y me acerqué para responder a las preguntas.

No es que tuviera rituales emocionantes antes de la carrera, como muchos pilotos. En ese sentido, era aburrida. Ponía algo de Warda en el garaje para calmar los nervios, comprobaba que mis cosas estuvieran homologadas por la FIA, me quitaba las joyas y calentaba: sentadillas brutales, ejercicios de reflejos rápidos. No ponía canciones animadas, solo dejaba que Warda me transportara a una isla desierta tranquila donde solo estaba yo y mis sueños no dependían de la carrera que estaba por venir.

Lo había hecho mil veces, pero ahora era diferente. Ahora estaba en Fórmula 1. Salía desde la primera fila en la carrera de ese día en Arabia Saudí. Ya había visto los memes en los que decían que estaba destrozando los equipos de fantasía de todos tras mi clasificación y, con cierta culpa, lo admito: me sentía exultante.

Usé el espejo exterior para volver a aplicarme el kohl justo antes de la carrera —no podía conducir sin las medidas adecuadas contra el mal de ojo—. Con mucho sigilo, unté un dedo con el negro calcáreo detrás del espejo derecho de mi JA76.

Vale, tenía rituales previos a la carrera, pero eso no los hacía emocionantes. Sin embargo, se habían vuelto icónicos en el sentido equivocado. Cuando competía en karts, alguien empezó el rumor de que aplicarme kohl en el coche tenía que ver con algún tipo de magia negra, lo cual, entre muchas otras supuestas ofensas —incluido ser mujer—, no ayudó mucho a mi reputación. Desde entonces, intentaba ser lo más discreta posible al llevar a cabo cualquier maniobra de buena suerte antes de las carreras. La gente tomaba cualquier cosa que hicieras y la convertía en una historia.

—Todas las miradas están puestas en ti y en De la Fuente —comentó el director del equipo, Theo Cavanaugh, mientras revisaba el coche—. Lista para una actuación fantástica hoy, ¿eh?

Asentí de manera distraída, esbozando una sonrisa vacía. Era muy amable conmigo, pero probablemente por la misma razón por la que era amable con el diablo encarnado que era Kasper Ramsey: porque yo era una inversión que parecía haber empezado a dar frutos. Y, de todos modos, en aquel momento solo tenía una cosa en la cabeza. O quizá dos. Quizá mi encuentro con Miguel después de la clasificación. Quizá…

—¿Podríamos comprobar otra vez que las cuatro ruedas están bien atornilladas? —le pregunté a un mecánico. Se sonrojó ligeramente antes de asentir y llamar a sus compañeros para cumplir la petición.

—Supongo que la canción del día para ti sería *Hit The Road, Jack* —dijo mi ingeniero, Aiden, con una sonrisa.

—Creo que estoy de acuerdo —contesté riendo. No conocía a Aiden desde hacía mucho, pero nos habíamos hecho amigos rápidamente. Vivía en un piso en Kensington con su marido y dos perros. Su película favorita era *Titanic* y preparaba pasteles deliciosos mientras estábamos de gira. Lo adoraba.

—No voy a darte instrucciones —añadió Aiden, obligándome a dejar de distraerme y prestarle toda mi atención—. Creo que ya sabes cómo vas a jugar. Pero no quiero que entres en las curvas con ese sobreviraje que sueles usar. Corre con inteligencia y juega tus cartas con moderación. Nos vemos en el podio, demonio de la velocidad.

Aiden me dio un apretón tranquilizador en el hombro, lo cual no sirvió para calmar los nervios que rebotaban por mi cuerpo como palomitas en el microondas.

—No sé. —Bajé la voz—. Mucha de esta gente ha sido muy amable conmigo. —Miguel—. ¿Por qué adelantarles me parece… mal?

—Adelantar siempre parece mal, ¿recuerdas, Di? —Aiden sonrió con simpatía—. Al final, tú decides lo que quieres hacer.

Me mordí el labio inferior, pensativa.

—Sí.

Aiden se colocó los auriculares sobre su cabello rubio perfectamente cortado y se conectó a sus pantallas. Me dirigí al JA76, me subí la cremallera del mono y cambié mi gorra por el pasamontañas y el casco.

Los preparativos pasaron volando en una neblina. Estaba fuera de mí, sentada en la parrilla después de la vuelta de formación antes de darme cuenta. Con la mente llena de ansiedad, esperaba escapar.

Cuando las luces comenzaron a parpadear detrás de mí y pisé el embrague, vi el camino que había recorrido para llegar hasta allí. Tantos retos, tantas cosas que tuve que superar, tanta burocracia.

Las expresiones de desconcierto de mis familiares cuando mis padres les contaron con orgullo que su hija correría algún día en Fórmula 1. El dolor de las bofetadas de mis tías que insistían en que volviera a la realidad y buscara marido. Las piedras lanzadas contra nuestras ventanas envueltas en notas que condenaban a nuestra familia por infringir la ley local. Los abucheos en mi primera carrera en Arabia Saudí, donde pensaba que tendría un público local que me adoraría. Cada insulto, cada intento de impedirme correr, cada amigo que se alejó…, todo alimentó mi rabia en aquel momento.

El motor de mi coche rugió.

Aquella carrera era para toda esa gente. Porque podían irse al cuerno cuando mis padres les dijeran que sí, Diana Zahrani había corrido en Fórmula 1 en primera fila, en Yeda, y la multitud no había hecho más que animarla.

Las luces se apagaron.

Salí disparada hacia delante. Me dije que haría lo que fuera necesario para llevarme el trofeo a casa. Jolt podía promocionarme como su tonta árabe cabeza hueca todo lo que quisieran. Yo, por el contrario, estaba allí para ganar.

Conduje por el interior tras una salida menos que ideal que me puso nerviosa y, siguiendo el consejo de Aiden por radio, defendí mi posición hasta que quedaban unas quince vueltas para el final.

—Estás en P5, Diana —dijo Aiden—. Kasper está detrás de ti, así que quiero que te pongas agresiva ahora. El siguiente es Peter. A por él.

Pisé el acelerador. El coche salió disparado, rozando los ciento ochenta. Las vallas pasaban volando mientras alcanzaba a Peter Albrecht en las siguientes vueltas y finalmente lo adelantaba, encogiéndome por dentro. Todo valía en Fórmula 1, ¿no?

—P4. ¿Quieres subir al podio, Diana?

—Entendido.

—¿Quieres subir al podio? —repitió, alzando la voz.

—¡Por supuesto!

—Entonces aceleremos el ritmo. Vamos, Diana. Queremos verte cruzar la meta en primer lugar.

A medida que avanzaba la carrera, cada vez era menos probable que consiguiera el P1. Casi me sentí aliviada cuando me di cuenta de que mi coche no iba a acercarse al de Miguel. Pero el P3…, el podio estaba ahí. En forma de la parte trasera de Russo temblando justo delante de mí.

«Tienes una oportunidad. Aprovéchala».

Dejando a un lado todo miedo, con una vuelta por delante, lo hice. Aproveché esa ventaja. Superé a Andrea Russo cuando se abrió mi DRS en la recta principal y, cuando oí a Aiden gritar por la radio, no podía comprender lo que acababa de pasar al cruzar la meta.

—¡Sí, Diana, es P3!

—¡Excelente! ¡Excelente, muchas gracias a todos!

—Estupendo trabajo, Diana. Estoy muy emocionado de poder llamarme tu ingeniero. En nombre de todos los que estamos en el *paddock*, bienvenida a Jolt Archambeau Racing.

Aquella vuelta de honor fue uno de los mejores recuerdos de mi vida. Todo el mundo en las gradas se volvió loco; todos los aficionados, no solo los míos. Me quedé atónita al darme cuenta de que sí, aquello era mucho más que yo misma. Era una mujer subiendo al podio de un Gran Premio de Fórmula 1 después de toda una vida admirando a las que la habían precedido, después de tantas otras que lo habían hecho posible. Tenía la oportunidad de mostrar a todo el mundo de lo que todas éramos capaces. Especialmente a las niñas pequeñas que querían correr pero pensaban que no podían. Era solo un pensamiento, nada más. Y si seguíamos adelante, con la motivación decayendo a cada bache en el camino, pensando que aquellos aspectos negativos eran la realidad, nunca ganaríamos ninguna carrera, ya fuera en la pista o en nuestras vidas.

Aparqué mi coche en la marca P3. Me quité el casco, corrí directamente hacia el cartel de plástico rojo con el enorme número tres blanco y le di un gran abrazo, sin prestar atención a los *flashes* de las cámaras que me rodeaban mientras la prensa intentaba

capturar cada segundo de mi celebración. No me importaba lo estúpida que pareciera. Quería atesorar todo lo que sentía en aquel momento.

Mientras me separaba del gran P3, oí la voz de Miguel desde su puesto en P1.

—¡Eres jodidamente peligrosa! —gritó a mi lado con una carcajada, mientras el cable de su radio se balanceaba al levantarse el casco y revelar unos ojos arrugados por la emoción y un rostro brillante de sudor—. ¡Una carrera jodidamente buena!

Sonreí de lado a lado. Eso era. La joven Diana, tímida y solitaria, había visto la esperanza de todo aquello desde detrás de la barrera que separaba a las mujeres del resto del mundo en Arabia Saudí.

Miguel me tendió la mano y yo la estreché con gusto. El simple contacto, incluso a través de los guantes, me provocó una oleada de calor por todo el brazo cuando chocó los hombros conmigo. Era un gesto típico entre pilotos después de las carreras, y quizá no le habría dado importancia si no hubiera sentido su otra mano en mi cintura durante un segundo.

¿Estaba alucinando?

Definitivamente no. Volví a sentir el latido de mi estúpido corazón, como confirmando mis sospechas. Sin duda algo estaba pasando. Algo más que el simple hecho de que estrechar su mano fuera un recuerdo que de repente recordaba con total claridad, un recuerdo por el que rezaba para que, tal vez, él también recordara. ¿Podría ser esa la razón de aquel brillo en sus ojos? ¿Podría ser que Miguel de la Fuente estuviera experimentando la misma confusión y emociones que yo?

No le di más vueltas. Dejé de lado mis delirios y me dirigí hacia mi equipo para saltar la valla y celebrarlo hasta que me dijeron que debía cumplir con mis obligaciones con los medios en la zona de entrevistas.

La periodista que me recibió allí, una mujer alta con traje rojo, estaba claramente eufórica.

—Bueno, en primer lugar, Diana, enhorabuena y esperamos verte recoger tu trofeo en el podio. Diana, eres la primera mujer en subir

al podio de Fórmula 1 como piloto en muchos años. ¿Cómo te sientes?

—Yo… —No encontraba las palabras—. Quiero decir que todavía lo estoy asimilando. A partir de aquí solo podemos mejorar. Quiero dar las gracias a mis padres, que no pueden estar aquí hoy, pero que están viéndolo desde casa, y doy las gracias a Jolt por creer en mí. Gracias a Emirates por todo su apoyo y financiación, por permitirme ser su halcón este año. Gracias a Lella Lombardi por conseguir esos primeros puntos que nos han permitido entrar hoy en este deporte dominado por hombres. La verdad es que estoy muy agradecida por todo el apoyo.

—No le des las gracias a nadie más que a ti misma —dijo la periodista con una sonrisa—. Este es tu trabajo. Tú misma has avanzado hasta aquí a lo largo de los años. Puedo hablar en nombre de todos cuando digo que esperamos verte también como ganadora del Gran Premio.

Dejé que aquellas palabras resonaran en mi mente mientras subía al podio y ocupaba mi lugar en el tercer escalón, con Miguel y Darien en el primero y el segundo. Me entregaron el trofeo, que levanté en alto por encima de mi cabeza. El confeti cayó sobre la visera de mi gorra del Campeonato y se me llenaron los ojos de lágrimas. Miguel y yo intercambiamos una mirada de puro orgullo y, a pesar de mis lágrimas, sonreí sin contenerme, agarrando con fuerza mi trofeo. Me gustaba pensar que tenía derecho a derramar algunas lágrimas después de tanto tiempo.

13. Miguel

Me habría encantado pasar toda la semana celebrando mi primer puesto en la carrera inaugural de la temporada, sin olvidar el podio que Diana Zahrani había conseguido, pero la mañana posterior a la carrera estaba reservada para conferencias de prensa de última hora sobre cómo Diana Zahrani le había arrebatado el podio a Andrea Russo. Revello había logrado un extraño 1-4 con un coche muy superior al de Jolt y, por supuesto, en lugar de aceptar que había una nueva piloto con mucho talento en la parrilla, la gente quería hacer preguntas.

La emoción seguía en el aire, pero los altos mandos de Revello nos habían ordenado a Andrea, a mí y al resto del equipo mantener una actitud seria. No podíamos parecer demasiado contentos por Jolt, ya que uno de nuestros pilotos había sido superado por —¡oh, no!— una mujer. Eso era lo que esperábamos que el entrevistador planteara.

El equipo Revello se reunió en la sala de prensa para ver la entrevista. Las entrevistas de equipo significaban que Andrea y yo seríamos interrogados a la vez, igual que cada par de pilotos de los otros equipos. Jolt había pasado antes que nosotros y, aunque esperaba ver a Diana, su equipo ya se había marchado. Algunos de los otros miembros, incluida Paula, la ingeniera de Andrea, y nuestro director de equipo, Cristoforo Montalto, se situaron detrás de la cámara mientras Andrea y yo nos sentábamos delante de ella. El entrevistador, un hombre larguirucho con gafas gruesas llamado Brian Crowberry, nos saludó con la cabeza.

—En primer lugar, nos gustaría felicitar a los chicos por el gran resultado de ayer —comenzó Crowberry—. Entrar directamente en los puntos no es mal comienzo de temporada. Y, Miguel, una felicitación especial por haber ganado el primer Gran Premio de 2022.

Andrea, por lo visto, no había recibido el memorándum sobre la seriedad, porque no pudo evitar poner los ojos en blanco. Fue muy evidente. Ya podía imaginar cómo iba a convertirse en tendencia en Twitter.

—Está quedando más que claro que Jolt es un competidor digno, como nos ha dicho el señor Montalto, pero ¿por qué no nos cuentas algo sobre esta carrera, Miguel? —preguntó Crowberry.

—Bueno, diría que esta es solo una de veintitrés. Hemos dado lo mejor de nosotros con el Revello y, sí, seguimos aprendiendo a manejar este coche nuevo, yo al menos, pero hemos hecho una buena carrera —respondí—. Aunque el coche de seguridad me retrasó un poco, pude recuperarme y estoy muy contento con esta victoria, aunque nos quede camino por recorrer. ¿Andrea?

Obviamente, estaba mintiendo de manera descarada. Sabía que Paula se daría cuenta, como mínimo. Claro, había ganado, no podía estar demasiado molesto, pero había dado el máximo y Andrea había fallado a Revello como equipo: sin problemas de estrategia, ni de boxes, nada. Aquel tipo simplemente había rendido por debajo de lo esperado.

—Sí, eh…, creo que Miguel lo ha explicado todo. El coche de seguridad realmente me fastidió la carrera. Es decepcionante perder el podio, perder un doblete o un triplete, pero estoy de acuerdo, fue una buena actuación. En Imola lo daremos todo.

Era obvio que Andrea también ocultaba su enfado y, contra las normas de las entrevistas deportivas, su pésima actitud de mal perdedor. Obviamente, nadie esperaba que Diana Zahrani irrumpiera en la pista como una bomba atómica, pero Andrea y sus compañeros retrógrados del automovilismo probablemente sintieron el impacto más que el resto.

—Genial. Y esta es para Andrea —continuó Crowberry.

Andrea se estremeció visiblemente en su silla.

—Todos vimos el brutal adelantamiento que sufriste a mitad de carrera a manos de Diana Zahrani, y oímos algo por la radio.

Andrea se hundió aún más en su asiento. Tenía la sensación de que, como el resto de nosotros, sabía exactamente lo que se avecinaba. Contuve una sonrisa maliciosa.

—Lo tengo aquí conmigo. —Crowberry leyó de un bloc de notas fuera de cámara—. Dijiste, y cito textualmente: «¡Esa [censurado]! ¡Está fuera de su [censurado] control! ¡[censurado]!». Fin de la cita.

Andrea tragó saliva antes de ajustarse el micrófono.

—Sí. Eh… Las emociones estaban a flor de piel, un poco exaltadas.

—Ya veo. Bueno, me pidieron que transmitiera un mensaje sobre esta radio; viene de la conferencia de Jolt, la que fue justo antes de esta. La respuesta nos la dio Zahrani. —Crowberry carraspeó y consultó su libreta una vez más. Madre mía—. Su respuesta: «Andrea, la próxima vez que me insultes, llámame por mi nombre».

Cristo Montalto abrió la boca formando una O, muy consternado. Yo apreté los labios, conteniendo la risa que probablemente me convertiría en un meme de Twitter tan famoso como mi compañero de equipo.

—Bien…, entonces —continuó Crowberry con torpeza—, pasamos a Miguel. ¿Qué nos dice, si es que nos dice algo, esta repentina aparición de Zahrani en el podio sobre esta temporada? Como ha dicho Paula, esto es algo que ella llevaba tiempo deseando, una mujer pilotando en la Fórmula 1.

—Sí, yo estoy a favor de Diana —gritó mi hermana desde detrás de la cámara, y finalmente me eché a reír.

—Ambos estamos a favor de Diana —corregí con una sonrisa—. Sinceramente, por eso estoy deseando que llegue Imola. Algunas personas me han dicho: «Oh, no debes temer a una mujer». Pero eso es de mala educación. Diana es una gran piloto. Al principio peleé un poco con ella. Ella luchó, aunque no tuvo un buen comienzo, y estaba en una forma increíble. Es un logro subir al podio como lo hizo en su primera carrera aquí.

—¿Cuál es la dinámica entre tu hermana y tú respecto a la incorporación de Zahrani a la parrilla? —añadió Crowberry.

—Ella quiere a Diana, pero ambos sabemos que todo se reduce a los negocios en la pista. —Intenté elegir mis palabras con cuidado.

—Y, Miguel, ¿es cierto que tú también eres bastante amigo de Zahrani? —Genial, la carta de presentación de Crowberry: preguntas sensacionalistas destinadas a avivar los rumores. Puse los ojos en

blanco—. ¿O al menos eso es lo que podemos deducir de las interacciones de este fin de semana?

—Usarán cualquier cosa para conseguir un titular —dije, añadiendo una risita que esperaba que ocultara el temblor de mi voz al pensar en aquel fin de semana.

La forma en que se me debilitaron las piernas cuando me miró así. La forma en que conducía.

—Acabo de conocer a Diana. Como he dicho, es una gran piloto y la respeto totalmente. Respeto su tenacidad ante las prohibiciones de conducir y todo lo que ha superado para llegar hasta aquí. Es una simple cuestión de decencia hacerse amigo de alguien con un espíritu tan brillante, alguien tan extremadamente…

—Motivada —me ayudó Paula, provocando la risa de todos.

—Sí. —Asentí, sonriendo—. Además, ese es el verdadero espíritu de la Fórmula 1. Sí, todos estamos aquí por los trofeos y la gloria, pero respetamos el camino que cada uno ha recorrido hasta llegar a esta parrilla, y eso debería unirnos a todos. Hacernos una familia.

Cristo parecía bastante contento con eso. Con un compañero de equipo como Andrea, tenía que hacerme el simpático con la prensa, representando siempre a Revello de forma justa. Sabía que era cosa de los De la Fuente contentar a los medios de comunicación, y sin duda era parte del motivo por el que el circuito de F1 nos mantenía allí.

—Has sabido manejarlo bien —me dijo Paula al salir de la sala de prensa.

Sonreí.

—Eso me han dicho algunas veces.

—*Claro*. —Levantó una ceja mientras caminábamos por el pasillo de nuestro hotel en Yeda. Recogeríamos nuestras maletas y nos pondríamos en marcha tan pronto como pudiéramos, con el mismo ajetreo de cualquier otro Gran Premio—. Sin embargo, quería preguntarte algo. ¿Cómo fueron esos tacos? Muy bien, supongo, por las interacciones que vi después de la carrera de ayer.

—Sí, bueno. Casi demasiado bien. Debería darte las gracias por eso —bromeé. El tono ligero de mi voz ocultaba una punzada de algo más. Algo que me hizo pensar en la extraña sensación de *déjà*

vu que parecíamos compartir ese día en el restaurante, y cada vez que nos habíamos cruzado desde entonces—. Retomamos el contacto en México. Todo apunta a un futuro prometedor para nuestras alianzas con Jolt. Por otro lado, será más difícil intentar superar a Diana en la próxima carrera. Es una auténtica rival.

—Los dos os parecéis más de lo que crees —señaló Paula, dándome un codazo en el codo—. La honestidad, la amabilidad, la actitud que ambos tenéis.

—La actitud —repetí riendo—. Vamos, ni siquiera me acerco a Diana. Tiene una actitud tan reservada que casi da miedo. Todo está en sus ojos, tan penetrantes. Evito cruzarme con ella antes de las carreras para no cagarme de miedo, y sin embargo es una de las personas más simpáticas que he conocido.

—Oh. —Paula resopló—. Pero no te hagas demasiado amigo de ella. Estás prometido, querido, y tienes una reputación que cuidar.

Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que todo se oscureció por un segundo.

—Vamos, Pauli, ¿por quién me tomas? Suenas como el abuelo. Ya puedo oírlo.

—Te echaría en cara que te estás haciendo amigo del enemigo de la tradición —dijo con sarcasmo. Nuestro abuelo, el padre de nuestro padre, tan formal y correcto como era, nunca perdía la oportunidad de soltar algún comentario fuera de lugar aquí y allá.

—Claro. Y además… —Saqué una caja forrada de terciopelo de mi bolsillo.

Paula contuvo el aliento en silencio.

—¿Es eso…?

—Un pavé francés. Un diamante de cuatro quilates.

—Pero… Dios, eso tiene que costar…

—Más de cien mil —dije la cifra y me encogí de hombros con indiferencia. De todos modos, era una necesidad. No importaba que la caja me hubiera pesado como un plomo en el bolsillo durante todo el día, que me hubiera parecido un vendaje que intentaba presionar sobre una herida sangrante—. Tú lo has dicho, estamos comprometidos. Es hora de que cumpla mi parte del trato. Por Ziry.

—Vaya, vaya —bromeó mi hermana, bastante sorprendida por la piedra de cien mil euros que su hermano llevaba consigo con total naturalidad—. Te lo tomas muy en serio, Miguel.

Maldita sea. Lo estaba haciendo otra vez.

Al ser mucho mayor que yo, supongo que Paula sentía que había visto toda mi evolución a lo largo de mi vida hasta ese momento, cómo las carreras se habían convertido poco a poco en mi razón de ser (yo no sabía lo que significaba eso, pero ella sí, porque lo había aprendido en su elegante colegio privado y un día me lo había enseñado). Y entonces, hace ocho años, nuestros padres y los padres de Jatziry se sentaron en el salón de nuestra casa en Barcelona. Decidieron que me casaría con Jatziry cuando cumpliera veinticinco años. Yo tenía dieciséis en aquel entonces. Jatziry tenía catorce.

—¿Acaso vosotros dos lo queríais? —espetó ella—. No erais más que unos niños.

—Vale, Pauli, ¿qué pasa? —Nos detuvimos en el ascensor. Pulsé el botón de subir antes de girarme hacia ella con un bufido—. Siempre te sorprendes por lo de Jatziry y yo. Éramos jóvenes. Lo entiendo. Pero sabes tan bien como yo que así son las cosas. Juego con las cartas que me han tocado. No le miento a nadie.

Una parte de mí se preguntaba si todo su escepticismo se debía simplemente a que mamá y papá no pudieron superar su insistencia a esa edad. Paula era inteligente, muy inteligente, y se negaba a concentrarse en nada que no fuera la ingeniería automotriz. Supongo que decidieron que tenían que atarme a mí. Y Jatziry… Jatziry era la garantía.

—Nunca dije que estuvieras mintiendo —dijo mi hermana.

—Y una mierda. Te sorprendió que primero quisiera ir a hablar con ella después de Austin. Luego, cuando te ofrecí llevarla conmigo a algunas carreras esta temporada. Ahora el sarcasmo sobre el compromiso y lo de hacerme demasiado amigo… Por no hablar de cómo te has quedado al enseñarte el anillo —le respondí—. ¿Por qué me preguntas si voy en serio?

—Miguel, creo que estás en esa fase de tu carrera —admitió finalmente Paula—. Solo estás tratando de compensar el riesgo de lo

que haces, la culpa que conlleva. No es que ninguno de los dos tuviera ese acuerdo en mente hasta ese accidente.

—Eso cambió las cosas —murmuré. Mi hermana tenía la capacidad de absorber toda mi energía y dejarme como si hubiera corrido cinco maratones seguidas. Lo odiaba—. Si yo…, Dios no lo quiera, Pauli, si me pasara algo, piénsalo, la única persona a la que no habría tratado bien sería Jatziry. Vamos, al menos ahora puedo arreglar las cosas… ¡Así que déjame arreglarlas, Paula!

—Los regalos caros no son una solución —dijo Paula con rigidez, con un tono que me indicaba que estaba empezando a parecerle un niño tonto—. Llevarla contigo a las carreras no es una solución. No se pasa de salir de fiesta, beber y volverse loco los fines de semana y desmayarse los domingos por la noche a ser un prometido responsable, Miggie. Esto… esto es demasiado drástico para que yo pueda creer que de repente te has comprometido a vivir así. ¿Son realmente tus emociones, tus deseos? ¿Así es como te ves cuando termine esta temporada: casado?

Las puertas del ascensor se abrieron. Entramos. Nuestros guardaespaldas hicieron ademán de acompañarnos, pero los detuve con un gesto. No.

Esperamos a que se cerraran las puertas.

—Es mi obligación para con Jatziry —respondí apretando los dientes—. No deberías juzgar algo más grande que nosotros mismos. Este es nuestro legado.

—Soy tu hermana, Miguel.

—Y Jatziry será mi esposa —respondí tan rápido que pareció instintivo.

Paula no insistió más. Pero yo no podía quitarme de la cabeza la sensación de que ella tenía razón y yo estaba mintiendo, tanto a mí mismo como a Jatziry.

14. Miguel

Como acabábamos de llegar a Imola la noche anterior y el *jet lag* me afectaba bastante, lo único que quería era meterme en la cama y dormir doce horas seguidas. En lugar de eso, alisé una última arruga de la chaqueta de mi traje, reprimiendo un bostezo. Lo único que me salvaba de parecer absolutamente decrépito en ese momento era el corrector de ojeras de Jatziry. Tendría que rezar para aguantar lo suficiente en el evento de esa noche y que nadie se diera cuenta de lo agotado que estaba.

En muchos sentidos, no había nada tan lujoso como la Cena de Pilotos de Imola. Parecía una tradición casi de la época de la Regencia: hombres de traje y mujeres con vestidos exagerados; veinte pilotos y los miembros más cercanos de sus equipos en la versión más oficial y elegante del vergonzoso lanzamiento de pretemporada de Jolt. Me quedé atónito cuando Prada se puso en contacto con Revello y llegó a un acuerdo para vestir a nuestro equipo hasta el final de la temporada, sustituyendo la antigua política de «el traje que quieras, siempre y cuando lleves el parche del equipo». Daba la sensación de ser un uniforme de colegio católico, pero no me quejaba: era el traje más cómodo que había llevado nunca.

La idea de asistir a una gala hizo muy feliz a Jatziry. Eso fue bueno, porque, después de que las palabras de Paula me clavaran un puñal en el corazón —«¿Así es como te ves?»—, la incertidumbre había empezado a apoderarse de mí. Intenté bloquearla. Me había convencido de que ese era el lugar donde ambos debíamos estar.

—Me encantaría intentar conseguir un puesto por encima de ti este fin de semana.

Andrea Russo realmente pensaba que estaba siendo inteligente. Puse los ojos en blanco internamente. Conducíamos exactamente los mismos coches, salvo por algunas personalizaciones, lo que

significaba que sus deficiencias debían atribuirse por completo a su habilidad al volante.

A mi lado, Jatziry parecía tan aburrida como yo, con su brazo entrelazado al mío para que se viera el brillante anillo que por fin me había atrevido a regalarle la noche anterior. Llevaba un precioso vestido rojo de gala, con volantes como los de una bailarina de flamenco, que le daba el aspecto de una princesa española de alta cuna. Llevaba el pelo recogido en una elegante coleta con una cinta de seda carmesí. Estaba preciosa, superando con creces a los hombres de Revello con sus trajes negros uniformes con el emblema de la corona y el escudo sobre el pecho. Paula, por desgracia, también había sido designada para llevar un traje uniforme, pero con una horrible falda en lugar de pantalones. Lo había rechazado en favor de uno de los viejos vestidos de mi madre, de cuando mamá asistía a galas con papá cuando él corría para Vittore en su mejor momento: un vestido negro estilo sirena que había resistido el paso del tiempo. Sin embargo, ahora no la veía, ya que probablemente se estaba alejando tanto de mí como del tema de nuestra discusión en Yeda: Jatziry.

—Me encantaría verte intentarlo —le dije a Andrea, como si estuviera bromeando muy educadamente, algo que en realidad no estaba haciendo. La audacia de aquel tipo me desconcertaba.

—¡Oh, mira, ahí está Diana! —dijo Jatziry, salvando la situación—. ¿Por qué no hablamos con ella, Miguel?

Ella separó con tacto nuestra presencia de la de Andrea. Nos dirigimos hacia Diana Zahrani, que estaba riendo con Nic Necci y Alex Romilly.

Diana era excelente haciendo amigos. Tenía aquella naturaleza agradable que hacía que la mitad de la parrilla se considerara fácilmente como incondicionales suyos, y una parte de esos pilotos ya se había enamorado de ella. Probablemente no ayudaba el hecho de que pareciera la verdadera reina del circuito. Estaba radiante con un vestido tradicional de seda azul tipo caftán, con bordes finos bordados en oro y un cinturón a juego que apenas se notaba, algo que, en cambio, sí hacía su brillo natural. Su cabello caía sobre la espalda en mechones negros y brillantes, y sus ojos conservaban

toda la actitud de siempre, realzada por unas líneas perfectas de delineador de ojos ónix. Hablaba con tanta alegría, tan ajena a todo, que yo seguía sin poder apartar la mirada… sin comprender aún por qué.

—Hola a todos —saludó Jatziry con suavidad, siempre diplomática —. Andrea está bastante eufórico esta noche, ¿eh?

Esperaba que Andrea no viera la mirada de desprecio que le lancé mientras él se pavoneaba con la hija del arrugado director del equipo de Wilson Nitro, con el pelo castaño cubierto de gel, sin moverse apenas un centímetro en sus animados y falsos gestos conversacionales.

—Como siempre —dijo Alex.

—Es único en su especie —comentó Diana, con la mirada fija en Andrea con desagrado—. Y no en el buen sentido.

Nic le dio un codazo.

—Se lo tiene muy creído, Di.

—¡Tío! Esto es una gala —le recriminó Alex a su compañero de equipo.

—Vale, chico.

Así era la relación fraternal entre Alex y Nic. Nic, el compañero más unido de la parrilla, había acogido bajo su protección al joven Alex, de dieciocho años, cuando se unió a Griffith en 2020, el mismo año en que yo dejé Vittore para irme a Revello. Los dos, ambos británicos nacidos fuera del país y criados a solo una hora el uno del otro, habían conectado inmediatamente. Hasta el día de hoy, Nic seguía tratando a Alex como a su «hermano pequeño», a pesar de que ya era bastante mayor, lo que le convertía en el benjamín del grupo para todos los demás pilotos de Fórmula 1.

—Pero tiene razón —coincidió Diana—. Ese tonto tiene la cabeza en las nubes.

—Hablar con él es como caminar sobre brasas —añadió Jatziry—. Cree que puede superar a Miguel.

—Primero tendría que superar a Diana —bromeó Alex—. Y acabaría con arañazos por toda su bonita cara. Miguel y Darien solo tuvieron suerte.

—Oye. —Diana le dio un codazo a Alex en broma, haciendo que el champán se derramara en su copa—. Cuidado con lo que dices, hombre.

—Bien dicho por parte de la mujer a la que ahora llaman Peligro —dijo Nic con una sonrisa—. ¿Recuerdas lo que dijiste, Miguel? Llamaste a Diana «jodidamente peligrosa». Resulta que se te ha quedado grabado.

—Como debe ser. —Levanté mi copa, mirando a Diana, y ella me miró a mí. La breve y casi tímida celebración que compartimos en aquel momento me dejó totalmente aturdido—. Por Peligro.

—Por Peligro —repitió nuestro pequeño círculo, y todos hicimos chocar nuestras copas.

Diana me sonrió.

—Gracias —articuló con los labios.

—No hay de qué —le respondí gesticulando de la misma forma.

Poco después nos sentamos a la enorme mesa. Como era de esperar, al igual que en la fiesta de inauguración de la temporada de Jolt, todos se sentaron según sus equipos y luego según las alianzas de constructores. Desafortunadamente, en algunos casos, eso hizo que los compañeros de equipo se sentaran juntos. Tuvimos que lidiar con Andrea, mientras que Diana se ocupó de Kasper Ramsey y el resto de Jolt. A mi izquierda se sentaban Peter Albrecht y Darien Cardoso-Magalhães con el clan de Heidelberg, y a mi derecha, entre nuestra sección Revello y Jolt, estaban Alex y Nic, de Griffith.

Cuando salió la cena, siguieron los cotilleos. Darien sacó a colación el videojuego de Fórmula 1 con el fallo que hacía que el avatar de todos los jugadores se convirtiera en Miguel de la Fuente. Sentí un pinchazo en el pecho al ver cómo Diana y Nic, precisamente ellos, se reían tan fácilmente de algo tan tonto como mi estúpido error de personaje.

Y entonces Nic puso un brazo sobre el respaldo de la silla de Diana, y ella no protestó, solo sonrió. Lo miró como si fuera el único humano en la sala. Era una habilidad muy especial que quería creer que Diana tenía con todo el mundo.

Además, cuando Diana se reía, Nic la miraba como si fuera la única persona en la sala; y así fue como me di cuenta de que Nic era

uno de los pilotos que engrosaba la lista de «enamorados» de Diana en la parrilla. Cada expresión de su rostro reflejaba la de ella. Nic la admiraba. Sentí un nudo en el corazón en el momento en que me di cuenta de que yo también. Pero no tenía la libertad de poder demostrarlo.

En cualquier caso, Nic era un tipo estupendo, y si alguien se enamoraba de Diana y ella se enamoraba de Nic, mejor que fuera alguien como él.

El evento estaba en pleno apogeo, pero nuestro recorrido por la sala se vio interrumpido por un mensaje directo de Paula diciéndome que me necesitaban en la sala de conferencias 1D. Con un gemido, le prometí a Jatziry que volvería y bajé las escaleras.

—Solo estás tú —señalé al entrar en la sala de conferencias. Era cierto. Solo mi hermana estaba sentada en una silla al lado de la mesa rectangular.

Paula señaló el asiento frente a ella con un suspiro.

—Escucha, Miguel…

—¿Se trata de Revello?

—No. —Paula esperó a que me sentara—. Me gustaría pedirte perdón. A ti y a Jatziry, por así decirlo.

Arqueé las cejas. Paula no era de las que pedían perdón. Ella resolvía las cosas. Decía que los hombres en su posición nunca pedían perdón, así que no había razón para que ella lo hiciera. Casi me sentí mal, aunque me di cuenta de por qué se estaba disculpando.

Paula se ajustó distraídamente un volante suelto de su vestido.

—Me pasé de la raya, Miguel. Lo admito. *Es tu vida*. Si esto es lo que quieres, no me quejaré. Jatziry es una chica maravillosa. Nuestra familia la adora, tú la adoras. Es solo que… me cuesta aceptar que estés creciendo.

Parecía afligida. Esperé un momento. Y luego me permití esbozar una sonrisa.

—Eso sí que es realmente sorprendente.

Paula casi exhaló aliviada y me devolvió la sonrisa.

—Mig, estoy orgullosa de ti. No quiero estropear las cosas, y si estoy orgullosa de ti, supongo que también debería confiar en ti.

—Solo un poco.

—Sí. —Se rio antes de ponerse más seria—. Pero… sigo preocupándome por ti, *tío*. Así que, si alguna vez algo no va bien, aunque sea incómodo o estúpido, por favor, dímelo.

Me eché a reír.

—Sí, Pauli, ven aquí.

Extendí los brazos y abracé a mi hermana. Era la primera vez en mucho tiempo que la abrazaba. Era unos centímetros más baja que yo, lo que me hacía sentir casi protector con ella. Sin embargo, seguía siendo mi hermana mayor, la persona que se enfrentaría al mundo si el mundo se enfrentara a mí.

Estuve a punto de decírselo: que, en ocasiones, ella tenía razón. Que me había preguntado más de una vez si estaría haciendo lo correcto. Que pensar en el brazo de Nic sobre aquella silla me oprimía los pulmones. Que tal vez quería algo más que aquel futuro predestinado. Todo había estado decidido para mí desde que era niño. Lo que era bueno, lo que era malo. Quizá quería romper el molde y elegir por una vez. Enamorarme, en vez de quedarme esperando a que el amor me alcanzara poco a poco, como el alivio que sigue a un resfriado persistente. Supongo que lo hacía para proteger a Paula de mis propios errores. Porque no dije una sola palabra.

15. Diana

Cuando estaba firmando objetos para los aficionados el día anterior, tras llegar a Imola, garabateé mi nombre en el casco de *karting* de una chica. Me emocionaba pensar que lo llevaría puesto. Al devolvérselo, me dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asentí con la cabeza, sonriendo. No parecía tener más de quince o dieciséis años; el pelo y los ojos eran oscuros. Me recordaba a mí misma, con el mismo color de casco: blanco y cromado.

—¿Alguna vez te sientes sola?

Me encontré con su mirada expectante, aún llena de sueños a pesar de su tierna edad. Y le respondí:

—Todo el tiempo.

Escribí algo más en su casco antes de devolvérselo: *Nunca dudes de ti misma*.

En la Fórmula 3, una vez trajeron a una terapeuta para hablarnos sobre la salud mental de los pilotos. En aquella época, era algo que la mayoría preferíamos ignorar por orgullo, yo incluida, hasta que la terapeuta me miró directamente —a la única mujer que había— y dijo muy seria: «También existe un asesino silencioso de carreras: el síndrome del impostor».

Un momento estaba en la cima del mundo, celebrando un podio en el Gran Premio, descorchando champán por todas partes, y al siguiente me invadían oleadas de dudas y soledad. ¿Por qué me había puesto Jolt aquí? Y, a pesar de la aceptación de la mayoría de la parrilla, ¿por qué siempre me sentía tan aislada? ¿Por qué escribirle a aquella chica que nunca debía dudar me parecía una mentira que salía de mis labios?

Esas mentiras comenzaron muy pronto, una montaña rusa de emociones que oculté desde el principio de mi carrera profesional. Empezó después del accidente de Baba, lo que significaba que él y Ammi ya no podían acudir a mis carreras. En ese momento, acababa

de empezar en la F3 y me sentí como si hubiera perdido a toda mi sección de animadores. Aunque ganaba una carrera tras otra y sonreía desde la P1 con el trofeo en alto, mientras mi sección de la tribuna crecía con aficionados que llevaban carteles de *¡A POR ELLOS, DIANA!* a las carreras, echaba de menos a las personas que habían criado tanto a Diana Zahrani como al número cuarenta y cuatro. Mis padres siempre me habían animado a correr cuando todos los demás se burlaban. Nunca cedieron ante la presión social. Eran la razón por la que estaba en la Fórmula 1. Si no hubieran estado ahí, podría haberlo dejado en cuanto surgieron las primeras críticas en el *karting*.

Hablar con Nic Necci en la cena fue como volar en lo alto de aquella montaña rusa. Era un acontecimiento que no había previsto: un ángel de ojos grises y cabello castaño en el cuerpo de un piloto de Fórmula 1, con una sonrisa celestial y una risa maravillosa, de modales suaves y observador. No creí que me hubiera mirado siquiera antes, hasta que me di cuenta aquella noche; hasta que se sentó a mi lado y entabló conversación conmigo, casi con timidez. Conecté con él con relativa facilidad, sobre todo teniendo en cuenta que la naturaleza de mis objetivos profesionales me había llevado a evitar mostrar cualquier tipo de cordialidad hacia otros pilotos a lo largo de los años. Los medios de comunicación decían lo que querían a la mínima oportunidad. Y, sin embargo, ahora pensaba: ¿por qué no? ¿Por qué no hacer algo diferente?

De todos modos, a muy poca gente le importaba realmente, y creo que era reconfortante ver el afecto en sus ojos. Esperaba que él también lo viera en los míos, que conectáramos tan fácilmente. Todavía estaba aprendiendo sobre el mundo de la Fórmula 1 paso a paso, todavía estaba aprendiendo cómo se sentía tener el brazo de Nic alrededor de mí. Y, con cierta culpa, por razones que no sabía explicar, eso me hacía pensar en Miguel, en su mano entre las mías, y me recordaba que él también se preocupaba por mí. Me sentía fatal cuando pensaba cosas así, porque él era muy feliz con Jatziry y ella también estaba luchando por comprender las complejidades de la Fórmula 1.

Abrí mi maleta y seguí con el dedo la inscripción que recorría el bolsillo de la pierna de mi mono: *RAMISSA*, una combinación del nombre de mi padre, Rami, y el de mi madre, Elissa. La gente seguía teniendo teorías extrañas sobre el nombre, ya que yo nunca lo había confirmado. Un tuit viral afirmaba que era el nombre de mi hija inexistente, un rumor iniciado por el Departamento de Diseño cuando les pedí que pusieran la misma calcomanía en el halo de mi JA76, la parte del coche que ya había salvado la vida de tantos pilotos en accidentes espantosos y que algún día podría salvar la mía. Me parecía justo que los nombres de mis padres estuvieran escritos en él.

Hazlo por ellos, me dije. Hazlo una vez más y hazlo mejor que nunca.

Me estaba cansando rápidamente de las ruedas de prensa, pero por contrato tenía que hacerlas, así que acabé en una entrevista previa a la carrera el jueves por la noche, antes de que comenzaran los entrenamientos a la mañana siguiente. Esta vez todo giraba en torno a Revello, Jolt y Griffith, un verdadero festín para los buitres: la rivalidad entre los equipos había mostrado sus colmillos el año pasado. Todos querían saber si Griffith podría recuperar terreno y pegarse a la cola de Jolt. Yo, sin embargo, solo intentaba calmar los fuertes latidos de mi corazón mientras me sentaba a la mesa de la rueda de prensa junto a Nic Necci, que se estaba convirtiendo rápidamente en mi refugio.

Intercambiamos una sonrisa, la suya muy parecida a la mía: reacia, tímida. Saludé a Alex con la mano y él me devolvió el saludo, alegre como siempre. Me daba envidia su capacidad para estar tan presente sin necesidad de café. Más allá de Kasper, al otro lado de la mesa, vi a Miguel y Andrea, las estrellas de la temporada pasada. Había estado viendo los vídeos; no era de extrañar que Jolt estuviera presionando tanto. Habían estado a punto de crear un campeón del mundo con mi predecesor, Eduardo Palomas, y aunque Revello se había enfrentado al mismo problema, ambos pilotos habían subido al podio del Campeonato. Jolt había perdido una gran oportunidad.

—¡Buenos días! —dijo Alex alegremente por el micrófono—. ¿Por qué no empezamos, Brian? No queremos estar aquí más de lo necesario… Bueno, creo que tú sí quieres estar aquí. Da igual.

—¿Podemos empezar con las perspectivas de Imola? —preguntó el entrevistador, Brian Crowberry, ignorando la atrevida afirmación de Alex—. En ese momento, Revello sigue siendo el favorito.

—No por mucho tiempo —bromeó Kasper Ramsey, fingiendo una sonrisa burlona en mi dirección—. ¿No es así, colega?

—¿Te refieres a Diana? —replicó Miguel.

No pude evitar esbozar una pequeña sonrisa mientras todos se reían. Miguel me guiñó un ojo y creo que se me olvidó cómo sacar el aire de los pulmones. Recé para que no se notara.

La charla sobre Imola continuó. Reflexionamos sobre nuestros coches, sobre las conclusiones de Jeddah que nos llevaríamos a aquella carrera. Ese tema de conversación era seguro: sin controversias, solo hechos. Sin embargo, no duró mucho, porque pronto nos adentramos en territorio desconocido.

—Y, Diana, ¿cómo te va en este nuevo entorno, con esta gente nueva? ¿Cómo ha sido la experiencia?

Las cámaras dispararon sus *flashes* mientras yo hablaba con cautela:

—Todo va bien. No esperaba hacer tantos amigos aquí.

—Miguel, hemos oído que tú eres uno de esos amigos que Diana ha hecho, y además uno muy cercano —insistió Crowberry—. ¿Cómo es eso?

—Como tú y tus amigos, supongo —respondió Miguel riendo—. Quiero decir que, en algún momento de mi carrera como piloto, he llegado a sentarme con todos los chicos de esta mesa, incluso con el pequeño. No sé qué más quieres que te diga, aparte de que es un privilegio conocer a una piloto tan resistente.

—Gracias. —Las palabras salieron a la fuerza de mi boca mientras mi cerebro se bloqueaba.

—¿Y cómo fue aquella clasificación, aquella diferencia de milésimas de segundo tan emocionante? ¿Cómo te sentiste?

—Exasperado.

Todos nos reímos. No importaba contra quién compitieras, siempre odiabas la sensación de estar al borde del precipicio de aquella manera. Cualquier tonto lo sabía.

—Y tú, Diana, ¿en qué andas entonces? ¿Sigues celebrando tu primera carrera, tu primer podio en la F1, o ya estás centrada en lo que está por venir?

—Bueno… —Pensé por un momento—. Sinceramente, un poco de ambas cosas.

El astuto periodista sonrió. Genial, había dado en el clavo.

—Y los aficionados se mueren por saberlo. ¿Con quién lo has celebrado? Porque hasta ahora eres toda una mujer misteriosa.

—Y prefiero que siga siendo así. Mantengo mi vida personal en privado —respondí simplemente—. He estado celebrándolo conmigo misma y mi colección prohibida de discos egipcios, *kanafe* y una taza o dos de té.

Crowberry continuó:

—Pero si volvieras a subir al podio, Diana, incluso al P1, y pudieras celebrarlo como quisieras, tus *fans* quieren saber: ¿qué harías?

Reflexioné sobre ello durante un momento. Podría dar varias respuestas a aquella pregunta. Podría confirmar su corazonada de que, efectivamente, los discos prohibidos, el *kanafe* y el té serían suficientes. O podría ganarme al público y darles alguna primicia.

Notaba la mirada de Nic sobre mí.

—Podría inventarme cualquier cantidad de posibilidades locas —cedí finalmente—. Pero te diré que la próxima vez no lo celebraré yo sola. Mi próximo plan de celebración está más o menos decidido.

La multitud murmuró emocionada, haciendo especulaciones.

—¿Es eso cierto? —dijo Crowberry con una sonrisa burlona—. ¿Nos atrevemos a hacer alguna suposición?

Kasper me lanzó una mirada inquisitiva.

Me limité a encogerme de hombros.

«Mi pasatiempo favorito es volver loca a la prensa», había bromeado Nic durante la cena de la noche anterior. Tenía razón. Era muy divertido.

La conferencia terminó y mi teléfono vibró con un mensaje justo cuando nuestros equipos se separaban. Ya sabía quién era, pero mi

corazón dio un vuelco al comprobarlo de todos modos.

Nic Necci: Hemos arrasado.

Me eché a reír. Kasper me dio un codazo.

—Oye, ¿de quién estabas hablando con ese periodista?

Yo: Entonces, ¿vas a cumplir esa promesa?

—¿Es alguien de la parrilla? —continuó Kasper—. Diana, ¿estás saliendo con alguien?

No podía oír nada más que el caos de mi interior. Recordé la agradable voz de Nic en la gala:

—En la próxima carrera quiero salir contigo después. Imola es preciosa al anochecer.

—¿Tan seguro estás de que tendremos algo que celebrar? —le había respondido con tono burlón, tratando de ocultar mi nerviosismo.

No esperaba que me afectara con tanta fuerza. Debería haber estado eufórica, y sí, lo estaba. Sin embargo, una parte de mí se sentía extrañamente decepcionada. No sabía bien por qué, pero aquello me provocaba una ansiedad difícil de controlar.

Nic: No del todo. Porque, aunque ninguno de los dos subamos al podio, te voy a llevar a dar una vuelta igualmente.

Solté un pequeño suspiro y me mordí el interior de la mejilla para contenerme. Oh, sí, ahora sí que estaba pasando de verdad. Tranquilízate. Disfruta del triunfo.

—Ya sé. —Kasper estaba hablando al aire en ese momento, al menos hasta que me sonrió con aire burlón, con condescendencia reflejada en sus fríos iris azules—. ¿Planeas tomarte unas copas con Jolt después de nuestro próximo podio? ¿Por fin vas a aceptar mi oferta?

Puaj.

—Es que tengo otros planes —dije con indiferencia.

—Maldita sea. —Puso los ojos en blanco—. Debería haberlo visto venir. Por supuesto, si pudieras celebrarlo como quisieras, sería poniéndote de rodillas…

—¿Qué?

—… para ese gilipollas de De la Fuente.

Una ola de ira me invadió el pecho; allí mismo, en el vestíbulo del hotel, con todo el mundo y sus equipos de Relaciones Públicas mirándonos, agarré a Kasper Ramsey por el brazo, lo llevé a un rincón relativamente invisible y le susurré entre dientes:

—¿Quién te crees que eres para llamarme puta?

Kasper soltó una carcajada.

—¿Qué demonios te hace tanta gracia ahora?

—¿Por qué te enfadas tanto por esto?

Crucé los brazos, con el rostro impasible.

—¿Insinúas que voy a subir al podio prestando servicios a un hombre comprometido y esperas que me quede de brazos cruzados? Soy tan piloto de Fórmula 1 como tú, Kasper.

—Oh, Diana —se rio, dándome una palmada en el hombro mientras salíamos del rincón y volvíamos al vestíbulo. Me mantuve erguida para resistir el impulso de romperle la mano—. Estás tan alterada por De la Fuente que seguro que ya estás ocultando algo. ¿Es esa tu próxima celebración, entonces?

—Kasper, tú… —Bufé, pero el daño ya estaba hecho.

Era asqueroso. Necesitaría darme al menos cinco duchas para quitarme sus palabras de la cabeza.

«Estás tan alterada por De la Fuente».

Sí. Asqueroso.

16. Miguel

Siempre sentía escalofríos cuando me ponía las botas de carreras, sabiendo que el resultado de mi equipo ese día dependería en parte de mí. Al fin y al cabo, era casi una tradición en las carreras culpar al piloto antes que al equipo. ¿Cómo no iba a tener escalofríos?

Con los años, había aprendido a calmar los nervios mediante la rutina. Me dejaba el mono suelto por la cintura y me ponía la gorra blanca de Revello al revés, igual que solía hacer papá. Ponía la música a todo volumen en mis auriculares mientras empezaba a mentalizarme. Solo pensaba en la carrera, nada de charlas. En aquellos momentos en los que preparaban el coche, daba vueltas alrededor del R3-71 como un padre protector, sin decir nada, solo conectando con el motor, con el chasis. Se me erizaba el vello de los brazos cada vez, y en Imola no fue diferente.

Cuando mi ritual previo a la carrera llegaba a su fin, le hice un gesto de aprobación a Paula, que ya estaba preparando sus pantallas en la pared interior de mi garaje, y le dije lo mismo que le había dicho en todas las carreras en las que había sido mi ingeniera.

—Adelante, Pauli.

—Señoras y señores, bienvenidos al Gran Premio de Emilia-Romaña de 2022. La parrilla está lista y los pilotos están entrando en boxes. La pole *de hoy es para…*

La voz del locutor amenazaba con romper el vínculo hermético que siempre establecía con Paula, y solo con Paula, cuando comenzó la vuelta de formación. Nuestros coches dieron vueltas lentamente por la pista antes de acercarse de nuevo a la parrilla, alineándose en el orden determinado por la clasificación del día anterior. Afortunadamente, la *pole* seguía siendo mía. P2, Darien Cardoso-Magalhães. P3, Diana. P4, sorpresa, Nic Necci. Quizá su supuesto coqueteo con Diana fue la causa de aquel estallido de motivación que lo colocó por delante de Andrea, Kasper y Peter Albrecht, un

piloto de cada uno de los tres grandes equipos. Sentí un nudo en el estómago. Debía de ser por el desayuno italiano.

En cualquier caso, la carrera estaba abierta para cualquiera.

—Vamos a darlo todo, Miguel —dijo Paula—. A por el embrague.

Las luces se encendieron. Mis piernas temblaban nerviosas. Con un rugido que probablemente se oyó en toda Italia, se apagaron, y el Gran Premio de Imola arrancaba.

—En cabeza, Miguel, mantente en cabeza. Darien viene a por ti. Quiero que aguantes con cuidado.

Mi coche se adelantó, sacando unos metros al resto y posicionándose para un comienzo fuerte.

—Diana se está quedando atrás. Darien se está quedando atrás. Mantén un buen ritmo, por favor.

El caos de la salida llegó y se fue tras la primera vuelta. La parrilla se dispersó. Yo, Nic, Darien, Andrea, Diana, Peter, Kasper. Era una formación sólida, ideal para una buena carrera.

—Ahora tienes una ventaja de dos segundos. Dos segundos. Bien hecho.

Hasta la vuelta veintiuno, aguantamos. La ventaja era buena, pero entonces las cosas empezaron a cambiar cuando se abrió la ventana para las paradas en boxes.

—Darien está entrando en boxes —me advirtió Paula—. Ya casi es la hora, Mig.

—Sí, mis neumáticos están… acabados. No tienen agarre. Es difícil conducir.

—Aquí mismo. Box, box.

Entré en el *pit lane*, pasando por un badén que casi me da un susto de muerte. Yo mismo contaba los segundos, sabiendo que Paula también lo estaría haciendo.

—Darien ha salido. Nic acaba de salir. Tendrás trabajo que hacer.

Hicimos una parada de 2,5 segundos. Salí de boxes con el motor rugiendo, listo para la batalla. Podía olerlo. Lo necesitaba. Así era como yo corría.

—Sí, ahora es P1 Diana —dijo Paula con ansiedad—. Aún no ha entrado en boxes. Darien es tercero, Nic le ha adelantado al salir de

boxes y ahora tú. Hay una buena diferencia entre Alex y tú. Mantengamos esa ventaja y aumentemos el ritmo.

—¿Qué pasa con Diana? ¿No ha… no ha entrado en boxes?

—Neumáticos duros. Sin embargo, tiene poco agarre y poca velocidad. No será difícil para Darien y Nic alcanzarla. A menos que tú lo hagas primero.

Aceleré con fuerza para alcanzar a Darien por el exterior durante la vigésimo quinta vuelta. Me adelanté en la curva y me estremecí cuando el coche se desvió, peligrosamente cerca de chocar con el Heidelberg, pero lo conseguimos.

—Es la P3, Mig, la P3 —declaró mi hermana con orgullo—. Sigamos adelante.

En la vuelta treinta y dos, estaba codo con codo con Nic. Estaba al borde del asiento. Aceleré con fuerza. Él aceleró también. Pensé que íbamos a chocar. Las ruedas se alinearon, pero entonces lo vi, el más mínimo hueco en la curva. Si no lo aprovechaba, me quedaría atascado allí otra vuelta, por no hablar de que posiblemente perdería el puesto ante Nic.

—Aprovecha —me dije antes de acelerar y adelantarme.

—¡SÍ! —Oí un estruendo por la radio cuando Paula, presumiblemente, saltó de su silla—. Sigue así. ¡*Vamos*, *tío*, P2, demostrémosles lo mucho que lo deseas!

—¡SÍ! ¡ARRIBA!

Y lo hicimos. Estábamos a punto de alcanzar a Diana en las siguientes cinco vueltas. Íbamos a por Jolt Archambeau con todo.

—Cuidado con la chicane. Mantente con Diana —ordenó Paula.

Las chicanes, una serie de curvas rápidas, podían ser decisivas. No podíamos permitirnos fallar.

Desaceleré para igualar a Diana, tomando la curva con buen agarre. Y fue entonces cuando todo se convirtió en el mayor desastre que había visto en mi vida.

Diana, que iba delante de mí, tomó la chicane a la perfección, pero, de repente, su rueda delantera izquierda se bloqueó. Con neumáticos duros, era un suicidio. Su coche se salió de la pista al instante. No tuve más remedio que dar un volantazo, lo que me hizo

perder de vista a los pilotos que tenía delante, y lo último que vi fue el JA76 de Diana saliéndose de la curva.

—¡MIERDA! —gritó Paula—. ¡Adelanta YA, Mig!

—¡JODER! ¡JODER! ¿QUÉ HA PASADO? —grité mientras obedecía.

—Has evitado la colisión. P1, Miguel, coche de seguridad fuera. Continúa según las instrucciones. Es bandera roja.

—¿Qué ha pasado? —repetí—. ¡Estaba PATAS ARRIBA, Paula! Necesito saber si Diana está bien. ¿Ha chocado contra el muro, ha quedado fuera o qué?

Mi corazón latía a mil por hora. Solo había visto el coche de Diana dar vueltas de campana. Necesitaba saber más. Aunque era consciente de que tenía que seguir adelante, que parar no era una opción para nosotros. Pero ¿qué demonios acababa de ver? Se me cortaba la respiración al pensar en ella colgada boca abajo en su coche o algo así. Un incendio. O algo peor.

—Miguel, no he captado esas imágenes, no lo he visto. No puedo decirte qué está pasando —intentó responderme mi hermana.

Se oyó un crujido mientras se ajustaba los auriculares. Y luego una nueva voz: la de Jatziry.

—¿Está… está bien? —le susurró a mi hermana. Me di cuenta con sorpresa de que Jatziry nunca antes había visto un accidente de F1 en directo—. ¿Miguel está bien?

—Miguel está bien, pero… —Hubo una pausa en la tranquilidad de Paula—. En cuanto a Diana, no estoy segura. No lo sé.

Al poco tiempo, detuve el coche en boxes y lo aparqué completamente torcido antes de salir disparado de la cabina y correr hacia el garaje sin siquiera quitarme el casco.

—¿¡Tienes las imágenes, Paula!? —grité, con la voz quebrada. Apenas me creía capaz de hablar. Mis piernas… era como si ya no me obedecieran.

—Las mostrarán en cuanto tengan noticias de Diana —me aseguró Cristo.

Pero aquello no sirvió para calmar mi ansiedad. Los siguientes veinte minutos transcurrieron de forma angustiosa; a cada momento, lo único en lo que todos pensábamos era en lo peor.

Cuando se tardaba tanto en publicar las imágenes, nunca podía ser nada bueno. Nunca.

Y, finalmente, apareció en la televisión. Nos apiñamos alrededor de la estación de ingeniería para verlo, y lo que vimos nos dejó horrorizados.

Parecía como si el accidente estuviera ocurriendo a cámara lenta. Aquella única rueda se detuvo y el coche derrapó antes de volcar, con una lluvia de chispas al aplastarse el arco de seguridad bajo la fibra de carbono y el halo chirriando contra el asfalto. Golpeó la barrera TecPro, rebotó contra ella y, a ciento cincuenta kilómetros por hora, se deslizó hacia la grava que separaba la pista de las vallas, acabando boca abajo con un crujido espantoso.

—Oh, Dios —susurré apenas.

Ahora se mostraba la retransmisión en directo. Los equipos seguían luchando por sacar el coche de la grava mientras una ambulancia abandonaba el lugar. Bajo las imágenes aparecía una banda informativa que decía que la valla de seguridad había evitado que los escombros que habían salido volando causaran daños a los aficionados en la tribuna y, en cualquier caso, las primeras filas habían salido corriendo más o menos en el momento en que el coche se había dirigido hacia ellas. Cuando el JA76 emergió de los restos, se produjo un grito ahogado colectivo. Le faltaban las cuatro ruedas, la parte superior que incluía el arco de seguridad, el alerón delantero y trasero, y parte del chasis.

—¿Qué hay de Diana? —pregunté casi suplicando a cualquiera en la sala que pudiera darme una respuesta.

Paula negó con la cabeza y se volvió hacia nuestro director de equipo.

—La están trasladando al hospital —informó Cristo—. Al parecer, podría estar consciente, aunque muy débil.

Una parte de mí sabía que estar consciente era simplemente otro castigo. Si Diana estaba despierta, tendría que revivir el recuerdo de aquel accidente de pesadilla durante el resto de su vida. Recordaría cada segundo.

No supimos nada más, pero retiraron los restos del accidente y la carrera se reanudó, con salida parada en la parrilla. Mis esfuerzos

dieron sus frutos. Crucé la línea de meta en primer lugar. Pero después de un accidente como aquel, un accidente que había dejado sin aliento a todos los espectadores, no sentí lo mismo. Me recordó al incidente de Eddie Palomas y no sabía cómo reaccionar.

—Es la P1, Miguel, la P1.

—Buen trabajo, chicos. Muy bien hecho.

Mi celebración fue moderada, incluso insulsa.

—¿Alguna noticia de Diana? —pregunté. Era lo único en lo que podía pensar, lo único en lo que todos podían pensar.

—El hospital dice que sigue consciente. No hay más información. Todo va bien, Mig —intentó consolarme Paula.

Y, sin embargo, incluso mientras rociaba a Nic y Darien con champán, no me sentía orgulloso de cómo había ganado. Me bajé un poco más la gorra del podio y me retiré tras las entrevistas obligatorias. Me quedé en silencio mientras me encerraba en mi habitación personal, lo que sabía que era muy anormal en mí, y solo le susurré unas pocas palabras a una Jatziry legítimamente preocupada, recordándole que estaba bien. Mi equipo me dejó tomarme mi tiempo, porque aún tenía que enfrentarme a los medios de comunicación en la zona de televisión al salir del complejo del circuito.

Aquello era la Fórmula 1. Ganar era muy gratificante. Te elevaba al estatus de leyenda, te emocionaba, encendía todos los átomos de tu cuerpo.

Sin embargo, lo que no te decían era lo mucho que dolía ganar a costa de otra persona.

17. Diana

Cuando por fin me dieron el alta en el hospital de Bolonia —a donde me habían llevado en helicóptero con más dramatismo del necesario—, me hundí en el asiento trasero del coche de empresa. No sentía ni las piernas ni el cuello, aturdida por los analgésicos, y me dejé arrastrar de regreso al hotel como una niña que sabe que ha hecho algo mal.

Fue un largo paseo de la vergüenza, sin final a la vista. El camino hasta el hotel, la forma en que los vítores de los aficionados se difuminaban en ruido blanco. Subí en ascensor a mi habitación. Cerré la puerta con llave y me senté en el suelo.

Repasé una y otra vez las letras de *RAMISSA* en mi mono, recordando cómo había estado en sintonía con el coche hasta que algo se torció y, de pronto, ya no lo estaba. Veía el cielo y el suelo, el cielo y el suelo, y luego quedé atrapada, con la cabeza martilleándome, rogando desmayarme mientras mi ingeniero me gritaba órdenes por los auriculares. Las piernas entumecidas me dejaban con el miedo de que, una vez saliera de ese coche, mi carrera en la Fórmula 1 habría terminado tan pronto como había empezado.

Recé para que mis padres se hubieran perdido aquella carrera. Escondí el móvil detrás del televisor para no tener que hablar con Ammi si llamaba.

Cuando me levanté, finalmente me quité el mono. Me arranqué la camiseta térmica Nomex de manga larga que llevaba debajo. Abrí el grifo de la ducha al máximo y me puse bajo el chorro de agua fría, para deshacerme de toda la culpa y la vergüenza. O, al menos, eso intenté.

Sí, solo había sido un accidente. No era el fin del mundo. Pero no podía evitar pensar que, aunque fuera un fallo del coche, yo podría haberlo evitado. Podría haber hecho algo para salvarlo y, en cambio, como una idiota, me quedé paralizada y permití que ocurriera el

accidente, dejando que el coche sufriera daños por valor de millones de dólares. Era tan nueva en Jolt que no podía permitirme perder mi asiento.

Ya había trompeado antes, pero nunca de manera tan grave. Dejé que el agua fría me devolviera a la realidad de la situación. La repetí en mi cabeza una y otra vez.

El coche se tambaleó, dando vueltas hasta que mi cabeza se echó hacia atrás al chocar contra el TecPro y acabé boca abajo, con el arco antivuelco tirado en la grava a mi lado y el cuello apenas capaz de sostener la cabeza. Estaba al borde de las lágrimas, pero no salían, mientras oía grito tras grito por la radio de Aiden, y yo intentaba con todas mis fuerzas articular palabras. «Estoy bien», logré decir, aunque era mentira. Cada centímetro de mi cuerpo parecía haber sido desmontado y vuelto a pegar con cinta adhesiva lo más deprisa posible. No podía moverme, si era por *shock* mental o por algún tipo de lesión medular, no lo sabía ni quería averiguarlo.

Parecería una idiota, una mujer descuidada y atolondrada en la F1, que se había negado a detenerse cuando parecía que algo iba mal, que no pudo controlar el coche cuando algo salió mal. Había estado en cabeza. Podría haber sido mi primera victoria. Y sin embargo…

Recordé a la chica cuyo casco había firmado. *Nunca dudes de ti misma*. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Me puse una vieja camiseta del Archambeau Junior Team que me quedaba enorme y tenía los bordes deshilachados, con unos pantalones cortos de correr, y me acurruqué en el sofá, envuelta en una manta *sherpa* que había traído de casa. Encendí la televisión y accedí a la función de vídeo bajo demanda, inicié sesión en la retransmisión de carreras. Busqué «Fórmula 1». Seleccioné el Gran Premio de Emilia-Romaña.

Y lo vi.

Era mi accidente una y otra vez. Trompo, vuelco, TecPro, vuelco y grava. Me cubrí la cara con la manta y gemí al oír al comentarista analizándolo todo.

—Y este es el accidente, cuyas imágenes acaban de publicarse ahora que sabemos que Diana Zahrani está de camino al hospital.

Absolutamente terrible. Mientras intenta girar para evitar el choque y salvar el coche, la rueda se rompe; el monoplaza da vueltas de campana y acaba volcando junto al TecPro. Se puede ver que el halo hace exactamente lo que tiene que hacer. Pero, aun así, nunca había visto nada igual. Qué final tan increíble para la carrera de Zahrani en Imola.

Sonó el pitido de la radio entrante. Después mi voz temblorosa:

—Por… por [pitido] el amor de Dios. Lo… lo siento.

—¿Estás bien, Diana?

—Sí.

—Diana, ¿estás bien?

—Hay algo mojado en… el coche.

—Espera. Espera, Diana.

—No siento… no siento las piernas.

—El equipo médico está de camino.

Hay un cambio de cámara. Desde la de Miguel, se ve cómo mi coche se sale de la chicane a pocos centímetros del suyo. No se ve nada más, porque acelera justo antes de que los restos vuelen y arruinen su carrera.

—¡JODER! ¡JODER! —gritó—. *¿QUÉ HA PASADO?*

—Has evitado la colisión —respondió la voz de Paula—. *P1, Miguel, coche de seguridad en pista. Continúa según las instrucciones. Es bandera roja*.

—¿Qué ha pasado? —Su voz sonaba distorsionada, como si hubiera un enjambre de abejas—. *¡Estaba PATAS ARRIBA, Paula! ¡Necesito saber si Diana está bien!*

No recuerdo el resto de lo que vi, cómo me sacaron del coche y me subieron a la ambulancia. Una parte de mí ni siquiera quería mirar. Aquel deporte era despiadado; las expectativas, aplastantes. Cuando eras mujer, te exigían el doble que a los demás. «¿Qué queréis de mí?», ojalá pudiera preguntarles. La respuesta era estúpida y obvia: más. Más, incluso si estás en el hospital con una máscara de oxígeno en la cara, recuperando el aliento después de bailar con la muerte.

«Se arriesga mucho. Es agresiva. Juega de una forma que ninguno de nuestros pilotos ha hecho antes. Si hay mucho en juego, Diana

va a por ello de todos modos», había dicho Cavanaugh en la rueda de prensa que Jolt había celebrado poco después de ficharme. Yo no estaba allí, pero había visto todos los vídeos. Porque para mí el listón no solo estaba alto, sino que, como siempre, era altísimo, monumental.

En la pantalla, la carrera continuaba. Mi coche fue retirado de la pista, su carrocería destrozada fue sacada de la grava con una grúa justo delante de las vallas. Aunque apenas se distinguía en la pantalla, pude ver cómo los nombres de mis padres se habían raspado en el halo. Y pensé: «Maldita sea. Podrías haberlo hecho mejor».

El ritmo no disminuyó tras mi accidente; la carrera volvió a arrancar con una salida en parado. Miguel terminó en primera posición. Nic quedó segundo, lo que me hizo sentir inmensamente orgullosa de él. Darien quedó tercero. Al parecer, Kasper no había sido capaz de aprovechar el hueco que yo había dejado y subir al podio.

Escuché la radio cuando Miguel cruzó la línea de meta.

—Es el P1, Miguel, el P1.

—Buen trabajo, chicos. Muy bien hecho. ¿Alguna noticia de Diana?

—El hospital dice que sigue consciente. No hay más información. Todo va bien, Mig —dijo Paula, con un tono de ansiedad aún presente en su voz.

Se oyó un crujido que sonó como un suspiro por parte de Miguel.

—Sin Diana no es lo mismo, Pauli. Nada.

—Lo sé —respondió ella—. *Pero esto es una carrera.*

No sabía español, pero el peso inquietante de sus voces por la radio me hizo levantarme y alejarme del televisor. Deseé que Nic estuviera allí, lo que me habría encantado si no fuera por el segundo puesto que había conseguido y mi vigésimo. El demonio competitivo que llevaba dentro gruñó para que me regodeara en mi fracaso. No merecía celebrar el éxito de Nic, ni debía hacerlo.

Saqué el móvil de detrás del televisor: llamadas perdidas, la mayoría (cuarenta y nueve) de mi madre, algunas (tres) de Ramsey, una de Cavanaugh y un mensaje amable de Nic.

Nic: ¿Cómo estás? ¿Necesitas que suba?

Suspiré. Él sabía cómo iban aquellas cosas porque, al fin y al cabo, había tenido algunos incidentes similares la temporada pasada. Solo necesitaba tiempo para recuperarme, para procesar mi situación.

Me avergonzaba admitir que deseaba que no fuera solo Nic quien se preocupara por mí, de entre todos los pilotos de la parrilla.

Yo: Estoy bien. Tengo una lesión en la cabeza, latigazo cervical o algo así. Querían que pasara la noche allí, pero ya sabes que no lo habría hecho. Y gracias, estoy bien. Solo tengo que, ya sabes…

Nic: Repasar lo que pasó por tu cuenta.

Yo: Sí. Lo siento mucho. Sé que teníamos planes.

Nic: No te preocupes. Me alegro de que estés bien. Descansa. No quiero verte desorientada en la próxima carrera.

La risa que se me escapó hizo que mi cuello protestara inmediatamente, haciéndome estremecer. Saqué una botella de agua fría de la mininevera y la presioné contra mis vértebras superiores. Uf.

Yo: JA. No lo estaré. Buenas noches y enhorabuena, Nic. Estoy impresionada.

Antes de que pudiera comprobar si Nic me había respondido o si tenía mensajes de alguien más, unos golpes en la puerta desviaron mi atención de la pantalla del móvil. Bajé el volumen de la carrera en la televisión. Casi todo el mundo sabía que había que dejar a una piloto humillada a solas, pero al parecer alguien no había recibido el memorándum.

Abrí la puerta con cautela, recelosa de parecer una adolescente angustiada. Parpadeé para sacudirme el aturdimiento del latigazo cervical y ver el rostro de mi visitante.

Miguel de la Fuente me devolvió la mirada.

—¿Diana?

—¿Miguel? —Su nombre salió como un susurro. ¿De verdad mi voz sonaba tan mal?

—Lo siento, sé que tienes que quedarte en tu propio espacio mental y meditar estas cosas, pero solo quería asegurarme de que estabas, eh…, bien. —Me tendió una pequeña bolsa de papel—. No sé exactamente qué te gusta, pero creo que dijiste algo en la conferencia, y esto es todo lo que pude encontrar.

Acepté la bolsa de papel con cautela y la abrí para descubrir un plato con tapa. Una sonrisa se dibujó en mis labios. Una porción de *kanafe*, ese pastel de Oriente Medio que había mencionado en las entrevistas. Mi favorito.

—¿Dónde lo has conseguido?

—Hay un pequeño local familiar en la ciudad que los hace. —Miguel se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros con torpeza.

Me hizo gracia ver cómo aquel agresivo piloto, aquel típico macho alfa de la F1, se presentaba ante mí como un cachorro asustado, vestido con vaqueros rectos y una chaqueta cortavientos del equipo. Todavía tenía el pelo erizado por llevar el casco, que le asomaba por debajo de las orejas. Parecía que no se había afeitado en todo el fin de semana. Tenía las cejas fruncidas por la preocupación y sus profundos ojos marrones me analizaban en busca de lesiones superficiales. Sus manos se movieron hacia los bolsillos de su chaqueta, adornada con el escudo de Revello y un puñado de patrocinadores.

—Gracias. —Sonreí, pero lo hice con demasiada fuerza. Se convirtió en una mueca cuando mi cabeza comenzó a latir con furia. Apreté con más fuerza la botella de agua.

—¿Estás herida? —preguntó Miguel. Sus ojos volvieron a ponerse como los de un cachorrito.

—Un latigazo cervical. Nada grave.

—Y… ¿eso que se oye es la carrera?

—Tal vez.

La expresión de Miguel se volvió casi de lástima.

—Oh, Diana, ¿por qué? Apágalo. Apágalo.

A regañadientes, pulsé el botón de apagado del mando a distancia.

—Está bien. —Levanté la bolsa que contenía el *kanafe*—. Pero dime, ¿has cruzado toda la ciudad para esto?

Miguel se limitó a encogerse de hombros.

Le miré.

—Entra. También tienes derecho a comer un poco.

—Bueno, en realidad nunca lo he probado.

—¿Y?

—No puedes garantizarme que me vaya a gustar —señaló Miguel, aunque entró de todos modos. Me di cuenta de que estaba bromeando, tratando de animarme, aunque cualquiera que se precie en el mundo de las carreras sabe que nada puede sacarte del abismo excepto la práctica, las interminables y tortuosas vueltas en el simulador.

—No lo sabrás si no lo pruebas. —Volví a encender la televisión a escondidas—. Bienvenido a mi fiesta de la autocompasión.

18. Miguel

Conocía muy bien aquella fiesta de autocompasión de Diana.

Cuando entré en la Fórmula 1, aprendí el peso aplastante de la verdadera humillación pública. La primera vez que me estrellé en una carrera, perdí completamente el rumbo. Les pasaba a los mejores. La cagábamos, nos encerrábamos en las habitaciones de hotel, y comíamos, llorábamos y analizábamos en exceso. Entrábamos pensando que éramos la excepción y, como Diana, como cualquier ser humano con conciencia, nos derrumbábamos un poco.

Vale. Mucho.

Quizá fue una estupidez unirme a Diana, o que ella me dejara, o lo que fuera, pero me sentía fatal por ella. Su accidente me escocía tanto como mi primer choque en la F1 y, francamente, no podía disfrutar de la victoria sabiendo que se debía en parte a que alguien había sufrido un accidente casi mortal sin culpa alguna.

Diana dejó su pastelito en la mesa de centro. Me fijé en que había vuelto a encender la televisión. Por enésima vez aquel día, me quedé boquiabierto ante la pantalla mientras se reproducía el accidente desde mi punto de vista.

—Tienes suerte de que no te llevara por delante. —Diana me leyó la mente mientras colocaba dos servilletas para evitar que cayeran migas de *kanafe* sobre la mesa.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Mi supervivencia se debe únicamente a cómo giraste en el trompo.

Suspiró. Supuse que no podía sacarla de aquello elogiando su manejo de la situación.

—No siempre hago todo bien, Miguel.

—No hiciste nada mal en esto —respondí en voz baja—. Y para que conste… Nadie hace todo bien.

Diana asintió ligeramente, luego sacó el *kanafe* de la bolsa y lo partió en dos sobre las servilletas, ofreciéndome una mitad.

—Toma.

Lo acepté y nos sentamos en el sofá, donde la televisión emitía un análisis detallado del accidente.

—No es algo de lo que puedas escapar. Todo el mundo mete la pata tarde o temprano.

—¿Cuándo la metiste tú?

Reflexioné.

—Gran Premio de Austria, 2019. Mi primera temporada, estaba con Scuderia Vittore. Con Nic. Una competencia feroz, Nic Necci, ambos jóvenes e imprudentes. Por aquel entonces era un equipo de fondo de parrilla, así que normalmente al público le importábamos un comino, pero cuando hice un trompo, fue horrible. Todo lo que había hecho era para conseguir un puesto mejor, un puesto en Revello, y pensé que lo había echado todo a perder. Pensé que era la pesadilla de toda la maldita parrilla. Pedí cinco *pizzas*, cerré con llave para que mi preparador físico no se enterara… —Diana se rio, haciéndome reír también—. Puse Guns N' Roses a todo volumen como un emo de secundaria y vi repeticiones de carreras toda la noche.

No dije nada sobre la presión. Era demasiado intensa, demasiado dolorosa como para admitirla ante nadie. Recuerdo sentir que no era digno de mi propio apellido, que nunca estaría a la altura de la sangre que corría por mis venas. Y eso era demoledor. Las carreras eran demoledoras.

Diana asintió.

—Todos somos iguales, ¿no?

—Sí. En cierto modo, lo somos.

Masticó un bocado de *kanafe*, pensativa.

—Esto está muy bueno.

—¿De verdad? —Arranqué un trozo del mío—. Pues allá voy.

Me lo metí en la boca. Era… algo nuevo. Como un queso con sabor a nueces, crujiente y cremoso, todo eso y más.

—Tienes razón. Está delicioso.

—¿A que sí? —Diana dio otro bocado—. ¿Y qué es eso de «secundaria»?

Casi se me cae la mandíbula. La forma en que pronunció esas palabras, como si fueran de un idioma que nunca había oído, me dejó perplejo.

—¿No sabes qué es secundaria?

—Bueno, no somos saudíes. Mi padre es egipcio y mi madre persa. Baba es copto ortodoxo y Ammi zoroastriana, así que no podía ir a una escuela musulmana. Fui a la misma escuela de expatriados desde primero hasta duodécimo —me explicó.

—¿Como… un internado?

—Sí, excepto que no vivía allí.

—Entonces no era como un internado.

Me lanzó una mirada.

—Más bien como las academias de los conventos, entonces.

—Vaya. Te perdiste los horrores de la educación pública —le dije en tono burlón.

En el fondo tenía su gracia que yo hubiera acabado en una escuela pública canadiense. Supongo que fue porque era tan mal estudiante que jamás podría ser el primero de la clase, como Paula, y ningún internado estaba dispuesto a aceptar mis notas desastrosas ni mi obsesión con el *karting*. Aunque la escuela pública era genial. Pasaban cosas raras a menudo. Una vez, un chico corrió desnudo por los pasillos con una pipa en una mano y un porro en la otra.

—En fin. —Se subió la manta hasta la barbilla, ocultando el logotipo de su camiseta: el equipo juvenil de Jolt—. ¿Cuándo lo superaste? —me preguntó—. ¿La humillación?

—¿Es un cliché decir que todavía la siento? —respondí—. Siento vergüenza todo el tiempo. Cometo un solo error y, de repente, los medios se me echan encima. Es que, no sé, te hace sentir tan…

—Impotente —dijo Diana, haciéndose eco de mis pensamientos—. Solo.

Exhalé, un suspiro pesado cargado con el peso del deporte que me daba vida y me envenenaba lentamente.

—Sí. Solo.

De fondo, me oí hablar en la pantalla. «*No es lo mismo*», decía por la radio. «*Sin Diana no es lo mismo*».

No crecí usando el español. En Canadá me obligaron a aprender francés por ser quebequés, un idioma con el que Paula nunca llegó a conectar. Más que nuestros padres, fue Paula quien me educó en esos aspectos. «*¡En inglés no!*», ordenaba con todo el fervor de una profesora frente a la pizarra. «*¡Dímelo en español!*».

A pesar de sus esfuerzos, el español solo salía cuando estaba estresado, enfadado o emocionado. A veces ocurría por la radio durante las carreras, porque lo que quería decir simplemente no se podía expresar en inglés.

—¿Qué significa eso? —preguntó Diana. Era una pregunta inocente, pero para mí tenía mucho peso.

Observé cómo llegaban los coches, matando el tiempo antes de tener que responderle en aquel juego de preguntas que se volvía cada vez más peligroso.

—Dije que no es lo mismo sin Diana —traduje finalmente—. Y Paula dijo que lo sabe. Pero que así es la carrera. Así funciona.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Ninguno de los dos habló durante un largo minuto.

Como si percibiera la tensión, Diana agarró el mando y cambió de canal.

Ni siquiera estaba seguro de a qué lo había cambiado, pero cuando apareció algo nuevo, lo reconocí inmediatamente. Me eché a reír.

—¿*Vacaciones en Roma*, Diana?

—¡No sabía qué otra cosa elegir así tan rápido! —protestó.

Ambos nos quedamos en silencio para escuchar la película, por muy distorsionada que sonara. Me incliné hacia el altavoz y, al poco tiempo, me di cuenta de lo que teníamos entre manos.

—¿En italiano?

Por fin, Diana estalló en carcajadas y se dejó caer en el sofá, sorprendida.

—¡Oh! ¡No entiendo ni una palabra!

Ella y yo nos desternillamos mientras Gregory Peck y Audrey Hepburn conversaban en un italiano mal doblado. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto. La Fórmula 1 era correr, correr y correr

todo el tiempo. Me había olvidado de lo que era parar y reírme de verdad por una estupidez, no para quedar bien, no porque tocara.

—¡Todo está en italiano! —exclamé—. ¡No sabemos nada de italiano!

—¡Estás en un equipo italiano! ¿Cómo que no sabes italiano? —me reprendió Diana mientras jadeábamos para recuperar el aliento.

Pensé que ella también se estaba desternillando de risa, hasta que abrí los ojos y me di cuenta de que estaba sufriendo.

Apretó los ojos con fuerza.

—Mierda, tío. Pásame las medicinas del tocador.

—¿Qué… para la cabeza? —Me puse serio de inmediato, cogiendo el frasco lo más rápido posible.

Un vistazo rápido reveló la respuesta a mi pregunta. Eran analgésicos recetados muy fuertes, mucho más que para un simple dolor de cabeza.

—Diana, ¿qué pasó realmente? —Era mi turno de interrogarla—. ¿El coche…? ¿Tuviste una fuga de combustible, hubo fuego? ¿Te quemaste? Sabes lo peligroso que puede ser, es…

—No —me aseguró con expresión de dolor—. No tuve ninguna fuga de combustible, ni quemaduras, no te preocupes.

—Entonces, ¿qué…? —Mi mente recopiló todos los detalles del accidente. El arco de seguridad roto, un pequeño trozo que no pudieron encontrar. La radio de Diana: algo en el coche estaba húmedo, y no era combustible. De repente, todo cobró sentido. Me volví bruscamente hacia Diana, con la cabeza palpitándome al comprender la gravedad de lo que podría haber pasado en aquel coche—. No fue solo un latigazo cervical… ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No es nada. Una parte del arco de seguridad me golpeó y…

—¿Dónde?

Diana suspiró pensativa, como si estuviera debatiéndose entre seguir adelante o no. Luego se giró para darme la espalda y se echó la larga coleta de pelo negro por encima del hombro con una mano, mientras con la otra se bajaba el cuello de la camiseta. Allí, justo debajo de las vértebras cervicales, había una gran almohadilla de vendaje pegada a la piel, que empezaba a empaparse.

Un pequeño grito escapó de mis labios.

—Diana…

—No pasa nada. Me han dado puntos. Estaré bien.

—Bien… —repetí incrédulo. Se le había clavado una parte del arco de seguridad. Eso podría haberle destrozado la médula espinal. ¿Cómo iba a estar bien?—. Tu vendaje está mojado.

Se soltó el pelo, con rizos y mechones rebeldes, muy diferente del *look* pulido que solíamos ver en los grandes premios y las ruedas de prensa. Mientras se arreglaba un rizo rebelde, me fijé en un tatuaje en el lateral de su muñeca: un halcón, parecido al que llevaba en la parte trasera del casco.

—Sobreviviré.

—Se supone que debes cambiarlo cuando se ensucia.

—¿Cómo lo sabes, doctor De la Fuente?

Arqueé una ceja.

—Cualquier piloto lo sabe.

Diana me miró con expresión exasperada.

—Está bien. ¿Me puedes ayudar? No puedo alcanzarlo.

—No, no te voy a ayudar.

Ladeó la cabeza.

—Es broma. Vamos. ¿Dónde está el vendaje que te dieron?

—En la encimera de allí.

Tomé la gasa nueva y la cinta adhesiva. No me daba miedo la sangre ni ningún tipo de herida; de hecho, estaba muy acostumbrado a ellas. Pero me temblaban un poco las manos cuando me di cuenta de que aquello no era tan sencillo como curarme un corte en el brazo. Se trataba de Diana, que de alguna manera estaba soportando el hecho de que una parte de su propio coche la había empalado y le había dejado una herida en el cuerpo. Fui a lavarme las manos muy bien antes de volver con Diana, que estaba preparada con instrucciones.

—Me han dicho que…

—Centrar la gasa, no tocar el interior, pegar con esparadrapo los cuatro lados. Lo sé, no te preocupes —le dije mientras me sentaba detrás de ella en el sofá—. Mueve el pelo otra vez.

Se echó los rizos por encima del hombro, pero se le escapó un mechón. De la forma más torpe posible, lo aparté a un lado con el resto, de modo que su piel desnuda quedara expuesta ante mí, evitando tocarle la espalda en la medida de lo posible para que aquello no se volviera más íntimo de lo necesario. Me avergoncé de mí mismo. Por supuesto, no podía hacer aquello con normalidad.

—Estás actuando de forma extraña, ¿no, Miguel? —Parecía leerme la mente. Era exasperante.

—No, yo solo…

—Miguel, no es para tanto. Necesito tu ayuda. Y tú eres quien me ha dicho que debería cambiarme el vendaje.

—Vale, vale.

Empecé a quitar el esparadrapo con mucho cuidado y muy despacio. La piel de Diana era tan suave que pensé que la estropearía si tiraba.

—Ya casi está.

—Tíralo y pon uno nuevo.

—Lo sé.

—Ajá.

Para ser sincero, estaba un poco asustado. Sé que había dicho que normalmente no me afectaba, pero la herida que atravesaba la parte inferior del cuello de Diana era aterradora. Su saludable bronceado se había vuelto más pálido alrededor de la herida, lo que no podía ser nada bueno, y el corte en sí estaba cerrado con, si no me equivocaba, casi doce puntos. Arranqué el resto del esparadrapo y quité el vendaje, centrando el nuevo rectángulo sobre los puntos. Lo pegué por los cuatro lados, tal como me habían enseñado sobre primeros auxilios básicos cuando era adolescente. Mis dedos se quedaron suspendidos sobre mi chapucero trabajo durante un segundo más, antes de decidir que era mejor dejarlo y bajar las manos.

—Gracias.

Diana se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro, de modo que le cayera por la espalda. Sin maquillaje ni ropa elegante, sin ningún tipo de *glamour*, estaba aún más impresionante. Nic tenía suerte. Mucha mucha suerte.

Nos sentamos de nuevo en el sofá y Diana se limpió algo de la mejilla.

—¿He arrancado el esparadrapo con demasiada fuerza? —pregunté nervioso.

Soltó una risa entre sollozos.

—No.

—¿Qué pasa?

Diana se acurrucó con las rodillas contra el pecho y me miró con lágrimas en los ojos.

—¿Sabes por qué las mujeres no se dedican a este deporte? Porque nadie quiere patrocinarnos. Vendemos nuestra… nuestra reputación a los patrocinadores. Nos aíslan del resto en esta carrera de ratas. Y aun así quieren más de nosotras. Solo con este accidente, solo uno, dirán que soy incompetente. Miguel, la pista es lo que es. Pero yo lucho contra mí misma cada minuto de cada día.

—Diana… —La sostuve por los hombros. La falta de fe en sus ojos era asombrosa. ¿Era eso lo que les hacíamos a nuestras mujeres? ¿Las incapacitábamos con tantas expectativas que se derrumbaban por su propia culpa?—. Eres extremadamente competente. Tu primera carrera fue un podio. Muy pocos pilotos pueden decir lo mismo. Y no fue culpa tuya, ¿me oyes? No podías haber evitado ese tipo de colisión. Pero no necesitas que yo te diga nada de esto. Ya lo sabes. Quiero que dejes de preocuparte por los demás y te centres en lo poderosa que eres. Los accidentes les pasan a todos los pilotos poderosos. Los mejores son los que pueden olvidarse de eso, volver a la pista y ganar.

Ambos nos quedamos en silencio durante un momento. Entonces, Diana dijo:

—Creo que necesitaba oír eso.

—Estoy de acuerdo.

—No estoy sola.

—No lo estás. Tienes familia, amigos. —Quería decirle: «Me tienes a mí».

Diana se secó las últimas lágrimas. Hizo ademán de frotarse los ojos, pero le aparté la mano de un golpe.

—No lo hagas. Necesitas tener buena vista para conducir, ¿recuerdas?

Soltó una risa escéptica. Tras una pausa, dijo:

—No suelo hablar de esto, porque los medios lo convertirían en mi gran punto débil, pero confío en ti y…

Lo capté enseguida.

—Tu familia. Nunca los he visto en tu autocaravana. ¿Tus padres están…?

—No, nada de eso —me aseguró—. Es solo que… mi padre tuvo un accidente justo antes de que yo empezara en la F3. Está paralizado de cintura para abajo. No puede caminar, no puede hacer muchas cosas que damos por sentadas. Mi madre lo cuida las veinticuatro horas del día. Es un milagro que el dinero de mi patrocinador en aquel momento fuera suficiente para que ambos pudieran vivir cómodamente sin trabajar. Eso es lo más importante. Pero, desde entonces, no han podido venir a mis carreras y… son mis padres. El hecho de que no puedan verme correr… cuando todos los demás me dieron la espalda, ellos se quedaron a mi lado, Miguel. Así que, desde la F3 lo he pasado mal. Los echo de menos. A veces no sé en quién más creer.

Me imaginé volviendo a mi garaje: sin Paula, sin mamá, sin papá. No podía.

—Eso es… Lo siento mucho.

Diana se recostó en el sofá.

—Gracias. Pero no quiero compasión. Quiero aliviar el dolor. Lo cual estoy consiguiendo ahora, pero aun así…

—Te diría que bebieras alcohol, pero no queremos que te metas en drogas, te desmayes y montes un escándalo.

—¡Oh, no! —Se rio entre bostezos.

Una parte de mí deseaba poder aliviar el dolor de Diana. Quería darle un abrazo y hacerle saber que podía confiar en mí, que la apoyaría sin importar lo que pasara. Ni siquiera sabía muy bien por qué. Podía ser una persona poco cariñosa, una persona frustrante a veces. Pero sabía que habría golpeado sin pensarlo dos veces al primer periodista que le preguntara a Diana cómo se sentía respecto a su carrera después del accidente. No podía entender cómo todos

los que interactuaban con aquella brillante mujer no sentían lo mismo por ella.

Pensé en ello durante unos minutos, mientras veía *Vacaciones en Roma*. Tardé un rato en darme cuenta de que Diana se había quedado dormida.

Estaba roncando, recostada contra mi lado izquierdo, agotada por lo que debía de ser el día más largo de su vida. Me levanté lentamente, le coloqué con suavidad la cabeza sobre una almohada para que quedara de lado y la cubrí con la manta. Apagué la televisión.

—No estás sola —le susurré, aunque sabía que no me oiría.

Me detuve un instante a mirarla. Parecía tranquila, plácida… Aunque roncaba como si una motosierra y una cabra chillona hubiesen tenido descendencia. Sonreí antes de salir y cerré la puerta con cuidado.

19. Diana

La clasificación en Miami fue increíble. No podría haber pedido nada mejor. Conseguí la segunda posición en la parrilla de salida, lo que me llenó de alegría. Miguel se colocó a mi lado con su tercera *pole position* consecutiva de la temporada, y Peter buscaba una salida ventajosa desde la tercera posición. Pero en cada chicane de aquel nuevo y feroz circuito urbano, tan pintoresco como peligroso, se me encogía el corazón. El hecho de haberme recuperado parecía demasiado bueno para ser verdad. Todo lo parecía.

Pero era real. Mientras respondía a una pregunta de una de las periodistas oficiales tras la clasificación, una voz familiar dijo a mis espaldas:

—La reina vuelve a estar en lo más alto.

Me giré para encontrarme con los ojos de Nic, consciente de la cámara.

—Bueno, estás cuarto. No tan lejos, ¿verdad?

—No mucho. Así que mañana tendrás que vigilar tu retaguardia. —Nic sonrió con picardía y, antes de que pudiera procesarlo, me arrancó la correa de velcro del hombro derecho del mono, alejándose entre risas con aire triunfal.

—Perdón —le dije a la periodista, ocultando mi sonrisa con la excusa de arreglarme la correa del hombro—. A veces se comporta como un niño.

La periodista se rio de forma un tanto estridente. Iba vestida de punta en blanco, con un traje pantalón rosa chillón y zapatos Louboutin. La había visto antes ese día, tocando demasiado los bíceps de los chicos de Heidelberg, lo que me hizo pensar que era una de las WAG[3], destinada a estar en el *paddock* en lugar de armada con un micrófono en el muro de boxes.

—Supongo que son muy buenos amigos.

—Sí. —No pude evitar mirar hacia Nic cuando me sacó la lengua. Recordé cómo Miguel me había dicho que dejara de preocuparme

por lo que pensaran los demás. ¿Y por qué debería importarme lo que dijeran? Si no resultaba inapropiado, ¿por qué tenía que comportarme siempre como un ángel? Después de todo, en la pista no lo era.

Frente a nosotros, me encontré con una imagen bastante extraña, y posiblemente incluso una señal. Paula de la Fuente estaba grabando un vídeo para Revello con su hermano, desinhibiéndose por primera vez desde que la conocí. Ambos tenían galletas sándwich en la nariz, con la cabeza echada hacia atrás, jugando a ese juego en el que hay que arrugar la cara para que caiga en la boca. Debía de haber algo en el aire húmedo de Miami; Paula casi nunca se exponía a la mirada de la prensa, y menos aún para engullir galletas.

Quiero decir, no era para tanto. Si los chicos podían gastarse bromas, hacer gestos obscenos a la cámara y decir cosas por las que sus jefes les lavarían la boca, no había razón para que yo no pudiera hacerlo también. No debería preocuparme.

Miré directamente a la cámara.

—¿Sabéis qué? Dadme un minuto.

Nic ahora saludaba a la cámara de Griffith. La de F1 enfocó su lente hacia mí mientras me colaba en el encuadre detrás de él y le quitaba la gorra azul real de la cabeza.

El equipo de Griffith estalló en carcajadas, sobre todo Alex, doblándose de risa junto a su compañero.

—¿Qué demonios? —Nic se palpó el pelo en busca de la gorra. Aún oculta a su vista, me puse la gorra y salí casualmente al otro lado.

—Bueno, creo que Jolt Archambeau va a arrasar con Griffith en esta carrera —dije con total seriedad, esquivando el agarre de un divertido Nic.

—Un momento —pidió a su equipo de prensa—. Esto es la guerra.

Alex ya tenía su teléfono preparado. Grabó todo mientras yo esquivaba a Nic en una demostración de reflejos superiores (algo difícil entre dos pilotos de Fórmula 1).

—No la vas a recuperar —me reí, sujetando con fuerza la gorra e intentando levantarla por encima de la cabeza de Nic.

Con una sonrisa pícara, Nic me engañó y finalmente recuperó el control de la gorra.

—Me la vas a gafar —bromeó él.

—No es justo. Eres doce centímetros más alto que yo.

—Bonita excusa. —Para mi sorpresa, Nic volvió a acercarse y me colocó la gorra en la cabeza—. ¿Llegará a ocurrir esa cena, señorita Zahrani, si decides no estrellarte hoy?

—Ahora sí que la estás gafando. —Me ajusté la correa, dejando que mis dedos rozaran los de Nic por un instante—. Asumiendo que no acabe empotrada entre la pared y la valla, me encantaría cumplir con eso.

Las cámaras nos enfocaban directamente, pero a esas alturas ya estaba acostumbrada. Además, lo sentía en el aire. Aquella iba a ser mi carrera de redención.

Como era de esperar, todo salió de maravilla para Jolt Archambeau.

La salida fue horrible, lo admito. Aiden me dijo que mi tiempo de reacción había sido lento y caí al cuarto puesto. Pero no iba a dejar que la voz en lo más profundo de mi cerebro me frenara. Conduje con fuerza, como era mi costumbre, y cuando crucé la línea en el podio, separando a los dos Heidelberg, con el mejor resultado de mi carrera y la gloria en Miami, sentí que el trabajo en el simulador tras el accidente, el estrés mental y el pacto de no dejar que nada me impidiera irrumpir en escena estaban dando sus frutos. P1 y P3, Peter y Darien lograron un doble podio y un doble *shoey* en la carrera local de Darien. Desafortunadamente, a Miguel no le fue tan bien, cayendo de la P1 debido a una estrategia terrible y una salida más lenta que la mía, para terminar en la P5 por debajo de Nic.

Tomé nota mental de devolverle el favor y hablar con él más tarde, recordando cómo se había pasado con mi comida favorita, me había animado cuando me sentía absolutamente desesperada y había escuchado mis historias. Y lo sé, sé que dije que era platónico, pero la sensación de sus dedos contra mi piel… Tenía que apartarlo de mi mente. No era el momento.

Justo entonces, el «Preludio» de *Carmen* arrancó con todo su esplendor, y los tres dejamos los trofeos para agarrar las carísimas botellas de champán. Las agitamos en todas direcciones, haciendo que la espuma salpicara por todo el escenario. Aquella vez me empapé aún más que en mi primer podio en Arabia Saudí, debido a que Darien me echó media botella en la cabeza.

—¡*SHOEY*! —coreaba la multitud.

—¿SÍ? ¿Queréis un *shoey*? —gritó Peter Albrecht—. ¡Tendréis un *shoey*!

Peter se volvió hacia mí con una mirada pícara en sus ojos color avellana, mientras se agachaba y se desataba el zapato. Esperaba no estar sonrojándome, emocionándome demasiado o conteniendo las arcadas. Por desgracia, no pude ocultar el miedo en mi rostro.

—Oh, no.

—¿Estás lista? —preguntó, levantando una ceja mientras se quitaba la bota de carreras y la colgaba de un dedo. Era increíblemente sexi y repugnante al mismo tiempo.

—Ehhh… —Perdí la capacidad de articular palabras. Peter sacudió su zapato con expectación y Darien levantó uno de los suyos, sin dejar de sonreír.

Peter lanzó su bota y la atrapó con una sonrisa burlona. Los aficionados rugieron aún más fuerte al darse cuenta de que se avecinaba un triple *shoey*.

—Vamos. No decepciones a toda esta gente. Bebe de tu maldito zapato, Di, solo por esta vez.

—No sé. —Me aparté ligeramente del zapato, mirando el mío con desdén—. Prefiero el champán en copas.

Me reí, pensando que eso era todo, pero mis ojos se abrieron como platos cuando me di cuenta de que Peter Albrecht se estaba arrodillando delante de mí, con la bota de carreras extendida hacia mí.

—Diana, cariño, te agradecería que cumplieras el deseo de mi vida y bebieras de tu bota para mí.

Literalmente me volví loca y me cubrí la cara con las manos, más por el zapato que por cualquier otra cosa.

—Está bien, Peter, haré un *shoey* por ti.

Los fans enloquecieron cuando me desaté con cuidado los cordones y me quité la bota derecha, llenándola hasta el borde con champán.

—Tres —contó Darien—. Dos. ¡Uno!

A la cuenta de uno, nos llevamos los zapatos a los labios. Apreté los ojos con fuerza y, sin tocar el borde del zapato, me eché el champán en la boca. Se derramó por toda la parte delantera de mi mono mientras un alcohol extrañamente ácido me golpeaba la lengua, pero lo bebí de un trago hasta que se acabó. Triunfante, luchando contra las náuseas, levanté el zapato con una mano y el trofeo P2 con la otra.

—¡Así se hace! —gritó Peter—. ¡Me encanta esta mujer!

Valió la pena. Nunca había oído a un público deportivo tan ruidoso ni me había sentido tan eufórica por mi propia adrenalina, aunque puede que solo fuera por el sudor del zapato. Peter Albrecht acababa de pedirme matrimonio después de subir al podio en un Gran Premio. Al diablo con la elegancia femenina. Era un sueño hecho realidad.

—Y después, se acercó a mí y me dijo: «Por muchos más, Di». Yo estaba como…

Le hice un gesto de explosión a Nic, para su diversión.

—¿¿Qué?? Peligro, vas por buen camino —dijo Nic con una sonrisa, levantando su copa de vino.

Choqué mi copa con la suya en señal de solidaridad.

—Y tú también. ¿Una P2 y P4 para Griffith? Espera un nuevo contrato pronto.

—Toco madera. —Golpeó la mesa con los nudillos.

—¿Te quedarías con ellos? ¿Si consiguieras uno de otro sitio?

—Bueno… —Nic levantó la vista, pensativo—. No me gustaría dejar a Alex…, pero sería un gran paso para mi carrera, ¿sabes? Pasar a un equipo puntero.

—Lo sería —asentí, animándome al pensarlo. Dejé mi copa sobre la mesa y di el último bocado a mi pastel de chocolate—. Te veo haciendo eso. Piloto para Revello, Heidelberg o Jolt.

—¿Jolt? —Nic levantó una ceja—. ¿Crees que podríamos correr juntos?

—Siempre cumples —comenté—. Kasper ha estado bajando el rendimiento. He oído hablar de ello. El hecho de que le hayas ganado es un punto de referencia.

Así que, en realidad, no todo fue color de rosa para Jolt. Ramsey terminó en décima posición, apenas sumando puntos y muy lejos del nivel que Cavanaugh quería. Aquello no era nada nuevo. Incluso antes que yo, Eduardo Palomas llevaba el peso del equipo. El rendimiento de Kasper no era precisamente digno de elogio.

—Claro. —Sonrió—. Pero olvídalo. Olvida también que competimos, aunque solo sea por un momento.

—Olvidado.

Nic me miró fijamente a los ojos, con sus iris gris tormenta clavándose en los míos. Podía distinguir cada pequeño mechón de pelo castaño que rozaba sus pestañas, cada arruga de expresión de su rostro.

—Gracias, ¿sabes? Por darme una oportunidad. Me alegro de haber conocido a alguien tan extraordinario como tú, Di.

Eso me derritió. Nic lo conseguía con su labia.

—Oh, Nic, yo digo lo mismo. Me has hecho sentir como en casa en la parrilla y, de verdad, no me des las gracias. Yo también te estoy muy agradecida por ser un rival como tú.

La risa de Nic llenó la sala. Contaba con que la mesa privada que teníamos en la terraza de aquel moderno restaurante del barrio Art Déco nos mantuviera alejados de las miradas indiscretas y de los medios. Nic podía reírse todo lo que quisiera, y yo podía sentir la compañía que tanto necesitaba.

Así que llenamos nuestras copas y nos permitimos el lujo de tomar un poco más de vino en el balcón, contemplando la ciudad de neón que se extendía bajo nosotros. Fue el final perfecto para un fin de semana perfecto. Pero, dependiendo de cómo se mirara, el fin de semana estaba a punto de mejorar o de empeorar mucho.

—¿Puedo…?

Me reí entre dientes.

—Contesta.

Él entrecerró los ojos para ver el identificador de llamadas y luego descolgó.

—¿Hola?

La persona al otro lado empezó a hablar. Nic contestaba de forma intermitente.

—Sí. Ajá. Ajá.

A medida que avanzaba la conversación telefónica, su rostro iba mudando a una expresión de incredulidad cada vez mayor. Se le desencajó la mandíbula y abrió mucho los ojos.

—Claro. Lo haré… Lo haré. Sí. Buenas noches.

Lentamente, Nic bajó el teléfono y se volvió hacia mí. Estaba completamente en estado de *shock*.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté con la voz rota por la preocupación—. ¿Estás bien?

—Diana…

Extendió las manos y tomó las mías entre las suyas, temblorosas. Mi corazón se cayó al suelo de golpe.

—Oh… ¿Es grave?

—Diana —repitió Nic—. Jolt me ha ofrecido un puesto.

[3] Acrónimo de *Wives and Girlfriends*, usado para referirse a las parejas de deportistas, especialmente en los medios. *(N. de la T.).*

20. Miguel

Dos semanas después de aquella carrera que fue, sin duda, humillante, recuperé la P1 en Melbourne, relegando a Darien —que venía en ascenso— a la P2, y a Diana a la P3. Estaba muy satisfecho con el resultado de la carrera, pero, como todos los demás, solo tenía una cosa en mente al día siguiente del Gran Premio de Australia: sin que lo supiéramos durante la carrera, aquella había sido la última vez que Nic corría con Griffith.

Vi las noticias a la mañana siguiente desde mi habitación del hotel, tan desconcertado como el resto del mundo del automovilismo. Los intercambios a mitad de temporada, con solo cuatro carreras disputadas, eran algo inusual, especialmente entre equipos de alto nivel. Simplemente no ocurrían.

—Sí, amigos, Melbourne 2022 ha sido lo último que veremos de Nicolò Necci como piloto de Griffith por ahora. Jolt Archambeau Racing ha firmado un lucrativo intercambio con Griffith, cediendo a ese último a Kasper Ramsey, cuyo rendimiento había ido decayendo constantemente durante el último año, lo que le costó a Jolt puntos y cientos de miles de dólares en daños —anunciaba efusivamente la presentadora del National SportsHub—. *A cambio, Jolt recibirá al brillante piloto novato de Griffith, Nic Necci.*

Me puse la camiseta y las lentillas mientras la presentadora continuaba.

—Jolt Archambeau Racing volverá dentro de una semana a España con el equipo perfecto, y posiblemente el único con posibilidades reales de conseguir un doblete, con dos pilotos increíblemente habilidosos y muy afables. Con esa ventaja, ¿arrasará Jolt en Barcelona? Solo el tiempo lo dirá, ya que Necci tiene un historial de buenos resultados con un coche en desventaja…

—Maldita sea, Nic —murmuré, apagando la televisión.

Sinceramente, esperaba que Andrea se fuera antes que Kasper. Y, al menos, si eso hubiera ocurrido, habríamos tenido la fantástica

conducción de Nic de nuestro lado. En cambio, Jolt se había movido más rápido y había salido de la pugna con un equipo que podía destrozar fácilmente a la Scuderia.

Toqué el móvil con furia para comprobar la clasificación por puntos. Enseguida me di cuenta de que Jolt podía fastidiarnos. Estaban terceros en el Campeonato de Constructores, con noventa puntos. Revello ocupaba el primer puesto, justo por delante de Heidelberg, con ciento dieciséis puntos. Pero aquella desventaja debida a Kasper Ramsey —la misma que nos había permitido mantenernos en cabeza— ya había desaparecido.

—Uf… —resoplé.

Estaba a punto de apagar el teléfono para poder desayunar en paz antes de recoger y marcharnos, pero una llamada entrante de Jatziry apareció en la pantalla. La contesté de inmediato.

Jatziry había salido en avión la noche anterior. Iba a asistir a la boda de su prima Lupe en Guadalajara el fin de semana de la carrera de Barcelona y, debido a obligaciones familiares, pasaría allí la semana siguiente. La echaría de menos durante mi carrera en casa, pero, de forma extraña, eso me quitaba un poco de presión. Mis padres, viéndome defender el orgullo de España o algo así, ya eran suficiente presión.

—Hola. ¿Dónde estás?

El suspiro de Jatziry sonó a través del altavoz.

—Hemos hecho escala en Atlanta. Estamos esperando aquí. ¿Cómo estás?

—Me estoy volviendo loco. —Solté una risa nerviosa—. ¿Has visto las noticias? Diana y Nic pilotarán Jolts en Barcelona.

—Ay. Miguel, nada de carreras durante una semana —canturreó Jatziry con cansada felicidad—. Mantén tu Fórmula 1 lejos de mí. Estas son mis pequeñas vacaciones.

—Vale, vale. Bueno, ¿va todo bien? ¿Solo llamas para ver cómo estoy?

—Sí. También para decirte que te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. —Me reí—. Me voy corriendo a desayunar, Jatziry. Llámame cuando llegues a Jalisco.

—*Claro*, *amor*. Cuídate.

«*Amor*». Tragué saliva al oír aquella palabra. La decía con tanta naturalidad que me ponía nervioso y me hacía sentir que yo también tenía que decirla; así funcionaban esas cosas. Pero yo no podía, ni siquiera ahora, ni siquiera cuando ella sí podía. Nunca habíamos hablado de amor entre nosotros. De repente, la palabra «*amor*» tenía mucho peso.

Colgué y tiré el teléfono a un lado. Una nueva preocupación con la que lidiar, y justo en lo que posiblemente era la semana más estresante de mi carrera. Iba a ser divertido.

Horas más tarde, Revello estaba de nuevo en camino —es decir, en el aire—. Además, técnicamente solo era la mitad de Revello. Andrea volvía a Calabria para asistir a unas reuniones de rendimiento, que eran una forma vergonzosa de decirte que estabas haciendo perder el tiempo al equipo y que no conseguías los puntos que necesitaban. Nadie quería asistir a esas reuniones. Sentí un poco de lástima por él.

Yo, por mi parte, me iría directamente a la casa de Barcelona para esconderme de Jolt, que, por desgracia, también volarían temprano hacia España. Ya estaban preparando promociones para su nueva alineación y, naturalmente, iban a celebrarlo como si no hubiera un mañana, porque ahora tenían en sus manos la clave para arrasar en el Campeonato de Constructores.

Dejando a un lado las carreras, estaba deseando volver a casa. Me había aclimatado a Quebec durante un tiempo: por supuesto que me encantaba estar allí. Pero no había nada como Barcelona; días tranquilos y cálidos dedicados a entrenar y pasar el rato en los bares de tapas. También traerían mi coche aquí, lo que significaba que tendría total libertad para pasear con la capota bajada y saludar a mis fans locales. Si conseguía dejar de preocuparme, sería genial.

Tal y como me habían prometido, al aterrizar, mi coche ya estaba esperando junto al de Paula. Ella conducía un sedán Heidelberg Hybridge Chaser —traidora—. Yo paseaba por las calles en un inconfundible Revello Catanzaro 202 negro.

El Catanzaro era la suma de mis sueños más descabellados. Mi padre siempre me decía que, si quería un buen coche, tendría que ganármelo yo mismo. Al conducir ese coche, sentía que por fin lo había conseguido por mí mismo. La gente solía decir que mi nombre era la única razón por la que había entrado en la F1. Yo respondía que, si eso fuera cierto, no estaría ganando grandes premios ni conduciendo un descapotable de novecientos mil dólares.

—No te pongas tan chulo —me sermoneó Paula en cuanto pisamos tierra firme en el aeropuerto—. Al menos finge que te escondes. Esto no es como Quebec. Aquí todo el mundo te conoce. Ten cuidado al hacer fotos, la gente te robará las cosas. No lleves tu Rolex en público, por favor. No coquetees con las fans. No les guiñes el ojo. No cantes. No bailes. Y ponte la gorra —me giró la gorra para que la visera ya no estuviera hacia atrás, como a mí me gustaba— de la forma normal.

La volví a girar.

—Así es como se lleva normalmente.

—No llamemos demasiado la atención. —Paula extendió la mano y me volvió a colocar la gorra—. Sé normal. ¿De acuerdo? Intentemos pasar desapercibidos. Las vacaciones de Jolt aquí ya son suficientes. Tenemos que mantener la dignidad.

—O sea, te refieres a que nos limitemos a tomar el té y a organizar la boda con nuestros padres.

—Exacto. —Mi hermana sonrió con sarcasmo—. Podrías haberte ido a Guadalajara con Jatziry, pero elegiste España. Afronta las consecuencias.

Abrió la puerta de su coche aparcado y desapareció en su interior, dejándome en estado de pánico. Si tenía que pasar una semana entera con mamá y papá, podría perder los nervios.

Recordé cómo Paula me había criticado en Arabia Saudí. Sus comentarios me resultaban tan extraños que hasta ese momento no me di cuenta de que tenía razón. Estaba en España. Quería hacer de todo, pero aquellas obligaciones por las que había discutido con Paula tenían que ser lo primero. Tenía que cumplir mi promesa de hacer lo correcto por Jatziry y, sí, eso significaba fiestas de té y sesiones de planificación de la boda con nuestros padres.

Me deslicé en el asiento del conductor de mi Catanzaro. El ronroneo del motor me atraía como una sirena. Fiesta. Tapas. Alcohol. Fans. Playa. Gimnasio. Todo se me escapaba de las manos.

Con un gemido, salí del aparcamiento, dejando atrás el aeropuerto para dirigirme a las carreteras rurales que me llevarían a mi primer hogar.

No mucho después de que yo naciera, nos mudamos a Canadá. Mamá me tuvo tres semanas después de la última carrera de la última temporada de Fórmula 1 de papá. Poco después, nos trasladamos a Canadá, con la intención de alejarnos de la atención que atraía la antigua carrera de nuestro padre y para que pudiéramos recibir una buena educación. Lo que mis padres obtuvieron en cambio fue una hija que amaba tanto España que regresó al país para asistir a la universidad, y otro que se enamoró tanto de España que decidió volver allí para siempre.

No tenía ningún recuerdo de Barcelona de cuando era niño. Por lo tanto, automáticamente odiaba la idea de que mi hogar fuera cualquier lugar que no fuera Quebec. Entonces, durante las vacaciones de verano al final de una temporada de *karting*, cuando tenía dieciséis años, hicimos el primer viaje para organizar mi compromiso con Jatziry. Estaba perdido. Rogué a mis padres que me dejaran quedarme un día más. Un día se convirtió en una semana, y una semana en un mes. Me quedé todo el verano y juré que volvería a España.

Cuando me seleccionaron para la F3, todo encajó a la perfección. Tener mi base en Barcelona era ideal para tantas carreras repartidas por toda Europa. Me matriculé en la universidad en España gracias a un convenio de intercambio; desde entonces, pasé la mayor parte del tiempo viajando, alternando entre Canadá y España según me convenía.

Seguí el coche de Paula por la suave colina cerca de la antigua iglesia hasta la rotonda de entrada, donde se encontraba nuestra casa, rodeada de arbustos meticulosamente recortados. Una fuente de color terracota, que recordaba a las de la Alhambra, se

encontraba en la parte delantera, rodeada de flores de vivos colores. Nuestros padres, ambos jubilados, eran unos apasionados de la jardinería. La jardinería, el golf y los caballos eran imprescindibles en sus vidas.

La finca, un estereotipo del renacimiento español en sí misma, albergaba algunos de mis recuerdos recientes más preciados. Fue donde, el año pasado, hicimos mi fiesta de compromiso con Jatziry, en el patio rodeado de paredes color melocotón adornado con luces. En mi primer viaje, me agaché junto a los arbustos con mamá y la ayudé a plantar sus flores favoritas —flores de granada, campanillas, lantanas—, mientras le confesaba que quería pasar el verano en España.

Paula y yo aparcamos en la entrada y nos miramos con complicidad al salir. Nuestros padres eran personas maravillosas, pero tenían una idea muy particular de cómo debían funcionar las cosas, en lo que respectaba a la reputación y el dinero, especialmente nuestro padre, cuya etapa en la Fórmula 1 le había valido un gran prestigio en España. Santiago de la Fuente júnior era, al fin y al cabo, el segundo español de la historia en ganar un Gran Premio de Fórmula 1. Santiago de la Fuente sénior, su padre, había sido el primero.

Me quité la gorra e intenté arreglarme el pelo lo mejor que pude, tratando en vano de ocultar el hecho de que ahora me cubría las orejas y me llegaba más allá de ellas.

—Déjalo ya —se rio Paula—. No te sirve de nada. Además, tu pelo no les importa. Acabas de ganar un Gran Premio. *No te preocupes*.

Puse los ojos en blanco mientras caminábamos juntos hacia la puerta principal.

—Allá vamos —dije con cara impasible—. Empecemos bien la semana.

21. Miguel

—Y en esa última vuelta… ¡Dios, estuvo tan cerca de batir a la piloto de Jolt para el tiempo más rápido!

Papá estaba exultante con el rendimiento de Revello en Melbourne. En cada carrera proclamaba a los cuatro vientos que su hijo merecía un lugar entre los grandes, pues la familia tenía altas expectativas de que yo lograra lo que él no pudo: ser campeón del mundo de Fórmula 1.

Aquella vez, sin embargo, fue distinto. Lo noté por cómo papá se fijaba en otro piloto que no era yo, y casi sentí alivio.

—Ojalá hubiera estado allí para verlo en persona —continuó—. Estuviste fantástico como siempre, Angelito, nos trajiste a casa el P1, pero Jolt… Ni siquiera puedo concebirlo.

—Tienes que abrir más la mente, Tiago —dijo mamá con una sonrisa. Así era mi madre en pocas palabras: abierta de mente. En la alta sociedad española, hacía lo que quería, vestía lo que quería y decía lo que quería. La gente no había parado de criticar cuando papá se casó con ella, diciendo que no durarían porque ella tenía demasiado carácter. Estaban completamente equivocados. Papá y mamá habían durado y, por supuesto, nos habían tenido a nosotros. En mi opinión, Paula era quien más se parecía a mamá. «Un equipo es bueno solo si lo son sus ingenieros, Pauli», le había dicho mamá a mi hermana cuando consiguió el trabajo. «Y Revello, te lo aseguro, necesita tu talento». Sin duda, Paula había heredado la actitud descarada de nuestra madre—. Esta es una nueva era.

—¡Me sorprende que la gravedad no haya partido en dos a esa piloto! —replicó papá.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Papá, vamos, ella también se ha entrenado para esto.

—¡Evidentemente! —me apoyó mamá—. Tú lo has dicho, Tiago. Mira cómo corre. Es una, ¿cómo se dice?, *supermujer*.

Miré a papá con expectación.

—Es buena —admitió al fin—. Muy buena.

El resto de nosotros estalló en risas. Nunca pensé que vería el día en que papá, tan firme en sus convicciones, reconociera que una piloto podía ser hábil en su arte.

—¡Sí! —declaró mamá triunfante—. Y de un lugar donde las mujeres no pudieron conducir hasta 2018.

—¿Hasta 2018? —exclamó papá—. ¡*Qué lástima*!

Seguimos riéndonos de su completa y absoluta sorpresa, aunque por dentro yo también me sentía bastante sorprendido. Mi padre sabía mucho sobre coches, conducción y carreras, trabajaba en un equipo con reconocimiento internacional que vendía coches a países como la propia Arabia Saudí, y sin embargo no era consciente de los problemas que tenían las mujeres en torno al derecho a conducir. Era bastante irónico.

Una vez que las risas se calmaron, mamá tomó la palabra:

—Competiste en karts con ella de niño, ¿no? Tú y… Diana, así se llama, ¿no? Su rostro me resulta muy familiar.

Arqueé una ceja. Aquello era nuevo.

—¿Competí en karts con ella?

—Mmm. Espera un momento.

Mamá se apresuró por el pasillo y subió las escaleras.

—Me pregunto qué estará tramando ahora —comentó papá, mientras nuestra madre reaparecía poco después con un libro enorme: un álbum. Se sentó de nuevo en el sofá del salón y lo hojeó antes de abrirlo sobre la mesa de centro, deslizándolo hacia mí.

—*Mira* —dijo, con los ojos llenos de nostalgia.

Los tres lo hicimos. Y lo único que pude decir fue:

—No puede ser.

Estábamos viendo el equivalente infantil de la ahora icónica foto tomada después de la clasificación saudí. Y no era solo una foto, eran muchas. Estaban fechadas en 2012. En una, le ofrecía a Diana Zahrani una mano enguantada mientras la ayudaba a salir de su kart, igual que en Jeddah. En otra, los dos levantábamos en alto trofeos del podio: Miguel P1 y Diana P2. Y luego estaba 2013. Yo tenía quince años, y Diana y yo nos abrazábamos mientras el confeti llovía a nuestro alrededor. La última foto nos mostraba después del

abrazo, con las palabras no dichas entre nosotros, en unos ojos adolescentes ahora maduros. Sonreía tímidamente con mi traje repleto de patrocinadores, ligeramente grande, el velcro desabrochado, el pelo alborotado, completamente perdido cuando mi mirada se encontraba con la emocionada de Diana, rodeada de lo que entonces eran rizos…

No podía creerlo. Aquellas viejas fotografías, especialmente la última, contenían un sinfín de emociones.

—No lo recuerdo —murmuré.

—Estabas en pleno apogeo de tu carrera en el *karting* en esa época. —Paula pasó los dedos por la foto del kart—. Conducías y conducías. Te parabas muy poco a recordar.

Mi atención permaneció en las dos fotos de 2013, incluso mientras mi hermana se fijaba en las anteriores.

—Mamá, ¿las hiciste tú? ¿Las guardaste?

Asintió, radiante. Estaba envejeciendo: se notaba en las líneas de expresión de su sonrisa y en las canas de su pelo castaño, pero aquello la hacía tan feliz que la rejuvenecía, hermosa como siempre.

—No creí que fueras a recordar lo mucho que os divertíais cuando competíais juntos, así que sí, las guardé.

—Vaya. —Saqué la última foto de su funda. Sentí como si estuviera sosteniendo una parte de mí que no sabía que había perdido. Todo volvió a mi mente: la sensación de *déjà vu* que tenía cuando Diana hacía ciertas cosas; aquellos pequeños hábitos que me tocaban una fibra sensible en el cerebro y, más aún, en el corazón. Quizá no la había vuelto a ver después de aquellas carreras de karts, pero en realidad nunca se había ido—. Joder, papá, ¿te acuerdas? En esta de 2013, me ganó, y dijiste que también beberías de mis zapatos si llegaba a la Fórmula.

Papá se sonrojó.

—¿Dije eso?

Me reí y le pasé la foto a mamá.

—¿Esto es real? Vaya…

—¡Por supuesto que es real! —Mamá soltó una risita mientras contemplaba la imagen—. Lo recuerdo claramente. Fueron solo unas pocas carreras. No os conocíais bien, al menos no tanto como me

hubiera gustado, pero estabais unidos en las carreras. Tú más. Eras como un admirador suyo, Angelito. Mira qué cara pones. Una parte de mí pensó en decirles a los padres de Jatziry que solo podrías casarte con otra piloto. Estabas loco por esa chica, por Diana.

—Ay, mamá. —Me cubrí la cara con las manos como un adolescente avergonzado. Y yo que pensaba que las cosas no podían empeorar—. Lo recuerdo. Era un desastre. Me sentía tan estúpido cuando estaba con ella.

Papá soltó su carcajada atronadora.

—Un auténtico De la Fuente.

Mamá intentó ocultar una risita sin conseguirlo. Miré al techo con un suspiro.

—Mamá, ¿y si ella recuerda lo idiota que era?

Nuestra madre solo me dedicó su típica sonrisa cálida.

—Me parece absolutamente adorable que todavía te importe lo que ella piense.

—Quiero decir… Ella es… —Exhalé, sonriendo con la misma sonrisa de mi yo más joven—. Es la piloto más increíble que conozco, sinceramente.

Papá me lanzó una mirada.

Paula se rio a carcajadas.

—Nuestro padre está aquí mismo, retráctate mientras puedas.

—Ya sabéis a qué me refiero —dije poniendo los ojos en blanco—. ¿Y si ella lo sabe y se ha estado riendo de mí en silencio todo el tiempo?

—No lo parece. —Mamá arqueó una ceja y señaló la foto en la que aparecía yo de joven tendiendo la mano a Diana—. Considerando que recreó voluntariamente aquel momento. Ay, se me puso la piel de gallina cuando lo vi. Me pareció cosa del destino.

—El destino —repitió Paula, dándome un codazo en el hombro.

Solo hice un gesto con la mano para restarle importancia.

—Venga, eso solo pasa en los cuentos de hadas.

—Todo sucede por una razón —bromeó mamá—. Quizá Diana ha vuelto por una razón.

No insistió más, solo dejó que la idea madurara en mi mente. Paula, obviamente, también lo intuyó. Algo más estaba pasando allí.

Y yo aún no estaba seguro de si mi madre, con todas sus supersticiones, tenía razón. Quizá yo también estaba un poco nervioso.

¿Y si de verdad era cosa del destino?

22. Diana

La tarde de nuestro primer día en Barcelona, con muy pocas obligaciones pendientes, Jolt me dejó salir del encierro para hacer turismo nocturno (sin seguridad, lo que me sorprendió gratamente). Nic se quedaría en casa para hacer papeleo y reunirse con el equipo, aunque me hubiera gustado salir juntos. No sería muy divertido ir sola.

Resistiendo la tentación de ponerme pantalones de chándal, rebusqué en mi maleta hasta encontrar unos vaqueros *mom*. Los combiné con una camiseta *oversize* y mis Air Force del color de Jolt. Si alguien me reconocía, quizá diría que iba descuidada, pero al menos estaría cómoda. Agarré el bolso, me puse kohl en los ojos y salí a la ciudad.

Barcelona era casi un laberinto, lo que me hacía inmensamente feliz. Explorar era una de las cosas que no podía hacer en mi ciudad, pero allí tenía excusas para hacerlo. Ya había planeado mis recorridos: todo el mundo me decía que visitara la Sagrada Familia, pero pregunté a algunos lugareños y decidí ir a Santa María del Mar.

Caminé por calles sinuosas, pasando entre luces parpadeantes, estructuras artísticas y mosaicos con todos los colores del arcoíris, mientras el sol se preparaba para ponerse y los turistas salían en busca de un mirador con bonitas vistas. Me costó encontrar la basílica. No se me dan bien las direcciones. Di media vuelta, consulté el mapa del móvil y pregunté a los dueños de las tiendas. Por fin la encontré: Santa María del Mar.

Era una maravilla de la arquitectura gótica, algo que podría sonar tedioso si lo describiera minuciosamente, pero que era impresionante en persona. Las vidrieras brillaban bajo los focos estratégicamente colocados, y las torres se alzaban como gigantescas agujas de coser. Sin duda era más extravagante que cualquier iglesia que tuviéramos en Yeda. Subí por el camino y entré por las puertas bajo los arcos.

Se me cortó la respiración. El interior era absolutamente brillante. El rosetón resultaba aún más fascinante desde aquí, un caleidoscopio de formas multicolores semejantes a pétalos. Los bancos parecían extenderse eternamente hasta el altar del fondo, donde se alzaba la estatua de Santa María del Mar. Sobre mí, los altos techos abovedados se encontraban en cúpulas que convertían la iglesia en un auténtico santuario. La tenue luz de las lámparas me transportaba a una época anterior a la electricidad.

Crucé el pasillo central, absorbiéndolo todo. ¿Te imaginas casarte en un lugar tan mágico, tan puro? Era un sueño lejano, pero giré lentamente para captarlo todo.

Solo entonces me di cuenta de que, aunque la catedral parecía vacía, no estaba sola. Alguien —sí, era un sacerdote— se movía junto al altar. Me deslicé discretamente entre los bancos. No era lo bastante aventurera como para arriesgarme a pasear por la catedral delante de un hombre de Dios.

Así que hice lo socialmente aceptable y dejé que la solemnidad que me rodeaba me envolviera en silencio. Incluso junté las manos, incliné la cabeza y me dije: «Si pudiera recibir una sola señal, Virgen María, una señal de que el caos de la Fórmula 1 se resolverá y de que he encontrado mi lugar seguro. Amén».

Cuando me levanté, fui a encender una vela. El sacerdote miró en mi dirección mientras prendía la llama para mi oración. Sonrió amablemente.

—Todos encienden una por alguna razón —dijo con ligero acento —. ¿Tienes alguna oración?

Asentí, algo avergonzada.

—Más o menos. ¿Cree que la Virgen María la escuchará?

—Por supuesto —respondió el sacerdote—. Lo hará. Todo a su debido tiempo.

Tiempo. Le di las gracias al anciano sacerdote antes de marcharme con aquella palabra en mente. Sentía como si ya hubiera agotado todo mi tiempo. ¿Cuánto más tendría que esperar hasta que mis preguntas fueran finalmente escuchadas y mi señal entregada?

Volví a salir a la ciudad, ahora un poco desorientada. Me pararon varias veces para hacerme fotos y firmar gorras, pero pronto me di

cuenta de que cuanto más caminaba, más confundida estaba.

Y entonces me perdí de verdad.

La calle donde me encontraba era exactamente lo opuesto a las tranquilas callejuelas que había estado buscando. Había turistas y peatones por todas partes, el tráfico colapsaba la carretera, y los edificios modernos se mezclaban con las iglesias de altas torres.

Di media vuelta rápidamente antes de girar a la izquierda, donde la multitud parecía disminuir más adelante en la acera. Parecía seguro. Bien. Tenía que moverme rápido antes de que llegaran los medios.

—¡Diana!

Oh, no.

Cometí el error fatal de volverme hacia la voz que acababa de gritar mi nombre y allí, empuñando cámaras como si fueran armas cargadas, había un grupo de *paparazzi*.

Me gustaba pensar que los *paparazzi* eran un mito. Nunca me había topado con ellos en F2; no les importaba lo más mínimo, aunque el Campeonato había dado cierta notoriedad a mi perfil público. No creía que fuera a encontrármelos nunca, pero, de repente, allí estaban.

Antes de tomar decisiones precipitadas, giré hacia la acera más despejada y empecé a caminar lo más rápido que pude, moviendo brazos y piernas con energía. Oí a los fotógrafos detrás de mí, como telón de fondo al sonido de mi propio corazón latiendo. No conocía aquella ciudad, pero no tenía más remedio que intentar encontrar otra ruta. Giré bruscamente a la derecha hacia el espacio entre dos iglesias, susurrando una plegaria silenciosa al poder superior y, mientras me apresuraba en la otra dirección, el sonido de los periodistas se fue atenuando hasta que ya no pude oír sus gritos.

Había estado muy cerca.

Estaba a salvo. Excepto que no tenía ni idea de dónde estaba.

Me llevé las manos al pelo con un gemido. Pensé que estaba irremediablemente perdida cuando alguien dijo detrás de mí:

—Oh, vaya.

Al principio me dispuse a salir corriendo, pero exhalé aliviada en cuanto vi quién era. Aquel era el territorio de Miguel de la Fuente,

así que parecía completamente cómodo allí, aunque jadeaba. Me alegré de haber encontrado a alguien que conociera bien aquel laberinto de ciudad.

—Menos mal.

—Qué sorpresa verte aquí. —Miguel parecía tan sin aliento como yo, con el pelo ligeramente revuelto y los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿Qué diablos estás haciendo?

—No estoy segura. —Un grupo de chicos borrachos tropezó en la acera a mi lado e, inconscientemente, di unos pasos hacia Miguel—. Supongo que acabo de huir de la prensa. No tengo ni idea de dónde estoy ahora mismo. Vengo de una catedral.

Él levantó una ceja.

—¿La Sagrada Familia?

—Santa María del Mar, en realidad.

Pareció impresionado.

—Turista inteligente.

—¿Por qué estás…? —pregunté señalándolo. Sus hombros aún se movían con respiraciones aceleradas. Daba la impresión de que había salido corriendo de algún lugar tan rápido como yo.

—Fans. —La comisura derecha de su boca se curvó hacia arriba y se encogió de hombros, como diciendo: «Qué le vamos a hacer. Es lo que pasa cuando estás en casa».

Me estremecí. Amaba a mis fans con todo mi corazón, pero si me persiguieran en mi maravilloso Dubái, creo que gritaría.

—Vaya.

—Quiero decir, ya pasó —dijo con una risa sin entusiasmo—. En fin. ¿Fuiste a Santa María?

Algo en su tono de voz, tan encantado con mi elección de destino, me hizo sentir un poco mareada.

—Sí. Un par de personas a las que pregunté aquí me la recomendaron.

—¿Te gustó?

—Me encantó.

Miguel sonrió, y con las mejillas aún ligeramente sonrojadas por su escapada para evitar a los fans, sus pecas apenas perceptibles, tuve que contener mi propia sonrisa.

—Sabes, si quieres seguir disfrutando de Barcelona, si te apetece, hay un sitio estupendo de tapas no muy lejos de aquí.

—Estoy totalmente perdida —dije—, así que sería genial.

—Vale, vamos. —Se rio mientras empezábamos a caminar uno al lado del otro, dos pilotos de F1 encubiertos en la ciudad más concurrida de España—. Estamos bastante cerca de La Boquería. Es un gran mercado público, tiene comida estupenda. Pero puedo llevarte a sitios realmente buenos. A los locales escondidos donde se come de muerte. Vamos, cruza por aquí.

Seguimos cruzando una calle y, a medida que avanzábamos, la multitud se fue dispersando, dando paso a un ambiente más folclórico, con edificios decorados tradicionalmente con flores de colores pegados a la arquitectura antigua. Miguel nos llevó a uno de los locales más pequeños, bajo un toldo rosa, y a una sala con poca luz que supuse era algún tipo de bar o restaurante.

El lugar parecía muy pequeño. Todo estaba revestido de madera y las lámparas estaban esmeriladas y algo polvorientas. Seguí adelante, siguiendo a Miguel con incertidumbre. No había clientes ni sitio para sentarse. Miguel le dijo algo en español a la mujer detrás de la barra y ella respondió con una amplia sonrisa. Nos acercamos a unas puertas en la parte trasera del bar, si es que se podía llamar así.

—¿Lista? —preguntó.

Yo seguía evaluando aquel nuevo entorno.

—Eh…, sí.

—No lo descartes todavía. —Miguel giró el pomo—. Por aquí.

Aún con dudas, obedecí y, de repente, nos encontramos en un enorme patio. Debí de soltar un grito ahogado, porque Miguel se rio.

—Te lo dije.

—Oh… Esto es precioso.

Estábamos en un patio rodeado de muros por todos lados excepto uno. Desde aquel lado abierto se veían las colinas onduladas del campo, con luces como luciérnagas brillando al caer la noche. De repente, me di cuenta de que no era solo un patio. Todo el lugar había sido construido sobre algún tipo de cima, tal vez la cima de una de aquellas colinas onduladas. El pequeño restaurante bullía de

actividad. Había gente comiendo, muchas parejas jóvenes charlando animadamente en español en mesas con vistas al impresionante paisaje, rodeadas por el resplandor de las lámparas de aceite y la propia ciudad. Alrededor del patio había macetas llenas de flores de colores vivos y árboles altísimos. Las enredaderas trepaban por las paredes sin control. Parecía que allí habían dejado que la naturaleza creciera sin obstáculos.

Miguel señaló una mesa situada justo al borde, apta para el tipo de idiotas que se jugaban la vida en coches de carreras con cabina abierta. Yo seguía completamente asombrada cuando nos sentamos. Nunca había visto nada parecido. Nada de lo que había experimentado viviendo en la ciudad podía igualar aquella tranquilidad.

—Tía Catalina traerá la comida y la bebida en breve, pero por ahora… —Miguel se metió la mano en el bolsillo— quería enseñarte esto.

No sabía qué esperar, pero desde luego no eran cuatro fotos antiguas.

Miguel las extendió sobre la mesa y se recostó en su silla, dejándome observarlas. Al principio no lo entendí del todo, pero luego me di cuenta de que éramos nosotros de pequeños, vestidos con uniformes de *karting*. Parecía que nuestra historia había comenzado hacía casi una década. Allí estábamos, compitiendo juntos una vez más.

Y, al verlo, lo recordé todo.

—¡Éramos unos bebés! —Solté una carcajada mezclada con alivio, sosteniendo una foto en la que Miguel y yo nos abrazábamos después de la copa de *karting* en Mónaco, cuando todos éramos tan nuevos en el circuito que nos sentíamos como grandes celebridades en Montecarlo. Aquel día le había ganado a Miguel el primer puesto, pero solo por un pelo—. Miguel, ¿de dónde han salido?

—De mi madre. —Sonrió, ahora un poco tímido—. Sé que es una tontería, porque solo te había visto en alguna que otra carrera, pero… era un gran admirador tuyo.

Cogí la siguiente foto, bajando la mirada para que no viera cómo se me enrojecían las mejillas. Ojalá tuviera palabras para expresarle

lo que aquello me hacía sentir, y aquel sentimiento de reconocimiento que hasta ahora había sido indescriptible. Los recuerdos resurgieron en mi mente, instantáneas de unos pocos momentos con aquel chico con el que compartí una camaradería instantánea en nuestra primera carrera juntos, aquel chico al que pensé que probablemente nunca volvería a ver.

En aquella foto, nos abrazábamos a un paso de distancia, mirándonos a los ojos. Miguel y yo teníamos cierta aura de admiración mutua. Él tenía la misma sonrisa pícara que ahora. Lo miré, asomándome por encima del borde superior de la foto. De repente, volví a sentirme deslumbrada. El pelo negro y largo de Miguel estaba revuelto pero pulcro, moviéndose descuidadamente con el viento. Motas de marrón pálido y verde salpicaban sus ojos oscuros. Noté aquellas pecas dispersas en su nariz, casi imperceptibles por el bronceado natural de su piel. Su mandíbula firme, cubierta por una ligera barba, se movió apenas, mientras, al igual que yo, intentaba comprender ese instante tan extraño, esa rareza en el tiempo. Bajé la foto, sabiendo que ya no podía ocultar mi propia sonrisa vacilante.

—*El destino* —dijo Miguel en español, y nos comprendimos con la mirada tal y como lo hicimos el día de aquellas fotos—. ¿Crees en el destino, Diana?

—Bueno…, en realidad no.

—Yo tampoco. —Esbozó una sonrisa—. Eso es pura mentira. Pero tú… No sé. Siento que hemos vuelto a encontrarnos gracias a…

—Algo más —terminé por él.

—Suena loco, ¿verdad?

—Solo un poco.

—Sea lo que sea… —Miguel se encogió de hombros, y en aquel momento envidié su felicidad, ajena a todo lo demás—. Ahora estamos aquí.

Eso era cierto. Aquel lugar era precioso, una joya de paz perfecta escondida para preservar su inocencia, una maravilla oculta en aquella bulliciosa ciudad. El campo intacto, el patio completamente tranquilo.

Y, sin embargo, no era Barcelona lo que me dejaba sin habla.

23. Diana

Nunca antes lo había sentido, pero empezaba a experimentar cierta presión corriendo junto a Nic. La velocidad a la que había dominado la pista con el JA76 era aterradora. Nadie lo reconocería abiertamente, pero todos los equipos de F1 tenían un piloto número uno —el que mejor rendía, el ganador de títulos, la celebridad— y un piloto número dos, que servía principalmente como seguro, ocasionalmente superaba al primero y defendía constantemente su puesto. Era solo la primera carrera de Nic con Jolt, pero yo tenía que darlo todo. No podía caer en la trampa del número dos.

Me acomodé en el asiento de mi coche y me preparé para la carrera sujetándome al halo. El equipo lo comprobó todo y se aseguró de que los neumáticos —ahora exigía dos revisiones para estar segura— estuvieran bien atornillados. No podía correr ningún riesgo.

—Comprobadlos otra vez —grité desde debajo del casco—. Una vez más, por favor.

Me alegré de que no pudieran ver mi expresión. Si no, se habrían dado cuenta de lo asustada que estaba.

El Gran Premio de España comenzó con una explosión, literalmente.

Justo en la primera curva, cuando se apagaron las luces y salimos disparados, hubo una colisión múltiple de tres coches que provocó una bandera amarilla prematura. Fue el Wilson Nitro pilotado por Michael Cade, que se salió de la pista y se llevó consigo al Burgess de Ben Kittington y al Misaki de Jonas Hauser. Gemí cuando sacaron la bandera, todavía atrapada en P2.

—Uf, esa bandera —le dije a Aiden.

—Dale tiempo —respondió con su serenidad habitual.

La bandera pareció ondear durante una eternidad. Finalmente se retiró y no esperé. Pisé el acelerador en cuanto tuve oportunidad,

apretando los dientes contra la fuerza de las curvas. Me colé delante de Nic sin remordimientos, manteniéndome en P1.

—Consigue una buena ventaja, no queremos el DRS detrás de ti —dijo Aiden—. Un buen segundo de diferencia. Ahora tienes detrás a Nic en P2, Miguel en P3, Darien en P4 y Peter en P5.

—De acuerdo.

Aceleré en la recta, dejando a Miguel muy atrás de la ventana de detección del DRS de un segundo, afortunadamente. Tenía una ventaja táctica. Tenía que mantenerla.

Todo parecía ir bien hasta la vuelta cincuenta. Los tres primeros seguíamos siendo los mismos: Nic, Miguel y yo. Tomé la chicane después de la primera recta, con el coche respondiendo a la perfección. Y de repente, todo se vino abajo. La rueda delantera izquierda se bloqueó, igual que en Imola. Excepto que aquella vez fue culpa mía. Frené demasiado fuerte, lo que provocó que la rueda se bloqueara.

Entré con fuerza en la curva y todo el coche rebotó al pasar por encima del bordillo.

No, no, no, otra vez no.

—¡Maldita sea! —Giré el volante con todas mis fuerzas. Por algún milagro, logré recuperarme. Pero había perdido tiempo. Lo sabía. Tenía a Nic en los retrovisores.

—Volvamos a la pista, Diana. Sigues en P1.

—¿Hay algún daño?

—No, no hay daños, Diana. Llevas neumáticos más nuevos que Nic, pero ahora estáis más o menos igualados, eso es todo.

Me defendí en la recta trasera, manteniendo a Nic justo fuera del alcance del DRS. En aquel momento no podía adelantarme. Solo tenía que aguantar.

—Solo tengo que aguantar, ¿verdad? —dije—. ¿Cómo va mi ritmo?

Silencio por parte de mi salvavidas al otro lado del intercomunicador.

—Aiden, ¿cómo va mi ritmo? —repetí, ahora preocupada.

Finalmente respondió. Ojalá no hubiera oído lo que dijo.

—Diana, mantén tu ritmo. Tengo una orden directa del equipo por parte de Cavanaugh.

—¿Que mantenga mi ritmo? —repetí incrédula—. Pero entonces Nic…

—Sí. Eso es lo que dice.

En aquel momento quería gritar. Tuve que hacer un gran esfuerzo para controlar mis emociones y mantener la profesionalidad por la radio. No podía creer lo que oía. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Diana —se oyó una voz nueva—. Soy Theo, Diana. Creo que es mejor que lo oigas de mí.

¿Cavanaugh en mi radio? Imposible.

—¿Qué me queda por oír? —espeté mientras daba un volantazo en la chicane trasera.

—Sé que estabas defendiendo muy bien, pero, Diana, vamos a invertir los coches. Con calma.

—Confirma, Theo, ¿qué quieres que hagamos?

—No, escúchame, Di. Déjalo pasar.

—¿Es por el trompo? —casi supliqué—. El coche no ha sufrido daños en su rendimiento. Puedo mantenerlo, de verdad que puedo. Puedo mantener la P1.

—Si sigues pisando, lo dañarás. Nic tiene mejor defensa de P1.

Aquellas palabras me golpearon en el pecho.

—Umm, vale. Mantengo el ritmo. Ahora puede adelantarme.

Nunca me había sentido tan fracasada en mi carrera profesional como cuando vi a Nic Necci adelantar mi coche, que avanzaba lentamente, cuando dejé que mi propio error le diera a Jolt margen para obligarme a ceder. Por supuesto, tenían razones para invertir los coches: casi me estrello contra el muro, mi coche carecía de las prestaciones necesarias para asegurar un P1 seguro y cómodo con muchos segundos de ventaja sobre el siguiente piloto, y eso significaba que Nic podía defender mejor, por lo que las posibilidades de que nos llevara a la victoria eran mayores, y así sucesivamente. Pero mi deportividad me había costado oficialmente lo que podría haber sido mi primer P1. ¿Era aquella la forma que tenía Jolt de decirme que ahora iba a ser su número dos? Al fin y al cabo, había manejado mal el coche. Aquella vez no había sido un error técnico.

Sin embargo, había una sensación que no podía quitarme de la cabeza. El coche seguía ahí. Seguía teniendo la potencia que

necesitaba para correr. Aiden había dicho que no había daños después de mi pirueta. Podría haber aguantado. ¿Significaba eso, entonces, que Jolt pensaba que no iba a luchar? ¿Que podían utilizarme como seguro para Nic?

—Ahí tienes el P2, Diana, el P2. Excelente trabajo, compañera —dijo la voz de Aiden mientras pasaba a toda velocidad por la bandera a cuadros.

Quería mandarlo a paseo. Aquel segundo puesto no era por lo que había corrido. Podría haber conseguido el primero.

—Gracias —dije en su lugar.

No quería acercarme a nadie después de la carrera. Ni siquiera quería hablar con Miguel sobre ello, a pesar de que después de Imola y del bar de tapas de Barcelona, estábamos empezando a acercarnos mucho más. Quizá la gente pensó que estaba llorando porque mantuve el casco puesto durante todo el camino de vuelta a la sala de enfriamiento, pero estaba furiosa. Quería estrangular a alguien.

Podría haberlo conseguido, haber logrado el P1. Estaba ahí, a mi alcance. Eso resonaba en mi mente mientras entraba primero en la sala de enfriamiento y cambiaba mi casco por una gorra del podio. «Déjalo pasar». El mensaje de radio que pronto se extendería como la pólvora por Internet.

Bebí agua a sorbos mientras veía los momentos destacados de la carrera, esperando a que llegaran los otros dos. Me di cuenta de que Nic probablemente ni siquiera sabía lo que había pasado, seguramente pensó que mi coche se había averiado y que por eso había tenido que ponerse en cabeza.

Mis padres me habían llevado una vez a la Corniche de Yeda cuando era mucho más joven, antes del accidente de Baba. Ammi había agarrado un puñado de arena del suelo cerca de la costa y lo había vertido en mi palma.

—Mira, *joonam* —me dijo—. Abre la mano.

Extendí los dedos y, de repente, la arena se me escapó, tan rápido como se había depositado en mi sucia mano de niña.

—A veces, tendrás oportunidades increíbles, Diyana —me dijo—. Oportunidades para hacer algo, para tener todo lo que tu corazón desea. Y se te escaparán de las manos, así, sin más. Así es el mundo, *joonam*. No todo está destinado a durar, porque, si no, ¿qué sentido tiene vivir? ¿Qué sentido tiene seguir intentándolo?

¿Cuál era la razón para seguir intentándolo? Había conducido toda la carrera en P1 y, en el último segundo, Nic se llevó la gloria, se llevó el mérito de la carrera que yo había liderado todo el tiempo. Debería haberme aferrado más a ello.

—¡P1, nena!

Al poco tiempo, Nic y Miguel estaban en la zona de enfriamiento, celebrando ya la primera victoria de Nic, sin darse cuenta en absoluto de mis sentimientos. Probablemente era mejor así. Las alteraciones eran una realidad en las carreras, pero podían envenenar la parrilla con rumores peligrosos.

—Enhorabuena, chicos. —Miguel se dejó caer satisfecho en el sofá mientras se reproducían los momentos más destacados—. Oh, esa salida.

—Fue muy mala —se quejó Nic. En la pantalla, Cade voló por la pista y chocó contra la pared. Al menos yo no había vuelto a hacer eso, pensé.

Lo vimos hasta que casi perdí el control.

—¡Fantástica maniobra! —Miguel me dio un codazo. Le devolví una sonrisa forzada. Mi estómago dio un vuelco lento cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de pasar. Recé para que no pusieran la radio.

Pero la pusieron de todos modos.

—*Mantén tu ritmo* —dijo Aiden.

Nic miraba con atención. Miguel frunció el ceño cuando Cavanaugh se unió a la conversación.

—*Invertiremos los coches.*

—*Confirma, Theo, ¿qué quieres que hagamos?*

Fruncí los labios y aparté la mirada. Los tres nos quedamos en silencio sepulcral.

—*¿Es por el trompo? El coche no tiene ningún daño en su rendimiento. Puedo mantenerlo, de verdad que puedo. Puedo*

mantener la P1.

De cualquier manera, me obligué a mirarlo. Nic me adelantó sin dificultad.

Miguel tardó un momento en hablar por fin.

—¿Qué… demonios?

—Oh, Diana. —Nic me lanzó una mirada de lástima—. Debe de haber sido duro. Cuando nuestros coches sufren ese tipo de daños, las consecuencias siempre son duras. Pero, gracias, ya lo sabes. Por jugar para el equipo. Gracias a ti hemos conseguido el doblete.

—No me des las gracias a mí —dije con frialdad—. Dáselas a Theo. Debió de pensar que tú lo harías mejor en P1 que yo.

—Di…, en serio —continuó Nic, dándome una palmada en el hombro—. Lo que has hecho hoy como deportista es fantástico.

—Deportista. —Me levanté y me ajusté la gorra—. De nada.

Sabía que no debía descargar mi ira con Nic, pero él se comportaba como si hoy hubiera hecho algo realmente santo por Jolt. Era solo que… ¿Por qué no lo veía? Revisarían mi coche y verían que no había daños importantes. ¿Qué haría falta para que se descubriera aquel tipo de políticas en las carreras?

—No lo sé —intervino Miguel—. ¿No te parece que el intercambio es… injusto? ¿Contrario al espíritu de la carrera?

—Fue por el equipo —respondió Nic—. Lo que sea para conseguir esos puntos, hermano.

Me esforcé por ocultar el disgusto en mi rostro.

—Sí. Por el equipo.

Nic extendió las manos y se recostó en el sofá.

—Vamos, estas cosas pasan. Podría haber sido yo el que se saliera de la pista después del trompo y te dejara pasar.

—Claro, podría haber sido así. —Negué con la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ya sabes que voy a tener que sentarme a *hablar* con Cavanaugh.

Miguel se movió incómodo.

—Pero seguiste las órdenes del equipo.

—Nunca se acaba —dije con voz entrecortada—. Una vez que empieza ese tipo de cosas, nunca se acaba.

24. Diana

El cambio de posiciones del Gran Premio de España era el único tema del que hablaba el *paddock*, y ya no solo en el mundo del automovilismo. Algunos decían que había sido una maniobra táctica por un coche menos potente en cabeza, mientras que otros la veían como el típico ejemplo del machismo tóxico del motor. Jolt parecía tener más fe en su piloto que en una mujer que, en su primera temporada de Fórmula 1, había logrado cuatro podios para el equipo y habría conseguido un primer puesto de no ser por la orden del equipo.

Mientras esperaba fuera de la sala de conferencias antes de la rueda de prensa, sentía que las piernas me iban a fallar. Sabía que recibiría apoyo, pero también una oleada de críticas. Habría gente de acuerdo con la orden del equipo y gente que me creería inferior a mi compañero. Si quería dejar clara mi postura, sería difícil. Mi asesora de comunicación me había advertido que me interrumpirían. Me aconsejó hablar con claridad y amabilidad. Poco más podía hacer ante aquella situación.

Al otro lado de la puerta, una becaria de prensa me llamó:

—¿Señorita Zahrani? Es su turno.

Respiré hondo. Era hora de enfrentar lo inevitable.

No estaría sola en esa rueda de prensa. Al frente ya estaba sentado Theodore Cavanaugh, con aspecto satisfecho, sin duda preparado para cualquier pregunta incómoda que le lanzaran. Aparté la mirada en cuanto vi a Nic, con expresión impasible, acercándose desde el otro extremo de la sala. El último miembro de la conferencia sería nuestro estratega, que entró justo detrás de Nic.

—Por fin un uno-dos —comenzó el entrevistador sin rodeos. Apenas había tocado la silla cuando la pregunta salió de sus labios —. Brillante. Pero hemos oído, señor Cavanaugh, como todo el mundo, que hubo un cambio de posiciones por orden del equipo en la vuelta cincuenta y tres. Explíquenoslo.

Cavanaugh había estado esperando aquella pregunta y la había ensayado, porque permaneció impasible. Tomó un sorbo de su vaso plateado de Jolt.

—Bueno, la vuelta cincuenta y tres fue una decisión difícil. En la cincuenta y uno, Diana tuvo un bloqueo que casi la hace volcar, y se recuperó muy rápido, pero nuestra opinión en aquel momento fue que podría tener problemas con el coche, que no sería capaz de terminar la carrera con un coche bajo estrés, y no tiene el historial sólido en Fórmula 1 que Nicolò tiene, así que apostamos por él. Tenemos datos de que Nic mantiene un ritmo excelente, es muy fiable, y preferíamos que él estuviera en P1 a que Diana sufriera una avería y quizá se llevara ambos coches por delante. Así que decidimos que era más seguro, porque también podríamos aprovechar el rebufo de Nic para ayudar a Diana un poco si su ritmo bajaba. Era una jugada estratégica necesaria.

«Necesaria». Me mordí la lengua tanto para el público como para el director de mi equipo.

—Por supuesto —respondió el entrevistador—. Y Nic, ¿cómo te sientes con el P1? ¿Notas alguna diferencia?

—Sinceramente, no me parece bien intercambiar de posición con nadie —comenzó con falsa modestia—. No puedo imaginar lo difícil que debió de ser esa decisión para Diana, pero creo que estaba tácticamente justificada. Para mantenernos en cabeza y seguros, ¿no?, por si le pasaba algo al coche de Di. Yo llevo más tiempo que ella en este circuito, he adquirido más habilidad y destreza en las carreras, y creo que el resultado habla por sí solo.

Luché contra el impulso de negar con la cabeza. Sonaba igual que Cavanaugh. ¿Acaso aquel hombre no podía pensar por sí mismo? Había visto tanta profundidad en él, tanta reflexión, y sin embargo en ese momento había desaparecido por completo.

Me pregunté si Miguel estaría mirando y si sentiría lo mismo. Conocía a Nic desde hacía mucho tiempo, había corrido con él; se habían vuelto íntimos como hermanos. Lo que me molestaba era que posiblemente aquel cambio se debiera a su amistad. Nic nunca había tenido hasta ahora la oportunidad de destacar, de correr para un equipo grande, mientras que Miguel casi había ganado el

Campeonato apenas un año antes. Y ahora que Nic había saboreado su primera victoria, no habría vuelta atrás. Los celos y la comparación lo tenían atrapado.

—Ahora, Diana. ¿Cómo te sientes? ¿Crees que podrías haber ganado esa carrera? —El entrevistador se rio entre dientes—. Después de todo, eso es lo que dice mucha gente. Incluso Kasper cree que podrías haber conseguido el P1.

—Quizá debería haber conseguido el P1, ya que él lo cree —bromeé, provocando risas y *flashes* de las cámaras del público. Podría haberlo pensado mejor—. Seré muy franca. Entiendo el razonamiento táctico. Pero escuchar las palabras «déjalo pasar» de tu jefe de equipo es la peor pesadilla de cualquier piloto. Lo que eso significa es «oye, deja pasar a nuestro número uno». Solo llevamos cinco carreras, una sola para Nic, y ya se están marcando las líneas. Es desgarrador que te muestren tu verdadera posición a ojos de tu equipo. De verdad. No quiero tener que luchar contra mi propio equipo y contra todos los demás para alcanzar cierto nivel de éxito en este deporte, pero supongo que no puedo hacer nada al respecto.

Alguien en primera fila soltó un silbido ahogado.

—Eso es… —El entrevistador se quedó sin palabras—. Es una afirmación muy atrevida.

Cogí mi botella de agua, desenrosqué lentamente el tapón y di un pequeño sorbo.

—Lo sé —respondí.

Hubo un momento de silencio que no duró más de un segundo antes de que se desatara el caos.

Los periodistas gritaban, las cámaras disparaban sin cesar, los reporteros empujaban con micrófonos en la mano, grabadoras portátiles e incluso libretas. Estaban frenéticos. Habían olido el drama y se habían vuelto locos.

—Salgamos de aquí —susurró el responsable de comunicación a nuestra izquierda—. Diana, tú primero.

—¿Salir de aquí y dejar todas sus preguntas sin respuesta? —le respondí—. Tenemos que ser sinceros sobre esto. Al menos, yo creo que debo serlo.

Y sabía que no podía permitirme el lujo de comportarme como quería y salir impune. Sabía que eso era cierto para los otros diecinueve pilotos, no solo para mí. Pero en aquel momento, decidí que tenía que mantenerme firme. Señalé al reportero más cercano con un gesto de asentimiento y dije:

—Sí, por favor.

25. Miguel

Arqueé una ceja hacia Jatziry cuando se levantó para servirse un vaso de agua helada de la cocina. Habíamos estado viendo la rueda de prensa de Jolt, una experiencia dolorosa para todos los involucrados. Nunca pensé que tendría que ver aquel tipo de comportamiento por parte de Nic, pero allí estábamos, con él actuando como marioneta de Cavanaugh y Diana luchando sola. Era un desastre.

Pero Jatziry había estado callada. Callada desde su regreso, para ser justos, aunque no podía evitar preguntarme por qué. Por mucho que aquella situación no fuera algo que hubiéramos elegido, nos preocupábamos el uno por el otro, y eso me obligó a preguntarle:

—Oye, Ziry, ¿qué pasa? Sé sincera conmigo, es que pareces… ausente.

Suspiró.

—Deja las carreras a un lado por un momento y pregúntame cómo fue la boda, Miguel.

—Claro. ¿Cómo fue la boda de Lupe?

—¡Horrible! —admitió por fin.

Me quedé boquiabierto. No era en absoluto lo que esperaba.

—La gente no para de preguntarme dónde estás, Miguel. Incluso mi propia madre. Es como si sin ti solo fuera media persona. Todos quieren ver a Miguel de la Fuente, número ochenta y ocho, Scuderia Revello, y cuando aparezco sin ti, se abalanzan sobre mí y luego me ignoran por completo. Sin mencionar que deseaba que estuvieras conmigo. Me siento sola en todo, Miguel, y no sé qué más decirte.

Me quedé callado un momento. Parpadeé. Lo procesé. Era demasiado.

—Vaya. Vale. Vaya. Jatziry… si hubiera sabido que te sentías así, habría ido con…

—¡Ese es el problema! —interrumpió ella—. Te das cuenta después de los hechos, Miguel. ¡No hay una próxima vez! ¡No hay

repetición! ¡Lupe no se volverá a casar! Solo… haz un esfuerzo, Miguel, por ver lo que está pasando aquí. Con nosotros. Miguel, puede que estemos juntos, pero lo hacemos todo por separado. ¿Qué es esto, eh? Dímelo.

—Jatziry. —Respiré hondo. Creo que se dio cuenta de que me estaba alterando, lo cual era justo. Porque, todo aquel tiempo, yo la había alterado a ella—. Cuando te pregunté, ya sabes, al final de la temporada pasada, si estabas preparada para esto, me refería a las carreras. Las carreras vienen conmigo. Es un paquete completo. Mi equipo es tan familia mía como mis padres, Paula o tú. Y esto es mi sustento. Firmé un contrato prometiendo que viviría y respiraría la Scuderia. Los viajes, el trabajo, los medios y los accidentes. A veces tendré dos semanas para una boda. A veces no.

—Y ese es el problema. —Su voz era tranquila y firme—. Tú lo consigues. Tienes tus dos semanas, tienes tu carrera. Eso es lo que siempre has querido. Pero nadie me preguntó eso a mí.

—¿Preguntarte eso? —repetí. Mi bravuconería se había desvanecido, sustituida por una especie de culpa.

Jatziry. ¿Quién era Jatziry? ¿Sabía yo quién era? ¿Qué sabía de ella más allá de lo que sabían todos los demás? ¿Más allá de lo que nuestras familias nos habían contado? ¿Cuáles eran sus pasiones, qué amaba? ¿Había renunciado a algo para estar aquí? Nunca se me había ocurrido pensarlo. Igual que ella no me conocía fuera de las carreras y los grandes premios.

Negó con la cabeza.

—Porque, escucha, Miguel, sé lo que más quieres. Lo sé, lo noto, y cuanto más lo pienso, más…

Recé para que no lo dijera, pero flotaba en el aire. Hice todo lo posible por evitarlo.

—Las carreras son parte de mí. Han sido parte de mí durante los últimos veinte años. No van a desaparecer. Sé que odias el tiempo que me quitan. Es lo que he elegido para mí. Solo quiero correr, y eso te está costando, lo sé. Es cierto.

—Entonces, ¿por qué pierdes el tiempo planeando tu boda con alguien ajena a tu mundo de las carreras?

—¿Qué? —Me quedé atónito. Había dicho exactamente lo que yo temía, y el golpe no fue menos duro—. Jatziry, ¿qué quieres decir?

—¿Hay algo que no sé, Miguel, sobre tu historia con Diana?

La pregunta me dejó sin aliento.

—De niños, fuimos juntos un par de veces a correr en karts —balbuceé finalmente—. No hay nada que contar. Apenas lo recordamos.

—Oh, Miguel. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y, mientras la veía luchar por contenerlas, las mías también comenzaron a brotar —. No podrías vivir con una esposa que odia las carreras. Y yo no creo que pudiera vivir con un marido que ame la Fórmula 1 más que a mí.

—Pero no pasa nada. El amor puede llegar con el tiempo —intenté decir. Me estaba aferrando a un clavo ardiendo. Estaba fatal. Nunca me había sentido tan impotente en mi vida.

—No será así. No lo será para ninguno de los dos, porque sé que no puedo decirlo. —Tragó saliva y me miró a los ojos—. ¿Tú puedes?

Esperó. Yo también esperé. Esperé a que llegaran las palabras, una cascada de emociones que me abrumara y enviara aquellas tres sílabas rodando por mi lengua. Debería ser tan fácil para mí, pensé. Después de tanto tiempo, ¿no debería ser fácil?

—¿Puedes? —repitió Jatziry.

No sabía qué decir ni qué hacer. Me miraba con tanta culpa, dando a entender que era yo quien debía sentir pena en aquel momento.

—Deberíamos darnos un poco de tiempo —fue lo que dijo.

¿Un tiempo? Acabábamos de descubrir la mayor grieta en nuestra relación, un agujero enorme, ¿y un poco de tiempo lo arreglaría? ¿Por qué la gente siempre decía que el tiempo lo arreglaría todo? El tiempo no era una venda. El tiempo no eran puntos de sutura.

—Tengo que estar en Calabria mañana —respondí de todos modos, con la voz a punto de quebrarse—. Creo que unos días separados nos vendrán bien.

Más tarde aquella noche, antes de irme al aeropuerto, desenterré algunos de mis viejos vídeos de *karting* de hacía diez años y los

puse.

En los vídeos, tan antiguos que estaban almacenados en discos con etiquetas descoloridas escritas con rotulador permanente, encontré lo que buscaba. Copa Juvenil Canadiense de Karting, 2012. Vi cómo cruzaba la línea de meta en primer lugar, y el vídeo pasaba a mostrarme celebrándolo bajo una lluvia de confeti, con el trofeo del primer puesto en alto.

Allí estaba ella a mi lado. Había quedado en segundo lugar, pero parecía tan tranquila mientras me felicitaba. Se veía tan joven entonces, tan despreocupada, antes de que el estrés de las carreras la afectara. Nos miramos a los ojos y sonreímos, y leí sus labios: «Lo has hecho muy bien».

Mientras reíamos, hablábamos y nos regocijábamos en la pantalla del televisor, toda la esperanza se desvaneció de mi alma. Jatziry tenía razón. Solo había que vernos. Entonces y ahora. ¿Y si necesitaba a alguien que pudiera correr conmigo, que pudiera seguirme el ritmo mientras volaba por la vida a trescientos kilómetros por hora?

¿Y si todo lo que había confiado a mi familia fuera completamente erróneo?

Era cierto. Ya sabía que las cosas habían pasado de ser inestables a irrecuperables antes de irme a Calabria.

Por mucho que lo intentara, empecé a ver señales de que Jatziry me calaba. Pasábamos muy poco tiempo juntos. Y lo vivíamos como si fuera una tarea. Como cualquier pareja, pasábamos por fases de altibajos, una y otra vez, excepto que los bajones nunca desaparecían por completo. No hablábamos de las cosas, no hacíamos nada más que esperar a que los problemas desaparecieran con el tiempo. Cuando hablé con Paula, llamé a Jatziry mi «obligación», y nuestra conversación se volvió cada vez más vívida en mi memoria al darme cuenta de que las predicciones de Paula se habían cumplido. Estaba tratando de mantener algo para lo que no tenía fuerzas. Y ahora estaba pagando las consecuencias.

Apenas asistía a las reuniones y sesiones informativas en la sede de Revello, contando los minutos para poder volver a casa y poner

fin a aquel sufrimiento. No sabía qué pasaría. Solo sabía que quería que todo acabara.

—Pasamos buenos momentos, ¿verdad?

Frente a mí, Jatziry negó con la cabeza, sonriendo con tristeza. Sus ojos reflejaban una melancolía poco natural que contrastaba fuertemente con su habitual alegría.

—No, Miguel, piénsalo. Tú lo inventaste todo. Ninguno de los dos podemos decir que nos queremos.

—Pero…

Soltó una risa sarcástica, una emoción que no estaba acostumbrado a oír de ella.

—Ni siquiera sé cuál es tu color favorito.

—Mi color favorito… —balbuceé—. Jatziry…

—No, yo lo sé. —Sus ojos solo mostraban desánimo, sin rastro de humor—. Rojo y verde Revello.

Apreté los dientes.

—Esto es… Jatziry, ¿estás segura? ¿No quieres salvar esto, salvarnos? Nuestras familias han esperado casi una década, y nosotros simplemente… ¿renunciamos? ¿Por qué?

—No vivimos para nuestras familias. —Jatziry giró distraídamente el anillo que le había regalado en Imola—. Se supone que debemos vivir para nosotros mismos. Tú vives para la carrera. Yo necesito encontrar eso por mí misma. Lo que sea que me haga vivir.

Era tan definitivo. No sabía qué decir.

—Vi algunos vídeos antiguos de tus copas de *karting* —dijo Jatziry, con una voz apenas superior a un susurro—. Los dejaste a la vista después de marcharte. ¿Te enamoraste de ella entonces, Miguel?

Ni siquiera lo había admitido antes. Aunque sentí algo por Diana en algún momento, jamás le fui infiel a Jatziry. No había querido aceptar la verdad. Pero ahora que ella la había puesto delante de mí, ya no podía justificar lo que sentía como mera admiración.

—Las cosas de cuando era joven… no las tomo en serio —contesté finalmente—. Pero… lo hice. Lo hice, y no sé, pero…

«Quizá sigo enamorado», quería decir. No fue necesario; la cara de Jatziry me dijo que había oído aquellas palabras silenciosas de todos modos.

Respiró hondo. Parecía tan pequeña con su vestido blanco, con el pelo cayéndole sobre los hombros en ondas perfectas. Era inocente y, por eso, me sentí culpable.

—Gracias por tu sinceridad.

Se quitó el anillo del dedo y lo sostuvo en su mano derecha, mirándolo fijamente como si estuviera tomando una decisión. Luego lo dejó sobre la mesa de café.

—Sabes que solo te deseo lo mejor, Miguel. —Me acarició la mejilla y su sonrisa estaba tan rota que quise recoger los pedazos y pegarlos con las lágrimas que caían de sus ojos—. Volveré a Madrid y se lo contaré a mis padres. No es tu responsabilidad preocuparte por nada de eso. Y… seguiré viendo lo que pueda en la televisión.

—No…, no tienes por qué hacerlo —logré decir.

Se encogió de hombros.

—Sigo teniendo la costumbre, ya sabes, de animar al único piloto famoso y un poco presumido que me ha importado en la vida.

El último evento al que Jatziry y yo aparecimos juntos antes de que se mudara definitivamente fue un concierto privado en Sevilla. El flamenco resonaba en el anfiteatro mientras los invitados más distinguidos de toda España se sentaban y disfrutaban del espectáculo, la música en directo, el baile y las bebidas.

Fingimos estar excepcionalmente felices. Sonreímos a todas las cámaras y actuamos como si nos riéramos de algo que había dicho el otro. En cierto modo, no era muy diferente de lo que habíamos estado haciendo antes.

Serían las fotos que tomaron en aquel evento las que aparecerían en las noticias cuando se corrió la voz: nuestro compromiso había terminado oficialmente, y no con una boda.

Me senté en el piso de Barcelona que compartíamos, ahora solo yo.

Observé cómo se publicaban los artículos durante los días siguientes.

¿A dónde se ha ido el amor? El coche de la prometida de De la Fuente desaparece del aparcamiento.

Rumores apuntan a que Jatziry Fernanda Calderón Blanco ha regresado a Madrid.

¿Veremos a Blanco en la próxima carrera de De la Fuente?

No quería ir a verlos y confirmarlo. En cambio, esperé con impaciencia el Gran Premio de Mónaco, donde podría dejarlo todo atrás y sentirme perfectamente a gusto al volante. Era cierto: para mí, las carreras eran mi constante. Todo lo demás iba y venía, y sin saberlo, Jatziry lo había demostrado.

La noche antes de mi vuelo a Mónaco, volví a llamar a mamá. Había estado evitando sus llamadas desde que Jatziry se marchó, respondiéndole días después. Mi madre me odiaría por ello.

Escuché el tono hasta que contestó.

—Por fin ha sucedido, ¿eh?

—Eh, mamá, siento no haberte devuelto la llamada…

—¡Oh, Miguel, ni siquiera es eso! —se quejó mi madre—. Lo sabía desde el principio, tú lo sabías, todos sentíamos que vosotros dos no estabais a gusto juntos. ¡Y aun así jugaste con el corazón de esa pobre chica, Miguel!

Casi me caigo del sofá.

—¿Qué? ¿Tú querías esto?

—¡Paula te lo dijo! —espetó mamá—. Que esto no es propio de ti, vivir para satisfacer los deseos de otra persona. ¡No escuchaste a nadie!

—¡Pero todos contaban con ello! ¡Yo realmente me preocupaba por Jatziry! ¡No es que intentara hacerle daño!

—¡Hombres! —Prácticamente podía ver a mi madre masajeándose la frente—. Te lo dije desde el principio. Eras solo un niño cuando tu padre insistió en aquel emparejamiento entre Jatziry y tú, le dije que no funcionaría. Nunca serías capaz de amar a alguien que no llegara ni a una centésima parte de tu tiempo de vuelta, chico. Nunca.

—Mamá…

—Bueno, ¡averígualo tú mismo! Y solo cuando lo hagas, dímelo. ¡Madura, Miggie!

Después de eso, mamá colgó y, como de costumbre, volví al punto de partida. Era hora de «averiguarlo».

—Quizá esto incluso te venga bien —me aseguró Paula en el avión a Mónaco—. ¿Te acuerdas de cómo fue la temporada pasada? Te lo pasaste bien.

Lo recordaba muy bien, y quizá me lo había pasado demasiado bien. Como a todo el mundo le gustaba decir, tanto mis carreras como mi presencia no habían conocido límites. Vivía como cualquier otro joven piloto loco, porque ningún otro piloto loco tenía prometidas fruto de acuerdos con familias prestigiosas que guardaban cierto resentimiento hacia el circuito (que era como yo lo veía en aquel momento). Ahora ya no tenía a aquella prometida. Cómo habían cambiado las cosas.

—Me sometí a una tortura innecesaria al intentar disfrutar de los días previos a un fin de semana de carrera —corregí a mi hermana —. Me sorprende que mi entrenador no me castigara por todos los problemas que causé el año pasado.

—Bueno, eso es porque antes tenías a Ben y ahora tienes a Louie —sugirió ella.

—Louie es bastante implacable.

—Sí, te devastó cuando cambió todas tus cenas americanas de macarrones con queso para microondas por cuencos de proteínas controladas.

—Venga ya, ¿manzanas? ¿Avena? ¿Cuscús? ¿Cree que voy a comer cuscús?

Paula esbozó una rara sonrisa.

—A eso me refiero. ¿A quién le importa Louie y sus cuencos de proteínas? Come queso en polvo, tío. Haz lo que te haga estallar de alegría.

—Como tú. —Sonreí con aire burlón, cambiando sutilmente de tema—. Ese reto de Revello con las galletas te delató por completo.

Y el otro día tuiteaste. Sí, tuiteaste. Y has dejado de hacerte esas coletas asesinas para el cuero cabelludo, Paula, ¿qué te ocurre?

—Sabes, Mig… —Se encogió de hombros—. De niña, yo… no quería nada más que nuestros padres me pusieran en un kart junto a ti. Cuando te veo correr, a veces me pregunto si podría ser yo, si las cosas hubieran salido de otra manera. El *statu quo* ya me ha quitado mucho. ¿Por qué dejar que siga controlando mi vida?

—Eh. —Supongo que siempre había visto a mi hermana mayor como una persona inquebrantable, decidida y centrada. No me había dado cuenta de que aquella determinación se debía en parte a sus propios demonios—. Entonces puedes empezar con esto. —Me recosté en mi asiento de cuero, agarré una botella de champán de la cubitera que teníamos enfrente y la puse en mi bandeja, junto a mi copa—. Que nadie se lo diga a Louie.

Paula se rio y extendió su copa.

—De acuerdo, campeón. Una copa. Nada más hasta que ganes el Gran Premio ese fin de semana.

26. Diana

Mónaco no solía tener preferencia por ningún equipo de Fórmula 1. Los monegascos tendían a animar a su piloto local, Jules Beaumont, de Burgess. Sin embargo, vi cómo cientos de aficionados abarrotaban el aeropuerto a nuestra llegada, la mayoría con banderas de Revello, vestidos con los colores de la Scuderia, sosteniendo carteles y cámaras en alto. Esperé mi equipaje dentro mientras la multitud de cientos se convertía en más de mil, desesperados por echar un vistazo a los atribulados pilotos que acababan de aterrizar en Montecarlo.

Entrecerré los ojos para mirar por la ventana.

—¿Por qué hay tantos?

—Es por Revello —respondió Nic con una sonrisa—. Habrá multitudes así en todas partes.

No estaba segura de cómo estaban las cosas entre Nic y yo en aquel momento, pero se había desatado el caos después de insinuar que Jolt podría haberme tendido una trampa para quedar segunda detrás de Nic. Así que, por supuesto, tuve que comportarme como si fuera solo un enfado momentáneo, producto de mi terquedad y todo eso. Nic y yo no abordamos el tema de manera directa. Simplemente pareció desvanecerse mientras nos perdíamos en los preparativos de Mónaco, aunque yo, por mi parte, seguía guardando más que un poco de resentimiento. Nic se estaba tomando las cosas con demasiada calma, lo que solo conseguía irritarme aún más.

Miguel y Andrea, junto con su equipo, bajaron al vestíbulo con maletas blancas de rayas verdes y rojas. Andrea se acercó a las ventanas y saludó con alegría a sus fans, que estaban absolutamente enloquecidos.

No estaba segura de si ahora había mala sangre entre Miguel y Nic, amigos desde el primer día, pero, si la había, no lo demostraban. Nic extendió la mano y Miguel la tomó, fundiéndose en un abrazo brutal con palmadas en la espalda.

—Hola, *amigo*, ¿es cierto?

Se separaron. Miguel asintió con tristeza.

—Sí, bueno, pasaron algunas cosas. Pero supongo que fue lo mejor para los dos.

Miguel, tal como sugerían los rumores, supuestamente había llegado tras romper con Jatziry. No quería creerlo. Los dos parecían tan a gusto juntos. Pero también era consciente de la culpa que se apoderaba de mi corazón cuando pensaba en lo bien que Miguel y yo habíamos conectado en Barcelona. Me contuve para no sentir nada, incluso cuando miramos aquellas viejas fotos y nos reímos en el patio. Notaba que él quería mucho a Jatziry, y lo veía en su aspecto actual: pelo revuelto, gafas Ray-Ban de cristales oscuros y barba incipiente.

—Probablemente sea cierto. Ya sabes cómo es este deporte, es como un maldito parásito —bromeó Nic—. Al menos ya no hay tensión entre vosotros dos. Centraos en la carrera. Y, oye, Montecarlo es el mejor lugar para estar después de algo así.

—¿Por qué?

Nic bajó la voz.

—¡Las chicas, Miggie! ¿No te acuerdas de cómo solías correr antes? Este tío es un salvaje —dijo dirigiéndose a mí—. No reconocerías a nuestro pequeño y atrevido rompecorazones.

Arqueé una ceja.

—Poned a los otros diecinueve en fila, no podría distinguir a ninguno de vosotros. Todos pensáis igual, actuáis igual. Con el alcohol, las chicas y todo eso.

—Ay, Di. Sabes que siempre soy leal a mi chica favorita. —Nic me dio un codazo en broma, pero de alguna manera no parecía el mismo hombre que había conocido al principio de la temporada. Estaba cambiando. Tenía en común con el resto de ellos solo una cosa más que ahora había olvidado: era un cazador de títulos con talento para lo dramático, en cuyo mundo todos los demás desempeñaban un papel secundario. El equipo era lo primero. ¿Qué pasaba con la compañera de equipo de la que decía estar tan agradecido de haber conocido?

Miguel, aunque no pude verle los ojos, se rio de forma casi sarcástica.

—No lo parecía cuando justificaste quitarle el P1 a tu mejor chica por unas órdenes de equipo falsas.

—Oye. —Nic señaló a Miguel en señal de advertencia. Supuse que estaba bromeando hasta que vi la seriedad mortal en sus ojos tormentosos—. Ese es mi equipo. Tú puedes tener tu drama y yo tendré el mío. O también podemos hablar de algunos trucos como el de que te tiraste a la hija de Bernelli.

—Cuida tu lenguaje, Nic —dijo Miguel, con el tono exasperado de un padre cansado. Era extraño. Intenté procesar tanto el comentario que Nic acababa de soltar como el hecho de que él nunca solía hablar así… nunca—. Eso ni siquiera fue mientras estábamos en Vittore.

—¿Quién es Bernelli? —pregunté.

—Nuestro antiguo jefe de equipo —respondió Nic con una sonrisa burlona—. Al parecer, el coche de Vittore Monterey no es lo único que Miguel se llevó de paseo.

—Vale, ya basta. —Miguel puso los ojos en blanco—. Era nuevo en la F1 y también estúpido. La fama se me subió a la cabeza.

—Sí, y apuesto a que la controversia también —insistió Nic—. La prensa dijo que solo dejaste Vittore para que no pareciera raro cuando te tiraste a Antonia.

Fruncí los labios.

—Bajad el tono. Por mucho que me encantaría escuchar una charla completa sobre la vida sexual de Miguel, tenemos cosas que hacer, chicos.

Hubiera sido bastante divertido si los dos no se hubieran mirado con tanta malicia al despedirse. Esperé a que se calmara antes de seguir a Nic fuera.

El circuito urbano era famoso por ser especialmente estrecho, pero las calles de Mónaco eran perfectas para pasear y disfrutar del ambiente. Conduje yo misma hasta el hotel, por calles pintorescas

con la capota de mi Porsche bajada para saludar a algunos fans aquí y allá. Estaba empezando a encantarme aquel lugar.

Nuestro hotel era probablemente uno de los más lujosos de la temporada, con un tentador casino. Me instalé en mi habitación antes de la cena del equipo y las fotos para disfrutar de un poco de paz y tranquilidad. Puse mi canción de Fairuz favorita, preparé una taza de agua caliente y saqué una de las bolsitas de té que había en el armario encima de la nevera. Me recosté en la silla de la terraza con mi té, cerré los ojos y me obligué a relajarme. Montecarlo era preciosa, y aquella carrera también lo sería.

En cuanto terminé mi taza, me puse un vestido negro de cena, me calcé los tacones y me arreglé. La presencia era clave. No podía dejar que la ansiedad se notara delante de nadie del equipo, y tenía que ser amable con Nic. Para eso, sin embargo, pensé que al menos teníamos que intentar aclarar las cosas.

Nos reunimos en el vestíbulo, ya repleto de miembros del séquito. Mantuve la voz baja mientras caminábamos.

—¿Volvemos a llevarnos bien?

Nic sonrió cuando la esposa de Cavanaugh pasó junto a nosotros y nos saludó alegremente.

—¿Cuándo no lo hemos hecho?

—Cuando actúas como si te importara, pero luego justificas darme la espalda sin ninguna razón lógica, es difícil confiar en ti, Nic. — Imité la amplia sonrisa de Nic. Los dos éramos excelentes actores.

—Creía que habíamos decidido que éramos diferentes.

—Eso no significa que no duela cuando me apuñalas por la espalda.

En aquel momento, vi un atisbo del Nic que había conocido a principios de año: un destello de vulnerabilidad en el fruncido de sus cejas, una punzada de dolor en sus ojos. Pero ahora se había vuelto experto en ocultar aquellas cosas. Lo que había visto fue sustituido por una máscara de indiferencia en menos de un segundo.

Nos encontramos con algunos fans de camino a los salones del banquete. Preparé mi bolígrafo obedientemente, al igual que Nic.

—Escucha, no te menosprecio, Diana. Pero la F1 es un negocio. Así son las cosas. Cuanto antes lo aprendas, mejor.

Asentimos, sonreímos y firmamos autógrafos antes de seguir adelante.

—Bien. Lo que estás diciendo es que parece imposible que los compañeros de equipo sean más que amigos —contesté—. Igual que me duele cuando racionalizas mi papel secundario y luego me llamas inferior en directo por televisión, porque así son los negocios.

—Diana, mira, no quería decir eso. Las cosas entre cualquier pareja de compañeros de equipo siempre son difíciles —intentó tranquilizarme Nic—. Incluso Alex y yo teníamos nuestras discusiones.

—Claro. —Me mordí el labio, conteniendo palabras más desagradables—. Alex no sentía lo mismo que yo siento por ti. Y eso es lo que lo hace difícil.

—Diana…

—Seamos amigables. Pongamos buena cara. —Dejé de caminar y él hizo lo mismo—. Por el bien de las cosas, no te guardaré rencor.

—Oye… ¿Eso significa que me darás una oportunidad? —Por un momento, percibí un atisbo del Nic que conocí al principio. Genuino, cariñoso, sincero.

—Creo que deberíamos mantener la distancia, Nic, si queremos correr juntos. —Bajé la mirada hacia el suelo de baldosas, que no me interesaba en absoluto—. Sin hacernos daño el uno al otro.

Se quedó callado. Yo me quedé callada. Reanudamos nuestro paseo a través de las puertas hacia el salón de banquetes.

—Quizá sea lo mejor —respondió él finalmente.

27. Miguel

No sabía muy bien qué sentía respecto a aquella carrera. Por supuesto, había dicho muchas cosas a los medios de comunicación para expresar mi entusiasmo, pero no sabía en qué momento estaba mintiendo y en cuál no. Sabía que mi aspecto era claramente diferente: no me había cortado el pelo, me afeitaba menos, por lo que ahora se me notaba la barba, y alguien me había dicho que tenía aspecto de «desastre». Eso no impedía que la gente se agolpara a mi alrededor, se congregara fuera de mi hotel, de mi coche y del circuito. Todos querían un pedazo de Miguel de la Fuente, pero a nadie le importaba si yo quería dar un pedazo de mí mismo.

Salí a la pista de Mónaco para la Q1 con demasiada ira en mi conducción.

—Cuidado con la velocidad —me indicó Paula cuando empecé mi vuelta de salida—. Sabes que aquí puede pasar cualquier cosa.

Podría ser. El año pasado, casi choqué en la curva cerrada justo antes del túnel y podría haber perdido la carrera. No fue tan grave; al fin y al cabo, aquella pista era una de las más peligrosas de la parrilla. Los accidentes allí no eran nada nuevo. Pero ocupó un lugar prioritario en mi mente, tanto cuando ocurrió como desde entonces. En aquel momento no le di mucha importancia, tonto de mí, pero después no podía dejar de mirar atrás y prometerme que no volvería a pasar, tras repasar todas las posibilidades. Así que sí, quizá estaba un poco nervioso por cómo me afectarían mis emociones en aquel estado, en aquella pista, y Paula sin duda lo estaba. «Date tiempo para ganar confianza», me decía siempre. Había sido terrible en eso desde el primer día, y nunca me había sentido más solo que ahora. En Montecarlo, sin Jatziry.

Sin embargo, logré dar la vuelta sin problemas.

—Vamos a dar una vuelta rápida, Pauli —dije en aquel momento.

—Bien. No hay tráfico delante. Mantén un buen ritmo, pero ten cuidado con el coche. Es muy estrecho.

—Entendido.

Al cruzar la salida, aceleré a fondo en la recta, que daba inmediatamente a la primera curva, Sainte Devote. Paula murmuró en español, probablemente resistiendo el impulso de morderse las uñas mientras yo entraba en el segundo sector, tomando la horquilla de Loews antes de adentrarme en el túnel.

—Tranquilo. Levanta el pie del acelerador. Saldrás demasiado rápido —me indicó.

—Lo sé, Pauli.

La velocidad en mi pantalla de dirección bajó ligeramente. Ella exhaló cuando salí de forma limpia.

—Llévalo a casa, *tío*.

Estaba haciendo una vuelta perfecta hasta el último sector. Casi en la meta. A toda velocidad.

Se oyó un estruendo del lado de mi hermana mientras gritaba.

—¡Ahí está! Hemos vuelto, cariño.

—Seguimos adelante —le dije.

No hace falta decir que estaba decidido. Volé en la Q2 y la Q3 y conseguí la *pole* sin esfuerzo aparente, luego la vuelta de honor antes de reunirme con los medios de comunicación, a los que transmití mis sentimientos con mi francés oxidado, un gran esfuerzo que me comprometía a realizar dos veces por temporada para divertir a los aficionados. «*C'était bon. Lâcher prise, non. C'était vraiment bien*».

Todo era diversión y juegos, claro, pero en mi interior tenía la mirada puesta en el día siguiente. Si no me mantenía concentrado en la carrera, me volvería blando. Y si me volvía blando, mi temporada estaría prácticamente acabada.

Aquello quedó patente al día siguiente en la carrera. Paula chasqueó la lengua cuando, tras un comienzo accidentado, conseguí poner mi coche en cabeza, seguido por Nic, Andrea y Diana, en ese orden.

—Tranquilo, vas demasiado rápido, Mig —me dijo con ansiedad en la voz.

—Sé lo que hago —fue mi respuesta.

Llevé el Revello al límite. Podía sentir que lo estaba exprimiendo al máximo por la forma en que el coche temblaba bajo mi control. Pero Nic, que había estado detrás durante veinte vueltas, también estaba ganando terreno. Todos sabíamos que cada adelantamiento en aquella pista era un infierno.

—Mantén la ventaja. No le dejes acercarse. Ahora mismo eres una décima más rápido —me informó Paula.

Era una agonía. Sentía cómo se me cortaba la respiración en cada curva. Nic me pisaba los talones. Solo cuando alcancé la bandera a cuadros en P1 recuperé la compostura.

—¡*Vamos*! —gritó Cristo Montalto, secuestrando la radio de mi pobre hermana.

Me reí, liberando los nervios y la tensión.

—¡Vamos!

Podía oír a todo el mundo celebrándolo al otro lado, incluso a nuestros padres, probablemente abrazados y gritando como locos.

Paula, sin embargo, no estaba celebrando nada. En cuanto bajé del podio, con el trofeo a salvo en mis brazos, me llevó aparte y señaló con un amplio gesto a la multitud.

—Quizá ellos no vean que algo va mal, Angelito, pero yo sí. Eres muchas cosas: un amante de las emociones fuertes, un icono, uno de los mejores pilotos del mundo, pero no eres imprudente. Y nunca en un circuito como el de Mónaco. Nunca de una forma tan evidente. No lanzas humo y sales volando, Miggie. ¿Cómo conduces así? ¡Puedes matarte conduciendo así en este circuito! Solo hay una zona DRS, Miguel, ¡todo esto no es una gran recta!

—¿No es esa la idea? —Le di una palmada en la espalda a mi hermana con demasiado entusiasmo, dando un trago a mi botella de champán—. No más obligaciones. Nadie me dice cómo conducir.

—Miguel…

—Estoy bien —aseguró, sonriendo ampliamente.

—No creo que lo estés.

—No pasa nada. Porque lo estoy. —Le lancé mi gorra del podio—. Nada me impedirá ser campeón del mundo este año, Pauli. Tú misma lo has dicho. Puedo hacer que esto me salga bien.

28. Miguel

La victoria en Mónaco volvió locos a todos, y eso era justo lo que yo quería.

Con casi quince puntos de ventaja, seguí ampliando mi distancia. Los espectadores quedaron asombrados por el nivel de agresividad con el que me salí con la mía en las estrechas calles. Sin nadie que me dijera que no, me desaté por completo y conduje el tipo de carrera que sabía que apartaría la atención de los rumores sobre Jatziry y la devolvería a la F1. Sí, Paula estaba enfadada. Me conocía lo suficientemente bien como para saber que estaba siendo estúpido, pero yo necesitaba aquello. Quería lo que tenía antes. Quería olvidar que hubiera pasado cualquier otra cosa.

Y funcionó. En la siguiente carrera en Bakú, otro circuito urbano pintoresco, me coloqué en segunda posición, pisando tan fuerte que casi me quedo fuera en una curva especialmente cerrada. No importaba. Sentía que estaba volviendo a alcanzar mi mejor nivel. Los gritos de la tribuna me dijeron todo lo que necesitaba saber, así que lo convertí en una costumbre.

Austria: P1.

Francia: P1 y vuelta rápida.

Hungría: P1 y vuelta rápida, culminando con una vuelta de celebración con quemadas de neumáticos que hicieron llorar a los mecánicos, sumando un total de ciento dos puntos en las últimas cuatro carreras.

—«El dolor es la clave: la emotiva historia de Miguel de la Fuente en las carreras hasta ahora» —leyó Antonia Bernelli de una revista y luego me la pasó.

Debía de ser una de aquellas revistas deportivas sensacionalistas, como si me importara. Ya era bastante sorprendente que Antonia se hubiera presentado en una carrera en Canadá, pero el hecho de que tuviera algo para leer era aún más sorprendente.

Estar en Canadá era bastante arriesgado para muchos corredores, normalmente por el clima y las apariciones sorpresa de animales que a menudo aparecían en la pista. Pero, aunque yo no corría bajo aquella bandera, Montreal también era mi hogar, así que no tenía ningún problema. Estaba en racha. La temporada iba muy bien, tenía tiempo libre y las distracciones no me hacían daño. Distracciones como, no sé, mi antigua aventura intermitente con la hija del director de Vittore, Antonia.

Aparté la colcha de la cama del hotel de mi cara con un bostezo y eché un vistazo. Sí, era una revista deportiva. La portada mostraba una foto mía de pie sobre mi coche en Francia.

—Estás guapo. —Antonia tiró la revista a un lado y se miró en el espejo. Ya estaba vestida para las ruedas de prensa, con un mono blanco, el pelo castaño recogido en una coleta apretada y la piel pálida cubierta de maquillaje—. Aunque puede que sea porque he visto algo más que *Sports Illustrated*.

—Puede ser. —Me senté aturdido—. ¿Qué día es hoy? ¿Jueves? ¿Mañana es la FP1?

—Ajá. —Antonia se dio la vuelta—. ¿Te parecen iguales mis cejas?

—Sí, están iguales —respondí por despecho, porque desde luego no lo estaban.

Me levanté de la cama y me puse la camiseta del equipo y unos vaqueros, todavía desorientado por el alcohol que había consumido la noche anterior.

—Uf. No sé cómo voy a conducir mañana.

—Yo tampoco —comentó Antonia—. Lo cual es bueno para Vittore. Yo te diría que conviertas esto en un hábito para reducir tu rendimiento y dejar pasar a nuestro equipo.

—Ajá, entonces quizá tu padre debería nombrarte directora del equipo, señorita Bernelli.

—Prefiero los beneficios sin el trabajo. —Me dedicó una sonrisa fría—. Hasta luego, Miguel. Quizá podamos vernos después del fin de semana. Para celebrar tu victoria más o menos segura.

Antonia salió de la habitación. Tenía razón: mi victoria estaba prácticamente asegurada. No me avergonzaba decirlo.

Últimamente no tenía mucha vergüenza. Pero de vez en cuando me encontraba con Diana. No habíamos salido juntos desde Barcelona, desde que todo cambió, y ella me miraba con tristeza, como si no me reconociera. En aquellos momentos, me sentía fatal. Incluso después de convencerme de que no importaba porque estaba ganando, la horrible sensación seguía allí.

La rueda de prensa estaba prevista para el mediodía. Eso estaba bien. No tendría que encontrarme con Antonia y correr el riesgo de que se le escapara algo a los medios. Me puse la chaqueta cortavientos del equipo, unos vaqueros, unas zapatillas blancas limpias y el Rolex que era una pieza bastante permanente en mi muñeca. Había leído antes el artículo *El dolor es la clave*, que elogiaba mi pulcra apariencia ante los medios. Si había algo en lo que destacaba especialmente, era en eso.

Al entrar en la sala de prensa, vi a Nic, vestido de forma muy similar. Nos criaron en la F1 de la misma manera: para aparecer pulcros y limpios siempre que hubiera una cámara delante, con cierto margen de maniobra durante y después de las carreras. Tenía carisma, había que reconocerlo.

Nic, Andrea, Kasper, Alex y yo nos sentamos a esperar a Diana, que llegó justo a las doce en punto. Se tomó algunas libertades con la típica indumentaria del equipo: llevaba vaqueros negros, unas Jolt Dunks personalizadas con los colores del equipo, una camiseta negra sin mangas y una chaqueta vaquera clara, con parches del logotipo de Jolt y sus patrocinadores colocados ingeniosamente para que combinaran con la cazadora. Me dio la sensación de que había elegido aquellas prendas con mucho cuidado; los toques de negro, blanco y morado le sentaban muy bien.

Me incliné hacia delante para agarrar mi botella de agua y no pude evitar dedicarle un segundo más a observarla; lo bien que siempre le sentaba todo, lo radiante que siempre estaba. Sus ojos se cruzaron con los míos durante un segundo, un contacto que me hizo retroceder tan rápido que casi me caigo de la silla.

—Me alegro de teneros a todos aquí en Montreal —comenzó el entrevistador, volviéndose hacia Crowberry—. Y los tres equipos están muy igualados en las clasificaciones de constructores y pilotos. Empecemos de izquierda a derecha. Bien, veamos… Eh…, Nic. Has llegado a Canadá con Jolt. ¿Qué esperas encontrar aquí?

—Sí, creo que lo tendré más claro después de los entrenamientos. Aunque siempre he tenido buenos resultados aquí. El año pasado quedé quinto. Espero que esta vez lo superemos —respondió él.

Continuaron hablando del quinto puesto de Nic con Griffith hace un año. Kasper bostezó. Su asesor de medios de comunicación sin duda le daría una paliza después de aquello.

—Muy bien, gracias, Nic. Pasemos a tu compañera de equipo, Diana Zahrani. Estás lejos de casa —continuó Crowberry—. Cuéntanos, estamos avanzando en esta temporada, acercándonos poco a poco al descanso. ¿Tienes algún plan para lo que queda? ¿Cómo será tu estrategia durante el resto de 2022?

Diana solo levantó una ceja, apartándose un rizo de la cara. Tuve que girarme para mirarla porque, vaya, qué actitud.

—Bueno, mi plan de juego no es algo que vaya a discutir aquí, delante de mis rivales, señor Crowberry.

El público abucheó y los que estábamos sentados en la rueda de prensa nos reímos, aunque algo nerviosos. Diana solo sonrió ajena a todo, encogiéndose de hombros y arrugando sus impresionantes ojos con auténtico humor.

Una vez que Crowberry se recuperó de su momento de vergüenza, se dirigió a mí.

—Miguel de la Fuente. Hay muchas preguntas para usted, pero seleccionaré algunas. En primer lugar, esta racha de éxitos parece ilimitada. ¿Cuál es la razón? Si es que hay alguna.

—Bueno… No me gusta hablar de asuntos personales —comencé con cautela—. Pero creo que gran parte se debe a eso. Conduzco mejor sin restricciones. No creo que se deba a fuerzas más allá de lo natural. Es simplemente este equipo, que dedica muchas horas a todas las partes de la operación. Y, gracias a ellos, tengo este maravilloso coche que siempre funciona bien conmigo.

—Sí, sin duda. Hablando de conducir mejor sin restricciones, este estilo que vemos en ti nos recuerda mucho a tu año con Vittore. Algunos incluso lo llamarían peligroso. ¿Cómo te está funcionando?

—Muy bien. No tengo intención de dejarlo. Se obtiene lo que se da, ¿no? Todo está en juego.

—Así que debes de estar preparándote para otro buen resultado —comentó Crowberry—. Además, en tu segunda casa.

—Sería estupendo, sí.

—Desde luego. —El entrevistador se dispuso a pasar a la siguiente pregunta—: Bien, esta es un poco delicada, ya que sabemos que tiendes a evitar las conversaciones personales. Pero ¿cómo son ahora tus carreras? Sabemos que tus padres asisten a alguna que otra carrera, pero parece que tu *paddock* se compone actualmente solo del personal de la mayoría de los grandes premios. ¿Quién forma parte de tu grupo de animadores personales?

Se me tensó la mandíbula. ¿Qué estaban haciendo? ¿Criticándome por estar solo en las carreras? No era nada excepcional. Muchos pilotos estaban solos.

No se me ocurría ninguna respuesta. Afortunadamente, uno de mis compañeros pilotos solitarios tomó la palabra:

—Sé que no me siento allí, pero en su *paddock* no hay solo gente del personal.

Diana se inclinó hacia delante para alcanzar el micrófono.

—Estaría en la sección de animadores de Miguel siempre que él lo necesitara, si me dejara estar allí —agregó ella.

Espero que pudiera ver la gratitud en mis ojos cuando nuestras miradas se encontraron. Su sonrisa era cálida y alentadora. Sonrisas como aquella eran muy raras en este negocio. Sonrisas tan puras y tan hermosas.

—Te aceptaría —le confirmé.

Crowberry pareció sorprendido.

—¿Ah, sí? Vaya, qué camaradería tan positiva entre dos miembros de equipos rivales.

—Podemos ser amigos, ¿recuerdas? —intervino Alex—. Además, esos dos están en la misma onda. Mirad esto: chicos, nombrad un animal que empiece por «G».

—Gato —dije yo.

—Gorila —respondió Diana al mismo tiempo.

—De acuerdo —asintió Alex—. Retiro lo dicho.

Un momento de risas amistosas para el público. Diana sonrió mientras intercambiábamos una mirada, un cambio bienvenido respecto a sus miradas más decepcionadas, las que había estado viendo durante mis últimas carreras caóticas. Me daba cuenta de que estaba dolida, y no porque estuviera ganando, sino porque me estaba poniendo en peligro.

Después de la conferencia, salimos de la rueda de prensa y nos dirigimos al vestíbulo por una puerta trasera.

—Dime que no me acaban de preguntar qué haría si un animal cruzara la pista. —Andrea puso los ojos en blanco—. ¡Es el «¿qué preferirías?» más malvado que he oído nunca!

—Bueno…, depende de tu ventaja —intentó rectificar Nic—. No es necesariamente malo que dijeras que seguirías adelante… por encima del animal.

Russo siguió quejándose del dilema del atropello. A mi lado, Diana hizo un pequeño gesto de dolor y se abrazó el abdomen como si la hubieran apuñalado en el estómago.

—Oye, ¿estás bien? —le pregunté. Creo que nunca la había visto sufrir de forma tan visible a plena luz del día, salvo en Imola, así que tenía que admitir que ahora me preocupaba.

—Estoy bien —me aseguró. No parecía estar tan bien.

—Vamos, me has salvado el pellejo. Déjame ayudarte —le ofrecí de todos modos.

Diana suspiró.

—¿Llevas ibuprofeno?

—¿Ibu… qué?

—Ibuprofeno.

—¿Por qué? Espera, ¿te duele algo? ¿Te has hecho daño?

—Miguel, créeme, no me han disparado ni apuñalado, ni me han reubicado los órganos. —Se movió incómoda—. Solo necesito un analgésico.

—¿Qué? ¿Un analgésico? ¿Estás bien, amiga? —intervino Alex.

Diana me miró con intención asesina.

—Estoy bien. Solo tengo algunos dolores, eso es todo.

—¡Aguántate! —gritó Christian Clay al pasar junto a nosotros de camino a la sala de conferencias.

—¡Tu útero no se está rechazando a sí mismo, imbécil! —le gritó ella.

Clay casi tropieza con sus propios pies. Yo también estuve a punto de hacerlo, y parecía que los demás no eran diferentes.

—¡Aguántate tú!

Clay desapareció rápidamente de nuestra vista. Nos quedamos en el pasillo, totalmente atónitos.

Diana se volvió con lentitud hacia nosotros y cruzó los brazos, molesta.

—Yo, eh… ¿No puedes… tomar algo para que no…? —dijo Kasper, vacilante.

Ella se limitó a mirarlo fijamente.

—¿Eso es un «no»?

Diana negó con la cabeza antes de reanudar la marcha, como diciendo «Esto no puede estar pasando». De repente, deseé tener ibuprofeno para poder ofrecérselo.

—¿Es cierto que duele más que un infarto? —preguntó Nic.

—No todo el mundo tiene calambres. Pero, en mi opinión personal, sí, no me sorprendería que fuera cierto. Sin embargo, nunca he tenido un infarto, así que esa pregunta es objetivamente imposible de responder —contestó ella sin rodeos.

Era muy extraño. En el *karting*, crecimos en aquella utopía en la que se competía sin parar, a pesar de las alergias, las fiebres y los resfriados. No hablábamos de lo que pasaban las mujeres…, simplemente conducían. Así que, con el tiempo, acumulamos todas aquellas preguntas que nunca pensamos que podríamos hacer.

—Conduces durante dos horas… mientras tienes un infarto abdominal… —dijo Alex sin terminar la frase.

—Por no hablar de la humedad. Sentada en el coche con tu mono de carreras, cocinándote mientras, ya sabes, sangras.

Andrea tuvo náuseas.

—¿No hay forma de que puedas aguantarte? —dijo Kasper.

Todos nos detuvimos para mirarlo con ira. Diana se dio la vuelta con rigidez.

—Vaya, ¿y tú puedes aguantarte cuando sangras, Kasper? —respondió Diana exasperada—. ¿Tu cuerpo puede decidir simplemente hacer una pausa y, oh, ya no sangrar más?

Alex resopló. Me mordí la lengua con fuerza para contener la risa. Kasper se puso rojo como un tomate.

—Te traeré ibuprofeno, Diana —me ofrecí tras un largo silencio, sin poder evitar que se me escapara una risilla—. Es lo menos que puedo hacer.

Ella me dio un codazo.

—¿Sabes?, tú también podrías admitirlo cuando tienes dolor. Te vendría bien.

No supe qué responder. Seguí caminando.

29. Diana

El día de la carrera, me tumbé en una silla de playa colocada en mi garaje, con rodajas de pepino sobre los ojos y los pies apoyados en una pila de neumáticos. Todo el equipo sabía que era mejor no molestarme. A pesar de que aún faltaba mucho para el inicio, a veces les costaba incluso hablarme. No sé si era porque les daba miedo o porque simplemente no sabían cómo funcionaban las mujeres. Fingí no oír nada de lo que decían mientras el sonido de la antigua música egipcia, mis discos de Warda, resonaba en el garaje y se extendía hacia el *paddock*.

—Empieza a darme miedo —comentó uno de los mecánicos—. Ayer también se quedó sentada así, durmiéndose junto a su Victrola, y menos de una hora después se clasificó en segunda posición. Es aterrador.

—Mujeres —dijo Theodore Cavanaugh con una sonrisa—. Siempre son así, excepto cuando se ponen peor una vez al mes.

Las risas se extendieron por el garaje, entremezcladas con la música *rabab* de mi tocadiscos. No era de extrañar que las mujeres no quisieran competir en las ligas profesionales. Los demás ni siquiera entendían lo que era lidiar con algo tan natural como tener el periodo, solo se reían de ello. Kasper había preguntado si no podía aguantarme. El mundo era una mierda.

Vi a los periodistas pasar por delante del garaje de Jolt. Uno de ellos tomó una foto a escondidas de «Diana en modo Zen» para inmortalizarla más tarde. Por mucho que supiera que aquello era lo que había aceptado, a veces no podía evitar odiarlo.

De cualquier manera, nos preparamos para el inicio de la carrera. Yo iba a estar en la P2 de la parrilla y Miguel, obviamente, en la *pole*. Con él y yo al frente, sería una carrera difícil, pero eso no era lo peor. Nic saldría en la P3 detrás de nosotros dos y estaba decidido a ser quien acabara con la racha de Miguel de primeros y segundos puestos.

Nos alineamos, quitamos los calentadores de neumáticos y comenzó la vuelta de formación. Todos giraron bruscamente para calentar los neumáticos. Yo me concentré en el destello del chasis blanco de Revello a mi lado. Tenía que cambiar el rumbo.

La espera hasta que se apagaran las luces se me hizo eterna.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno…

Y estábamos compitiendo.

Todo iba perfectamente. Me alejé de Nic en la P2 y conseguí una buena ventaja. El tráfico era mínimo. Todo era ideal.

Entonces, justo delante de mí, Miguel giró demasiado rápido, su rueda rozó la mía y avanzó poco a poco para mantener su posición. Se mantuvo en la P1 al entrar en la curva. Yo luché por seguir su ritmo detrás de él.

De repente, salió una nube de humo de debajo de la rueda trasera derecha de Miguel: se había desinflado.

—¡Mierda! —grité por la radio.

Miguel se deslizó por la curva y su rueda trasera golpeó mi alerón delantero. Mi coche se echó hacia atrás y lo vi venir incluso antes de que sucediera. Volé contra el lateral del coche de Nic y los dos salimos disparados a más de cien kilómetros por hora.

Me preparé para chocar contra el muro, pero Nic me protegió al empujar a Andrea fuera de la pista. Andrea empujó a Peter hacia un lado. Peter chocó contra su compañero de equipo, Darien. El coche de Darien recibió el golpe final de todo el accidente, volando contra el TecPro y rompiendo completamente la parte delantera del chasis, con el alerón delantero separado oficialmente del resto del coche. Y así, todo el pelotón delantero quedó eliminado del Gran Premio de Canadá, sin necesidad de atropellar a nadie

—No puede ser. —Me reí desde mi posición, parada en la grava mientras se levantaban las banderas rojas. Todavía estaba decidiendo si era una risa de sorpresa o una risa de puro entretenimiento. Aquel era el final de mi carrera, mi intento de conseguir el P1, pero también era el final de la carrera de Nic, por no hablar de la de Miguel. Aquello era un avance.

—Mierda —dijo Aiden, mi ingeniero—. Son seis abandonos, con Heidelberg, nosotros y Revello fuera de la carrera. El sueño más

salvaje del medio campo. Alex P1.

Vi cómo los coches restantes se detenían ante nuestro desastre en formación, incapaces de avanzar entre los coches averiados y todo tipo de escombros, incluyendo, entre otros, alerones, neumáticos y retrovisores laterales. Oh, aquello era malo, pero vamos, tenía que ser divertido. ¿Los seis coches de cabeza fuera? ¿Quién lo hubiera imaginado?

Nos desenganchamos de nuestros vehículos con el pulgar hacia arriba para mostrar a los demás que estábamos bien antes de ponernos en fila para el paseo de la vergüenza por la izquierda de la pista. Aunque ese día no había realmente vergüenza, sino más bien una aceptación divertida. ¿Qué había dicho yo? Nic quería romper la racha de Miguel. Sin duda, eso había sucedido, pero no como yo imaginaba.

—Bueno, Miggie, tu equipo nos ha fastidiado a todos hoy. —Andrea le dio una palmada en la espalda a Miguel.

—Sí, no te preocupes. —Miguel solo puso los ojos en blanco, extrañamente tranquilo para alguien cuyo equipo de boxes había provocado el abandono de los tres equipos principales—. Hablaré con ellos después. Seguro que Heidelberg y Jolt también lo harán.

Nic resopló.

—Puedes apostarlo. Revello está a punto de ser aniquilado.

—Técnicamente, ya nos han destruido a todos —señaló Peter con astucia.

Era cierto. La carnicería de nuestros coches era mayor que cualquier otra que se hubiera visto en lo que iba de temporada.

—Algunos más que otros. —Señalé el coche de Darien, prácticamente partido por la mitad contra el TecPro—. Me pregunto cómo repararán tu chasis, que parece una torre de *Jenga*.

—Ah, miles y miles en daños —respondió con tono soñador.

No pudimos evitar reírnos. Probablemente, todos nuestros equipos se estaban dando cabezazos contra las paredes del *pit* en aquel momento.

—Pensaste que sería un momento para recordar, ¿eh? —me dijo Miguel.

—Sin duda lo será. —Ambos nos miramos con diversión—. Recordaré los seis abandonos y la victoria de Alex para Griffith.

—¡Romilly en primera posición! —gritó Darien con las manos ahuecadas—. Si gana, nos volveremos locos en el *paddock* y los medios se confundirán.

—De acuerdo —dije con una sonrisa—. El cámara de la serie documental estará aún más confundido cuando vaya en busca de rivalidades.

Miguel sonrió.

—La única rivalidad aquí es entre mis mecánicos y yo, Peligro.

30. Diana

La oportunidad perdida en Montreal me espoleó mientras luchaba con las nuevas modificaciones del coche en Silverstone. Conseguí terminar tercera. Me costaba creer lo rápido que avanzaba la temporada. Nos quedaban dos carreras hasta el verano. El próximo fin de semana pondría a prueba nuestros límites en un circuito totalmente nuevo, obligándonos a enfrentarnos a condiciones que recordaban al circuito de Sakhir, al que había vuelto a sustituir. El Gran Premio de la India estaba de vuelta. Aquella vez se disputaría en las calles secas y arenosas de Jaipur, en Rajastán.

La idea nos resultaba extraña a todos. Las ruedas de prensa abundaron en los días previos a nuestra partida hacia Jaipur. Correríamos cerca de una arquitectura tradicional sin igual, reliquias de la antigüedad meticulosamente conservadas, con calles más estrechas que las de Mónaco atravesando la ciudad y un magnífico palacio que servía de residencia a la venerada familia real. No pude pegar ojo en el avión.

Nos recibieron con una pompa increíble. El polvo flotaba denso en el aire y un grupo de taxistas intentaba arrastrar nuestro equipaje a sus coches, pero los aficionados locales eran incondicionales y muy acogedores. Dejé que me adornaran con guirnaldas de jazmín y caléndulas. Nos cubrieron con pétalos de flores. Alguien me pasó un precioso vestido de seda rosa con flecos dorados brillantes, así como una caja roja de dulces. Aquella gente celebraba el regreso de un deporte que pensaban que nunca volverían a ver en su país. Esa era la magia de las carreras, su capacidad para unir a personas de todo el mundo.

—¡Esto es una locura! —grité por encima del rugido de la multitud que nos impedía salir del aeropuerto, esperando que Miguel pudiera oírme.

—¡Lo sé! ¡Esta gente es la mejor! —comentó, mientras un grupo de mujeres lo hacían agacharse para envolverle la cabeza con un

turbante de tela rosa brillante. Mechones de su cabello ondulado asomaban por debajo, negándose a cooperar.

—Nunca me iré de aquí —coincidí, sonriendo a la mujer mayor que colocaba ante mí una bandeja con flores, frutos secos y una lámpara de arcilla. Metió el dedo en un pequeño recipiente de su plato y me presionó la frente con polvo bermellón, justo encima del entrecejo. ¿Una bendición? Me entraron ganas de llorar cuando pasó la bandeja a otra mujer a su lado, puso las manos a los lados de mi cabeza y las apartó hacia las suyas, en lo que supuse era un gesto para alejar el mal de ojo—. Gracias —le dije, esperando que entendiera mis palabras o, si no, mi sonrisa.

Debió de entenderlas, porque me sonrió con ojos llenos del mismo orgullo que veía en los de mi madre y dio una palmadita al vestido que yo llevaba en los brazos.

Finalmente nos acercamos a nuestros coches, ayudados por el personal de seguridad, aunque parte de mí quería quedarse más tiempo. Miguel y yo nos sonreímos mutuamente. Tenía un aspecto tan ridículo, tan fuera de lugar con su turbante y el extremo levantado de forma extravagante, las pecas prominentes bajo la intensa luz del sol. Nuestras miradas permanecieron unidas un momento más.

—He oído que nuestro hotel tiene muchos lugares que explorar. ¿Te apetece acompañarme esta noche?

—Oh, por supuesto. A las siete en punto en el vestíbulo. —Sonreí —. Puedes dejártelo puesto si quieres.

—Qué graciosa. —Miguel miró hacia arriba, como intentando examinar su nuevo tocado.

Me acerqué y tiré de los pequeños volantes que sobresalían de la parte superior del turbante.

—Todavía lo llevas puesto.

—Ja, ja. —Sonrió y se dirigió hacia su elegante Revello—. Hasta luego, Di.

A las siete en punto, tal como habíamos acordado, llegué al vestíbulo del Jai Mahal Palace. Miguel ya estaba allí (sin turbante),

relajado en uno de los sofás dispuestos alrededor de las mesas de café en medio del atrio. Debido al clima extremadamente caluroso del verano de Rajastán, llevaba una camisa de manga corta abotonada y pantalones cortos caqui. Era el típico atuendo estilo *old money*, pero Miguel lo lucía demasiado bien.

Por mi parte, había oído que era costumbre local que las mujeres evitaran mostrar demasiada piel, algo que yo tampoco solía hacer. Me decanté por un vestido largo de flores con mangas largas y vaporosas, de tela blanca sedosa con estampado en azul oscuro.

Cuando me acerqué, Miguel se levantó al reconocerme.

—Hay mucho que ver —dijo una vez nos encontramos a medio camino—. Este lugar es literalmente un palacio.

Y se limitó a sonreír, con esa expresión bobalicona en el rostro que me dejaba sin poder responder. Me observó, como si no estuviéramos en un hermoso hotel que reclamaba nuestra atención, algo que no alcanzaba a entender del todo, pero que hizo que me sonrojara.

—Bueno, ¿te gustan los jardines? —preguntó.

—Espera. —Arqueé una ceja—. ¿Hay un jardín?

—Hay un jardín.

—Bueno, tenemos que ir.

Atravesamos el vestíbulo del palacio, una distracción bienvenida que aligeraba la tensión que había entre nosotros. Finalmente, a través de las puertas traseras del hotel, pude ver el jardín. Era enorme: un césped verde perfecto hasta donde alcanzaba la vista, senderos de ladrillo inmaculados que trazaban un laberinto a través de arbustos bien recortados. Todo parecía brillar mientras el sol comenzaba su descenso hacia el horizonte.

—Allí. —Miguel señaló un cenador rectangular tradicional en medio de una zona de césped—. Vamos a echar un vistazo.

Hacía mucho calor, pero a esa hora soplaba una ligera brisa. Abrimos las puertas y bajamos por una enorme escalera exterior hasta el nivel del jardín, antes de seguir el camino de ladrillos hasta el cenador, donde había un columpio tipo futón, acolchado con coloridos cojines bordados con tela artesanal y pequeños espejos de cristal.

Miguel saltó directamente al columpio. Todo se sacudió con tanta fuerza que pensé que se iba a caer. Dio una palmada al sitio junto a él.

—Hay sitio para dos, señorita Zahrani.

Acepté y me senté. Nuestras piernas se rozaron cuando empujé con los pies para dar un gran balanceo. A lo lejos sonaban cuernos y tambores tradicionales. Había algún tipo de procesión en el cenador más grande, a unos metros de nosotros.

—¿Es una boda? —Entrecerré los ojos. Apenas podía distinguir a una pareja con una banda roja entre ellos, dando vueltas alrededor de un altar, quizá un fuego.

—No he estado en una boda hindú en mi vida, pero sí, estoy bastante seguro de que es eso —confirmó Miguel con una sonrisa—. ¿No es genial?

—Es precioso. Qué lugar tan bonito. Todo parece intacto. Como si en más de cien años nada hubiera cambiado.

—Es extraño —coincidió Miguel, añadiendo su fuerza para impulsarnos aún más alto—. ¿No te parece genial, todos los viajes que hacemos en esta profesión? ¿Todo lo que llegamos a ver?

—Somos unos afortunados. —Entrecerré los ojos ante el sol, que comenzaba a sumergirse bajo la línea del horizonte, recortando la silueta de la boda contra el cielo infinito—. Tenemos suerte. Es un sueño haber llegado tan lejos.

—Supe desde el momento en que me ganaste en Mónaco hace tantos años que lo conseguirías. —Miguel me dedicó una sonrisa—. Por no hablar de cómo te importaba un comino el *karting*. Y sigue importándote un comino, demonios.

—A ti tampoco. —Sonreí con aire burlón—. He oído que te merendaste a Revello aquel fin de semana en Canadá… Ya sabes, por el… ¡bum!

Él se rio entre dientes, pasándose la mano por el cabello rebelde.

—Sí…, grité a los mecánicos. Quizá un poco demasiado. Pero vamos, me salí de la pista y te llevé conmigo.

—Eso era inevitable —le recordé.

—Sí. —Me miró con ojos de cachorrito—. Lo siento.

—Oh. —Me reí y le di un codazo en el hombro—. Técnicamente fue tu equipo el que me arrastró con ellos, no tú.

Miguel sonrió.

—¿Es esa la regla? ¿Si uno de nosotros no termina la carrera, el otro tampoco?

—Umm. A veces es mejor destrozar el coche que tener que aguantar otra llegada detrás de Nic.

—Bueno, si te sirve de consuelo… —Miguel se rascó la nuca con torpeza—. Trabajas mucho más duro que él. Tienes todo nuestro respeto. Quiero decir, sé que tienes el mío. Tú… no solo me has convertido en tu fan, Diana. Tienes algo que ningún otro piloto tiene, ese carisma humilde que me dice a gritos que muy pronto conseguirás tus P1.

Mi corazón dio un vuelco.

—Eso… Eh…, gracias.

—Claro. Eres literalmente la única persona que me pone en mi sitio en la pista. Por supuesto, la victoria llegará. No te rindas ahora.

—La única persona. ¿Y Paula? —le tomé el pelo.

—No como tú.

Suspiré, sonriendo.

—Al menos estoy poniendo a alguien en su sitio. Porque Nic… Me pone nerviosa correr con él. No sé. Su actitud me está poniendo ansiosa. Los pilotos así siempre intentan algo en la pista y nunca nunca les sale bien. ¿Qué me dices de eso?

—Que es un gilipollas, quizá.

Miguel esperó un momento para evaluar mi reacción antes de echarse a reír, lo que hizo que todo el columpio se balanceara.

—¡Cuidado, cuidado! —No pude controlar las risitas que se me escaparon y eso solo hizo que Miguel se riera más fuerte. Se desplomó sobre mi lado del columpio, con la cabeza cayendo sobre mi regazo y el cabello negro ondulado volando en todas direcciones. Parte de mí quería pasar las manos por ese pelo loco suyo, pero me contuve, como siempre hacía.

Entonces Miguel soltó un pequeño grito, levantando la mano de donde había estado apoyada contra uno de los cojines. Se dio la vuelta, me miró con una sonrisa inocente y me mostró el dedo

lesionado, que naturalmente se había cortado con la esquina de uno de los espejos afilados de los cojines.

Pude distinguir las pecas que salpicaban su nariz a la luz del sol poniente. Sus ojos se arrugaron por el dolor del corte, con una expresión como la de un niño pequeño culpable que acabara de derramar todo su zumo.

—Ups.

—Umm… —Contuve una sonrisa. Le tomé de la mano y le ayudé a enderezarse, quedando frente a frente en el columpio—. Tengo algo, no te preocupes.

Saqué del bolso una de las dos tiritas que, por suerte, llevaba encima, más por culpa de los estragos que a veces causan las uñas acrílicas rotas que por cualquier otra razón, y un pañuelo.

—¿Me permites?

Miguel asintió con la cabeza, extendió el dedo y yo presioné el pañuelo con bastante fuerza antes de sacar la tirita, que envolví suavemente alrededor del corte.

—Ya está. —Levanté la vista y los ojos de Miguel estaban absortos, completamente centrados en mí, con un toque de súplica. No tenía claro qué acababa de ocurrir, pero sí sabía que, con esa sola mirada, me había dejado tan atrapada como lo estaba él.

Nos quedamos mirándonos fijamente durante un momento, como si acabáramos de conocernos, y entonces finalmente solté su mano mientras él empujaba con las piernas para hacernos balancear una vez más. Me sorprendí mirándolo de reojo, esperando que no se diera cuenta. Era una tontería, y, sin embargo, ansiaba esa tontería. Anhelaba la forma en que hacía que mi cuerpo se sintiera completamente ingrávido. La sangre abandonaba mis pies y apenas podía mantenerme en pie. Mis músculos carecían de tono y mi mente de sentido, y solo podía pensar en él.

Los últimos rayos del sol desaparecieron de nuestra vista. Nos balanceamos y escuchamos el bullicio de la boda. Exhalé, dejando que mi cabeza cayera sobre el hombro de Miguel.

Noté vagamente que me observaba —mitad curioso, mitad satisfecho— antes de mirar de nuevo al cielo, pintado de rojos, naranjas y dorados imposibles de ver en otra parte.

31. Diana

Había visto Jaipur en el simulador, pero la realidad era otra historia. El circuito era cautivador y letal a partes iguales. Te seducía con sus vistas, como el canto de una sirena, y luego te golpeaba con toda su fuerza. Jaipur recordaba a Mónaco, pero en vez de tener una sección de curvas, había otra recta con DRS. Debías pensar antes de hacer cualquier movimiento y estar preparado para la acción rueda contra rueda a máxima velocidad. Luego estaba el paisaje: edificio tras edificio de arquitectura histórica, cuyas piedras le daban a Jaipur el apodo de «Ciudad Rosa», que se había convertido en la forma fácil de referirse a la carrera en sí.

—Ay, este circuito es el séptimo círculo del infierno —se quejó Kasper, dándole un codazo a Alex—. Es imposible que Griffith termine entre los diez primeros, tío.

—¡Venga! —Alex alzó su tenedor—. Solo porque te estrellaste en la FP2 no significa que no puedas darlo todo mañana. Aún queda la clasificación.

—Yo apuesto por el top quince —intervino Andrea sin ayudar mucho—. Eso ya sería una sorpresa.

Después de dos sesiones de práctica agotadoras, toda la parrilla, incluso Craig, nos reunimos para cenar en un restaurante tradicional del hotel. Puede que nuestro sistema digestivo no nos lo agradeciera al día siguiente, pero valió la pena. La comida estaba deliciosa y, sinceramente, las especias me pusieron un poco nostálgica. Los veinte terminamos con la sensación de haber comido por toda la parrilla tras aquella cena (probablemente no fuera la mejor idea el día antes de una carrera).

—Solo has acertado en una cosa: el circuito. —Benji se desplomó en la silla—. Voy a marcarme un DNF de los gordos.

—Eh, arriba ese ánimo —dije—. ¡Hoy has conducido muy bien! Top diez en ambas sesiones. No dejes que el mal rollo de Kasper te afecte.

—Dice la señorita P1 —intervino Craig con tino.

Levanté las manos como diciendo: «Oye, ¿qué puedo hacer?». El circuito era difícil, eso estaba claro, pero aquel desafío me había favorecido. Ese día había quedado primera tanto en la FP1 como en la FP2. Había algo en la Ciudad Rosa que encajaba perfectamente conmigo y con mi coche.

—Sí, tío, conducía como si fuera algo natural. —Byron se inclinó hacia delante con aire siniestro, gesto que su sonrisa boba arruinó—. Entonces, Diana, ¿bajaste o no bajaste anoche a las dos de la madrugada y condujiste por toda la pista al menos cincuenta veces para descifrarla antes que nosotros?

—Tal vez. —Miré alrededor con fingida sospecha—. No hubo testigos. Nadie lo sabrá.

Todos se rieron cuando un camarero pasó junto a la mesa y colocó una bandeja con dulces variados para el postre.

—¡Tío! —exclamó Darien, sacando ya su teléfono para documentar el festín en su Instagram—. Mira esto.

—Oh. —Nic se inclinó sobre ellos antes de agarrar uno pequeño de color rosa—. Son monos, ¿verdad?

—¿Eso es… papel de aluminio? —preguntó Jules entrecerrando los ojos.

—No, tío, es solo como una lámina de plata comestible —dijo Peter. Se metió en la boca uno de los dulces con forma de diamante cubiertos con «papel de aluminio»—. Sí, es comestible.

—Di, atrápalo. —Desde el otro lado de la mesa, Alex me lanzó uno de los pequeños postres.

Lo atrapé con la boca.

—¡Diez sobre diez! —declaré con la boca llena del dulce indio.

—¡Por la primera *pole* de Jaipur! —Miguel levantó su dulce—. Diana «Peligro» Zahrani. Que consigas muchas más P1 este fin de semana.

El apodo me hizo reír, y los demás me imitaron, chocando sus pequeños dulces. El sonido de nuestra alegre charla llenaba el pabellón del comedor al aire libre, junto con algo más.

Un graznido dirigió nuestra atención hacia los arbustos cercanos. Jadeé.

—¡Chicos, un pavo real!

La criatura en cuestión extendió su enorme cola, revelando un despliegue de brillantes plumas azules y verdes.

—¿Aquí, en medio de la nada? —dijo Peter incrédulo.

—Es habitual aquí —se rio Banyu, sacando su teléfono—. ¡Tío, está bailando!

Sonreí mientras el pavo real saltaba de una pata a otra pavoneándose.

—¿Ver un pavo real significa que subiremos al podio mañana?

—Esta sí que me la sé. —Miguel sonrió, con un gesto pícaro que dirigió hacia mí. Sentí que mi pecho se agitaba como los saltos del pavo real—. Es sinónimo de buena suerte y fortuna. También sirve como presagio de que alguien a quien has estado buscando podría estar justo delante de ti.

Fruncí los labios para evitar sonreír y miré a Miguel a los ojos solo un momento antes de volver a mirar al pavo real. ¿Estaba diciendo lo que yo pensaba que estaba diciendo?

—Oooh —gritó Alex a mi lado—. ¿A quién has estado buscando, Di?

Lanzó una mirada a Miguel. Me llevé un dedo a los labios con urgencia y Alex levantó la ceja derecha.

¿En serio?

Asentí y me obligué a callarme.

—Tendremos que hablar de esto en profundidad más tarde —dijo Alex con cara seria y sin rastro de humor en sus grandes iris azules —. Pero por ahora…

Os lo juro, aquel chico se levantó de su asiento, se colocó frente al pavo real y empezó a *bailar* con él. Nunca había visto a un animal tan confundido como ese pobre pavo real cuando Alex empezó a hacer el *Running Man*. Era un bailarín pésimo, pero todos nos partíamos de risa. Miguel me miró a los ojos y reímos y reímos, porque, al menos para mí, era como si compartiéramos un secreto tácito solo para nosotros.

32. Miguel

Me concentré en las cinco luces suspendidas encima de nosotros tras la vuelta de formación. Visión de túnel total. La salida iba a ser dura. La sincronización sería muy importante. Yo salía en cuarta posición, con Nic en primera, Diana en segunda y Andrea en tercera después de una clasificación muy reñida. Pensé que ella saldría en *pole*, pero, una vez más, se le había escapado de las manos.

—Respira hondo —me recordó Paula—. Tú puedes, Mig.

Y así lo hice. Solo son coches, me dije. No son conductores.

Y, sin embargo, mientras observaba cómo vibraba ligeramente el alerón trasero del Jolt que tenía delante, no podía pensar en nada más que en su conductora. Su cabeza apoyada en mi hombro mientras estábamos sentados en el columpio, la forma en que se reía del baile del pavo real de Alex, aquella sonrisa suya que te decía que te dejaba entrar en su círculo, y sus ojos, a veces tímidos, a veces atrevidos; el pequeño movimiento de su coleta cuando el pelo le caía sobre la cara. En ese momento, ella dominaba mis pensamientos como la familia real dominaba aquella ciudad: una sola mirada suya me dejaba indefenso. En las carreras, eso era una fatalidad instantánea. Tenía que ser capaz de adelantar a Diana y, en cambio, me estaba bloqueando.

Pisé el embrague cuando la primera luz finalmente se iluminó en rojo, con el motor ronroneando.

—Vamos, Miguel —murmuré entre dientes—. Solo corre.

Cinco luces. Y después se apagaron.

Salí disparado hacia delante, pisando el acelerador a fondo.

—Tranquilo, tranquilo en la salida, tienes la primera curva delante. Será cerrada —me advirtió Paula.

Con sus palabras resonando en mi cabeza, me colé delante de Andrea en la curva con una de las maniobras más atrevidas que había hecho aquella temporada. Justo delante de mí, los alerones

delanteros de Nic y Diana casi se tocaron cuando Nic se adelantó unos centímetros.

—¡Tienes un hueco con Diana! —me animó Paula—. ¡Aprovéchalo!

Iba en contra de todo lo que había pensado antes de que se apagaran las luces, pero lo hice. Me colé por el hueco y me coloqué delante de Diana, justo detrás de Nic.

—Excelente. P2 —dijo mi hermana.

Tomamos la curva cinco, con todo el pelotón manteniendo sus posiciones mientras atravesábamos una de las antiguas puertas de la ciudad. Ahora quería la P1, pero necesitaría otra vuelta más o menos para ponerme a tiro.

—Ve a por ello ahora.

—Voy.

Corté por fuera, adelantando a Nic con una maniobra arriesgada en la chicane. Pensé que eso sería el final, pero, segundos después, Nic empezó a acelerar, preparándose para contraatacar.

—Aceleré, ¿cómo es que sigue ahí?

—Ni idea —gimió Paula—. Pero está pegado a ti.

—¡Sí, eso es lo que veo!

Ni siquiera sé qué pasó en ese momento. Definitivamente, no anticipé la maniobra de Nic, pero no había espacio, ni siquiera un poco, y, de repente, algo golpeó mi rueda trasera izquierda. Toqué el freno por pánico. Era demasiado tarde. El giro sacudió mi cabeza de un lado a otro antes de que finalmente chocara contra el TecPro.

—Me ha golpeado —logré decir—. Por detrás.

—Nic tiene daños, Miguel, pero necesitamos que salgas del coche. Esto es un abandono.

—¡Maldita sea! —maldije golpeando el volante. No podía ser. No era posible que Nicolò Necci acabara de poner fin a mi carrera en el Gran Premio. No podía estar pasando.

La prensa llegó antes que Nic.

—¡Miguel! ¡Miguel! —gritó un periodista, liderando a una multitud que se dirigía hacia mí mientras yo intentaba encontrar el

motorhome de Jolt para enfrentarme a Nic—. ¿Nic te ha sacado de la carrera?

Ignoré las preguntas, aunque mi jefe de Relaciones Públicas me lo haría pagar más tarde. Irrumpí en las dependencias de Jolt, con una botella de agua en la mano, y allí estaba Nic, esperando, con el pelo todavía revuelto y las marcas del casco en la cara. Al menos no tenía moratones por el golpe.

—¿Qué demonios? —dije incrédulo—. Nic, ¿qué ha pasado ahí fuera?

—Me hiciste una prueba de frenos, ¿por qué no me das una explicación? —replicó enfadado—. ¡Es evidente que no había espacio para eso!

—¿Te hice una prueba de frenos? —me horrorizó su descaro—. ¡Lo último que recuerdo, Nic, es que fue tu alerón delantero el que golpeó mi neumático! Al menos tú quedaste en P11. ¡Me ha fastidiado la carrera, tío!

—Bueno, te pido disculpas…

—Gracias.

—Pero no es algo que pudiera haber evitado. ¡Si ni siquiera fue culpa mía! Me han puesto esa maldita penalización de cinco segundos, ¿vale? ¿Te parece suficiente?

—¡Venga ya! —exploté finalmente—. Solo te estoy diciendo exactamente lo que dirán los comisarios, ¿vale?

—Yo también. ¿Cuál es tu excusa, eh? —Nic dio un paso adelante, más hostil que nunca—. ¡Te echaste encima de mí!

—¡Tú golpeaste el neumático! ¡Lo noté! —insistí—. ¿De qué otra manera mi coche se saldría de la pista así? ¿Crees que lo haría a propósito?

—¿Cómo nos hemos llevado estas últimas semanas, Miguel? Es como si me odiaras por haber conseguido este asiento. —Parecía que ahora nos estábamos gritando el uno al otro, cada palabra más alta que la anterior.

—Te odio por usar tu puesto, Nic. Has defendido la política de las carreras y has dejado de preocuparte por la gente que te rodea —le espeté—. Como hoy. Pero nunca te golpearía intencionadamente.

Solo quiero recuperar al hermano que conocía. Estoy cansado de esto.

En lugar de responder, Nic se volvió hacia el podio. Peter y Andrea, en primer y tercer lugar, estaban de pie en sus escalones. Diana Zahrani les sonreía a ambos desde el segundo lugar, con una amplia sonrisa que le iba de oreja a oreja y la coleta rebotando detrás de su cabeza.

—Al menos Jolt sigue en el podio —añadió Nic con frialdad.

Pero eso no era lo que me importaba.

—Corro porque es mi medio de vida. Cada victoria es un paso adelante. —Nic inclinó la cabeza hacia Diana—. Para ella es lo mismo. Y para ti también…

—No lo entiendes, Nic.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué te revuelves solo porque quiero entrar en el juego? —insistió—. Para ganar, tienes que madurar, Miguel. Y tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¡Así no! —Me pasé la mano por el pelo—. ¿No te importa que estés perjudicando a tu equipo tanto como ayudándolo? ¿Perjudicando a Diana?

Él soltó una risa fría.

—¿Por qué debería importarme? A ella no le importa lo que haga. ¿Y qué si Jolt es un equipo? En la pista somos pilotos independientes. Esto no es *karting* por parejas.

—No, pero…

—¿Y tú no estás perjudicando a tu equipo? —se burló Nic—. Cada carrera imprudente que conduces, haces que tus mecánicos trabajen el doble. La presión arterial de tu hermana se dispara y estás a milímetros de chocar tan fuerte que ni siquiera el TecPro podría salvarte. Todo porque tu prometida se dio cuenta de que estabas más enamorado de las carreras que de ella y te dejó.

Mis manos se cerraron inconscientemente en puños.

—¿Y tú qué habrías hecho? ¿Cualquier cosa para ganar? ¿Me habrías sacado de la pista? ¿Habrías hecho una maniobra ilegal con tu compañera de equipo? No sé qué más… ¿Tal vez poner en peligro su vida con una prueba de frenos?

Nic apretó la mandíbula.

—¿Sabes qué? Si tuviera que hacerlo, lo haría.

Me quedé sin palabras.

Me volví para mirar a Diana, con la mirada fija en ella mientras levantaba su trofeo al cielo como diciendo: «Esto es una bendición tuya. Gracias». Era hermosa, inteligente y humilde, todos atributos que me atraían hacia ella como una polilla a la luz. No podía evitarlo; me acercaba cada vez más, y sabía que tarde o temprano me quemaría las alas. Era el destino. Ella había vuelto a mí por una razón.

—No lo harías, ¿verdad? —dijo Nic.

Asentí en silencio sin apartar la mirada.

—¿Perderías una P1 por ella?

—Nada me impide estrangularte ahora mismo —contesté tras un suspiro.

—¿Y bien?

Por un momento, no supe qué decirle. Había estado esforzándome mucho para conseguir las victorias que había obtenido en las últimas carreras. Nos lo habían dicho desde que éramos niños: «Tu objetivo en el automovilismo es llegar a lo más alto». Pero al ver a Diana, algo me impactó cuando me di cuenta de que no solo importaba el podio, sino también la persona que te acompañaba en ese momento.

—Un millón de P1. Se las daría todas.

Nic me miró como si estuviera loco. Sabía cómo pensaban los pilotos como él. ¿Quién sacrificaría la victoria tan fácilmente? Esa era nuestra carrera. Cuanto más ganábamos, más tiempo conducíamos. ¿No?

—No todo gira siempre en torno a la carrera —le dije mientras veía a Diana rociar a Peter con champán—. Ojalá lo hubiera aprendido antes.

33. Miguel

El siguiente destino era COTA, el Circuito de las Américas. Yendo allí después de Jaipur y de ese extraño sueño febril que había sido lo de Nic, con Diana brillando en el podio como siempre, no tenía muy claro cómo sentirme. Había tantas cosas en el aire, y mi hermana, siendo como era, intentó ir directamente al grano conmigo. Yo, por supuesto, no cooperé.

—Mig, ¿qué te pasa? —preguntó Paula después de ganarme en el juego de F1 de la PlayStation.

—Estoy nervioso por COTA —fue mi respuesta. Sinceramente, no quería insistir en el tema y no recordé el incidente de Palomas del año anterior, así que al principio lo dejé así y Paula abandonó sus intentos de sonsacarme información. Solo tardó cinco minutos en rendirse.

—No, en serio —continuó—, sé que estás nervioso. Pero no es solo por COTA. Tienes algo en la cabeza, ¿verdad?

No respondí, solo seguí conduciendo. Por desgracia, estrellé mi coche contra un muro virtual, tras lo cual, finalmente cedí y me desplomé contra el sofá de la forma más dramática posible.

—Joder, Paula, esto con Nic y… Diana.

—¿Por fin lo admites?

Le lancé una mirada defensiva.

—¿Qué?

—¿Recuerdas aquel día en la gala cuando te dije que podías ser sincero conmigo? —Sonrió con suficiencia—. Lo supe desde entonces. Soy tu hermana mayor, Mig, hay muy pocas cosas que puedas ocultarme.

—Claro. —Alargué la palabra y puse los ojos en blanco—. Hablando en serio. ¿Cómo se lo digo? ¿Cómo lo hago sin que los medios se nos echen encima o sin arruinar nuestra amistad?

Paula se limitó a reír.

—¿Qué?

—Es gracioso lo despistado que estás. —Me arrebató los mandos de las manos y se volvió hacia mí con determinación—. Toda tu vida has tenido o relaciones creadas para ti, o mujeres que caían automáticamente a tus pies. Y, de repente, tienes que esforzarte de verdad, ¿no?

Me burlé.

—Vale. Sí, lo admito. Por favor, ayúdame —pedí finalmente.

—Umm. —Agarró un cojín del sofá y se recostó—. ¿Cómo lo harías si la Fórmula 1 no existiera? Si fuerais personas normales con trabajos normales y todo eso. ¿Qué harías?

—Yo… —Pensé un momento—. La invitaría a salir, supongo.

—¡Vale! —exclamó mi hermana—. Fácil.

—¿Fácil? Tenemos vidas muy ocupadas. Siempre viajando, compitiendo, cosas del equipo, prensa, promoción —repliqué—. ¿Cuándo podríamos sacar tiempo para una cita en nuestras agendas?

—¿Tienes un plan B?

—¿Qué quieres decir con «plan B»?

—Si no puedes invitarla a salir, ¿qué más podrías hacer para que sepa lo que sientes?

Suspiré.

—No lo sé. ¿La gente sigue comprando flores y bombones?

—Se te da fatal —declaró mi hermana con orgullo—. Llevas veinte años centrado en los coches y has perdido cualquier rastro de habilidades sociales.

—¿Tan mal me ves?

—¡Vamos, Mig! ¡Tienes que pensar en algo único!

—Vamos a Austin, ¿verdad? —Me detuve a pensar. ¿Qué había allí que fuera único?—. ¿Serían apropiados un sombrero y unas botas de vaquero?

—Ay, Miguel. —Paula me agarró por los hombros y me sacudió enérgicamente—. Regalos y baratijas, cualquiera puede comprarlos. Tienes que demostrarle que te importa, y el afecto no es algo que se pueda comprar sin más.

—Afecto… —murmuré—. Quizá pueda trabajar con eso.

Me dio una palmada en la espalda.

—Bien. Entonces nada de comprar botas de vaquero, por el amor de Dios.

Efectivamente, una cordial fila de animadoras de los Dallas Cowboys y gente adinerada con sombreros de vaquero nos recibió en cuanto bajamos del avión al asfalto humeante. Estábamos en Austin, Texas: sede del Circuito de las Américas.

—Odio esto —dijo Andrea Russo a mi derecha mientras caminábamos hacia los coches que nos esperaban.

Por primera vez, tuve que darle la razón a mi compañero de equipo. Tenía el mismo aspecto desaliñado por el calor excesivo que en Jaipur. Dudaba que yo tuviera mejor pinta, y eso que aún no nos habían obligado a ponernos los sombreros.

—Yo también.

Austin era mucho más urbana de lo que cabría esperar. El hotel estaba en pleno centro, así que conduje entre rascacielos pintorescos y escaparates atravesados por un hermoso río azul repleto de puentes para llegar hasta allí. Me gustaba aquella sensación de Estados Unidos, el bullicio empresarial combinado con un toque de creatividad, por lo que me alegraba que aún nos quedara una carrera más en Estados Unidos después de esta.

—Quiero comer *brisket* —le supliqué a mi hermana mientras entrábamos en el aparcamiento del hotel.

—Ni se te ocurra —dijo mi entrenador personal, Louie, desde el asiento del copiloto—. Ni se te ocurra, Miguel. La última vez que comiste barbacoa, vomitaste todo el contenido de tu estómago en el baño del *motorhome* minutos antes de meterte en el coche.

—Pero vale la pena —gemí. Y así era. En España no teníamos ese tipo de comida, y si la teníamos, no era igual ni de lejos—. ¿Nunca te apetece una buena comida típicamente americana, como In-N-Out, Kentucky Fried Chicken, o algo así?

—Ni hablar —respondió Louie inmediatamente.

—Yo tal vez me apuntaría —intervino Paula.

—¡Incluso Paula!

—No tocaría un cubo de pollo frito americano ni por todo el oro del mundo.

—Te daré de comer yo mismo, Louie. Necesitas comer. Estás a dieta todos los días.

—No, Miguel, ese es precisamente el tema…

—Comerás bien en Estados Unidos. ¡*Brisket* para todo el equipo! —sugerí con una sonrisa pícara. Nadie podía decir que no al *brisket* si yo invitaba—. Vamos, hombre.

—Me niego. —Louie se mantuvo firme—. Está frito, Miguel.

—¡Come solo uno!

—¡Sigue estando frito!

—Aquí todo está frito, Louie.

—Vale. —Paula se rio—. Come lo que quieras. Como la gente de aquí no deja de repetir, este es un país libre.

Sin embargo, Louie me soltó otra vez todo el rollo sobre la dieta mientras nos dirigíamos a nuestra habitación del hotel y luego, inmediatamente, a la rueda de prensa, ya que, por desgracia, habíamos aterrizado tarde. Esa vez me tocaba compartir mesa con Alex, Nic, Darien y, sin motivo aparente, Christian Clay.

—Esto va a ser interesante. —Darien leyó mi mente cuando entramos en la sala de prensa, equipada con sillas plegables como esas que usan los directores de Hollywood para gritar a los actores.

—Qué combinación tan extraña —coincidí—. Me pregunto qué lógica tan horrible habrán seguido con Clay.

—Ya —respondió Darien—. También pusieron a Di con Andrea y Kasper. ¿Podrá Peter salvarla?

—Uf. —Me estremecí—. Más le vale.

—Empecemos con las preguntas —comenzó Seth Berkeley, nuestro entrevistador del día, pidiendo silencio mientras ambos tomábamos asiento con los demás. La ansiedad me golpeaba el pecho. Después de lo acalorado que se había puesto todo tras la carrera, estar en una rueda de prensa con Nic me hacía caer en un extraño limbo donde no sabía si quería disparar o salir corriendo. Algo se me escaparía, seguro.

Al principio todo iba bien. Alex habló un poco sobre la presión de ganar en Montreal y de mantenerla con buenos puntos en

Silverstone, Jaipur y, con suerte, Austin. También se comentó algo sobre un trompo que dio Clay y del que se recuperó a la perfección, una maniobra difícil, especialmente en circuitos urbanos. Darien dijo unas palabras educadas sobre la competencia dentro del equipo con la leyenda Peter compitiendo a su lado, y sobre cómo se apoyaban mutuamente, animándose el uno al otro, lo que, tengo que admitir, me hizo animar también a Darien. Luego llegaron a la situación entre el tipo que supuestamente era mi mejor amigo en la pista y yo.

—Sin duda, fue uno de los accidentes más controvertidos de los últimos años, si no el que más —dijo Berkeley—. Miguel, cuéntanos un poco lo que pasó.

—Todo esto se abordó, eh…, a través de las imágenes y durante la carrera. —Carraspeé incómodamente—. Supongo que Nic vio ese hueco y, como no había espacio, se adelantó un poco, lo que me destrozó la rueda. No había forma de recuperarse de ese trompo.

—Y eso lo han confirmado los comisarios —añadió Berkeley para darle más énfasis—. Nic, ¿algo que añadir?

Afortunadamente, Nic se limitó a negar con la cabeza.

—No, eh…, creo que esa es más o menos la situación. Sin embargo, diría que había un hueco, y en el último segundo, Miguel me lo cerró. Aunque cumplí mi sanción, así que lo hecho, hecho está.

Estuve a punto de abrir la boca para decir algo, pero lo pensé mejor. En su lugar, apreté con fuerza el micrófono, intentando contener mi enfado.

—Por supuesto. Una cosa más que preguntarte, Nic. Históricamente, siempre has rendido muy bien en COTA. El año pasado aprovechaste esa oportunidad para hacerte con el cuarto puesto, incluso con una carrera con bandera roja. ¿Qué podemos esperar de ti esta vez?

—Eh… —Nic se rio—. Sé que es una pregunta capciosa, ya que este circuito también es importante para mi compañera de equipo, como parece indicar el vídeo de *Conoce a la parrilla*…

El famoso vídeo de la parrilla se había grabado al comienzo de la temporada y se había publicado tras dos carreras. Ofrecía a los

pilotos la oportunidad de presentarse a través de una serie de preguntas informales, para intentar ganarse el favor de los aficionados. Una de las preguntas abordaba nuestros motivos para pilotar: el momento en el que nos dimos cuenta de que queríamos estar en la Fórmula 1. La historia de Diana había dado un giro especialmente significativo en el Gran Premio de Estados Unidos.

—Justo el circuito en el que el padre de Diana siempre había soñado verla correr; ya sabes, la única carrera que vio en directo —dijo Alex con naturalidad, provocando las risas del público.

—… pero ganar es mi prioridad —concluyó—. Haré lo que sea necesario. Lo entiendo, créeme. Llevar a casa ese P1 sería glorioso para ella, pero también lo sería para mí.

Christian Clay carraspeó.

—De todos modos, la compasión de alguien por sus padres no debería ser una excusa para dejarles entrar en la P1. Como has dicho, Nic, todos hemos visto el vídeo de la parrilla. Es una buena historia, pero no sirve. El viejo Pete se ganó su premio a pulso el fin de semana pasado. ¿Por qué no debería hacerlo Diana?

Algunos espectadores asintieron con aprobación, pero otros estaban claramente inquietos, al igual que yo. Ahora la inclusión de Clay tenía sentido. La prensa ya sabía que se estaba gestando un gran escándalo con Nic y yo juntos. Añadir a Christian Clay lo mejoraba aún más: un escándalo misógino.

—No todo el mundo nace en cuna de oro —señaló Peter. Inmediatamente le agradecí su intervención. La ira comenzaba a bullir en mi pecho y, si decía algo, temía que no saliera tan bien viniendo de mí como de su persona tranquila y serena—. Así que cómo llegamos aquí y a quién honramos es tan importante como lo que hacemos en la pista. No es una excusa, son simplemente las razones por las que hacemos lo que hacemos. Y, de cualquier manera, ¿estaríamos callando a Nic si fuera él quien estuviera en el lugar de Diana? ¿Si tuviera una historia personal?

—Oh, maldita sea —murmuró Alex.

—Bueno, Peter, volviendo a la pregunta inicial que hizo el señor Berkeley, estaba claro que había intención de callar a Nic —insistió

Clay—. De difamarlo simplemente por rendir mejor que su compañera de equipo en fuerza y habilidad.

—¡Vaya! —intervino Darien—. Vaya, vaya, vaya. ¿Dónde estaba esa energía cuando la «fuerza y habilidad» superiores de Nic sacaron a otro coche de la carrera en la última carrera?

Clay se encogió de hombros.

—Nic no parece estar utilizando a sus padres para ganarse el apoyo de los aficionados. Seamos realistas. Todos habéis visto las noticias, ¿no? Por no mencionar lo que Diana dijo en ese vídeo. Calificó su situación financiera como niña en el *karting* de «complicada». Las finanzas de los Zahrani no son «complicadas». Tienen todo lo que necesitan y mucho más. Cualquier piloto gana una buena suma. Ella compite para los Emiratos. Debe de estar nadando en dinero, pero el público siempre apoya al pobre.

Nic se movió incómodo. Maldita sea, ¿cuándo iba a decir algo? Estaba temblando. Aquel tipo estaba llamando mentirosos a los Zahrani, personas que habían luchado por algo tan básico como el derecho de su hija a conducir. Había oído cómo Diana hablaba de ellos tres: una familia pequeña, tan firme como cariñosa. Christian Clay no podía soltar semejante mentira y salirse con la suya.

Finalmente suspiré con cansancio.

—Christian, ¿has oído a Darien? Si hubieras visto el vídeo completo de la parrilla, sabrías que casi todos los pilotos tienen una historia parecida. Yo tengo una historia similar con respecto a España. Ni siquiera Andrea le dio más importancia de la que tiene. Iba a ver Monza todos los años con su familia, esa es su historia, y yo no le critico por ello. El sentimiento con el que crecemos, que no es lástima, es lo que moldea nuestro afán por ganar, lo que a mí me parece algo bueno. Todo el mundo necesita la motivación adecuada para triunfar en la Fórmula 1. Quizá esa sea la motivación de Diana, y si lo es, no es asunto tuyo.

—Bueno… —dijo Nic finalmente—. Tú naciste en esto.

El público se quedó en silencio. Contuve el aliento.

—¿Qué? —contesté.

—Te favorecían en Vittore incluso cuando no rendías al máximo. Fuiste a Revello, ¿no? —continuó.

Sentí una presión en el pecho mientras buscaba una respuesta. No se equivocaba con mi nombre. Sabía que eso era cierto. Pero yo no rendía por debajo de lo esperado. Mi puesto, como el de todos, me lo había ganado, no me lo habían dado.

—¿Qué tiene eso que ver con la pregunta?

—La familia es lo que te permite triunfar en la Fórmula 1. —Los ojos de Nic eran tan fríos que no pude encontrar en ellos ningún rastro del viejo amigo que se había convertido en parte de la familia De la Fuente a lo largo de los años. Quería gritarle para que entrara en razón—. Ya sea en los equipos, en las carreras o en lo que sea. No vivimos en una utopía. Aquí los nombres importan. Tu nombre te ha dado lo que tienes en este deporte y, sin embargo, predicas la motivación.

Así, sin más, el vínculo entre nosotros se rompió por completo. Casi podía ver cómo se rompía el hilo del destino que me unía a Nicolò Necci, mientras la incredulidad y el dolor invadían mi cuerpo. No se me ocurría nada que decir en respuesta. Había confiado en aquella persona con mi vida en la pista y ahora había abandonado por completo sus principios.

—Tiene razón. Nunca has necesitado sentimientos para meterte en un Revello —insistió Clay.

No tardé en replicar. No me había recuperado del todo, pero no podía quedarme sentado y aceptar golpes como ese.

—No habría llegado a ninguna parte si no amara este deporte. Y lo admito. El sistema tiene fallos. Pero nadie me compró un asiento. Me lo gané a base de años de carreras, de entrenamiento. Así que creo que tengo derecho a reivindicar la pasión y los sueños como motivadores en mi carrera. Ahora, señor, ¿hay alguna otra pregunta para mí, o puedo ir a cepillar las crines de mis diez caballos y ordenar a mis humildes sirvientes que pulan mi trono?

La tensión en la sala se disipó lentamente y el público comenzó a reír tímidamente. Me sentí aliviado. No siempre se me daban bien las bromas, nunca había sido lo mío, pero esta, afortunadamente, había funcionado. Sin embargo, las expresiones de los demás pilotos no cambiaron. Me arriesgué a mirar a Nic. No había ni una pizca de remordimiento en su rostro.

34. Diana

Nadie esperaba que Austin, una de las carreras más divertidas y extravagantes del calendario, se convirtiera en un caos competitivo, pero allí estábamos.

El sol brillaba con fuerza el día de la carrera, golpeando brutalmente para darnos una temperatura en pista superior a los treinta y ocho grados centígrados. La parrilla estaba decidida: Miguel saldría primero, Nic segundo, Darien tercero y yo cuarta, lo cual no me hacía especial gracia, sobre todo teniendo en cuenta el drama que se estaba gestando.

La noche anterior había encendido la televisión, solo para relajarme antes del gran espectáculo. Ya había explotado la tormenta: *Mira la entrevista del GP de Estados Unidos de Fórmula 1 donde se desató el infierno*. Los presentadores de programas de entrevistas especulaban, los periodistas deportivos pontificaban y los tabloides publicaban titulares explosivos. Había vídeos por todas partes, incluida aquella estúpida pregunta capciosa sobre mi experiencia personal, que la mayoría de plataformas calificó de inapropiada, y aquella en la que Clay se explayó sobre cómo buscaba compasión para pintarme como una damisela en apuros. Sacaron a relucir las finanzas de mi familia y lo llamaron estrategia mediática. Y entonces el pobre Miguel habló en mi defensa.

Mi animosidad hacia Nic se multiplicó por cien.

Nic había estado nervioso con Miguel mientras le proporcionaba a Revello constantes P1 y P2. Era obvio que solo era cuestión de tiempo. Sin embargo, nadie había visto venir algo de semejante magnitud.

En cuanto terminé los estiramientos y practiqué con las luces de reacción en el edificio del equipo, salí del garaje un momento para encontrarme con Miguel fuera del suyo. Saludaba a los aficionados reunidos, como siempre hacía. Me alegraba que no se creyeran

aquella basura de entrevista, sino que siguieran acudiendo armados con banderas y pancartas.

—Hola —lo saludé.

Miguel se giró bruscamente, un mechón de su pelo negro ondulado volando fuera de lugar.

—Hola, Di. Llevaba tiempo queriendo saber cómo estabas…

—No es la primera ni la última vez que me llevo la peor parte. Y tú, Miguel, ¿cómo estás? —Exhalé, observándolo. Parecía agotado, aunque él nunca lo admitiría. Todo aquello también le estaba pasando factura—. No tenías por qué seguir ese camino, pero lo hiciste, y Nic… Qué desastre.

—Sí. —Soltó una risa sin alegría—. ¿Pero qué podemos hacer? La carrera continúa, ¿no?

—Cierto. —Intenté sonreír—. Bueno, mucha suerte.

—Igualmente. Y, además… —añadió Miguel rápidamente. Lo observé sorprendida mientras miraba con timidez sus zapatos. ¿Miguel de la Fuente mostrándose tímido?—, hay una sorpresa esperándote en tu *motorhome*. Nada descabellado, lo prometo.

Arqueé una ceja con escepticismo.

—¿Una sorpresa? No tenías por qué…

—Claro que sí. Ya lo verás —respondió Miguel con una sonrisa que solo sirvió para aumentar mi curiosidad.

Tras ese intrigante anuncio, nos despedimos. Caminé tranquilamente hacia mi garaje, resistiendo el impulso de salir corriendo. Eché un vistazo por la esquina de la puerta abierta.

No podía creerlo.

Aiden señalaba las partes de su panel de ingeniero, las enrevesadas ventanas de su pantalla, a una mujer bajita de ojos verdes y cabello rizado, joven a pesar de las canas en sus pequeños rizos, y a un hombre en silla de ruedas. Llevaba barba, era calvo y vestía como un profesor estadounidense, con jersey y pantalones de vestir.

Sabía que debía mantener la compostura. Sin embargo, era simplemente imposible.

—¡Ammi! —grité—. ¡Baba!

Las expresiones concentradas de mis padres se transformaron en enormes sonrisas cuando me vieron. Corrí hacia ellos como solía hacer después de los torneos de *karting* y, ante mis propios ojos, rejuvenecieron. Vi a mi padre de pie, con el brazo alrededor de mi madre, rebosantes de felicidad mientras contemplaban a su hija de coletas arrastrando su enorme casco.

Ahora, tantos años después, mi madre y yo nos agachamos hasta el nivel de la silla de ruedas de Baba. Luchando por contener mis emociones, los abracé a ambos con fuerza.

El Gran Premio de Estados Unidos fue la primera y última carrera a la que mis padres me llevaron. Conseguimos pases gracias a un regalo de un familiar que vivía en Texas. Nuestros billetes de avión fueron incluso más baratos que las entradas para Abu Dabi, donde tenías que vaciar los bolsillos solo para estar de pie. Era 2009. Yo tenía diez años. Permanecimos bajo el calor sofocante durante más de tres horas. Y me enamoré.

Después del accidente de Baba, sabíamos que era imposible volver al lugar donde todo había comenzado o a cualquier otra carrera. Mi madre apenas podía proporcionarle cuidados las veinticuatro horas, ninguna aerolínea podía satisfacer las necesidades de Baba, gran parte del escaso dinero que ganaba en las series inferiores de Fórmula seguía destinándose a pagar las matrículas de la escuela para expatriados, y Ammi tenía pánico a volar. Así que no podía comprender que, por primera vez desde que empecé en F3, mis padres hubieran viajado medio mundo para ver aquella carrera tan querida para nosotros.

Me costó mucho articular las palabras.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

—No podíamos perdérnoslo —dijo Baba—. Le dije a tu madre que, malditos fueran mis problemas, teníamos que venir a verte aquí. Entonces surgió algo más, un regalo del cielo.

—¿Un regalo del cielo? —repetí.

Ammi asintió.

—Un *jet* con una enfermera de vuelo a tiempo completo, otra enfermera especial para Baba… —Señaló a una mujer rubia con vaqueros y blusa rosa que conversaba con el responsable de

comunicación—. Todo gratis. Un regalo de nuestro ángel de la guarda.

—¿Ese ángel de la guarda tiene nombre? —pregunté asombrada. Aquello no era poca cosa. Ni siquiera mis patrocinadores habían estado dispuestos a ayudar de esa manera. Contratar a una buena enfermera era un impedimento abrumadoramente caro. Y, de todos modos, ya me habían pagado lo suficiente en F3 y F2. No tenían motivos para desembolsar más dinero.

Entonces, recordé lo que me había dicho Miguel. La sorpresa.

—Un amigo tuyo dijo que sabía lo que significaba para ti y que te debía al menos esto —respondió Ammi con una sonrisa—. Ha sido cosa de Miguel.

Me llevé una mano al pecho, intentando calmar los latidos acelerados de mi corazón incrédulo.

—Miguel os trajo aquí.

Una parte de mí quería llorar. La gente asumía que, como pilotos de Fórmula 1, ansiábamos lo material: velocidad, trofeos, regalos caros. Miguel me había traído a mis padres por primera vez en casi cinco años. Él no me debía nada. Era yo quien le debía todo.

—Oh, Ammi. —Contuve las lágrimas mientras los abrazaba con fuerza a ambos, mi vida en su forma más pura.

Me vinieron a la mente los acontecimientos de aquella primera fiesta de autocompasión, la que tuvo lugar después de lesionarme en Imola, a la que Miguel se había unido. Había preguntado por mis padres. Mi respuesta claramente le había afectado, pero no creía que la recordara, la verdad. Mi historia era una más entre un mar de historias igualmente tristes de pilotos emergentes; todos habíamos luchado contra demonios y derrotado Goliats para llegar hasta aquí. No me importaba en absoluto. Pero a Miguel le importó lo suficiente como para traerme a mis padres en un fin de semana de carrera, para llenar tanto mi *paddock* vacío como mi corazón.

—Bueno, ahora que hemos venido hasta aquí, *ya qalbi*… —Baba sonrió—. Hazlo lo mejor que puedas, ¿vale?

Me reí.

—La competencia es grande. Será mucho más difícil que eso.

Ammi me acarició la mejilla.

—Lo sabemos, *joonam*. Pero a ti nunca te importó lo difícil que fuera.

Levantó su teléfono. La pantalla de bloqueo era, al más puro estilo Ammi, mi primera victoria en la copa de *karting*. Mis rizos, reflejo de los suyos, volaban por todas partes mientras sostenía mi trofeo con una amplia sonrisa, la gorra a punto de caerse.

—Tenías el peor coche —me dijo mi madre—. Era tu primer año. Alguien había intentado echarnos, estaba a punto de llover y habías perdido tu bolsa. Todo lo que podía salir mal salió mal. Y mira lo que conseguiste. Mira a aquella niña. Mira tu carrera.

Me encontré con mi propia mirada en la foto. Por aquel entonces no tenía preocupaciones. Corría sin freno, pero había dejado una parte de mí en aquel kart. Ammi tenía razón. Ahora necesitaba recuperar esa parte.

—Por vosotros. —Di un último abrazo a mis padres. Luego agarré mi casco, me lo puse y lo ajusté. Era hora de recoger los pedazos y volver a conducir de una sola pieza.

Los momentos previos al inicio de una carrera me provocaban una ansiedad palpable como ninguna otra.

¿Y si perdía? ¿Y si volvía con mis padres sin trofeo?

Los miedos racionales eran el enemigo de todo piloto. Volver con las manos vacías nos atormentaba en cada carrera. Y esos miedos me invadían en oleadas implacables.

Mi coche temblaba bajo mis pies. Sentía cada vibración fluir a través de mí mientras agarraba el volante.

«Mira a aquella niña».

Cerré los ojos y me permití respirar. En lugar de pensar en todas las cosas malas, en todas las razones para demostrar que estaban equivocados, hice lo que mi madre me había dicho. Recordé lo que me hacía amar tanto ese deporte.

La primera vez que me senté en un kart en una feria local. Ese era el recuerdo más claro en mi mente. El viento revolviéndome el pelo mientras bajaba por la pequeña chicane, el kart azotándome de un lado a otro. «Otra vez», no podía dejar de decirlo. «Otra vez, otra

vez, otra vez». Mis padres cedieron. Seguí adelante hasta poder levantar mi primer trofeo bien alto, y la adrenalina fue diferente a todo lo que había sentido antes. Sé que dije que me enamoré la primera vez que vi una carrera, y eso suena a cliché, suena vago, pero, oh, realmente me enamoré. Era adicta a ese tipo de velocidad. En ningún otro lugar una chica de Oriente Medio podía encontrar tanto poder con solo pisar un pedal.

Quizá Miguel tenía razón. Quizá el destino, el azar, todo eso era real y me había llevado a mi verdadero amor hacía tantos años. ¿Dónde había ido a parar ese amor ahora?

Cada latido de mi corazón era un golpe contra las correas de mi cinturón de seguridad. Se encendió la última luz roja.

Se apagaron las luces.

En sintonía con el coche, supe inmediatamente cuándo era el momento de pisar el acelerador. Aceleré más fuerte que nunca. Toda buena carrera comienza con una excelente salida. Me aseguré de que mi salida fuera impecable.

Me adelanté y superé a Darien para presionar a Nic en la primera curva. Y a partir de ahí…, cuando digo que corrimos, corrimos.

Dejé de lado la idea de que solo estaba allí para completar un trabajo y marcharme con un cheque. Recurrí a aquellos días en los que competía y entrenaba y me obligaba hasta el límite del colapso físico, incapaz siquiera de volver a casa andando, todo porque no podía vivir sin el sonido del coche arrancando mientras lo conducía entre la multitud en la salida. Pisé tan fuerte que me acerqué a Nic en la quinta vuelta, y Aiden dijo aquellas palabras mágicas.

—El equipo dice que pareces más competitiva. Ve a por él.

Apreté los dientes y puse todo mi empeño en alcanzar aquel coche. Nic se desvió y se alejó justo fuera de mi alcance tras la segunda recta DRS. Sabía que no podría alcanzarlo fácilmente. Tendría que adelantar en una curva.

—Usarás la siguiente curva, Diana. —Aiden se hizo eco de mis pensamientos.

—Sí.

Giré el volante para sacar mi coche por el exterior de la curva y, a pesar de una salida rueda a rueda que me hizo preguntarme si

terminaría la carrera de una pieza, salí por delante de Nic.

—Ahora eres P2, Diana, P2.

—Sigamos avanzando. ¿A qué distancia está Miguel?

—Ya son tres segundos.

Hice todo lo posible por alcanzar a Miguel antes de entrar en boxes, pero acabé saliendo aún en segunda posición en la vuelta veinticuatro. Fue mejor de lo esperado: había salido en cuarta posición. Luego entró en boxes Darien, luego Nic, luego Miguel… Yo era la primera, pero no por mucho. Miguel salió de boxes solo medio segundo por detrás de mí. Tenía ventaja. Era el momento de asegurarla.

Aunque se me acercaba poco a poco, me defendí con uñas y dientes, vigilando las curvas para asegurarme de que no hubiera ninguna brecha. Lo adelanté para crear mi ventaja, hasta que nos quedaban solo unas vueltas para el final de la carrera.

Estaba lista para ello. Me preparaba para acelerar en la recta y, de repente, salió la bandera amarilla.

—Coche de seguridad, Diana. Esto podría cambiar las cosas. Tenías una ventaja de unos dos segundos sobre Miguel.

—¡Estaba cerca, tío!

—Lo sé. Déjalo pasar.

Al límite de mis nervios, esperé a que pasara el coche de seguridad, manteniendo mi velocidad detrás del sedán verde que lideraba el pelotón. Me estaba matando. Estaba cerca. Tenía que terminar aquello. Excepto que ahora Miguel volvería a correr justo detrás de mí.

—Se acaba ahora —dijo Aiden.

«Lo tienes tan cerca, Diana. Justo ahí».

—¡El coche de seguridad está dentro, vamos!

El motor de Miguel rugió detrás de mí. El pulso me latía con fuerza en los oídos. ¿Podría hacerlo? ¿Podría dar otra vuelta a ese ritmo? No estaba segura.

—¡Consíguelo, Di! ¡Consíguelo por tus padres!

La imagen de Ammi y Baba esperando en el *motorhome* era todo lo que necesitaba.

Pisé a fondo y, saliendo algo descolocada en la siguiente curva, me disparé hacia delante. Con solo unos centímetros de pista libres, me lancé a por la bandera de cuadros.

—¡ES LA P1, DIANA, HAS GANADO EN AUSTIN! —gritó Aiden por el intercomunicador.

—¡OH, GRACIAS!

—¡NO, GRACIAS A TI! ¡GRACIAS, DIANA!

—Aiden… Aiden, hemos ganado en Austin. Hemos ganado en COTA.

—¡Sí, lo hemos hecho!

—En Estados Unidos. En Estados Unidos, hemos ganado, Aiden. Gracias. Gracias.

Solo comprendí la profundidad de aquellas declaraciones cuando pasé junto a la valla para recoger la bandera de los Emiratos Árabes Unidos, que me entregó un miembro del equipo. Atónita, la ondeé durante mi vuelta de honor hasta que llegué a mi lugar marcado. Apenas podía creer que el gran número uno estuviera ahora delante de mi coche. El número uno, por primera vez.

Me llevó un momento recuperar el sentido común para levantar la visera y secarme las lágrimas que parecían no tener fin.

Después de un buen rato de torpes intentos de trepar, apoyé los pies en el chasis de mi coche y me levanté con los brazos en alto. Los vítores fueron absolutamente salvajes.

—*Joonam* —la voz de mi madre sonó a través de la radio—. Estamos muy orgullosos. Ganes o pierdas, siempre estaremos orgullosos de ser tus padres. Lleva la cabeza bien alta, Diyana Zahrani. Nosotros también lo haremos.

Las lágrimas seguían brotando de mis ojos cuando subí al podio, sosteniendo en alto la bandera de los Emiratos. Alguien me lanzó un sombrero de vaquero con incrustaciones de diamantes de imitación y un guardia de seguridad se dispuso a cogerlo, pero yo extendí la mano. Me quité la gorra del podio y tomé el sombrero de vaquero, poniéndomelo para los aficionados. Esperaba que no quisieran que se lo devolviera. Estaba absolutamente asquerosa, cubierta de sudor.

Las primeras notas del hermoso himno de mi país sonaron por los altavoces y, cuando me quité el sombrero y apreté la bandera contra mi corazón, ya no pude controlar mis emociones.

El himno llegó a su fin y los aplausos y vítores llenaron el aire cuando aceptamos nuestros premios. El trofeo del primer puesto me parecía tan ligero en las manos que casi no podía creer que estuviera allí. Primer puesto. Fórmula 1.

Di un gran beso al lateral del frío metal y lo levanté por encima de mi cabeza, agitándolo con fuerza como para decir: «Sí, por fin lo hemos conseguido». Soñar era una cosa. Enfrentarse a la realidad era otra muy diferente. Siempre había tenido que ganarme mi sitio en este deporte y, por fin, le tocaría a él hacerme un hueco. Aquel trofeo era más que un simple primer puesto y, mientras volaba el champán y abundaban las celebraciones, pude sentirlo cuando Miguel y Darien me rociaron con sus botellas, el líquido frío haciéndome darme cuenta de que aquello era muy muy real. Tenía la oportunidad de ser el comienzo de algo nuevo y necesario para diversificar un espacio que se había resistido al cambio durante años, e iba a aprovecharla.

Me sequé las lágrimas y el champán de las mejillas, riéndome mientras dejábamos nuestras enormes botellas. Aquello era todo lo que mis padres habían soñado, y lo mejor era que estaban allí. Lo estaban viendo y, por lo que yo sabía —y lo sabía, porque eran tan sentimentales como nadie que hubiera conocido—, estaban llorando igual que yo.

Lo cual me recordó a mi ángel de la guarda.

Me volví hacia Miguel y él captó inmediatamente la gratitud en mi mirada.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó con una sonrisa.

—Me ha encantado, Miguel —dije entre un pequeño y vergonzoso sollozo—. Gracias. Gracias por traerlos aquí. No tienes ni idea de lo mucho que significa para mí. Mi ángel de la guarda, así es como te llamaban mis padres.

Extendió la mano y me apretó la mía con su fuerte agarre. El contacto hizo que una sensación de calor se extendiera por mi piel y

subiera por mi brazo, hasta llegar a mi pecho. Sentí que se me abrían los ojos al darme cuenta de lo que estaba pasando.

—Lo has conseguido. Has ganado el Gran Premio de Estados Unidos, Diana. ¿Qué te parece eso como sorpresa para tus padres?

La multitud enloqueció cuando Miguel se acercó más a mí. Empujaban contra las barricadas para acercarse a nuestro podio. Las cámaras nos rodeaban, ansiosas por capturar todo el caos de aquel momento. No podía creer que aquello estuviera sucediendo en el podio.

—Más… más que suficiente —logré decir.

Miguel me miró desde el segundo puesto y, de repente, apenas pude mantenerme en pie. Me sentí completamente desorientada. No sabía si quería sentirme así, no con todo el mundo mirándonos. Los sentimientos que tenía por Miguel de la Fuente aún no tenían nombre. ¿Quería que se acercara? ¿Quería que se quedara donde estaba? No tenía ni idea. Me quedé mirándolo, incapaz de moverme. ¿Qué me pasaba?

—Tú… —Pude ver las emociones contradictorias parpadear en los iris de Miguel mientras él, como yo, luchaba por dar sentido a aquel momento—. Tú eres simplemente…

—Y tú… —Intenté encontrar las palabras, pero los nervios pudieron conmigo—. Con todo el mundo aquí, yo solo…

¿Aquella emoción en sus ojos? La identifiqué como nostalgia, enmarcada por unas pestañas espesas y unas pecas que solo yo podía distinguir, un rasgo que me resultaba más íntimo que cualquier contacto físico.

Se inclinó ligeramente, dio un paso hacia mí, con la mano aún en la mía. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi piel.

Pensé en todas las historias de terror que había oído al principio de mi carrera como piloto: «Los hombres te atraen, se apoderan de tu reputación y la destrozan. Si dejas que un hombre se meta en tu cabeza, estás sentando las bases de tu propia ruina. Los escépticos encontrarán razones para sacarte de este deporte. Para los hombres no es lo mismo, pero, para ti, solo hace falta una fracción de segundo».

«No importa cuánto lo desees. No puedes permitirte necesitarlo».

El estómago se me llenó de advertencias, miedo y ansiedad que contrarrestaban la agradable calidez de mi pecho. No podía permitir que aquel instante significara el fin de mi carrera. Tenía que resistirme. Así que, con los ojos muy abiertos, di un paso atrás con un sobresalto, más por instinto que por otra cosa.

Qué estúpida.

Pisé torpemente la esquina del resbaladizo escalón del podio. Mi cuerpo lo sintió antes de que mi cerebro lo registrara. Mi pie giró en un ángulo antinatural y el dolor me recorrió el tobillo.

Creo que Miguel lo vio, pero nunca pude estar segura. Me recuperé rápido, ahora sé que gracias a él, tirando de mi brazo para atraerme hacia sí. Puse la mayor parte de mi peso sobre el pie bueno y me mordí la lengua para no soltar la maldición que se me escapaba. Aquello no podía estar pasando.

Su mirada estaba cargada de preocupación, desconcertado por lo brusco de mi reacción, y me soltó la mano tan rápido como le fue posible.

Oculté mi sorpresa con una sonrisa forzada y un gesto de asentimiento.

—Yo… nos vemos.

Salí corriendo del escenario tan rápido como me lo permitía mi tobillo dolorido, levantando el trofeo y el champán un par de veces para los fans antes de doblar la esquina y bajar tambaleándome las escaleras detrás del podio.

En la zona tranquila detrás del escenario, solté un suspiro tembloroso y un grito ahogado mientras me quitaba la bota de carreras y me presionaba el tobillo dolorido con la mano.

—Oh, no —murmuré, mirando al cielo azul perfecto de Austin.

Oh. No.

35. Miguel

—Tío, ella es…

A mi lado, Darien se limitó a reírse.

—Estás dando largas, Miguel.

—Pero es que es así. Lo es todo, tío, y la he espantado. ¿Cómo voy a acercarme a ella ahora? —Suspiré.

Diana estaba radiante, con el mismo sombrero con incrustaciones de diamantes de imitación que había comprado el domingo, combinado con una chaqueta blanca con flecos y rosas bordadas sobre una camiseta negra sin mangas, vaqueros acampanados y botas vaqueras negras a juego. La forma en que su cabello se agitaba con la brisa y su rostro se iluminaba con aquella enorme sonrisa mientras firmaba autógrafos de camino a su coche me hizo sentir como si hubiera sido un idiota por malinterpretar el momento del día anterior. Aquello era un podio. Delante de todo el mundo, había cometido el error de sobrepasar literalmente los límites. Después de eso, me sentí demasiado avergonzado como para acercarme a ella en el Rosa Dorada. Era tan querida, estaba tan fuera de mi alcance, y yo había conseguido estropearlo todo en el momento de su mayor triunfo. ¿Cómo iba a empezar siquiera a reparar el daño?

—Vamos —me instó Alex—. Se te acaba el tiempo. Date prisa, si no, no la volverás a ver en un mes.

Me dio un pequeño empujón por la fila de barricadas y avancé con cautela hacia Diana.

—Hola —logré decir.

Alex extendió un brazo para empujarme aún más y, cuando Diana se giró, casi choqué contra ella. Se apoyó contra mi pecho y carraspeó.

—Hola, Miguel.

—Hola —repetí, completamente sin palabras. Su aroma a ámbar y vainilla flotaba suavemente hacia mí—. Vacaciones de verano, ¿eh?

Nos separamos torpemente el uno del otro.

—Sí. —Diana asintió con un ligero gesto de vacilación y confusión —. Vacaciones.

—¿Adónde vas? —le pregunté con voz entrecortada.

—Probablemente a Dubái. —Bajó la mirada hacia sus pies, como si fueran la parte más interesante de la conversación—. Tengo intención de mudarme allí definitivamente, así que terminaré de hacerlo durante las vacaciones. ¿Y tú? A Barcelona, ¿verdad?

—Sí. Barcelona. La familia y todo eso. —Me aclaré la garganta—. Eh… Sé que es un mal momento, pero sobre lo de ayer…

—¿Qué pasa con eso? —Diana me dedicó la misma sonrisa forzada que me había mostrado en el podio—. No pasó nada. No pasa nada. No te lo lleves a casa durante las vacaciones.

Sentí que se me calentaba la cara. Es curioso cómo los casi cuarenta grados centígrados dentro del coche no me afectaban, pero cada interacción con aquella mujer me hacía sudar a mares.

—No, no, es solo que… ¿Estamos bien? ¿Tú estás bien? Tu pie…

—Está bien —zanjó Diana demasiado rápido, mirando hacia su coche mientras se mordía el labio inferior pensativa. Era un gesto demasiado atractivo para la importancia que tenía aquella conversación—. Relájate durante las vacaciones. Recarga energías. Supongo que nos veremos en Spa, Miguel de la Fuente.

Me dijo adiós con otra pequeña sonrisa que aumentó más que alivió la tensión en mi corazón, y luego se apresuró hacia su coche, dando una propina al aparcacoches.

Observé completamente impotente cómo el ser humano más maravilloso que había conocido se subía al volante y se alejaba en su Porsche Panamera.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Alex inmediatamente, seguido de cerca por Darien—. ¿Qué le has dicho, tío?

—Yo… Eh…

—¿Eh? —dijo Darien.

—Ella… Es raro —logré decir—. Se va a Dubái. Yo iré a Barcelona. Y nos volveremos a ver. En Spa, ya sabes.

Alex se limitó a mirarme fijamente. Parpadeó. Y luego, finalmente:

—¡Tío!

—¡No es nada serio! —respondí casi a la defensiva—. Es que entre nosotros las cosas no están bien. Ya te lo dije, lo he estropeado demasiado como para…

—¡Ve a verla! —intervino Darien, dándome una palmada en la espalda con una insistencia fraternal—. Tío, sabes que no puedes quedarte aquí sentado lloriqueando por haberlo estropeado todo. Está claro que te importa demasiado como para eso. Así que, por favor. Por nuestro bien, no nos hagas verte deprimido durante las vacaciones. Ve a conquistar a esa mujer.

«Ve a verla».

Me aferré a esas palabras cuando comenzó el parón del verano, y me quedé holgazaneando por Barcelona entre entrenamientos y toda esa mierda de los medios. Pasó una semana, luego dos.

—¿Por qué estás con el móvil, Miggie? —me preguntó mi madre desde los arbustos que había frente a mí, con los brazos llenos de flores que acababa de cortar en su jardín—. Ya te lo he dicho. Es Darien quien pasa demasiado tiempo en Instagram, no tú.

Mamá tiró las tijeras de podar a un lado y se volvió hacia mí.

—Le estás enviando mensajes a Diana, ¿verdad? ¿Enviándole mensajes? ¿En serio?

—¡Mamá! —gimoteé, escondiendo la cabeza entre las manos—. No, claro que no le estoy enviando mensajes. Ya viste lo que pasó en COTA. No puedo volver a verla. No me perdonará por haber metido la pata así.

—¿Te parece el tipo de chica que no perdona? —Me lanzó una mirada—. Miggie. Ve a dar un paseo. Quizá, cuando vuelvas, te des cuenta de que enviar mensajes no es suficiente y que tienes que ir a buscar a esa mujer. *¡Vamos!* —añadió, con ese pequeño toque de madre española en pie de guerra.

Hubiera insistido en que no le estaba enviando mensajes, pero no quería que me diera una paliza, así que obedecí.

Tampoco me apetecía que me acosaran los turistas. Rodeé la Sagrada Familia y tomé un camino más despejado por las afueras de la ciudad, alrededor de las iglesias y casas más antiguas, las partes

más auténticas del lugar. Vi a una bailaora de flamenco y a músicos tradicionales actuar en la plaza, con una multitud embelesada mientras la bailaora se movía por el escenario improvisado. Comí unas tapas y compré una pulsera artesanal para mamá. Fue una buena distracción.

Después de todo eso, decidí volver a casa por donde había venido. Ya se veía la puesta de sol, que exigía toda mi atención mientras pintaba el cielo de brillantes tonos naranjas y rosas. Tenía toda mi atención, hasta que recordé otra cosa sobre aquella preciosa puesta de sol de Barcelona.

Era impresionante por sí sola. Atraía a cientos de miles de turistas de todos los rincones del mundo. Podría verla un millón de veces y nunca me cansaría. Pero cuando la vi con ella, me di cuenta de lo mucho que me había estado perdiendo todos aquellos años.

Aquella puesta de sol nunca volvería a emocionarme como antes, ahora que me había sentado frente a ella y había visto cómo iluminaba sus rizos como si fuera una especie de ángel. «Ángel de la guarda», me había llamado. Era todo gracias a ella. Pintaba los cielos de Barcelona con todos los colores de su risa, sus sonrisas y sus bromas cariñosas, y, tío, no iba a dejar que pensara que iba a dejar pasar todo lo que había ocurrido en Austin sin reparar el daño causado.

Saqué mi teléfono del bolsillo y abrí el buscador. En la barra de la parte superior de la pantalla, tras un par de intentos frenéticos y mal escritos, conseguí teclear por fin las palabras correctas.

Vuelos a Dubái esta noche.

36. Diana

—En Jolt van a decirme: pero ¿qué te has hecho? Esto no está bien…

—¡No, no! Estás igual.

—Ammi.

—Vale. Solo ha sido un pequeño accidente —cedió mi madre—. Tienes la bota, *joonam*. Podría haber sido mucho peor.

—Fue humillante —la corregí con un gemido—. Ammi, si en Jolt se enteran, estoy muerta. Mi piloto de reserva tendrá que cubrir la carrera de vuelta si esto no está «bien» para la próxima. ¿Y después? Quién sabe si querrán renovarme el asiento. Me he comportado como una novata.

—No eres tonta por querer el primer puesto —me aseguró Ammi.

—¡Soy tonta por haberme torcido el tobillo en ese podio! —protesté, señalándola con la muleta—. Ahora ni siquiera puedo pisar a fondo.

—¿Cómo hiciste para caerte tan mal, *qalbi*? —intervino Baba desde su silla de ruedas.

Gruñí entre dientes.

—No lo sé. Probablemente porque estaba eufórica por el P1 mientras luchaba contra los nervios e intentaba mantener viva mi carrera. Esas cosas no van muy bien juntas.

—Bueno —dijo Ammi—, por lo que veo, tenías una buena excusa para tener a Miguel a tu entera disposición. Podrías haberle sugerido que viniera aquí de vacaciones, ¿sabes?

—Ammiiiii —protesté.

—¿Qué? ¿Es porque ahora tenemos que quedarnos a tu lado? —dijo mi madre con una sonrisa burlona—. ¿No quieres que nos aseguremos de que no te caigas y te rompas la otra pierna, campeona?

—Una pierna destrozada es más que suficiente —comentó Baba, con toda la intención de avergonzarme, pero sin licencia para

hacerlo.

—Baba —murmuré, echando la cabeza hacia atrás contra todas las almohadas que mi madre había apilado en mi cama. Era ridículo. Parecía una niña victoriana enferma. Me sentaba en la cama y esperaba a que mi entrenadora viniera a moverme el tobillo hasta hacerme llorar del dolor. Luego me obligaba a levantarme y a hacer repeticiones en el gimnasio. Y, por si eso no fuera suficiente, me metía en una bañera con hielo. Era horrible. Necesario, pero horrible.

Aun así, sabía que había una razón para lo que había hecho. Si no hubiera dado ese paso atrás, mi corazón habría tomado la siguiente decisión y me habría arrepentido el resto de mi vida. Pero me arrepentía de todos modos. Lamentaba la mirada de culpabilidad en los ojos de Miguel cuando dejé COTA tan abruptamente. Quería darme la vuelta y envolverlo en mis brazos para que supiera lo cerca que quería tenerlo.

Y, sin embargo, mi mente se esforzaba al máximo por razonar contra mis deseos irracionales.

—Ammi, ¿puedes cerrar las persianas? —le pedí a mi madre, antes de que sacara a mi padre de mi habitación.

—¿Cerrar las persianas? —preguntó, arqueando una ceja perfecta.

—¿Y si alguien me ve así?

—Nadie te verá. —Ammi se rio. Luego me guiñó un ojo. ¿Me había guiñado un ojo?—. Además, deberías mirar por la ventana. Te hará sentir mejor.

Resoplé. Mis padres podían ser tan cursis a veces. Aunque no podía enfadarme con ella; lo estaba intentando. Quizá esta fuera su forma de ser útil. Era difícil saberlo a veces.

—Vale, Ammi. Miraré por la ventana.

Mis padres salieron de la habitación, Ammi cerró la puerta tras ella y yo me giré hacia la estúpida ventana con un suspiro. Mi casa en Dubái ni siquiera estaba en la ciudad —esas eran demasiado caras —. Estaba en las afueras de Dubái, donde podía vivir en una zona residencial tranquila y tener suficiente paz para aislarme y recuperarme de lo que aparentemente era una lesión de tendón.

—¿Por qué no me muestras algo interesante de verdad —le dije a nadie en particular— y quizá finalmente salga de esta estúpida habitación?

El universo debió de escuchar mi súplica por una vez en mi vida, porque, como si estuviera esperando la señal, una piedra golpeó mi ventana.

Me sobresalté.

¿Qué?

Debía de estar delirando. Quizá estaba encarnando de verdad el personaje de la niña victoriana enferma y sufriendo un ataque de nervios.

Otra piedra, o lo que fuera, golpeó mi ventana. Dos veces, tres veces. El golpeteo en el cristal sonaba insistente, y aparté la sábana, molesta. ¿Por qué no podía una mujer revolcarse en su humillación sin ser molestada?

Me levanté de la cama, exasperada, y me acerqué a la ventana como un trueno, momento en el que la abrí de par en par con un grito:

—¿Qué diablos es…?

—¡Eh! —gritó Miguel de la Fuente desde el jardín delantero de mi pequeña casa.

Tenía la cara roja por el calor brutal del clima de horno de Oriente Medio. Me irritaba que siguiera siendo tan guapo como siempre, con su pelo naturalmente despeinado y sus vaqueros y jersey. Vaqueros y jersey…, en Dubái. Tenía que estar asándose ahí fuera.

—¿Por qué no entras? —le grité.

—¡Espera! —Se agachó hacia el suelo, cerca de sus pies, donde había una pila de cartones, y cogió el primero. Entrecerré los ojos para leer sus letras enormemente garabateadas.

LO SIENTO

Le dio la vuelta.

DIANA

No estaba segura de si debía reír o llorar. ¿Qué estaba haciendo este hombre? ¿Había visto *Love Actually* en el vuelo y se había inspirado demasiado?

Tiró el cartón a un lado y agarró el siguiente.

FUI UN IDIOTA

Lo giró.

NO FUE MI INTENCIÓN

Nuevo cartón.

HACERTE DAÑO

Lo giró.

ASÍ QUE TU MADRE ME AYUDÓ

No pude evitar reírme al ver que ordenaba los cartones con ansiedad, tratando de encontrar el correcto. El gesto en sí tocó mi corazón, por supuesto, pero algo en su actitud hacía que sintiera que se estaba derritiendo.

Último cartón.

A HACER ESTO PARA TI

Luchando por tirar el cartón a un lado, Miguel levantó una bolsa de papel marrón de la que sacó una bolsa de plástico. De *kanafe*.

—¡Siento no poder conseguirte algo mejor! —gritó—. ¡La aduana es una mierda aquí!

Me tapé la boca con la mano para no reírme. Miguel de la Fuente había venido hasta Dubái para entregarme *kanafe* que había hecho… con mis padres.

—¡Deberías bajar! —me sugirió Miguel. Oh, definitivamente, estaba confabulado con mi madre para sacarme de la habitación, y estaba funcionando demasiado bien.

—¡Me llevará por lo menos diez minutos! —le grité.

—¡Esperaré el tiempo que necesites! —fue su respuesta a todo volumen.

Sacudí la cabeza y me tapé la cara con las manos, dándome la vuelta para que no pudiera ver lo rojas que se me estaban poniendo las mejillas.

Para cuando bajé las escaleras, Miguel estaba sentado afuera en el pequeño patio trasero de la casa. Se le desencajó la mandíbula cuando abrí la puerta corredera, antes de tomar mi muleta con un firme agarre una vez más.

Las palabras empezaron a burbujear en su boca.

—Oh, no. Oh, no, no, no, no… no puedo creer que yo…

—No has sido tu…

Miguel seguía en *shock*.

—Tienes una bota ortopédica. Y muletas, ¡tienes muletas! Todo porque decidí comportarme como un idiota. Diana, esto es culpa mía. ¿Qué pasa con la próxima carrera?

Me encogí de hombros.

—Oh, no —repitió, corriendo a ayudarme a cruzar el umbral. No dejó de preocuparse por mí, caminando ligeramente detrás y a mi lado débil, guiándome hacia la silla de la pequeña mesa al aire libre hasta que estuve sentada. En ese momento, se derrumbó frente a mí y echó la cabeza hacia atrás, gimiendo entre sus manos—. Diana. Lo siento mucho.

—No es tu culpa —intenté calmarlo, pero sirvió de poco para convencerlo; la culpa en sus ojos me decía que todavía se sentía responsable.

Empujó la bolsa de plástico de *kanafe* hacia mí.

—Por favor. Come un poco.

No pude evitar sonreír ante eso. Lo había hecho con sus propias manos para mí. Por supuesto que iba a comer un poco.

Metí la mano en la bolsa y partí un trozo. Le di un mordisco, mastiqué y… sí, siendo realistas, sabía a lo que cabe esperar cuando alguien hace por primera vez un pastel que lleva años perfeccionar, pero este tenía un pequeño extra. Era, sin duda, el mejor *kanafe* que había probado en mi vida.

—¿Qué tal está? —Tamborileó con los dedos sobre la mesa con nerviosismo.

—Es maravilloso.

Reprimí una risita cuando Miguel exhaló con alivio.

—Bien. Fue una locura hacerlo.

—Te lo agradezco mucho. —Contuve una sonrisa mucho más amplia que la que me había permitido mostrarle—. Esto significa mucho, Miguel.

Ahora era él quien empezaba a ponerse rojo, y esta vez no era solo por el calor. Sonrió de oreja a oreja, agarrando un trozo de *kanafe* para él. Y simplemente comimos e intercambiamos miradas.

No necesitábamos palabras para expresar lo que estaba sucediendo entre nosotros.

Una vez terminamos los postres, Miguel se aclaró la garganta, encontrándose con mis ojos.

—Entonces, Diana, quería preguntarte. ¿Podría… podría quedarme aquí hasta que terminen las vacaciones?

Casi me atraganto con mi último bocado de pastel.

—¿Qué?

—Quiero quedarme… —inició una frase que se le quedó a medias y luego volvió a empezar—. Te lo debo. Si necesitas algo durante la recuperación, cuenta contigo. Nos mantendremos lejos de los medios, hagamos lo que tengamos que hacer. Mi conciencia no me permite volver a Barcelona y fingir que no estás aquí, con… —Señaló mis muletas.

Miguel no me parecía el tipo de persona que disfrutara haciendo de ayudante de enfermera durante dos semanas, tiempo en el que podría estar haciendo cualquier otra cosa: cenar y beber con otras mujeres, salir de fiesta, viajar, nadar, relajarse en la playa. Pero sus ojos estaban muy abiertos, llenos de una especie de desesperación que sabía que no tenía ninguna posibilidad de resistir.

Asintió con la más pura determinación, la mandíbula firme. El corazón se me disparó.

Miguel de la Fuente iba a quedarse conmigo en Dubái durante las vacaciones de verano.

Tenía una habitación de invitados, al lado de la mía, que Ammi ayudó a Miguel a preparar antes de que ella y mi padre volvieran a su casa.

—Te lo dije —soltó mi madre con una sonrisa cómplice, antes de subirse al coche—. A veces vale la pena abrir la ventana y echar un vistazo afuera.

Al día siguiente, Miguel y yo almorzamos tranquilamente en casa antes de refrescarnos para lo primero que hacía cualquier buen turista en Dubái. Me cambié a un vestido azul cielo de largo completo con mangas abombadas. Miguel, pobre, finalmente cambió

su jersey por una camisa de manga corta con botones estampada con pequeños puntos blancos, y abandonó los vaqueros por unos pantalones cortos caqui (¿qué le pasaba con ese color?).

Miguel se negó a dejarme bajar las escaleras hasta que él estuviera delante de mí. Se aseguró de que no me cayera por los escalones, abriendo los brazos de manera exagerada como si fuera a caer directamente sobre él en cualquier momento. Esperó a que mis pies estuvieran en tierra firme para decirme:

—Me gustan tus zapatos… Ups, perdón. —Sonrió—. Zapato.

Puse los ojos en blanco ante su pésima broma, en dirección a la única zapatilla Air Force que soportaba la mayor parte de mi peso. Se veía increíblemente diminuta junto a la bota ortopédica que protegía mi tobillo. A ver cuánto duraba caminando por Dubái con mi monstruoso calzado.

Miguel nos condujo por la ciudad con el techo de su coche de alquiler bajado. Todavía era de día; aún no veríamos las luces, pero Dubái brillaba de vida. Aparcamos en el Dubai Mall, desde el cual entramos al Burj Khalifa sin llamar la atención, envalentonados por las gafas de sol que constituían nuestro perfecto disfraz. En verdad era un milagro que nadie nos señalara, probablemente porque estaban acostumbrados a vernos con los colores de nuestros equipos y trajes. Hicimos la fila como todos los demás, y luego llegamos a mi nuevo peor enemigo: los dos ascensores hasta la cima.

Gemí cuando nos acercamos a las puertas.

—Nos van a meter en esta caja de metal con otras quince personas, Miguel. O más.

Él se rio.

—¿Es por mí, por algo del pie o… es que te dan miedo los ascensores?

—No me gustan —confesé con un escalofrío—. Subo escaleras cuando puedo. Los ascensores me asustan. Y no, la pierna no ayuda.

—No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —repetí con incredulidad.

—No sé… Respira.

—¿Que respire? ¡Eso es aún peor que «no te preocupes»!

—Vamos. —Señaló el ascensor cuando se abrieron las puertas.

Entré con cautela en el pequeño espacio, avanzando a trompicones. Con cada turista que se metía detrás de nosotros, los latidos de mi corazón se aceleraban un poco más. Era un miedo irracional, lo que lo hacía aún más imposible de detener. Quizá Miguel notó que mi hombro se tensaba junto al suyo, porque me mostró una sonrisa burlona.

—Así que es verdad que tienes miedo a los ascensores.

—Fuerte aversión —lo corregí mientras luchaba por recomponerme. Aquello era completamente estúpido.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

—Bueno… Quería que lo vieras.

—Podría pasar sin ello, Di. Te tengo a ti —bromeó, la sonrisa burlona ahora convertida en sonrisa.

El ascensor se sacudió al empezar a subir y una de mis muletas se deslizó un poco. Yo sola habría podido controlarlo, pero Miguel, con reflejos de piloto, me agarró al instante para estabilizarme.

No necesitaba un espejo para saber que tenía el color de la franja del R3-71 en ese momento.

Versión principal

Podía sentir el calor de su cuerpo rodeando el mío, captar cada nota de su colonia. Durante treinta segundos me contuve para no perder los nervios —ya fuera por mi incomodidad con el ascensor o por lo cerca que estaba Miguel— hasta que por fin pudimos salir y pasar al segundo ascensor. Y, al fin, después de lo que se sintió como una eternidad, pude respirar cuando las puertas se abrieron y salimos al piso más alto del Burj Khalifa accesible para el turista común.

—Gracias —logré decir, una vez fuera.

—No, gracias a ti. —Miguel sonrió y miró alrededor como un niño en una tienda de caramelos, absolutamente embelesado—. Esto es jodidamente increíble.

La planta superior tenía ventanales por todas partes y formaba una especie de rosquilla alrededor del centro. Había sofás modernos y mesas de café repartidos por el espacio. Los camareros paseaban

con bandejas de *macarons* y zumos de frutas. Yo elegí un zumo de naranja intentando canalizar mis nervios en una actividad mundana. Miguel fue directo a por los *macarons*.

—Vaya —dijo cuando nos acercamos a las ventanas—. ¿De verdad estoy tan alto?

—Miguel, estás tan alto que las nubes te están pidiendo autógrafos.

Y ambos nos reímos por mi chiste estúpido.

—Ven, mira esto. Ya sé que no es nuevo para ti, pero fíjate en lo vívidos que son todos los colores.

Me acerqué y, efectivamente, tenía razón. Nunca lo había pensado así. Los azules del agua eran de un turquesa intenso, y los edificios brillaban como diamantes en el cuello de una novia. Así era, me dije solo a mí misma, cómo lo veía todo cuando estaba con Miguel.

—¿Puedo preguntarte algo, Diana? —me dijo—. ¿Por qué tu padre te llama «calva»?

—¿Qué? —Me eché a reír—. ¿Calva?

—Calva, ¿verdad? Eso es lo que escuché. Os vi en COTA. Te llamó «calva».

—*Qalbi* —lo corregí, sonriendo—. Significa «mi corazón» en árabe. Pero solo Baba me llama así.

—¿Cómo te llaman los demás?

—Ammi me llama *joonam*. En persa significa «querida». Y todos los demás… supongo que me llaman por mi nombre árabe, Diyana, que es mi nombre real.

—Entonces, ¿cuántos nombres tienes? —Miguel luchó por darle sentido a esto.

—La ortografía occidentalizada, D-I-A-N-A, es la que conoces. Pero el nombre que me pusieron mis padres, D-I-Y-A-N-A, es una de muchas variantes árabes —expliqué—. Cuando empecé en el *karting*, pronunciaban *dee-ye-neh* como Diana. Y así se quedó.

Prácticamente podía ver los engranajes girando en la cabeza de Miguel.

—Entonces… Diana, eh, Diyana, ¿cómo debo llamarte?

—Depende. ¿Cómo quieres llamarme?

—Diyana —repitió. Con su voz grave, mi nombre real sonó a puro oro fundido. Jamás me cansaría de oírlo—. Es una locura.

—Supongo que mis padres querían que fuera un poco loca.

Miguel sonrió tímidamente.

—Es un nombre único. Es precioso. Quizá al automovilismo no le guste, pero a mí sí. Es genial.

—Gracias. —Dejé escapar un suspiro de alivio. Nunca se lo había contado a nadie más. Algunos habían dicho que Diyana era demasiado árabe para mí, demasiado islámico, así que había parecido más fácil seguir con el nombre occidentalizado. Hasta ahora.

—De nada… Diyana —añadió.

Pasamos el resto del día comiendo comida basura, paseando por el acuario y perdiéndonos en el Dubai Mall, con una despreocupación que habría horrorizado a nuestros equipos (especialmente cuando Miguel se metió en la zona infantil y casi rompió un pequeño balancín).

El punto culminante, sin embargo, llegó cuando encontramos un puesto de *pani puri* cerca de la salida del centro comercial. Ya habíamos derrochado muchísimo en comida, y no necesitábamos nada más, pero en cuanto vi aquel puesto llamativo, me lancé de cabeza.

Le di un codazo a Miguel para llamar su atención.

—Mig. Mig, mira.

Siguió mi mirada hacia el puesto, arqueando las cejas.

—Oh. ¿Qué es eso?

—Ahora lo descubrirás —dije mientras me encaminaba hacia el puesto. Me llevó menos de un minuto intercambiar unas palabras con el vendedor y comprar dos cuencos, uno para Miguel y otro para mí. El *pani puri* era una de mis comidas indias favoritas. No era algo con lo que hubiera crecido en mi hogar, pero recordaba haberlo compartido con las chicas de mi escuela cuando sus padres las dejaban: bolsas de *puri* crujiente, pequeños discos fritos en los que hacías un agujero y luego rellenabas con patatas, garbanzos y

cebollas, además del *pani* especiado, un agua con sabor a menta que las chicas traían en un *tiffin* separado. Desde entonces, mi obsesión por esa comida me había acompañado siempre.

Le pasé a Miguel su cuenco de papel con un solo *puri*, ya que pensé que sería más que suficiente para que lo probara.

—Toma. Tienes que probar esto.

Le echó un vistazo como si estuviera evaluando el coche de un oponente.

—¿Esto va a picar?

—No más que tus tapas —le aseguré (era mentira) dando un bocado del mío. Cerré los ojos en éxtasis—. Vaya. Está delicioso. Confía en mí, tienes que probarlo.

—Vale. —Con una última mirada escéptica al *puri*, Miguel finalmente lo agarró y le dio un mordisco—. Vale. Vale, esto no está mal, es…

El picante le dio de lleno, y nunca había visto a Miguel correr más rápido que en ese momento. Me estaba partiendo de risa, tratando de seguirle el ritmo con mis muletas mientras se dirigía directamente al vendedor de helados más cercano y salía con un batido gigante del tamaño de mi cabeza. Me reí y reí mientras se lo bebía, pasándome su cuenco de *puri* con un gemido de alivio.

—¿Tan malo es? —pregunté, aún riendo, cuando finalmente se separó de su batido.

—Sí —murmuró, su escepticismo ahora convertido en total desprecio dirigido al *puri*—. La comida que comen los españoles es sosa como el demonio, Diyana. Eso… eso es un misil cargado en un cuenco muy pequeño.

Intenté no reírme de nuevo, pero no pude evitarlo. Se me escapó un resoplido, y me reí mientras Miguel se terminaba todo el batido de camino a las Dubai Fountains.

Fue un alivio estar afuera. Nos quedamos entre una multitud de turistas que se apelotonaban contra las barandillas para tener la mejor vista de la fuente danzando al ritmo de *Shik Shak Shok* de Nancy Ajram, la banda sonora no oficial de Oriente Medio. Nadie nos señalaría ni nos haría fotos cuando había algo mucho más valioso en lo que concentrarse. Allí estábamos completamente a salvo.

—¡Es impresionante! —Miguel movió la cabeza al ritmo cuando sonaron las notas de apertura de la canción y los chorros se iluminaron, rociando agua en completa sincronía—. ¡Pero estoy seguro de que ya lo sabes!

Sonreí.

—No es lo mismo verlo sola.

Me miró con una sonrisa.

—Entonces, ¿no me parecería tan bonito si lo visitara yo solo, Diyana?

Diyana. El hecho de que estuviera usando mi nombre, mi nombre real, con tanta facilidad, me tocó el corazón y despertó mariposas dentro de mi estómago. No pude hacer más que dirigir una mirada tímida a mis muletas.

—No me hace gracia que hayas tenido que arriesgar tu pie —dijo, manteniendo la mirada en la mía—, pero me hace increíblemente feliz estar aquí contigo.

Levanté la vista. Mi pecho era un torbellino de sentimientos que todavía no podía ordenar del todo, pero sabía que aquello era real. Cada parte de ello lo era.

—A mí también.

Nuestros hombros se rozaron cuando Miguel señaló hacia arriba, hacia el más grande de los chorros, las luces iluminando sus iris mientras sonreía de oreja a oreja.

—Mira eso.

Alcé la vista justo cuando los chorros estallaron con fuerza, elevándose en una ráfaga de agua que brillaba con el característico tono dorado de Dubái. Permanecimos allí, hipnotizados, y sentí cómo mi alma se alzaba junto a ellos. Puede que aún no me atreviera a decírselo a Miguel, pero deseaba que supiera que no había ningún sitio en el que quisiera estar más que allí, con él, en ese momento.

37. Miguel

Durante las dos semanas que pasamos juntos, recorrimos Dubái por completo. Ante la insistencia de Diyana, fuimos al Miracle Garden y al Global Village a hacer fotos, vimos una locura de espectáculo de tragafuegos, nos estafaron los tenderos del zoco y, como guinda del pastel, decidimos que queríamos ver Atlantis. Nos vestimos con los disfraces turísticos más horrendos que pudimos encontrar, con sombreros flexibles y gafas de sol, e hicimos fotos ridículas con peces extraños. Fue en nuestra última hora en la ciudad cuando decidimos hacer aquello por lo que realmente habíamos ido.

Diyana llegó al asiento del conductor antes que yo, increíblemente rápida pese a la arena. Le hice un gesto hacia la pierna. Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos. Dame un poco de libertad.

Puse los ojos en blanco y me eché a reír.

—Claro. Sin duda, el lugar perfecto para darte esa libertad.

Estábamos literalmente en mitad del desierto. Habíamos alquilado un Jeep y, al parecer, Diyana estaba a punto de llevarnos a hacer saltos entre dunas, aunque antes se aseguró de sacarse unas fotos espectaculares cuando ya estábamos totalmente rodeados de arena y cielo. Llevaba un vestido de manga larga tan blanco como las nubes que parecían no existir allí; le llegaba hasta los tobillos. Se había recogido el pelo en una coleta baja en la nuca para conducir con comodidad. Su único pie libre calzaba una sandalia Birkenstock. Ángel de la guarda yo… Ella sí que parecía uno de verdad, el que me había salvado de que me aplastaran la cabeza en todas mis estúpidas carreras.

Agarró el volante y puso el coche en marcha. La manga del vestido se deslizó hacia atrás, revelando el tatuaje de un halcón en el lateral de su muñeca.

—¿Listo? —preguntó con una sonrisa burlona.

—¿Cuándo no lo estoy?

—Ahora.

—¡Mierda! —maldije cuando salimos disparados bruscamente, rebotando con tanta fuerza que mi cabeza casi golpeó el techo—. ¡Diyana!

Giró el volante bruscamente a la derecha, lanzándonos sobre un montículo de arena y a mí casi contra la ventanilla.

—¿Estás entrenada para esto?

—¡Soy piloto de Fórmula 1!

—¡No, en esto!

—¡Ni un poco! —respondió, riendo despreocupadamente y echando la cabeza hacia atrás con abandono mientras nos deslizábamos por una montaña de arena que nos salpicaba por todas partes. El Jeep se aferró al lateral de la duna, inclinándose primero hacia un lado y luego hacia el otro. Me agarré con todas mis fuerzas y, finalmente, tras diez minutos de aquel infierno, Diyana aparcó, sonriendo alegremente.

—Qué divertido —dijo ella.

—Me alegro mucho de que no haya coches biplaza en la F1.

Me dio un golpe en el brazo.

—Ya te gustaría.

Salimos del coche, Diyana con mucho cuidado, sin sus muletas, y nos quedamos mirando alrededor durante un rato. No había nada en kilómetros a la redonda, solo arena. Se podían ver las ondas de calor saliendo de las dunas, irradiando y distorsionando nuestra visión del cielo azul sin nubes. Si mirabas con atención, parecía que el desierto no tenía fin, que se extendía eternamente. Era absolutamente impresionante.

—Quería llevarte al campamento beduino, un poco alejado de los circuitos habituales, para evitar a todos esos turistas que buscan la «experiencia árabe» completa o lo que sea —dijo Diyana—, pero no nos queda más tiempo. —Hizo un puchero fingido—. Tienes que irte.

—Sí, después de todo esto… —Señalé alrededor, hacia ella—. Has sido la guía turística más loca, divertida y maravillosa. Me quedaría aquí para siempre si pudiera.

A Diyana se le había caído la goma del pelo y el viento lo agitaba frenéticamente, volando hacia atrás y dejando a la vista el rubor rosado de sus mejillas.

—¿Me pondrás una reseña de cinco estrellas?

—Siete estrellas.

Sentí sus dedos entrelazarse con los míos, encontrando los huecos y llenándolos a la perfección. Me apretó la mano.

—Gracias por estos días, Mig.

—De nada. Gracias a ti —le devolví el gesto, pasando mi pulgar por sus nudillos mientras sonreía, aunque un poco nervioso—. Pero, para que lo sepas, quiero pasar más tiempo contigo. Estas dos últimas semanas, conociendo tu ciudad, descubriendo todo lo que te hace ser tú… Quiero darte lo mismo a cambio. Enseñarte mi mundo, quizá.

—¿Eso es una invitación formal? —dijo ella, alzando una ceja.

Me encogí de hombros, con el corazón acelerado mientras sus ojos se clavaban en los míos.

—Bueno, señorita Zahrani, todos tenemos las mismas preguntas en mente este fin de semana de carrera —imité a los periodistas entrometidos—. Una mujer tan hermosa como usted tendría a un hombre bajo su control, ¿no es así? ¿Es así?

—Mmm, algunos dirían que estoy en conversaciones con cierto piloto de Revello —respondió Diyana con indiferencia, con una sonrisa demasiado amplia para ocultarla. Se llevó un dedo a la boca en gesto de «shh» e, inconscientemente, mi mirada se posó allí—. No se lo digas a nadie.

—Lo prometo. No lo haré. —Le tendí el meñique.

Entrelazó su dedo con el mío y tiró de él.

—Trato hecho.

Apoyó su frente contra la mía y su cabello nos envolvió a ambos, rozando mis mejillas y protegiéndome los ojos del sol abrasador.

—¿Ya soy tu piloto favorito? —bromeé.

—Es Senna —respondió con una sonrisa—. Pero tú podrías ser el segundo.

—Ah, el segundo lugar.

Diyana soltó una risa suave, que sentí justo cuando mis labios rozaron los suyos y ella cerró los ojos. La abracé, y sus dedos se deslizaron por mi nuca. Nos dejamos llevar en pleno desierto, solos, sin nadie dispuesto a robarnos el instante con fotos indeseadas o titulares. Me enamoré de aquella mujer deslumbrante una vez más, tan perdido como lo había estado desde el primer día en que la conocí.

38. Diana

La felicidad de las dos semanas de descanso veraniego terminó mucho antes de lo que hubiera querido. Más o menos una semana después de que el equipo retomara la actividad, ya no llevaba la bota ortopédica y mi pie, bien sujeto con cintas de fisioterapia, empezaba a recuperar su función normal. Pero en aquel momento, mi lesión era lo último en lo que pensaba.

Lo había besado. Había besado a Miguel de la Fuente, y lo más aterrador de todo era lo perfecto que había sido. Aún podía sentir sus manos en mi pelo, su aliento en mi mejilla. Sabía que una relación así podría ser mi ruina. Pero mis defensas se habían debilitado mientras paseábamos por Dubái: viéndole beberse un batido de chocolate para mitigar el picante del *pani puri*, y emocionándose como un niño pequeño en el acuario al ver un tipo de pez por primera vez. Todo lo que hacía, lo supiera o no, iba derribando poco a poco la barrera que me había visto obligada a construir a lo largo de los años en aquel deporte. Me daba esperanzas de que pudiéramos mantener aquello en secreto. Podríamos seguir persiguiendo nuestras fantasías si guardábamos silencio en público. Y, por mucho que sospechara que eso sería simplemente imposible, decidí creerlo.

Incluso mientras hojeaba las noticias de Fórmula 1 en el *jet* de nuestro equipo de camino a Spa, la siguiente carrera y la primera tras el regreso, seguí optando por creerlo. Me convencí de que aquello podría funcionar, aunque los titulares se sucedían en mi pantalla: *¿No hay asiento para Zahrani?; ¿Dónde estará Peligro en 2023?*; *Jolt sigue sin renovar a Diana Zahrani para la próxima temporada.*

Miguel debía de estar increíblemente emocionado por Spa-Francorchamps. Allí había ganado su primera carrera en un circuito de alta velocidad lleno de zonas propicias para los adelantamientos. Y allí era donde tendría que volver del parón con un golpe sobre la

mesa lo bastante fuerte como para espabilar a mi propio equipo y que me ofrecieran una renovación de contrato. Ya había pasado cada noche del parón en vilo, esperando que en cualquier momento me despertara alguna notificación a medianoche, dejándome completamente descolocada sobre mi futuro en la Fórmula 1. Aún no podía creer que todo aquello estuviera pasando. Pensaba que lo había hecho todo bien: ganar en mi año de debut, sumar podio tras podio.

Pero estaba claro que faltaba algo. Y una parte de mí sabía perfectamente qué era. Cuando aterrizamos en Bélgica, mi cerebro retomó el hilo donde lo había dejado la temporada. Las respuestas mordaces de Nic y la controversia en torno a su amistad con Miguel. Mi primera victoria en Austin y la pelea de Nic con Miguel en la pista antes de aquello. ¿Qué tocaba ahora?

Naturalmente, una rueda de prensa.

Todos habíamos firmado contratos. Todos éramos conscientes de lo que se esperaba de nosotros en términos de medios de comunicación. Pero aquellas conferencias se volvían cada vez más ridículas. Al entrar en la sala de juntas de Spa, vimos que las entrevistas estaban agrupadas por los cinco constructores superiores e inferiores: diez de nosotros a la vez, sentados en una disposición similar a la de la ONU, con tarjetas de identificación, micrófonos flexibles y blocs de papel (¿por qué?), con las mesas ascendiendo dos niveles en forma de escalera.

Quiero decir, no éramos precisamente Nelson Mandela, ni estábamos a punto de resolver el hambre en el mundo. Al contrario, ensordecíamos a inocentes, contaminábamos su aire, arrasábamos sus bosques y vaciábamos sus bolsillos. En términos generales, distábamos mucho de ser héroes.

Nic, con quien aún no había hablado desde Austin, y yo nos sentamos en el mismo nivel que Darien y Peter. En el extremo más alejado se sentarían Miguel y Andrea y, debajo de nosotros, Kasper, Alex, Jules y Benji, de Burgess. Revello, Heidelberg, Jolt, Griffith y Burgess, todos representados.

Una vez que nos reunimos todos para esperar al entrevistador, empezaron las especulaciones. Al fin y al cabo, la *silly season* estaba

en pleno apogeo. Quizá la revelación más sorprendente hasta el momento era que Byron Hargreaves, el mejor piloto de la parte baja de la parrilla, capaz de meter su coche —poco más que un trasto con ruedas— en el top diez en varias ocasiones, ya no seguiría contratado por Vittore. Aún más extraño era que fuera posible que tampoco se renovara el contrato de Andrea, lo que daría lugar a un posible intercambio entre equipos hermanos. Miguel confiaba en que Revello cumpliría con su supuesta renovación; con una sonrisa nerviosa, me confesó que estaba ansioso por saber quién sería el segundo piloto de Revello el año siguiente. Me alegraba de que nadie hablara del futuro de Jolt. Para mí era mejor así.

El reportero, un hombre corpulento llamado Richard Foster que llevaba doce años provocando a los pilotos, comenzó felicitando a Darien por su lucrativo contrato, el más codiciado hasta 2026 debido a la cláusula que le permitía quedarse más tiempo si así lo deseaba. Luego vino la renovación por un año de Alex, con posibilidad de prolongarse varios años, lo mismo que Jules Beaumont, y el rumoreado contrato de Miguel, que se decía que valía millones y lo mantendría en el equipo durante los próximos seis años. De nuestro pequeño grupo de medios de comunicación, quedábamos Nic, Kasper, Benji, Peter, Andrea y yo sin saber aún cuál sería nuestro destino la próxima temporada. Foster, por supuesto, empezó a eliminarnos uno por uno.

—Bueno, Benjamin, empecemos por ti. ¿Qué se sabe de la próxima temporada?

Benji, aunque era un hombre de buen corazón que tenía la costumbre de hacer lo que fuera necesario para hacer sonreír a los que le rodeaban, no se dejó intimidar por los periodistas. Su expresión permaneció impasible mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento. No puedo revelarlo. Solo puedo decir que hay algo en marcha.

Foster titubeó, pero Benji se negó a ceder y finalmente pasó a Andrea. El hombre había pilotado para Revello desde antes de que Miguel se uniera al equipo. En su día fue el complemento ultratalentoso de León Villena, compitiendo al nivel de un futuro campeón. Ahora, su contrato de cuatro años había expirado, su

habilidad se estaba deteriorando y lo único que le quedaba a Revello era cerrarle oficialmente la puerta. Lo despreciaba, pero la precaria situación de su puesto, al igual que la de Kasper, me había dejado desconcertada.

Foster dijo precisamente eso.

—Ha sido una buena etapa en Revello, ¿verdad, Andrea? ¿Será la última?

—Ah, bueno… —Andrea se rascó la nuca, un gesto nervioso—. Lo admito, Cristo me ha avisado y sí, actualmente estoy en conversaciones con algunos equipos. El año que viene seguiré compitiendo. Aún no está claro con quién lo haré.

La siguiente víctima de Foster fue Peter, que se mostró sorprendentemente indiferente cuando anunció que Heidelberg Hybridge no le iba a renovar. Me sorprendió que le expirara el contrato. Había estado en buena forma hasta entonces, ganando un Campeonato y demostrando que, si alguien merecía quedarse en el equipo en el que llevaba tantos años, era él. Sin embargo, no parecía tener ninguna duda sobre su capacidad para conservar un puesto en la Fórmula 1. Estaba de acuerdo con su valoración: tenía suficiente talento como para que otro equipo de primera le esperara con los brazos abiertos.

A continuación, Foster procedió a interrogar a Kasper. No me gustaba aquel tipo desde que fuimos compañeros de equipo, pero lo respetaba como deportista y tenía que admitir que hasta entonces había tenido una carrera bastante impresionante. Observé con incomodidad cómo Foster presionaba a Kasper sobre la pérdida del asiento que solo había tenido durante media temporada, y finalmente confesó que su puesto en Griffith iba a pasar a manos de Byron Hargreaves. Volvería a Kramer para ocupar el puesto de Craig Grant, que había anunciado en la primera semana de descanso que se retiraría al final de la temporada.

Luego, Foster pasó a Nic, el compañero de Kasper en el cambio de mitad de temporada.

—Y Nic Necci. El tema de conversación de toda la semana. Hemos oído cosas y nos gustaría que nos lo contaras con franqueza. ¿Cuál es la situación de tu contrato?

Miré a Nic por un instante. Era la persona en la que creía haber encontrado un confidente y que casi había sacado a Miguel de la pista antes de hablar mal de mí y de mi pasado en público. Solo con verlo sentí náuseas. Tragué saliva antes de apartar la mirada.

—Qué oportuno por tu parte, Richard —dijo Nic en tono burlón.

Esbozó una sonrisa que me revolvió el estómago. Era orgullosa, emocionada y optimista, y yo sabía que aquella sonrisa solo podía significar una cosa.

—Ahora puedo afirmar con certeza, y el anuncio probablemente se haga público justo después de esto, que he aprovechado la oportunidad de renovar con Jolt hasta la temporada 2024 —continuó Nic, pero apenas le escuché, ya que sus palabras se convirtieron en un galimatías en mis oídos.

Me gustaría decir que me sentí confundida, pero, en realidad, tenía todo el sentido del mundo cuando pensé en el tiempo que habíamos compartido en Jolt Archambeau aquella temporada. En lo que respecta a Jolt, aquel pequeño experimento —dejarme dar unas vueltas en su coche, una mujer árabe pilotando en la Fórmula 1— había salido terriblemente mal, porque solo podían quedarse con uno de sus dos pilotos impulsivos, y estaba claro a cuál habían elegido. No estaba segura de si estaba realmente sorprendida o simplemente dolida porque no se les había ocurrido decírmelo antes de darme la noticia que estaba esperando en medio de una rueda de prensa.

La cosa mejoró aún más cuando Foster se volvió hacia mí con una amplia sonrisa, como si pudiera leerme el pensamiento.

—Por último, pero no por ello menos importante, la señorita Diana Zahrani. ¿Qué podemos esperar de usted?

—No sabía nada de la ampliación de Nic —respondí con cautela—. No he oído nada sobre la mía.

Miguel parecía completamente sorprendido. Incluso Nic parecía un poco desconcertado.

—¡Creía que te la habían prorrogado! —dijo él, frunciendo el ceño.

—Como ya he dicho, no tengo noticias. —Suspiré. «No te dejes llevar por las emociones», me rogué a mí misma, pero estaba luchando como nunca antes lo había hecho. Normalmente me

mostraba fuerte ante los medios de comunicación. En ese momento, apenas podía mantener la cabeza erguida—. Estoy segura de que a estas alturas de la temporada sabemos lo que eso significa, pero si competimos con suficiente intensidad, veremos los resultados.

—En efecto. ¿Así que confía en obtener una respuesta de su equipo?

—Estoy esperando noticias, señor. Buenas o malas. Me paso todas las noches despierta esperando ese correo electrónico o esa llamada.

—Umm… —Foster levantó una ceja—. Bueno, Diana, eres la piloto más novata y la más prolífica en su primera temporada que está disponible en este momento. Si Jolt no renueva…, ¿ves alguna otra opción con un equipo de primera?

Andrea. Peter. Sus asientos. Foster me estaba preguntando si creía que podía ganar sus asientos.

—Siempre hay opciones —dije finalmente—. Pero en la F1, esas opciones no están bajo tu control. Solo tienes que correr lo más rápido que puedas y dejar que las cosas sigan su curso.

39. Miguel

Spa era mi circuito preferido, solo por detrás de mi carrera en casa, en Barcelona. Lo admito: no era imparcial, porque allí había logrado mi primera victoria. Pero aun así era cierto. A muchos nos fascinaba Spa-Francorchamps porque representaba la velocidad en su estado más puro y desatado.

No podía ser más apropiado que el final del parón nos pillara en este Gran Premio. Los entrenamientos habían sido prometedores —P2, P1 y otro P2 en la FP3—. Y ahora nos preparábamos para la clasificación de Bélgica, seguramente una de las jornadas más rápidas del año.

También habíamos hecho algunos cambios cruciales antes de la clasificación. Se acababa de conocer la noticia de un devastador tiroteo escolar en California, el estado natal de Darien, y él había añadido una nueva pegatina a su halo: una paloma blanca con una cinta con los colores de la escuela primaria afectada. Era fácil imaginar la oleada de críticas que le cayó encima por parte de los aficionados más puristas y de ciertos medios que pensaban que el deporte debía seguir igual que siempre…, sin un ápice de humanidad. Pero muchos no quisimos dejarle solo y colocamos el mismo adhesivo en nuestros chasis y halos, bien visible para las cámaras a bordo. Que yo supiera, Andrea y yo llevábamos la pegatina, igual que Peter, Diyana, Alex, Jules y otros. Incluso Kasper, a quien normalmente no le importaban un comino los asuntos de solidaridad, tenía la paloma en su halo.

La reacción más sorprendente fue la de Nic. Siempre lo había conocido como un firme defensor de la seguridad y los derechos humanos, aunque eso significara tomar partido en los temas más delicados. Sabía que estaba en contra de las armas por todos los programas en los que había participado, pero en ese tema se mostraba ambiguo, como si ya no le importara, supongo. Hizo que sus mecánicos colocaran la paloma minutos después de terminar la

FP3 porque, según los rumores, no necesitaba otra pegatina que diferenciara su coche del de Diyana.

—No estás aquí por él —me recordó Paula antes de la clasificación, mientras yo hacía estiramientos en mi sala personal—. No dejes que te moleste. No merece tu atención. Estará flotando en la euforia de su pequeña renovación de contrato. Pero, Miguel… Mamá, papá y yo estamos aquí. Tu afición está aquí. Vamos a rendir por ellos, Miguel. ¿*Entiendes*?

Asentí, levantándome de una sentadilla.

—Sí.

—No pareces muy seguro.

—Bueno… —Exhalé—. Estaré bien. Conozco la pista como la palma de mi mano.

—Claro que sí. —Mi hermana me revolvió el pelo—. Será mejor que me vaya antes de que vuelva Louie. Me matará por distraerte.

Paula regresó al muro de boxes y yo terminé mis calentamientos con Louie antes de prepararme y subirme al coche. El tiempo era bastante templado en aquel momento, clima típico belga, nada que temer. Sería una clasificación limpia.

«Aprovecha la oportunidad», me recordé mientras uno de los miembros del equipo quitaba el tapón de la parte delantera del coche y me indicaba que podía salir. Conseguí una salida perfecta y segura, justo detrás de Andrea y delante de Peter.

Mientras daba la vuelta de salida, repasé mentalmente el total de puntos. El Campeonato, la joya ausente en la corona del legado de la familia de la Fuente, estaba prácticamente garantizado para mí. Llevaba una ventaja de treinta y tantos puntos sobre Diyana, que había saltado al segundo puesto. Pero el Campeonato de Constructores era nuestro objetivo renovado. Estábamos a solo nueve puntos de Jolt. Teníamos que darlo todo si queríamos que Revello volviera a estar en lo más alto tras años de sequía.

—Tienes vía libre para una vuelta rápida —me dijo Paula.

Pisé a fondo al cruzar la parrilla de salida. Sabía que Paula querría que mantuviera la prudencia, pero no pude evitarlo. Recorrí las numerosas curvas de alta velocidad que conforman Spa-

Francorchamps con aquella adrenalina corriendo por mis venas que solo un piloto siente en su circuito favorito.

—El tiempo te lleva directo a la cima —informó Paula cuando llegué a la meta—. Ahora, por favor, no conduzcas más como los estadounidenses de las grandes ciudades.

Como siempre, llegamos a la Q3 con el esfuerzo habitual. Las prácticas me habían salido bien, pero el momento de la verdad solo llegaría cuando saliéramos de boxes por última vez.

Y ahí estaba: *pole position* y un nuevo récord de pista en Spa. Volveríamos a ganar en Bélgica. Nic podía quedarse rumiando en su garaje si quería. Yo iba a correr la carrera hasta el final.

—Mañana podría ponerse feo. Dicen que va a llover.

Andrea parecía a punto de estallar, dando vueltas por mi habitación de hotel. Se notaba que estaba al límite. Por primera vez en mucho tiempo, Revello copaba la primera fila. Andrea se había catapultado al segundo puesto para salir junto a mí en la carrera. Por desgracia, era uno de aquellos pilotos que no rendían demasiado bien bajo la lluvia.

—¿Y qué más da si llueve un poco? —dije mientras levantaba las piernas sobre la mesa de centro y me desabrochaba la cremallera de mi sudadera del equipo.

—Sabes que nunca encuentro la zona seca —se quejó Andrea, sonando como un niño de cuatro años malhumorado.

—Lo sé muy bien —respondí.

Me lanzó una mirada asesina.

—Claro. Bueno, Miguel, no sé, si llueve…

—Tienes que dejar de esperar lo peor. —Le lancé un calcetín perdido a Andrea. Se apartó, sin encontrarle la gracia—. Sé que estás nervioso porque tienes que demostrar a los otros equipos que puedes conseguirles puntos. Pero tienes que esforzarte, tío. Tienes que intentarlo.

Siguió dando vueltas de un lado a otro. Qué tío.

—¿Qué? —insistí—. ¿Qué te pasa?

—¿De qué sirve intentarlo si no sirve de nada? —contestó él sin rodeos.

—¿Qué quieres decir?

—Mira a Diana. —Andrea era un capullo, pero ahora me di cuenta de que estaba nervioso. Ansioso—. Es una gran piloto y podría quedarse sin asiento el año que viene. En este deporte, ya nada tiene sentido.

Sentí que se me tensaba ligeramente la mandíbula al pensar que Diyana se fuera tan pronto. Si se quedaba sin asiento… era muy posible que no volviera a verla nunca más. Que tomáramos caminos separados. Había oído exactamente lo mismo que todos los demás en aquella conferencia, pero hasta ahora me había obligado a reprimirlo. A olvidarlo. Le renovarían el contrato. Por supuesto que lo harían, con el talento y la dedicación que tenía. Jolt tendría que mantenerla.

—No te lo crees ni tú, eso de ser tan positivo. —Andrea clavó la mirada en mí—. No vas a poder correr si Diana se va, ¿o sí? ¿Y si os toca separaros otra vez?

Aquello me tomó desprevenido. Lo miré con ira.

—¿Qué? ¿Cómo es que tú…?

—Alguien encontró unas viejas cintas de *karting*. —Su expresión me desconcertó, pero luego la reconocí: era compasión, compasión por mí—. Lo vi, Miguel. Cómo la mirabas. No podrás soportar volver a dejarla.

—Tú y yo nos odiamos —respondí, para aclararlo—. ¿Por qué estás siendo tan comprensivo conmigo ahora?

—Porque todo se ha ido al traste. —Andrea se sentó frente a mí, con los ojos llenos de estrés—. Y, al fin y al cabo, somos compañeros de equipo.

Me encogí de hombros, pero tenía razón. Todo se estaba desmoronando. El puesto de Diyana. El inminente reinado de Nic. La sacudida que nos esperaba. Si había un momento en el que Revello necesitaba recomponerse, era ahora.

Y para responder a la pregunta de Andrea, no. No podría dejar a Diyana. No cuando por fin estábamos haciendo realidad lo que había

existido durante todos aquellos años. Solo quería algo de consuelo, algo de normalidad. Todos lo queríamos.

—De acuerdo. —Le tendí la mano—. Chócala.

Andrea pareció sorprendido, con sus ojos azules muy abiertos. Sin embargo, me estrechó la mano con firmeza.

—Gracias.

—Sí.

—Por cierto, ¿te importa si te doy un consejo? —dijo Andrea.

Arqueé una ceja.

—Puede que sea una estupidez por mi parte, pero me intriga.

Andrea sonrió con aire burlón.

—Qué gracioso. Bueno, hablando en serio… tienes mucha suerte. El universo te ha dado a Diana no una, sino dos veces. Muéstrale todo el cariño y el afecto que puedas. Piensa en Eddie. —Suspiró profundamente, lo que me hizo detenerme—. Porque no sabes, Miguel, cuándo se derrumbará todo a tu alrededor.

A pesar de que fue Andrea quien me lo dijo, el consejo resonó en mi mente mientras desafiaba las lluvias en Spa. Las nubes aparecían en forma de manchas, escupiendo agua a intervalos aleatorios y haciendo que los coches derraparan. En medio de aquel caos, el coche de Darien se desvió hacia mí en Les Combes y, de repente, me encontré luchando por mantener el control en la P9.

Obviamente, no odié a Darien por ello, aunque le solté unos cuantos insultos poco halagüeños a Paula. Pero no podía permitirme aquel error.

Fue un final pésimo en el mismo puesto, que me valió solo dos puntos. Andrea se colocó en la quinta posición y consiguió diez puntos; doce en total para Revello. Y Diyana y Nic hicieron un 1-3, llevándose a casa cuarenta y un puntos contando la vuelta más rápida. Si no fuera por el consejo de Andrea de comportarme y hacer que el resto de la temporada valiera más que los puntos, habría tirado algo.

Maldita sea. Quería tirar algo.

40. Diana

Quería alzar los brazos y gritar de pura alegría. Había conseguido el primer puesto en condiciones pésimas, había vuelto a hacer el *shoey* con el calzado de Peter, que había quedado segundo, había reducido la diferencia en el Campeonato de Pilotos y ampliado la del de Constructores. Todo era perfecto. Aquello le demostraría a Jolt que me merecía mi asiento tanto como Nic, si no más.

Pero con Miguel tan enfadado, no me atrevía a celebrar nada.

Estábamos en un bar apartado del hotel de Spa, ya entrada la noche, después de la fiesta de Rosa Dorada, y notaba que él intentaba ocultar sus sentimientos. Nos las apañamos para no tocar el asunto evidente: cómo había ido la carrera. Y no me importaba; prefería no hacer que Miguel reviviera todo lo que había salido mal para su equipo.

Aun así, él se adelantó. Se volvió hacia mí, arrugando la nariz por el mal sabor del tequila sin alcohol que claramente no le sentaba bien, y me miró bajo sus largas pestañas.

—No has mencionado que quedé noveno, Diyana.

—No quiero recordártelo —respondí, dispuesta a desviar la conversación. De repente, empecé a interesarme mucho por los volantes de mi vestido, de color vino tinto, con mangas abullonadas, escote pronunciado, falda por encima de la rodilla y espalda sujeta por grandes lazos. Era bonito, mi equipo me había ayudado a elegirlo, pero no me importaba demasiado. Lo que me importaba era que no me parecía bien analizar los fallos ajenos; al fin y al cabo, cada quien corría su propia carrera.

—No se trata de echar sal en la herida —dijo él arqueando una ceja—. No voy a convertirme en ese tipo de hombre que intenta tenerlo todo bajo control, mujeres incluidas, para sentirse mejor consigo mismo. No quiero ignorarlo. No tienes por qué quitarle mérito a tu victoria solo porque mi carrera fue un desastre.

—No fue un desastre.

—Me valoras demasiado.

—Te valoro como te mereces. —Agarré los vasos de chupito vacíos de delante de él y los aparté—. Se hace tarde. Mañana tienes que volar. Si no duermes, te dolerá la cabeza.

—Vale, mamá. —Mig puso los ojos en blanco y sonrió como un bobo—. De verdad. Gracias. Haces demasiado por demasiada gente.

Sonreí. A veces pensaba que quizá no entendía lo profundos que eran mis sentimientos. Últimamente parecía ocupar cada uno de mis pensamientos.

Nos levantamos de los taburetes y tomamos la ruta secreta hacia el exterior para volver a las habitaciones del hotel. Como era de esperar, escondernos estaba resultando bastante molesto, al menos para mí.

—Qué misterioso lo de ir a hurtadillas —dije, dándole un codazo a Miguel—. ¿Tú crees que esto sirve de algo para despistarles?

—Nadie ha dicho nada todavía. Diría que es un éxito. —Me dedicó una sonrisa y mi corazón dio un vuelco. Había visto correr a Miguel de la Fuente desde lejos. Todavía no podía creer que aquel hombre tan guapo estuviera allí, ante mis ojos.

—¿Alguna vez te parece irreal? —Nos detuvimos en mi puerta, a un pasillo de distancia de la de Mig, para desviar sospechas sobre nuestra relación—. Todo esto. Todo… tú.

Miguel esbozó una sonrisa. Se acercó y me apartó los mechones rebeldes que caían sobre mi oreja derecha, rozándome el cuello con la punta de los dedos por un instante fugaz.

—A veces quiero preguntarte lo mismo a ti.

Apoyé la tarjeta contra la cerradura, sonriendo un poco tontamente mientras abría la puerta tras de mí.

—¿Es esto un buenas noches?

—Shh. —Mig miró el espacio entre la puerta y el marco y se deslizó dentro inmediatamente.

Abrí mucho los ojos.

—¡Mig! ¿Y si…?

Me giró suavemente hacia el espejo de cuerpo entero frente al tocador. Sus brazos rodearon mi cintura con un toque suave pero firme, y lo miré, entrelazando mis manos con las suyas.

—¿Qué es esto?

Mig señaló hacia el espejo con la cabeza.

—Mira.

—¿A nosotros?

—Lo bien que encajamos juntos.

Apoyé la cabeza contra el pecho de Miguel, disfrutando del aroma de su colonia ligeramente especiada, con un toque de loción para después del afeitado.

—No me provoques tanto, no vaya a ser que al final caiga en la tentación.

Compartimos un largo minuto de tensión, la cara de Mig a centímetros de la mía, nuestros cuerpos calientes uno contra el otro. Parte de mí quería que aquel tonto me besara, que me rematara allí mismo, pero la parte más sensata sabía que ahí estaba el verdadero desafío. Tenía que resistirme a esos ojos enormes y preciosos, y a esa sonrisa bobalicona, porque si no lo hacía, íbamos a pagarlo caro. Nos delataríamos. Los dos.

Pero ¿y si lo hacíamos?

Cerré los ojos. Bastaba un centímetro más y entonces todo sería caos. Aquello podría destruirnos.

Yo lo quería.

Y Miguel también. Se inclinó y me besó con infinita suavidad, todo lo contrario de lo que esperarías de un piloto de Fórmula 1. Supe entonces que él, como yo, estaba cansado de mantenerse distante en público, de las miraditas tontas y las sonrisas fingidas. Ambos estábamos hambrientos. Solo queríamos sentirnos el uno al otro.

Sus labios rozaron mi mandíbula y mi cabeza se inclinó en respuesta instantánea, cada caricia desafiándome a provocar otra. Sentí sus manos deslizarse a mi alrededor, sus dedos encontrando rápidamente los lazos de mi vestido. En un movimiento tan rápido que casi no pude procesarlo, el vestido quedó abierto por detrás y su mano izquierda estaba en mi culo, sobre la tela sedosa de la falda.

—Así que ya no te da miedo que esté aquí —dijo, con voz ronca y susurrante que desató mariposas en mi estómago. Las mariposas

alzaron el vuelo cuando sentí que apretaba ligeramente con esa mano izquierda.

—Si te vas ahora —susurré—, me aseguraré personalmente de que no termines la próxima carrera.

Negó con la cabeza, sonriendo.

—Diyana, no me iré a ninguna parte.

—Bien. Entonces, termina esto primero.

—Sí, señora.

Corté el final de su frase con otro beso, los ojos cerrados por miedo a perder ese momento, por miedo a que se diera cuenta de que, por alguna razón, yo no era la mujer de la que se había enamorado, o que simplemente estaba soñando. Porque aquello parecía un sueño.

No me molesté con los botones; tiré de la camisa de Miguel con tanta fuerza que juraría haber visto uno salir disparado hacia un lado. Mis manos recorrieron su cuerpo: músculo definido, bíceps marcados y unos abdominales que se tensaban bajo mis dedos. Con todos los trofeos, récords y vueltas rápidas de Miguel de la Fuente, me resultaba casi gracioso tener semejante poder sobre él.

Dejé que bajara las mangas del vestido por mis hombros mientras nos dirigíamos hacia la cama. Miguel se echó hacia atrás, cayendo sobre el edredón excesivamente mullido con una sonrisa traviesa, y me arrastró con él.

Quería sentirlo, y lo sentí, cada parte de él. Sus manos se deslizaron bajo el dobladillo de mi vestido, sus besos se hundieron en mi clavícula, y lo noté duro contra mi muslo. La ligera aspereza de su barba incipiente, sus ojos —profundos, color café— atrapando los míos. Cada detalle me atravesó mientras rodábamos sobre la cama y Miguel nos cubría con las sábanas. A partir de ahí, el vestido duró poco: en apenas un minuto se convirtió en un montón de tela rojo oscuro en el suelo, justo al lado de los pantalones de Mig, abandonados con la misma urgencia.

Su pecho se agitaba contra el mío mientras sus labios bajaban hacia mi esternón, hacia mis costillas.

—¿Lista? —susurró.

—Por supuesto, estoy…

No pude terminar la frase, porque de repente sus labios bajaron aún más y lo único que pude hacer fue enredar mis manos en su pelo ondulado, y su nombre era lo único que podía pronunciar, porque apenas lograba respirar salvo en forma de jadeos esporádicos. Solté gemidos tan intensos que esperé que no los hubiera oído todo el hotel. Cuando te pasas el día trabajando para hacer felices a los demás, pisando con cuidado para que nadie se enfade, algo así resulta increíblemente liberador. Y extremadamente placentero. Porque sabía que entrenábamos nuestras manos como pilotos de Fórmula 1, pero aquello, aquello era otra cosa.

Cuando Mig volvió a estar a mi altura, yo estaba completamente perdida, respirando con dificultad entre cada palabra que lograba articular.

—Miguel.

—Sí. —Sonrió, apartándome el pelo de la frente—. Señorita Zahrani, ¿sabes lo increíblemente sexi que estás así?

—Estoy… sobrecalentada.

—Veamos si puedo solucionarlo.

Sentí cómo bajaba despacio el tirante del sujetador, su aliento rozándome primero la mejilla y luego el hombro. Su espalda se movió apenas bajo mis manos, un territorio nuevo pero que ya sentía propio. Y entonces, tras un chasquido seco, se quedó rígido de golpe, con las manos aún detrás de mí.

—Mig —suspiré.

Levantó la prenda en cuestión: mi sujetador de encaje negro, con los ganchitos de la espalda completamente rotos.

—Lo siento —articuló sin voz, mirándome con sus ojos de cachorrito.

Me reí a carcajadas, con el cabello extendido sobre la almohada. Envolví mis piernas alrededor de Miguel, atrayéndolo con todas mis fuerzas hacia mí, y él gimió en mi cuello. Era ese poder de provocar sin cesar a Miguel de la Fuente lo que me inundó de nuevo. Pasé la pierna por encima para colocarme sobre él y empujé mis caderas contra él muy despacio. Ahora estaba completamente fuera de control y un ronco «Diyana» se le escapó, mi nombre como nunca

antes lo había oído, expresado con tanta necesidad, tanta desesperación.

—Por favor, sigue haciendo lo que sea que estés haciendo —pidió jadeando—. Por favor, Diyana.

Me incliné y lo besé, jugando con los mechones de su pelo perfecto.

—Quizá lo haga —le susurré.

Las manos fuertes de Mig agarraron mi cintura, calientes sobre mi piel.

—¿Quieres hacer esto?

—No estaría aquí —tomé sus manos entre las mías y las apreté con firmeza— si no quisiera.

Mi mundo se desmoronó por completo cuando lo sentí dentro de mí. Mi espalda se arqueó involuntariamente y cada respiración era un estremecimiento. Miguel no aflojó su agarre ni un segundo, sus manos saltando de un lugar a otro, trazando un mapa por mi cuerpo, mientras lograba exhalar mi nombre una y otra y otra vez. Eché la cabeza hacia atrás para calmar la forma en que todo mi ser se agitaba con cada embestida, con la manera en que mi nombre sonaba en su voz, ronca pero suplicante. Y entonces me golpeó una sensación superior a cualquier podio, una felicidad tan inmensa que no creía que ni un título pudiera igualarla; la llegada más apoteósica que había vivido. El gemido se me escapó antes de poder dominarlo, y lo escondí en el brazo de Mig; él tampoco parecía tener mucho control, a juzgar por el ritmo gradualmente más lento de su respiración.

—Joder, Diyana —murmuró en mi pelo, abrazándome fuerte, el pulgar trazando círculos en mi espalda mientras recuperábamos el aliento, agotados y sudorosos. Podía oír cada latido de su corazón desde donde reposaba mi cabeza—. No hay nadie como tú, cariño. Nadie.

«Lo bien que encajamos juntos». El mundo diría que habíamos bajado el ritmo, que nos estábamos conteniendo, que ya no teníamos razón para seguir en este deporte. Básicamente, darían nuestras carreras por acabadas. Nadie vería en todo esto algo tan hermoso como lo veíamos nosotros. Pero nada de eso importaba ya.

Yo lo había sentido. Lo sentía en ese momento, con cada latido del pulso de Miguel.

Aquello era nuestro, cada pedacito.

41. Diana

Mantener nuestra relación en secreto resultó mucho más difícil de lo que habíamos imaginado.

¿Cómo era posible que nadie nos descubriera? No podíamos apartar la mirada durante las ruedas de prensa, manteníamos conversaciones triviales sobre el tiempo en público, intercambiábamos sonrisas mal disimuladas e intentábamos mantener distancia entre nosotros. Durante las dos carreras siguientes, me preguntaba cómo nadie se había dado cuenta, con aquella tensión tan evidente cada vez que estábamos cerca. No volvimos a vernos hasta el fin de semana; cuando lo hicimos, fue como intentar reprimir el instinto. Ya en Singapur, intentábamos mantener una conversación inocente sobre la temperatura de los neumáticos mientras caminábamos por la pasarela del *paddock*, rodeados de cámaras. Pero el cuerpo de Miguel estaba peligrosamente cerca de mí, tanto que su muslo rozaba el mío a cada paso. Ambos teníamos la mente en lugares indecentes, y evitar que se notara era una tarea hercúlea.

Una tarea para la que ninguno de los dos estaba preparado, como quedó claro después, porque apenas unos minutos después de girar hacia el edificio de Jolt, entramos tambaleándonos por la puerta trasera del vestíbulo. Empujé la puerta de mi sala privada y la cerré con llave tras nosotros, riendo contra los labios de Miguel mientras nos quitábamos las chaquetas del equipo casi a tirones.

—¡Están tan ciegos! —Se rio mientras yo me quitaba la camiseta negra por la cabeza, conteniendo una carcajada—. Mi mano estuvo así de cerca de tu trasero.

—Eso me dolió —susurré mientras sus manos bajaban hasta mi cintura—. Te resististe demasiado tiempo.

—Pero ahora estamos aquí. —Miguel me agarró el muslo y contuvo el aliento cuando lo acerqué más a mí—. Técnicamente… no lo hice.

—Yo tampoco. —Lo besé con avidez mientras él desabrochaba el botón de sus vaqueros y sus dedos se movían rápidamente hacia el de los míos.

—¿Cómo demonios quito esto? —gimió contra mi cuello.

Me eché a reír.

—¡No es tan difícil, vamos! ¡Date prisa!

En ese preciso instante, el teléfono en el bolsillo trasero de mis vaqueros decidió vibrar con un sonido molesto que nos dejó paralizados, con la mano de Miguel literalmente dentro de mis pantalones.

—Oh. —Apoyé la cabeza contra la pared con exasperación y saqué el teléfono para ver quién demonios intentaba llamarme durante un fin de semana de carreras (y más importante aún, mientras Miguel tenía la mano dentro de mis pantalones).

Era demasiado tarde para contestar, pero había un mensaje esperándome cuando desbloqueé el móvil. Y no esperaba en absoluto el texto que encontré.

—Oh —repetí.

—¿Qué pasa? —preguntó Mig, apoyando una mano en mi mejilla —. ¿Estás bien?

—Estoy bien —le aseguré mientras agarraba mi camiseta y me la ponía de nuevo—. Al parecer… tengo una reunión.

—¿Ahora mismo? ¿Antes del entrenamiento? —Miguel tomó mi chaqueta de la camilla del fisioterapeuta y me la sostuvo para que pudiera meter los brazos—. ¿Quién te convoca así?

—Esa es la cuestión. Es Jolt. —Todo mi cuerpo temblaba. Aquello podía ser un éxito o un fracaso para mí, pero ese mensaje de texto era suficiente para llenarme de miedo—. Cavanaugh quiere hablar conmigo. Inmediatamente.

Mig se pasó la mano por el pelo.

—Vaya. ¿Crees que es por tu contrato?

Me encogí de hombros.

—Quizá. No lo sé, solo…

—Ve —dijo con una sonrisa, apretándome el brazo con insistencia antes de que pudiera seguir retrasándome—. Ve a averiguarlo.

Theodore solicita una reunión contigo en la sala de conferencias. Preséntate allí en cinco minutos.

Salí corriendo de mi sala privada y subí las escaleras del *motorhome* hasta la gran sala de conferencias del piso superior. Respiré hondo en el pasillo, me arreglé el pelo y me preparé. Luego llamé a la puerta con dos golpes cortos.

—Adelante —dijo la voz de mi jefe de equipo desde dentro.

Obedecí, entrando con cautela, sin saber qué —o a quién— encontraría esperando. ¿Y si había reunido a todo el equipo directivo de Jolt para ejecutar cualquier decisión que hubiera tomado? Pero la realidad era aún más aterradora. Solo estaba Theodore Cavanaugh.

Parecía tan falsamente tranquilo como siempre. El hombre iba siempre impecable, con el pelo rubio grisáceo peinado al milímetro y unos ojos azul hielo que me recordaban a un Kasper Ramsey en versión envejecida, cosa que nunca me había hecho gracia. Todo era una fachada que, lo sabía, ocultaba traición y estrategia de la que había sido víctima a principios de temporada. Me indicó la silla frente a él y sonrió cortésmente.

—Por favor, Diana, siéntate.

Asentí, aparté la silla y me senté con rigidez. Coloqué las manos sobre la mesa, como siempre hacía en las reuniones por nerviosismo: era un gesto que odiaba de mí misma.

—Diana, me gustaría hablarte sobre algo que recientemente ha llamado la atención del equipo de Jolt —comenzó Cavanaugh.

Y fue entonces cuando supe que estaba perdida.

—Sabemos que estuviste en Dubái… durante las vacaciones de verano, ¿verdad? —preguntó, aunque era más bien una afirmación.

Las palmas se me humedecieron como por arte de magia. Lo sabían. ¿Cuánto sabían?

—Sí —respondí simplemente—. Con mi familia.

—Sí… —Toqueteó la mesa con un dedo. Apenas podía respirar mientras esperaba el golpe de gracia—. Estuviste en Dubái con Miguel de la Fuente.

No era el golpe que esperaba, pero aun así me golpeó en el pecho.

—¿Perdón?

—Diana… Las buenas relaciones son buenas relaciones —continuó Cavanaugh sin perder el hilo—. Nos encantaría mantener nuestros vínculos con Revello en perfecto estado, pero tienes que entender cómo se ve esto desde nuestro punto de vista. No se trata solo de diplomacia, ¿verdad?

«¿Cómo se ve?». Tragué una serie de palabrotas y elegí palabras más cuidadosas.

—No creo que mi vida personal sea asunto del equipo, señor Cavanaugh. Me gustaría que siguiera siendo así.

—Jolt no lo ve así. —Sus ojos se clavaron en los míos con fría acusación—. Hace dos años teníamos aquí a una estratega excelente. Aurelia Avella, una mujer absolutamente brillante. Fue el genio detrás de la maravillosa temporada de Eduardo Palomas en 2018. Teníamos ese talento asegurado para nosotros. Hasta que se comprometió con William Breckenridge.

—De… Espera, ¿te refieres a Will, de Hybridge, allá por…?

—Exactamente, a él me refiero. —El tono de Cavanaugh era una advertencia—. Aurelia dejó el equipo al año siguiente. Ahora tiene un bebé recién nacido, ella y Breckenridge están haciendo el tonto en la IndyCar y nunca volverá a tener tiempo para sentarse en el *paddock* y elaborar estrategias.

Dios mío. ¿De verdad estaba haciendo esto?

—Diana, no podemos invertir recursos en alguien que toma decisiones tan fácilmente que implican abandonos —dijo Cavanaugh casi de forma robótica—. En sí mismo, esto puede costarnos la integridad de nuestro equipo.

Integridad. Como si él no hubiera destruido la integridad de mi compromiso con Jolt con nada más que un par de palabras misóginas. Si eres mujer, te vas. Si te vas, no vales la pena para nosotros. Pero aquel equipo era mi salvavidas. Sin Jolt, estaría jodida para la próxima temporada. Como pilotos de Fórmula 1, no teníamos opciones, saltando de equipo en equipo. Todos tenían su opinión sobre mí y yo no podía predecir quién pensaba qué, excepto Jolt. Cada miembro del equipo no era más que un número en su libro de cuentas, algo que podían ganar y algo que podían perder. Tenían

que hacer lo necesario para que los números siguieran subiendo, y era yo quien tenía que hacer el sacrificio.

Las sesiones de entrenamientos libres uno y dos de Singapur fueron lamentables. Quedé por detrás de Nic, terminando quinta y séptima en las prácticas. Pero ¿importaba eso? A Jolt ya no le importaba un comino, y si aún tenía alguna esperanza de que vieran algo en mí que valiera la pena conservar, algo que demostrara que no me había debilitado, esa esperanza se había reducido a cero. Cavanaugh había insinuado que mi estado antes de nuestra conversación —mi relación con Miguel— afectaría mi capacidad para correr, pero mis sentimientos después de aquella reunión me distrajeron aún más del coche. No estaba mentalmente presente durante los entrenamientos y tampoco lo estaría durante la clasificación.

Las palabras que Cavanaugh me había dicho al final de nuestra reunión resonaban en mi cabeza mientras entraba en el garaje al final de la noche, con los ojos llenos de lágrimas al darme cuenta de lo que tenía que hacer. Solo había una opción si quería tener alguna posibilidad de conservar mi puesto.

«Espero que entiendas lo que tienes que hacer, Diana. Es lo mejor para ambos».

Lo entendía, lo entendía. Pero no sabía si sería capaz de hacerlo. No sabía si era lo suficientemente fuerte para ello.

Las dudas se habían apoderado de mí.

42. Miguel

La clasificación del Gran Premio de Singapur fue emocionante para Revello: conseguimos un doblete, una redención para Andrea y para mí que nos volvió locos en el podio. Bañamos con champán a nuestros equipos mientras todos reíamos y posábamos para fotos en la tarima. Mientras tanto, vi que Diyana había terminado sexta. No era un resultado terrible, seguía sumando buenos puntos, pero sin duda estaba fuera de forma para una piloto que hasta entonces había sido habitual en los podios. Sus entrenamientos también habían sido atípicos.

Aquella inquietud me rondaba desde que se fue a su reunión el viernes, y no había tenido oportunidad de hablar con ella desde entonces. Decidí esperar a que se calmara el caos, a ver si podía encontrarla después de la carrera, antes de irnos al Rosa Dorada por la noche.

Me abrí paso entre la multitud de periodistas para llegar a su garaje, disculpándome a diestra y siniestra, respondiendo a las felicitaciones con sonrisas rápidas. Obviamente, estaba emocionado por el equipo, pero tenía la vista fija en un solo objetivo. No me importaba lo que sucediera a mi alrededor mientras me colaba por las puertas del *motorhome* de Jolt Archambeau, con los auriculares todavía colgando, el traje ignífugo empapado de sudor, sin pensar en nada más que en mi Diyana.

Di un par de vueltas equivocadas en aquel edificio laberíntico, pero finalmente llegué al garaje vacío de Diyana, con la puerta ya bajada para mantener alejado al público. Cuando la vi allí, estaba puliendo el halo, con los pies aún plantados en la cabina, encorvada sobre la parte delantera del coche. Su pelo seguía sujeto en una trenza de corona, con mechones negros y rojizos sobresaliendo por todas partes.

—¡Hola, Diyana!

Se volvió sorprendida.

—¡Oh, Miguel! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Quería creer con todas mis fuerzas que solo era un saludo sincero, pero la conocía mejor de lo que ella pensaba. Podía ver los círculos rojos e hinchados bajo sus ojos, el brillo apagado de su habitual tono marrón.

—¿Diyana? —repetí, bajando el tono al ver que la sonrisa forzada comenzaba a desvanecerse de su rostro—. ¿Estás bien?

—Miguel, creo que… —La sonrisa desapareció por completo, sustituida por una mirada de culpa. ¿Culpa?—. Tenemos que hablar.

—Nosotros… Sí, sí, claro. —Estaba confundido, pero ella parecía tan angustiada que no cuestioné nada. Dejó de limpiar y salió de la cabina, ajustándose las mangas del mono que le colgaban a los lados antes de sentarse con las piernas cruzadas en el suelo, junto al neumático delantero derecho. Me acerqué a ella y le agarré las manos entre las mías. Recorrí con los dedos los bultos y hendiduras de sus nudillos mientras ella se mordía el labio, buscando las palabras adecuadas—. ¿Qué pasa?

—Jolt. —Movió la mandíbula, con la frustración reflejada en sus palabras—. Esa reunión a la que me llamaron el viernes, esa charla a solas con Cavanaugh. Él… no está contento conmigo.

—¿No está contento? —Me costó encontrar una respuesta. Diyana Zahrani era una fuerza imparable. Nunca había visto a un novato rendir así. Nunca había visto a nadie rendir así. ¿Cómo era posible que ese imbécil no estuviera contento con el diamante en bruto que había conseguido su equipo?—. Solo llevas unos meses compitiendo en la F1. Estás ganando a Nic en el Campeonato Mundial. Ese asiento es tuyo.

—Solo necesito mantenerme. —Su mirada se posó en mis manos, que agarraban las suyas como agarraban el volante—. Lo he apostado todo a esto. Si no consigo ese asiento, Mig, se acabó la seguridad. Piloto de reserva, tal vez. De vuelta a la lista de espera.

—Te quedarás. Les demostrarás que se equivocan.

—Ojalá fuera tan fácil. —Me dedicó una sonrisa melancólica y algo en mi corazón se encogió cuando me di cuenta de que la reconocía. Era exactamente la misma expresión que había visto en el rostro de

Jatziry después de Barcelona, cuando se quitó el anillo y me lo devolvió—. Es lo que no le gusta lo que lo hace tan difícil.

Mi mandíbula comenzó a aflojarse. «Difícil» era quedarse corto. Asimilé la gravedad de su frase, el significado que se escondía debajo. Aquello sería mucho peor que difícil.

—¿Por qué está descontento?

—Yo soy su inversión, Miguel. —Diyana me apretó las manos con fuerza y se apartó un mechón de pelo de la cara—. Y cualquier cosa que socave su inversión es una amenaza.

—Entonces, lo que estás diciendo es… —Dejé la frase en el aire. No necesitaba completar el pensamiento para que ella lo entendiera.

No podía ser cierto. ¿Qué había pensado, que lo del destino que decía mi madre era real? ¿Que aquella chica era todo lo que había soñado y más? ¿Que el mundo se detenía a doscientos kilómetros por hora cuando ella permanecía tumbada a mi lado, con la cabeza sobre mi pecho? ¿Que sentía que por fin estaba en casa cuando estaba con ella?

—No podemos seguir así —dijo en voz baja, parpadeando para contener las lágrimas—. Y no puedo hacerte esto. Te costará tu propio puesto, Mig. Esto, nosotros, me va a hundir, y te arrastrará a ti, y significas más que puntos para mí, Miguel, ahora te quiero demasiado como para hacerte eso.

—¿Harías eso? —susurré, con la voz quebrada—. ¿Harías eso aun queriéndome tanto, *cariño*?

Ella contuvo las lágrimas que le llenaban los ojos y asintió ligeramente.

—Es lo único que puedo hacer. No tengo otra opción.

Diyana me asestaba un golpe tras otro con cada palabra, cada puñetazo más fuerte que el anterior. Intenté pensar en alguna alternativa, en alguna forma de sortear aquello. Pero no pude, y me di cuenta de que era porque, si yo estuviera en su lugar, no habría actuado de otra manera. Acorralada en una esquina donde lo único que sentía era vergüenza, como si hubiera estado haciendo algo mal todo el tiempo, sin otra solución que deshacerlo todo para demostrar algo a las personas en cuyas manos estaba mi destino. Las carreras

lo eran todo para mí. Vivir en un mundo en el que se me negaran sin razón me destrozaría por completo, al igual que a Diyana.

Eso era lo que me repetía mientras las lágrimas brotaban de los ojos de Diyana y empezaban a llenar los míos. Sin embargo, no alivió el dolor. No cambió nada cuando presioné mis labios contra los suyos con toda la avidez de mi cuerpo, cada gramo de lo que sentía por ella brotando de mi alma hacia la suya. Cuando me alejé, ella me apartó el pelo de la frente, con las manos temblorosas, y me dijo:

—Lo siento mucho, muchísimo.

—No tienes por qué disculparte. —Tomé su rostro entre las manos, sus mejillas cálidas y húmedas por las lágrimas saladas—. No tienes por qué disculparte porque este mundo no está preparado para evolucionar.

—Sí que debo —dijo entre sollozos que pulverizaron lo que quedaba de mi corazón—. Te estoy defraudando, Miguel.

Apoyó una mano en mi pecho y exhaló un suspiro que me rozó el cuello. Pensé que tenía algo que decir, que quería admitir algo más, hasta que se levantó y se alejó, y sus manos se separaron de mí. Antes de que ninguno de los dos pudiera dar marcha atrás, se giró y salió del garaje; siempre era la más sensata de los dos.

Sus palabras quedaron flotando en el aire y se apoderaron de mi corazón de alguna manera, se colaron en las grietas como si intentaran convencerme de que estaba persiguiendo fantasmas. Me trajeron recuerdos del bar de Barcelona, de nuestra noche juntos en el hotel de Spa. Del columpio en Jaipur y de las semanas que pasamos juntos en Dubái.

Me sentí completamente solo. Me sentí como un piloto con un *paddock* vacío.

Recogí el trapo que Diyana había estado usando para limpiar el halo de su coche y, al hacerlo, me fijé en aquel halo repleto de patrocinadores: marcas, los nombres de sus padres, la paloma de Spa… y una pegatina nueva.

Una silueta blanca de dos personas con cascos, una sentada en su coche y la otra con la mano extendida, una mano que la piloto

sentada se disponía a estrechar. Nadie más entendería por qué estaba allí, qué significaba.

«Significas más que puntos para mí, Miguel».

Apreté con fuerza la pegatina sobre el halo hasta que la sangre abandonó mis nudillos.

Sabía que era cierto. Ella también era más que puntos para mí. Pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso. Tenía que olvidar, para terminar lo que había ido a hacer allí. Necesitaba el título.

43. Diana

A pesar de todo, de cómo me habían educado para levantar la barbilla y permanecer callada, lloré mucho. Sentía como si hubiera perdido una extremidad.

«Ghorbanat beram», solía decirme mi madre cuando era niña, con los ojos llenos de orgullo y una sonrisa rebosante de felicidad.

Ojalá hubiera podido decirle esas dos palabras a Miguel para resumir lo que sentía por él: me sacrificaría por ti. Y ya nunca tendría esa oportunidad.

Sentada en mi habitación privada del *motorhome*, me acurruqué con las rodillas contra el pecho mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. Las sequé lo más rápido que pude. «No. No, no, no. Tu alma es más fuerte que el dolor que soportas».

Nunca había vacilado en mi apoyo a Jolt. Nunca había dicho ni hecho nada impropio de una buena deportista. ¿Cómo podía Cavanaugh ponerme en aquella situación? Y, lo que era peor, me preguntaba si yo misma me había metido en ella. Repasé todo lo sucedido aquella temporada. ¿En qué me había equivocado? ¿Qué había en mi carácter que había hecho pensar a mi equipo que los abandonaría, así sin más?

Me esforzaba mucho por no enfadarme nunca. Por apoyar a todos los equipos en los que estaba. Enterraba mi ira en lo más profundo y me negaba a dejarla salir a la superficie. Como solía decir Baba: «Si actúas desde el odio, quemarás dos almas». Siempre era muy filosófico cuando tenía oportunidad. Eso era una cosa, pero… ¿lo que sentía por Miguel? Eso era otra.

En aquel deporte, tenías que ser capaz de separarte de tus sentimientos. Recuerdo que nunca me había costado hacerlo. Mi motivación había sido inquebrantable, incluso en la Fórmula 3, cuando corrí mi primera carrera. Justo antes de salir a la pista, me enteré de que mis padres habían tenido ese accidente, el que había dejado a mi padre sin movilidad en las piernas. Tenía muchas ganas

de simplemente sentir, pero sabía lo que tenía que hacer. Conduje sin pensar y conseguí mi primer podio.

Y entonces apareció Miguel y lo complicó todo. Podía dejar cualquier cosa a un lado para hacer mi trabajo en la pista, pero él era la excepción. No solo compartía el asfalto conmigo, sino también mi mente. Ahora más que nunca, no podía permitírselo. No sabía que mi capacidad para mantenerme firme se pondría a prueba antes de lo que pensaba.

Una semana después, pasé la clasificación del Gran Premio de Japón en completo silencio. P2 para mí y él en P1. Así que al día siguiente lucharíamos en la pista, y ya nada sería igual.

Las fotos eran lo de menos. Los recuerdos, esos lazos tan firmes, no se romperían ni aunque yo lo deseara. Las promesas de seguir adelante. La memoria de su cuerpo contra el mío. La tempestad que habíamos afrontado por el otro durante la temporada. Y todo lo que yo volvería a soportar por él. Pero ya no podía dejar que nada de eso pesara. No si quería proteger mis aspiraciones. No si quería que su carrera se mantuviera intacta. En el fondo, eso me angustiaba más que mi propio futuro. No podría vivir conmigo misma si Miguel acababa perdiendo su asiento por mi culpa.

Me ajusté los auriculares y puse mi playlist de Fairuz. Me solté las trenzas, me hice una coleta y respiré hondo.

¿Cuál era el siguiente paso?

Arranqué el coche y salí disparada.

No dejé que me afectara, bueno, al menos no lo demostré. Tomé el volante para el Gran Premio de Japón con una sonrisa cuidadosamente elaborada en mi rostro, ocultando el hecho de que aún no sabía cómo sentirme. ¿Engañada, tal vez? ¿Como si todavía se me permitieran las emociones y no me hubieran arrebatado ese derecho hacía solo una semana?

Así que mi salida fue menos que ideal, con todas esas cosas dándome vueltas en la cabeza. Me quedé pegada al alerón trasero de Miguel, lo último que quería ver. Aiden me instó a que intentara reducir la delta aprovechando el caos del inicio.

Pero algo seguía deteniéndome. Una especie de comprensión de que aquello ya no era solo una carrera. Si aprovechaba la oportunidad, lo cambiaría todo. Ese cambio, esa pérdida… Temía que fuera permanente. Que consolidara todo lo que Cavanaugh me había dicho en aquella reunión y que me costara mi humanidad.

«O cazas o te cazan», me decía mi entrenador cuando solía acobardarme a la hora de adelantar en los karts. «Dime, Diana, ¿qué vas a hacer?».

Entrecerré los ojos, obligándome a concentrarme en un único punto. Las palabras del director de mi equipo me quemaban la piel, aquello era «lo mejor para ambos».

—Aprovecharé la oportunidad.

—Adelante, Diana. Tienes vía libre.

Llegamos a la chicane. Era estrecha y muy ajustada. Yo seguía pisando, aunque sabía que debía tener cuidado. Pero ya no era mi problema.

Aceleré a fondo y salí disparada en la siguiente curva, aprovechando mi trazada correctamente. Sin remordimientos, me deslicé por el interior del Revello de Miguel y salí alegremente por delante.

Pero aún no estaba a salvo. Miguel se pegó a mi derecha, sin retroceder. Presionó con fuerza en la siguiente curva, casi rozando mi alerón delantero. Estábamos enfadados, confundidos y doloridos, y no sabíamos nada más. Éramos pilotos de Fórmula 1. Escondíamos las palabras que no queríamos que el resto del mundo oyera detrás del escape, el humo y las chispas.

Giró hacia mí.

«No quiero perderte».

Estaba tan cerca de su alerón delantero que estábamos a centímetros de entrar en contacto.

«No puedo retenerte».

Mi coche se adelantó y el suyo lo igualó perfectamente.

«Pero no puedo dejarte ir».

—Se está complicando —murmuró Aiden por la radio—. Quizá tengamos que… Yo diría que se lo cedamos, Di. Cedamos la primera posición, dejemos que la tenga él.

—Puedo pasar.

—¿Puedes… qué?

Ya estaba harta de portarme bien y escuchar cada pequeña cosa que me decían. Había hecho suficiente, sacrificando mi propia felicidad para mantener aquel asiento, sin saber aún cuál sería mi destino la próxima temporada. Era hora de dar un paso adelante y arriesgarme, y si Jolt no quería aquello, no sabía qué querían de mí.

Agarré el volante y aceleré, sin importarme el riesgo. Fuimos rueda a rueda en la pista. Las chispas saltaban bajo mi coche. Era la máxima aceleración, del tipo que te nubla la vista.

Llegamos rápido a la siguiente curva.

—¡Diana! —gritó Aiden—. ¡No hay espacio!

—Crearé uno —murmuré.

Aceleré a fondo, manteniendo el coche estable. Tenía la ventaja interior y la utilicé para tomar el vértice de la curva a la perfección, colocándome en primera posición.

—Oh, mierda —soltó Aiden—. Me has hecho mearme de miedo. ¿Qué demonios ha sido eso?

Me reí sin una pizca de humor.

—Tendrás que preguntárselo a Theodore Cavanaugh.

La apacible tarde de Suzuka terminó con un P1 para mí. En el enfriamiento, en el podio, no intercambiamos ni una palabra. Me costó mucho mantener la compostura con Miguel, evitar que las emociones inundaran el escenario en el momento en que nuestras miradas se cruzaron mientras brindábamos con botellas de champán y sonrisas falsas.

Por supuesto, en cuanto bajé del podio, Cavanaugh estaba allí en los escalones, con una sonrisa enorme, felicitándome eufórico por la victoria y por la maniobra milimétrica que me la había dado. No podía decir que no hubiera hecho exactamente lo que el equipo quería. Rompí mi relación y gané la carrera. Sin embargo, una duda persistente me carcomía el corazón. ¿Y si, después de todo aquello, seguían sin estar dispuestos a ofrecerme el puesto?

—Muy bien hecho, Diana —dijo Theodore Cavanaugh en voz alta, sonriendo mientras me daba una palmada en la espalda para felicitarme—. Esa es nuestra Peligro.

Las celebraciones de Jolt ocuparon gran parte de mi atención, pero no podía evitar pensar en Miguel. Lo vi hablando con Paula sobre la carrera, la vi tranquilizándolo. Ese fue mi pequeño consuelo en toda aquella situación, que Paula entendería lo que me había hecho sentir tan impotente como para arruinarlo todo de aquella manera, y que le daría a Miguel algo de consuelo. Hice todo lo posible por no notar que los ojos de Mig estaban llenos de dolor.

Una vez de vuelta en mi garaje, en la sala privada, lejos de miradas indiscretas, incluidas las de mi entrenador y mi maravilloso Aiden, finalmente perdí el control. Quizá no era lo ideal, pero consideré que tenía tanto derecho como los hombres temperamentales a mostrar mis emociones. Me sentía como si me hubieran utilizado y apartado a un lado en menos de una temporada, y además por el equipo en el que creía poder confiar. Su atención iba y venía, dependiendo de lo bien que siguiera las órdenes que a Nic no le importaban.

Rebelándome contra todo lo que me decía mi cerebro, dejé que mi corazón hablara, tiré mi casco contra la mesa y grité con la frustración y presión que había estado reprimiendo desde marzo. Porque no podía detenerme. Seguía teniendo que competir. No podía dejar que las emociones me arrasaran. Tendría que dejar que mi trabajo me guiara el resto del camino.

Y así fue cuando repetí la hazaña en México. Otra primera posición, con la vuelta más rápida, me dio mucha más ventaja en la clasificación, por no hablar de dentro de Jolt. Todavía tenía fuerzas para luchar. Puede que incluso pudiera ganar más.

Pero aun así, tras la carrera me refugié en mi cuarto del hotel y me quedé en el balcón, con un té entre las manos, esperando. Esperando un atisbo de esperanza, un destello de bondad, algo que me dijera que todo aquello no era más que una pesadilla, o algún tipo de prueba a la que me estaba sometiendo aquel horrible equipo; que no había pasado casi una década de mi vida soñando

con aquel futuro repentinamente inalcanzable con aquel hombre repentinamente inalcanzable.

Sabía que era una estupidez. Pero no podía creer que lo fuera. Solo quería que volviera.

44. Diana

Creí que había vuelto a meter la pata cuando me llamaron para mi segunda reunión individual del fin de semana justo antes de salir de México.

Había sido una carrera caótica, con una situación que no nos dejó más remedio que adelantar a Revello y superar a sus dos coches de un solo golpe. No quería hablar con nadie después del podio, pero aquello cambió cuando el director de otro equipo me detuvo en el *paddock*.

—Y cuando tu neumático casi roza el piano… —contaba uno de mis mecánicos con tono dramático, lo que desató carcajadas mientras corría el champán y todos estábamos medio bebidos.

—¿Señorita Zahrani?

—¿Umm? —Me giré para encarar a quien me había sacado de las celebraciones. No era otro que Cristoforo Montalto, el director del equipo Revello.

—Lamento interrumpir la diversión —dijo con una sonrisa afable—, pero me gustaría hablar contigo. ¿Te importaría acompañarme un momento al *motorhome*?

Eché un vistazo a los mecánicos, demasiado ocupados con el champán como para darse cuenta de nada. Yo misma estaba completamente empapada por una mezcla de alcohol burbujeante y sudor, una combinación desagradable, pero no podía evitarlo. Que Montalto viniera a buscarme solo podía significar una cosa. Mi corazón ya había comenzado a latir con fuerza por la expectación.

—Sí —asentí—. Sí, vayamos allí. Gracias, señor Montalto.

—No hay de qué —respondió mientras caminábamos hacia el edificio de Revello.

Montalto era un personaje extravagante, como la mayoría de los directores de equipo, pero carecía de la pomposidad y la arrogancia de Theodore Cavanaugh. Le había oído dar instrucciones a los pilotos como lo haría un mentor: ofreciendo consejos, sugiriendo

estrategias, aceptando con naturalidad nuevos planes para las próximas carreras. Era un estilo de liderazgo inusual para alguien procedente de Jolt.

—Bueno, Diana, supongo que estas últimas semanas han sido toda una aventura para ti —comenzó Montalto mientras nos sentábamos en una de las salas más pequeñas con ventanas del *motorhome*. Solo había estado allí unas pocas veces, y nunca en una sala de conferencias. El rojo, el verde y el blanco proclamaban tradición y orgullo. Era una versión más atemporal de lo que había visto en la parrilla, una de mis combinaciones de colores favoritas, y no solo porque coincidiera en parte con la de mi país natal—. ¿Te ha ofrecido algo Jolt?

No estaba segura de si podía hablar de aquello, pero algo en el tono preocupado de Montalto me hizo responder con franqueza.

—No —admití—. Tan solo me lo han puesto difícil. Más difícil de lo necesario, en mi opinión.

—Bueno… Me gustaría facilitarte las cosas. —Cristo Montalto me dedicó una sonrisa vacilante—. Como sabrás, tenemos una vacante en el equipo para el año que viene. Necesitamos talento nuevo, talento fresco, alguien que esté dispuesto a asumir riesgos y a pensar con el equipo en lugar de para él. Has sido ejemplar durante toda la temporada, Diana, y no veo ninguna razón por la que no deba ofrecerte ese puesto.

Parpadeé. Me llevó un momento asimilar lo que estaba diciendo. El ambiente era tan informal y el momento tan repentino que tuve que procesar la información durante medio minuto antes de responder.

—Oh.

—Sí. —Montalto parecía divertido por mi sorpresa—. Espero que sea una reacción positiva.

—Lo es —logré articular—. Oh, Dios mío. ¿Habla en serio?

—Hablo completamente en serio —respondió con orgullo en su tono—. Nos encantaría que formaras parte de la Scuderia Revello en 2023 como una de nuestros pilotos.

Sentí que el corazón se me salía del pecho y atravesaba los enormes ventanales. Noté cómo la sangre me latía con fuerza detrás

de las orejas. Tenía un asiento.

—¿Sería el asiento de Andrea? —pregunté con total incredulidad.

—¡Ah, no! —Levantó un dedo para interrumpirme—. No el de Andrea. Ya hemos decidido qué pasará con ese asiento, o, mejor dicho, quién ocupará ese asiento. Tú ocuparías el asiento de Miguel. Verás, lo que nos preocupaba era esa racha de mitad de temporada. Perdíamos dinero con cada piano que pisaba y cada alerón que rozaba. Los mecánicos no estaban contentos con las reparaciones de última hora y los trabajos de medianoche. Siempre ha sido un piloto un poco…, bueno, un poco arriesgado. Pero esta temporada se ha excedido demasiado y, con su contrato a punto de terminar…, ya sabes cómo van estas cosas.

«Su contrato».

En la Fórmula 1 nada era sencillo. Siempre era «sí, pero…» o «por supuesto, aunque…». Los sueños venían con letra pequeña. Y el mío no iba a ser distinto.

El asiento de Miguel.

«Ya no estás con Miguel», pensé para mis adentros mientras mis ojos se abrían inconscientemente. Pero era como hacer el primer adelantamiento de la temporada. Había algo en aquello que me parecía engañoso. Ocupar su asiento después de dejarlo así, porque pensé que sería la mejor opción para ambos. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba bien y qué estaba mal? Porque aceptar que aquel deporte era gris ya no me bastaba. Necesitaba blanco y negro.

—Tendrás tiempo para pensarlo —me aseguró Montalto—. Entendemos que este tipo de decisiones no se pueden tomar de la noche a la mañana. Sin embargo, nos gustaría saberlo antes de que termine la temporada. Solo para poder tomar las medidas adecuadas y prepararnos para el año que viene.

Emití un sonido que esperaba que transmitiera mi asentimiento. Seguía atónita, incluso cuando estreché la mano de Cristo Montalto y nos despedimos.

Salí del *motorhome* de Revello, con mis botas de carreras chirriando en el suelo reluciente, y luego rozando el hormigón al pisar la acera caliente, con el sol dándome en el pelo como si me señalara.

—Maldita sea —susurré, volviendo hacia el *motorhome* de Jolt para reunirme con mi equipo.

45. Miguel

Olvidar a Diyana no era tan fácil.

No cuando la veía en el podio en México, con una amplia sonrisa, pero con los ojos tristes, la visera de su gorra ocultando el mismo dolor en su mirada que yo tenía en la mía, cuando su cabello volaba en todas direcciones mientras levantaba el trofeo, presionando una mano sobre su corazón como para calmarlo, señalando a su equipo y gritando: «Vosotros, es gracias a vosotros, no podría haberlo hecho sin vosotros».

Volví a mi garaje después de todo el caos del podio, me senté de espaldas a mi coche y dejé que todo estuviera en silencio durante un minuto. Nunca me gustó el silencio. Me gustaba el ruido, me gustaban las fiestas y la gente y rodearme de todo tipo de sonidos para ahogar los pensamientos de mi propia cabeza. Pero ahora, lo único que quería eran mis pensamientos. Quería mis recuerdos de ella, aquellos que aún eran tan intensos que era como ver una película detrás de mis párpados cuando los cerraba. Cada color y cada caricia, cada matiz de su acento melódico, seguían conservándose intactos. Un hombre más sabio podría haberme dicho que tenía que enfadarme por ella, o incluso con ella. Pero yo no podía. No era capaz, no con la situación en la que la había puesto su equipo.

Lo único que podía hacer era correr. Cuando corres no hay tiempo para pensar; solo tomas decisiones en fracciones de segundo, a una velocidad vertiginosa. Pero en cuanto salí del coche, lo único que deseaba era estar con ella.

Sabía que tarde o temprano tendría que levantarme. Era la hora de que los mecánicos recogieran el coche para llevarlo de vuelta, pero me quedé sentado un minuto más antes de levantarme con un gemido y salir por la puerta del *motorhome*, atravesando el estrecho pasillo que cruzaba el edificio de Revello.

El lugar estaba lleno de nuestros ingenieros y estrategas, que ya estaban analizando la carrera: lo bueno, lo malo, lo feo y lo horrible.

—El embrague de Andrea —se quejó uno de ellos mientras yo me abría paso a su lado.

—Oh, terrible. Tenemos que arreglar eso —intervino otro.

El barullo de voces tras la carrera no era nada nuevo, uno se acostumbraba. Nos gustaba llamarlo «los sustos del domingo».

Pasé por la sala de conferencias de la esquina al salir por las puertas principales, aquella que nadie usaba nunca, excepto a veces los sábados, si alguno de los estrategas estaba realmente molesto con los resultados de los entrenamientos. Ese día, sin embargo, había alguien dentro. Quizá los sustos del domingo se habían vuelto un poco más aterradores que de costumbre, tal vez porque Andrea casi había chocado contra el muro y contra Byron Hargreaves en la vuelta cuarenta y uno.

—… formar parte de la Scuderia Revello en 2023 como una de nuestros pilotos —oí decir a Cristo Montalto.

Espera… ¿Qué demonios?

Reduje la velocidad y retrocedí ligeramente. Vale, estaba espiando, pero sin duda merecía la pena. ¿Cristo y quién? ¿A quién iba a hacerle una oferta? Sabía que el puesto de Andrea estaba disponible, pero no tenía ni idea de que las cosas se habían movido tan rápido. Lo último que había oído era que Cristo tenía un candidato, pero ningún ganador.

—¿Sería el asiento de Andrea? —oí que decía otra voz.

Era la voz de Diyana.

Entrecerré los ojos, tratando de ver a través de las ventanas de vidrio esmerilado, pero no servía de nada. Maldita sea. De repente, sentí los brazos entumecidos y los pies temblorosos. Eso era, Diyana conseguiría su puesto. Y tal vez… Sí. Tal vez, si se alejaba de Jolt, tendríamos una oportunidad. Mi pecho se inundó de una calidez que llevaba semanas deseando sentir.

Cristo volvió a hablar. Probablemente para decir algo sobre el asiento. Me acerqué a la puerta.

—… ya hemos decidido qué pasará con ese asiento, o, mejor dicho, quién ocupará ese asiento. Tú ocuparías el asiento de Miguel.

Mi corazón se detuvo.

Mi asiento.

No podía ser. Mi pulso retumbaba en mis oídos como el redoble de un tambor, cada latido amenazaba con hacerme estallar los tímpanos. No, no. Todo parecía perfecto para la próxima temporada. Nadie había dudado nunca de mi capacidad para conseguir una prórroga, ¿verdad? Aquello no podía estar pasando.

Me alejé de la puerta, casi tropezando con mis propias zapatillas de carreras mientras retrocedía por el pasillo, entre la multitud de miembros del equipo que se quejaban de nuestro ritmo de carrera y nuestros tiempos en boxes, de vuelta al garaje, de vuelta al coche, donde mis pasos resonaban en los altos techos y nadie más que mi R3-71 podía oír las maldiciones que salían de mis labios cuando me di cuenta de lo rápido que se había vuelto todo en mi contra.

—No te puedes fiar de nadie en las carreras —nos decía papá a Paula y a mí cuando éramos más jóvenes. Nos sentaba en aquella vieja alfombra persa junto a la chimenea y nos contaba historias sobre sus accidentes y sus victorias como si fueran cuentos de hadas —. No te puedes fiar.

Era una de sus frases ingeniosas de siempre, las que soltaba cuando hablaba con la prensa. Tenía ese tipo de comentarios con los que los hombres que estaban en la pista en aquel momento asentían casi por instinto. Paula me lanzó una mirada —la niña de diez años más terca que yo conocía incluso entonces— y puso los ojos en blanco con tanta fuerza que solo se le veía el blanco.

Papá no se dio cuenta. Estaba demasiado absorto en su monólogo como para hacerlo.

—A nosotros no nos engañan dos veces. ¿Entendido, Angelito? ¿Paulita? —continuó—. Si te engañan una vez, se acabó y punto.

Entonces mamá entraba apresurada en la sala con un libro de cuentos en la mano, echando pestes contra nuestro padre en un español rapidísimo. Se acurrucaba en la alfombra entre Paula y yo, nos abrazaba y le decía a Papá que éramos pequeños y no necesitábamos esa mierda absurda en la cabeza. Luego abría el libro y nos leía algo sobre magos y dragones.

Pero los magos y dragones no eran reales. La confianza sí. O, al menos, se suponía que debía serlo.

—No te puedes fiar de nadie en las carreras —le dije a Paula más tarde, en cuanto la vi fuera de la gran sala de ordenadores del *motorhome*, donde los ingenieros se habían reunido para ver las imágenes.

Yo esperaba que estuviera molesta. Quizá un poco enfadada, quizá furiosa, pero algún tipo de rabia, al fin y al cabo. ¡Vamos, por favor! Ese era mi asiento, era todo por lo que había trabajado, y ella lo sabía. Sabía lo mucho que había luchado por Revello y contra Revello, resentido por el apellido de nuestra familia, que empañaba la imagen que la gente tenía de mí en aquel deporte.

La tenía delante de mí con los brazos cruzados y una expresión completamente indescifrable.

—Miguel —dijo inclinando la cabeza.

—¿Qué? ¿De verdad vas a decirme que esto no es un desastre para mí, Pauli? —le espeté en voz baja—. ¡Piénsalo!

—No lo sé. —Levantó una ceja—. A lo mejor quien tiene que pensarlo eres tú.

—¿Yo? —espeté. Se trataba de mi futuro en el deporte, ¿y dependía de mí?

—Es una oportunidad para Diana, Miggie —dijo Paula con serenidad—. Es lo que querías para ella, ¿no? Así que dime: ¿qué es lo que deseas con todo tu ser en este momento, Miguel, a Diyana o a Revello?

Respiré hondo y miré a mi hermana con recelo.

—No lo dices en serio.

—Oh, sí, *tío*. —Me dio una palmadita en el brazo antes de dirigirse hacia la puerta de la sala de ordenadores—. Como he dicho. Piénsalo.

46. Diana

Aterrizamos en Río de Janeiro al amanecer, apenas una semana después de Ciudad de México. Para mí era la distracción perfecta. Había estado en Brasil, pero nunca en Río, y pasar unas vacaciones allí había sido un sueño distante hasta aquel momento, cuando salí del avión y me recibió un sol radiante.

El tiempo entre carreras me estaba volviendo loca. No podía soportar ni un segundo más aquella bomba de Revello. Tenía los nervios destrozados. Necesitaba ese reinicio para seguir adelante y, tal vez, solo tal vez, conseguir el título.

Sería reñido. El mundo del automovilismo se mordía las uñas. Afortunadamente, antes de que eso ocurriera, pude disfrutar de unos días de descanso en Río.

Hasta trasladarnos a São Paulo para la carrera, tenía reservada una habitación en el Grand Hyatt Río de Janeiro. Había contemplado sus hermosas fotos durante horas, pero en directo me resultó más impresionante todavía. Me acerqué a mi sueño hecho realidad con la capota bajada, absolutamente maravillada por la vista. El oasis acristalado del hotel daba a una enorme terraza con piscina junto a la playa. El césped verde perfecto y las palmeras frondosas contrastaban con el hermoso cielo azul y el océano aguamarina.

Exhalé, sonriendo mientras entregaba el coche al aparcacoches y arrastraba mis maletas hasta la recepción. Hice todo lo posible por ignorar al séquito de seguridad obligatorio que me seguía. Aquellos tres días serían una escapada total. No había nada de qué preocuparse. Todo era precioso y yo estaría bien.

Saboreé la tranquila quietud del vestíbulo, salvo por el suave chapoteo del agua, mientras el recepcionista me entregaba la tarjeta. Era maravilloso, tan apacible.

Y entonces llegó el alboroto. El sonido de cientos de mujeres cayendo rendidas de amor cuando el hombre de sus sueños ponía un pie en el soleado Río de Janeiro, justo delante de sus ojos.

No. Solté un gemido. ¿Por qué? ¿Por qué no podía ser yo la única que había ido en busca de una pequeña y feliz escapada?

Estiré el cuello para ver a través de las puertas de cristal. Una multitud de chicas gritando se había abalanzado sobre un descapotable negro perteneciente a Darien Cardoso-Magalhães, que se lo pasaba en grande en medio de todo el caos, garabateando su nombre con un rotulador en camisetas, gorras y extremidades por igual.

Era oficial. No tendría un momento de paz hasta que terminara la temporada.

Los estadounidenses sentían aprecio por Darien, criado en California, pero los brasileños lo idolatraban. Nacido en Santa Teresa, era su hijo pródigo, su favorito, y por supuesto el objeto de deseo de muchos seguidores jóvenes. El país lo había respaldado desde sus primeros pasos en los karts de categorías superiores, y no habían dejado de hacerlo desde entonces.

Me quedé de pie entre mis maletas, incrédula, mientras continuaba aquella intrusión tan poco oportuna. Instantes después, Darien finalmente se liberó de sus fans gritonas y entró tranquilamente en el hotel, colgándose las gafas de sol del cuello de la camiseta.

—¡Diana! ¿Qué haces en Río?

—Esto… —dije con cara de póquer— se supone que es mi semana de autocuidado.

—¡Ah, perfecto! Para mí también. —Darien esbozó su estúpida sonrisa deslumbrante—. Pues hagámoslo juntos.

Señalé a la multitud de mujeres que seguían reunidas en la puerta.

—Has acabado con mi paz y tranquilidad, Dar.

Darien resopló sin perder la sonrisa.

—Darien. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Oh, vamos, si crees que he arruinado tu paz y tranquilidad, ¡espera y verás! —Se rio entre dientes.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No te lo diré. De todos modos, voy a deshacer las maletas y salir directamente. ¿Vas a venir conmigo?

Le lancé una mirada asesina.

—Solo porque no quiero perderme intentando orientarme por aquí yo sola. Nunca se me dan bien las ciudades nuevas.

—¿Crees que los medios se van a dar un festín con esto?

—Oh, por supuesto. —Aquello me pareció gracioso. Darien y yo éramos literalmente «colegas en lo dinámico» (palabras suyas), pero también éramos un hombre y una mujer de edades similares y, tenía que admitirlo, Darien era guapo, lo que explicaba por qué todo Brasil estaba enamorado de él. Tenía una sonrisa deslumbrante que iluminaba sus ojos marrones. Era un torbellino de energía con un bronceado intenso, un corte de pelo *undercut* con mechas rubias en la parte superior y el nombre «Nico» tatuado en el lateral del cuello, junto con un par de alas de ángel. Nos llevábamos bien; me gustaba su energía. Pero, con el cambio repentino entre Miguel y yo, imaginé —igual que Darien— que los periodistas de la prensa rosa intentarían vender nuestra amistad como otra cosa. Aun así, era gracioso verlos volverse locos. Cuando los medios te persiguen sin descanso, cualquier toque de humor se agradece.

—Perfecto. ¡Espera, nunca has estado aquí! —Darien estaba tan emocionado que pensé que empezaría a saltar de alegría—. Diana, te va a encantar. Tendré que enseñarte los mejores sitios. Esta ciudad es increíble… —De repente se quedó callado.

—Oye. —Agité la mano delante de la cara de Darien, que tenía la mirada perdida—. Darien.

—Tu mayor problema está aquí —susurró.

Seguí su mirada hasta la entrada del vestíbulo del hotel e inmediatamente luché contra el impulso de querer golpear a alguien.

Miguel Ángel de la Fuente estaba en Río de Janeiro. Y si Darien había alterado mi burbuja de calma, la llegada de Miguel la había reventado por completo.

—¡Vamos! —Le di un codazo a Darien—. ¡Hubiera estado bien que me avisaras, Dar!

—¡No me culpes a mí! —dijo, levantando las manos en señal de defensa—. Escucha. Incluso Craig se sorprendió cuando vosotros

empezasteis con esa actitud tan fría. No lo soportamos más, sea lo que sea. Y oye, sé que los hombres somos tontos; probablemente ha sido alguna metedura de pata de Miguel, pero ya basta. Tenéis que hablarlo.

—Tú no lo entiendes. —Mi voz era firme—. Y baja las manos.

Obedeció. Parecía dolido, pero era cierto; no podía entenderlo.

—Lo siento. Es una situación difícil —traté de suavizarlo—. Confía en mí, Darien, ninguno de los dos, ni Miguel ni yo, queremos estar en esta situación, y cuanto más lo pienso, menos nos beneficia. Solo confía en mí.

—De acuerdo. Lo entiendo.

Darien parecía tan devastado que no pude soportarlo.

—Lo intentaré —cedí—. ¿Por qué no invitas a Miguel a explorar la ciudad con nosotros y así puedes ser nuestra parte neutral?

Asintió con la cabeza y se le iluminó el rostro.

—Sí, eso está bien. Puedo hacerlo por ti.

Acabamos dando el paseo más incómodo de mi vida.

Estoy segura de que tampoco fue mucho mejor para Darien o Miguel. Darien nos guio por Río de Janeiro, señalando el Cristo Redentor en la distancia, rodeado por la espesura del bosque de Tijuca. No pude evitar reírme cuando pasamos junto a uno de los murales de Darien en su pose característica junto a Ayrton Senna.

—Tío —dijo Miguel con un resoplido—. El contraste aquí es una locura.

Darien puso los ojos en blanco.

—¡Venga, me gusta ese mural!

—Haz la pose —le supliqué—. Por favor, hazlo.

Suspiró como un abuelo exasperado, pero accedió, levantando ambas manos en señal de shaka y esbozando la sonrisa de chico de fraternidad más acertada que jamás había visto, justo el tiempo suficiente para que le hiciera una foto. Era demasiado divertido como para dejarlo pasar. Me pregunté qué pensaría Senna de aquel joven brasileño-estadounidense con tendencia a la desobediencia y

atrevidos tatuajes representando al país en la Fórmula 1. Eso solo me hizo reír más.

Pasamos Copacabana al salir de la ciudad más concurrida, con playas ocupadas por cientos de personas con sus sombrillas y toallas, y nos dirigimos a Ipanema. El sol empezaba a ponerse. La forma en que la luz incidía sobre los edificios y el agua era absolutamente impresionante. Bajamos hasta la costa, caminando por la arena y rodeando una cancha de voleibol de playa.

—Voy a tener que dejaros aquí, chicos —dijo Darien—. Tengo familia a la que se supone que debía visitar, eh…, ayer. Así que dadme como media hora y volveré enseguida. —Nos miró a cada uno por turno, con el ceño fruncido por la preocupación—. Por favor, no os arranquéis la cabeza.

Intenté protestar, pero Darien ya se había alejado corriendo hacia la ciudad a una velocidad sorprendente. Era imposible que los dos aguantáramos *media hora* sin llegar a las lágrimas.

Permanecimos en silencio durante unos minutos. Solo se oía el sonido de las olas del mar, el susurro del viento entre las palmeras y la gente charlando animadamente. Me sorprendió mucho cuando Miguel habló.

—Te debo… una gran disculpa.

—Tú… —Me volví hacia él. Parecía tan inocente como cuando lo dejé en el garaje, excepto por aquellos estúpidos pantalones cortos caqui y la camisa abotonada, con el pelo alborotado por la brisa. El sol había resaltado sus pecas, pero sus ojos estaban completamente apagados—. No me debes nada.

—Sé que eso no lo arreglará todo.

El viento se levantó, al igual que mi frustración, haciendo que el dobladillo de mi vestido se agitara. Lo alisé con exasperación.

—Miguel, deberías odiarme por todo esto. Nada lo arreglará, y aun así intentas pedir perdón. Quiero solucionar todo este caos. No quiero arrastrarte conmigo. Pero… te entregué un pedazo de mí que nunca había dejado ver… y tú me diste… me diste tanto…

—Diyana. —Miguel me miró fijamente a los ojos. Pude ver el dolor que le había causado.

—Diyana, mírame.

Dudé, pero obedecí.

No sabía qué estaba esperando oír, pero no fue lo que Miguel dijo después.

—Sé lo que Revello te dijo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Aquella conversación con Cristo Montalto. ¿Cómo se había enterado? De repente, no podía moverme. Apenas podía pensar. Miguel lo sabía todo. Si aún no me odiaba, ahora sin duda lo haría.

Recé para que el océano nos bañara a ambos y nos limpiara de nuestros errores, de todo el veneno con el que habíamos llenado las heridas del otro. Quizá eso lo arreglara todo y devolviera nuestro amor a un estado puro, a los cuentos de hadas cristalinos con los que los niños crecen soñando. Pero no fue así.

—Aún no sé si voy a aceptar, Miguel —susurré tras respirar hondo —. No sé qué voy a hacer.

En aquel momento vi una emoción extraña en el rostro de Miguel. Me impactó mucho darme cuenta de que sus ojos se estaban llenando de lágrimas. Lágrimas en los ojos de un De la Fuente.

Ninguno de los dos tenía palabras, así que nos quedamos allí. Dejé que mi mente me llevara de vuelta al desierto de Dubái. La misma sensación, la misma cercanía. Veía una sonrisa en mi rostro mientras Miguel se reía. ¿Qué nos había pasado?

Todavía conservaba en la memoria la primera imagen que tenía de aquel adolescente, tan seguro y encantador al subirse a su kart. Cuando terminó aquella carrera, cuando me tendió la mano, me quedé sin palabras. Recordaba cómo hablábamos, bromeábamos y corríamos juntos, hasta que, un día, dejé de verlo para siempre.

Y entonces, mi mano volvió a encontrarse con la suya. No podía soltarlo. No al único capaz de competir con mis tiempos por vuelta y equilibrar mi carácter a la perfección.

Cerré los ojos y dejé ir todos aquellos recuerdos, todas aquellas cosas que no podía expresar con palabras, con la esperanza de que de alguna manera llegaran a Miguel, con la esperanza de que supiera que todo lo que estaba pasando no cambiaba lo que siempre sentiría por él, ni por un momento. Escuché los sonidos de la playa e inhalé el aire salado.

Miguel se sentó en la arena. Yo hice lo mismo. Aquel día, los dos estuvimos en silencio uno al lado del otro en la playa de Ipanema. No intercambiamos palabras ni miramos a ningún sitio que no fuera el horizonte.

Simplemente coexistimos. Reflexionamos.

—¿Cuál es la razón para seguir intentándolo? —me había preguntado Ammi después de que la arena se me escapara entre los dedos en la Corniche.

No podía aceptarlo. Era demasiado pequeña para comprender que no podía tenerlo todo.

—Eso no está bien —protesté—. ¿Por qué es así? ¿Por qué no puedo tener lo que quiero?

—Bueno, *joonam* —me había dicho, agachándose para ponerse a la altura de mis ojos—, a veces el universo no lo ha escrito para nosotros. No está en nuestro destino. Y cuando pasa… —Sonrió—. No quiero que nada se te escape entre los dedos, mi amor. Quiero que lo sujetes con fuerza y luches por esos momentos de belleza. Tienes que crear tu propio destino.

47. Miguel

El circuito estaba listo y São Paulo se había volcado por completo en la celebración del Gran Premio. La pista estaba rodeada de gradas repletas de carteles y atuendos coloridos. El cielo azul se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La clasificación me había dado la *pole* y aquel día el buen tiempo parecía un presagio favorable.

Mientras calentábamos los neumáticos en la parrilla, vi el brillante casco de Darien, adornado con un par de guacamayos de Spix cuyos picos se unían para formar un corazón que revelaba la bandera brasileña al fondo. Debajo de la imagen, en la parte superior, se leía: *Solo tenemos uno, tratémoslo bien*. Había habido muchos diseños geniales a lo largo del año, pero el de Darien era sin duda mi favorito.

Diez puntos, pensé para mis adentros, volviendo a concentrarme mientras los mecánicos retiraban los calentadores. Salieron disparados de la pista justo antes de la cuenta atrás. La multitud comenzó a agitarse, ansiosa por presenciar una pelea rueda a rueda. Las luces rojas se encendieron sobre nuestras cabezas.

«Diez puntos. Podemos hacerlo».

Cuando se apagaron las luces, el motor rugió y salimos a toda velocidad. Darien también tuvo una buena salida, pero luché con firmeza y conseguí pasarlo, colocándome justo enfrente de su alerón delantero.

Para ser sincero, nunca había disfrutado tanto de una carrera como en Interlagos. El tiempo no podía ser mejor, tenía la pista despejada y todo marchaba sobre ruedas No recordaba cuándo había sido la última vez que había corrido tan relajado, y por fin sentía que no había estrés ni preocupaciones ni nada. Dejé que mi situación con Revello, y con Diyana, pasara a un segundo plano mientras llevaba mi coche a su punto óptimo y recorría el pintoresco trazado.

Las cosas continuaron así hasta que llegó el momento de mi primera parada.

—Muy bien, Miguel, entra en boxes, entra ahora —dijo Paula por la radio.

—Sí. —Me dispuse a entrar en el *pit lane*.

Las ruedas delanteras ya habían cruzado la línea cuando oí:

—¡No, no, no, no, quédate fuera, quédate fuera!

—¿Qué? —espeté—. ¡Ya estoy dentro!

—No podemos… Nosotros…

Entré en nuestro box. Lo que encontré allí me dio ganas de salir del coche y darle una paliza al responsable. Un equipo de mecánicos conmocionados se apresuraba a preparar las herramientas y los neumáticos.

Neumáticos.

No había neumáticos.

Reprimí toda mi ira mientras sustituían los izquierdos y, diez segundos después, los derechos. Contaba cada segundo que pasaba. Sin embargo, no podía gritar a mi equipo de boxes. Aún no tenía ni idea de quién era el culpable.

Salí disparado antes de que se desconectara el último taladro de mi coche, dejándolo colgando del cable detrás de mí.

—¡NO! —grité finalmente—. ¿Por qué me han enviado a boxes sin tener nada preparado?

—Miguel, eso es culpa nuestra. No sé exactamente de quién. Puede que sea un error del garaje.

—¿Error? ¡Es nuestro campeonato! ¡Los errores no ganan campeonatos! ¿Dónde estoy ahora?

—Bueno, Darien entró en boxes justo después de ti… Albrecht está entrando ahora, Zahrani sigue por delante de ti y detrás de Darien… Has salido en tercera posición por el momento.

Estaba atónito. ¿Cómo demonios había podido alguien estropear tanto una simple parada en boxes? El equipo sería el hazmerreír. Yo sería el blanco de todas las burlas.

—¿¡Tercero!? ¡Dile a Montalto que lo arregle ahora mismo, Pauli! ¡Por favor!

Ella no podía, y tampoco nadie del equipo. El daño ya estaba hecho. Para colmo, me habían puesto neumáticos duros y Peter, cuando volvió a salir, me adelantó con los blandos. Estaba completamente jodido. No podía hacer nada.

Mi carrera perfecta se volvió una pesadilla en un instante. Terminar cuarto fue un tormento. Diyana había obtenido seis puntos de ventaja, y solo quedaban cuatro. Cuatro puntos y una última carrera para decidir el título.

Observé desde un lado cómo Darien izaba la bandera brasileña, trepando sobre su chasis y señalando hacia arriba. Se quitó el casco.

—*Para você, Papai!* —gritó.

Podía ver las lágrimas que le corrían por la cara incluso desde lejos. Se lo merecía, y me alegraba enormemente por él. Pero, para mí, aquello fue un episodio fuera de lo común. Mi equipo se había disparado en el pie cuando apenas quedaban puntos por sumar en el Campeonato. La primera victoria de Darien ya me daba igual. Lo único que quería era ir al *motorhome* y exigir una explicación.

Después del podio y la rueda de prensa, lo hice. Necesitaba respuestas. Estaba furioso. Pasé a toda prisa junto a los fotógrafos que estaban fuera de nuestro garaje y entré pisando fuerte.

—¿De quién ha sido la culpa? —grité apretando los dientes.

El equipo ya se había reunido en el garaje 88. Nadie parecía especialmente contento; de hecho, la mayoría de ellos parecían tan enfadados como yo.

—Vamos a comportarnos de manera civilizada —intervino finalmente Cristo Montalto—. Pensemos en cómo podemos arreglar esto para la próxima…

—¡Es la última carrera! —espeté—. ¿Qué hay que arreglar? ¡No podemos perder puntos, Cristo! ¡Estamos a punto de perder ante Jolt!

Todos se quedaron en silencio y dirigieron su mirada hacia Cristo, incluida Paula. Ella era la única que sabía lo que pasaba con mi asiento, la única que conocía el peso extra que aquella situación suponía para mí. Así que me alegré de que se diera cuenta.

—¿Por qué no vas a dar un paseo, Miguel? —sugirió, aunque su tono dejaba claro que era más bien una orden.

Acepté encantado, busqué la salida más cercana y empujé la puerta para que el aire fresco me diera en la cara.

Se suponía que aquella iba a ser mi temporada. Que iba a ser el año en que por fin llevaría a casa el trofeo del Campeonato para mi familia. Pero parecía que iba convertirse en la despedida triunfal de Diyana.

Diyana.

Sentí la cálida presión de la arena contra mis pies mientras permanecíamos allí sentados en total silencio. Aquello era el final de algo viejo, el comienzo de algo nuevo, o ambas cosas. Aún no sabía cuál de las dos y, para ser sincero, no sabía cómo sentirme. No estaba seguro de lo que haría si ella cruzaba la línea de meta antes que yo y se llevaba el título, para luego ocupar mi puesto la temporada siguiente. Lo único que sabía era que tenía que hacer todo lo posible para asegurarme de que eso no sucediera.

48. Diana

Era difícil marcharse, pero el equipo tenía que hacer las maletas y salir de São Paulo a primera hora de la tarde del lunes. La última carrera de la temporada, el momento decisivo que había esperado toda mi vida, tendría lugar en una semana en mi circuito local.

Pensé que sería algo discreto. Al fin y al cabo, era lunes y el vuelo no iba a ser precisamente corto, por lo que aterrizaríamos a última hora de la mañana del martes. Decidí no arreglarme, me puse una camiseta *vintage* de Eduardo Palomas y unos pantalones de chándal con mis zapatillas más cómodas, y me relajé para prepararme para las dieciséis horas que iba a pasar en aquella lata de metal.

La multitud que me recibió cuando llegué al Emirates Palace de Abu Dabi fue increíble. Conseguir que mi coche pasara fue toda una hazaña para el conductor, pero cuando salí entre las barricadas, me quedé boquiabierta.

Había miles de aficionados gritando y empujando hacia las barreras que habían colocado, con carteles, vistiendo camisetas de mi equipo y ondeando banderas de Jolt Archambeau y de los Emiratos. Se extendían hasta los magníficos patios y alrededor del hotel a ambos lados, acampados bajo palmeras y sombrillas.

—¡Gracias a todos! —grité mientras daba una vuelta de trescientos sesenta grados, todavía asombrada—. *Alf, alf shokr!*

Avancé por la alfombra de color verde bosque que conducía a la entrada, avergonzada por seguir llevando pantalones de chándal y zapatillas, firmando tantos objetos y haciéndome tantas fotos como pude. Muchos pilotos lo hacían rápido, pero a mí me gustaba tomarme mi tiempo, probablemente porque era algo bastante reciente para mí. Una niña me pasó una foto mía de la Fórmula 3. Estaba con mi primer compañero de equipo, el también piloto Oliver Tottington, y aparecíamos de espaldas, haciendo el gesto de disparar con los dedos. Oliver y yo seguíamos en contacto. Probablemente fue el primer piloto en el que confié de verdad como amigo íntimo.

Sonreí al ver la foto, garabateé mi nombre en la parte inferior y dibujé un pequeño halcón en un lado.

Por muy divertido que fuera interactuar con mis fans locales, para mí también era un duro recordatorio: llevaba sobre mis hombros el peso de aquel país, de las mujeres de aquella región a las que simplemente se les había dicho «no». No había margen para el error ese fin de semana. O ganaba o me iba a casa sin el título. No tenía otra opción.

Me repetí aquello mientras pasaba toda la mañana del martes en el gimnasio. Mi entrenador me hizo sudar a lo grande. Y quizá fue lo mejor, porque mi agenda pintaba fatal. El miércoles tenía compromisos con los medios de comunicación en Dubái durante todo el día. El jueves por la mañana tenía que recorrer la pista y más tarde dar entrevistas para resumir el año. Y a partir de ahí, todo fue trabajar al máximo rumbo al fin de semana de la carrera.

Después del almuerzo, me vi hasta arriba de prensa y sesiones de fotos, además de un reto para YouTube de Jolt con Nic. La tarde se nos fue posando para fotos promocionales y jugando a uno de esos juegos con caramelos *Jelly Belly* que parecen normales pero saben a vómito. Para la hora de la cena, ya queríamos limpiarnos el paladar. Me uní a Nic para cenar en soledad en el restaurante chino *gourmet* del Emirates Palace. De hecho, fue una de las cosas más difíciles que he hecho nunca.

Éramos muy buenos fingiendo bromear durante los juegos y los retos, pero cuando eso desaparecía, no quedaba nada. La tensión volvió con toda su fuerza mientras esperábamos nuestra comida, y Nic dijo:

—Entonces… te vas de Jolt después de esto.

Su tono no delataba nada. No podía leerlo. ¿Estaba siendo sarcástico o sincero?

—Sí —dije simplemente.

Esperó un momento.

—¿Seguiremos odiándonos?

Suspiré.

—Nic, nunca te he odiado.

—No mientas.

—Nunca —insistí.

Era cierto. Me sentaba a ver nuestros viejos vídeos del comienzo de la temporada, con la esperanza de que algo cambiara y recuperara a aquel Nic, aquel amigo fiable para todos los de su círculo.

—Quizá me enfadé contigo. Quizá tuvimos momentos difíciles, quizá no estoy de acuerdo con tus decisiones. Pero no te odio, Nic.

—¿Estás segura? Incluso después de, ya sabes… —Tragó saliva—. Quiero ser sincero contigo, Diana, sobre lo que hice…

—Sé que hablaste mal de mí y de mi familia en televisión en directo. Aun así, no te odio.

Él seguía sin parecer convencido, y eso me hizo soltar una carcajada.

—¿Es esta la versión de Nicolò Necci de empezar de cero?

—Sí. No. Vale, sí —admitió Nic.

Hacía mucho tiempo que no le veía bajar la guardia así. Lo último que recordaba era que todavía estábamos juntos cuando me dejó ver ese lado suyo, tímido y torpe. ¿Qué había cambiado?

—La verdad es que no… No desempeñé mi papel de compañero de equipo tan bien como debería haberlo hecho este año. Y ahora podríamos separarnos, estás a punto de ganar el título en tu primera temporada, pero es posible que te vayas. Vayas donde vayas, no quiero perder el contacto. Al principio conectamos, pero yo… lo estropeé todo.

Casi no podía creer lo que estaba oyendo. Sonreí.

—Nic. No mientas.

—En serio. —Se rio entre dientes—. Lo digo en serio. Me siento fatal. No puedo deshacerlo todo, no puedo conseguirte una plaza para el año que viene, pero puedo ofrecerte una rama de olivo.

Nic extendió la mano sobre la mesa.

—¿Amigos?

No podía decir que no. Si iba a dejar el deporte, no quería hacerlo con rencor. Así era la Fórmula 1. La vida en las carreras era efímera. Corríamos y, de repente, todo se acababa. Nunca sabías cuándo

volverías a ver el interior de una cabina. No había tiempo para guardar rencor, solo para disfrutar de lo que habíamos construido.

Miré a Nic a los ojos y le estreché la mano.

—Amigos.

—Genial. Ahora tengo que decirte algo como amigo. —Nic fue directo al grano, recostándose en su silla, con los dedos entrelazados y una expresión severa.

Arqueé una ceja.

—No te pases.

—Me ha llamado la atención algo. —Frunció los labios—. Rompiste con Mig por Cavanaugh y este equipo, ¿eh?

Mi corazón dio un vuelco al recordar aquella horrible reunión.

—Cavanaugh me dio un ultimátum. Lo que dijo fue como una amenaza. Tenía mi puesto en la palma de su mano.

—¿Pero te lo devolvió?

Negué con la cabeza.

—Nunca supe nada.

Nic resopló.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¡Diana, se supone que soy yo quien debe hacer todo lo que el equipo diga! —Se echó a reír—. Fui horrible. Seguí todas sus estupideces al pie de la letra. Literalmente me puse en tu contra, te llamé la piloto inferior; ¿qué no te dije en nombre de este equipo? Casi te golpeé una o dos veces de lo agresivo que me puse en la pista. Eso no es lo tuyo, Di; lo tuyo es hacerlo mejor. Tú demuestras que la gente se equivoca. Eso es lo que haces.

Tenía un fuerte deseo de empezar a odiar a Nic de verdad. ¿En serio pretendía darme lecciones sobre el comportamiento de los suyos? Pero, por extraño que fuera, parte de lo que decía tenía sentido. ¿Por qué estaba negando mi propia esencia? ¿Qué me lo impedía?

—Vale, mira. —Nic se tomó un respiro y volvió a ponerse serio—. ¿Recuerdas cuando Mig y yo la cagamos y tuvimos ese incidente en Jaipur, en la curva cinco más o menos?

—¿Cómo podría olvidarlo? Lo sacaste de la carrera de un plumazo.

Nic tosió incómodo.

—Soy muy consciente de ello. Pero después de esa carrera, Diana, te vimos subir al podio. Y fue la forma en que Miguel te miró… Le pregunté si renunciaría a un P1 por ti. Él siguió mirándote con una especie de devoción, como alguien que está de pie ante el altar de una iglesia. Dijo que renunciaría a un millón de P1 por ti. Dijo que renunciaría a todos ellos. No sabía que tuviera una vena rebelde.

—Lo haría… —Me quedé sin palabras.

Últimamente, sentía que Miguel nunca me antepondría a su carrera, no cuando era su puesto el que yo podía ocupar el año siguiente. Aquello me dejó completamente perpleja.

—Lo haría. —Nic se encogió de hombros—. Así que ya sabes. Piénsalo.

Normalmente, me hubiera encantado visitar Dubái por mi cuenta, pero aquello no era como la última vez, cuando había ido a la ciudad con Miguel. «La fiebre por Diana es muy fuerte», me había dicho mi director de Relaciones Públicas. «No podemos dejarte ir sin acompañante».

Sin embargo, estaba emocionada. Se había filtrado en las noticias que la ciudad me guardaba sorpresas preparadas, lo cual me tenía entusiasmada. Nic se uniría a nosotros, pero seguiría su propio camino, mientras que yo pasaría la mayor parte del tiempo con un puñado de miembros del equipo personal del jeque de Dubái, que asistirían en su lugar. Me puse mi mejor *abaya* para la ocasión: una sedosa de color beis con pantalones blancos anchos y una blusa blanca a juego, junto con un par de zapatos planos negros y los gruesos aros de oro de mi madre. Estaba casi temblando bajo la abaya; no podía aguantar la espera.

Salimos a primera hora de la tarde y llegamos a tiempo para un cordial almuerzo en el Burj al Arab ofrecido por el primer ministro y sus colaboradores. Después, estuve a disposición del equipo del jeque para cumplir con mis obligaciones cívicas como atleta de los Emiratos: paseos por la ciudad, paradas para hablar con familias y hacerme fotos con niños, una mesa redonda con líderes gubernamentales y, por último, las sorpresas.

Por supuesto, mi ciudad era absolutamente hermosa. Me encantaba hacerme fotos con los transeúntes, simplemente charlando de manera informal. Me recordaba a mis tiempos antes de comenzar en las carreras de Fórmula 1, antes de que todo el mundo empezara a verme como otra jequesa de aquella ciudad. Sabía que una jequesa tenía sus obligaciones, pero, sobre todo, trataba a su pueblo con amor y cuidado. Aquella oportunidad de mantener cierta conexión con lo que realmente importaba era lo más significativo para mí. La gente de allí, a mi modo de ver, era lo más bonito de Dubái.

Mis obligaciones gubernamentales fueron sorprendentemente intrigantes. Participé en una mesa redonda sobre las mujeres emiratíes en el deporte. Como solo estaba de visita y pensaba que no podría decir mucho, me sorprendió que me pidieran que hablara. No puedo mentir: disfruté de la experiencia, pero esperaba que no pudieran ver todo el sudor que se filtraba a través de mi blusa y delataba mi nerviosismo.

Tuve un respiro cuando mi nuevo séquito de hombres con *thobes* y *shemaghs* me llevó al centro comercial Dubai Mall. Conseguimos el mirador perfecto desde un balcón integrado, con vistas a la fuente y alineado con el Burj Khalifa.

Me acordé de cuando estuve allí con Miguel. Él había quedado tan impresionado con todo, con aquella mirada de asombro en su rostro. «Basta», me dije a mí misma. «No es momento de perder la cabeza».

—¿Habrá un espectáculo? —pregunté en árabe a mi grupo de confidentes.

—Un espectáculo especial, sí —respondió con una sonrisa el consejero de mayor rango.

Era el líder del grupo, pero también era bastante impreciso y respondía a todas mis preguntas con acertijos. Muy divertido.

La música comenzó: laúd y tambores árabes tradicionales con un toque de música dance moderna. El agua brotaba de los chorros de la fuente en una ola dorada. Era impresionante, pero lo que me llamó la atención fue el Burj Khalifa que se alzaba delante.

El lado que daba hacia nosotros se iluminó con la imagen de un cielo azul en el desierto y, a continuación, un halcón que descendía en picado con las alas extendidas hasta posarse en una mano enguantada. Los colores de la bandera emiratí llenaron la pantalla: rojo, verde, blanco y negro. La torre brilló y, de repente, allí estaba.

La foto de mi equipo para Jolt Archambeau llenaba las pantallas, con la bandera al fondo, mientras yo posaba de lado, con los brazos cruzados y el rostro serio con mi traje negro y morado.

—Oh —logré decir.

Me tapé la boca con las manos mientras la enorme torre reproducía más vídeos. Mi primer podio en Arabia Saudí, clips de la temporada pasada, imágenes de mi coche e incluso vídeos tan antiguos de mi carrera en la Fórmula que ni siquiera sabía que existían. Mi primera carrera de Fórmula 3 y la victoria posterior, en la que señalé a la cámara y grité que iba por mis padres, ya que horas antes me había enterado del accidente: Baba estaba en estado crítico. Abrazando a mi madre y a mi padre después de COTA. Sosteniendo la bandera de los Emiratos Árabes Unidos en mi vuelta de la victoria. Reuniéndome con mis amigos de la F2 cuando me enteré de mi contrato con Jolt. Lanzando besos a las gradas antes del nuevo GP de Miami.

Jadeé en voz alta cuando los chorros de la fuente alcanzaron su máxima altura y las luces se tiñeron de los colores de la bandera. En el Burj Khalifa, levanté los puños, cerré los ojos y las lágrimas corrieron por mi rostro en un momento de felicidad tras la carrera, de pie sobre mi chasis con el equipo completo.

BIENVENIDA A CASA, DIANA apareció debajo de mí en árabe. *DUBÁI TE APOYA EN EL GRAN PREMIO DE ABU DABI*.

La multitud que observaba desde los niveles principales gritaba como loca. Luché contra el impulso de hacer lo mismo. Aquella chica expatriada que peleaba por encontrar un kart y un entrenador en Yeda nunca había soñado con que su foto se proyectara en el Burj Khalifa, con que toda una nación la apoyara en un viaje tan loco.

—Ve a ganar ese título —dijo una nueva voz detrás de mí.

Miré hacia atrás e inmediatamente me quedé paralizada en mi sitio.

Era el jeque. Flanqueado por seguridad y personal, por supuesto, pero era él. Mi respiración se entrecortó, mis ojos se abrieron de par en par. Mis manos temblaban a los lados. ¿Qué hacía la gente cuando se encontraba con el jeque?

—Alteza, yo… —Me reí nerviosa—. No tengo palabras. El apoyo de su ciudad es un gran honor para mí. No puedo creer nada de esto, gracias…

—Es tu ciudad —afirmó con una sonrisa, señalando el Burj Khalifa —. Y yo te doy las gracias. Sé que nos traerás la victoria ese fin de semana, Diyana. Al fin y al cabo, eres nuestro halcón.

49. Miguel

—Saludos a todos en esta última rueda de prensa de 2022.

El alivio flotaba en el ambiente. Aunque teníamos al demoniaco Crowberry conduciendo las entrevistas, ya casi habíamos terminado. Eso merecía una celebración.

Diyana, Darien, Andrea, Alex y yo nos sentamos juntos, en fila, en unas sillas plegables.

—Creo que sería apropiado preguntaros: ¿cómo ha sido la temporada para vosotros? —comenzó Crowberry—. ¿Qué conclusiones sacáis en este momento? Empecemos por Darien, de izquierda a derecha. Bueno, acabas de vivir tu momento de la temporada, amigo.

—Sí —respondió Darien sonriendo—. Representar así al equipo fue una sensación diferente. Ha sido una locura, una gran temporada en el coche. Esta temporada fue mucho mejor para mí. Tuve un compañero genial y un equipo fantástico. La química, la dinámica, fue lo que más disfruté. Ojalá sigamos por ese camino y que el año que viene seamos todavía más competitivos.

—Sin duda, esperamos lo mismo para ti, Darien, y también para Heidelberg. Siguiente… ¿Miguel? —continuó Crowberry.

¿Conclusiones? Últimamente no conseguía extraer nada positivo de la temporada. Pero sonreí y mentí, como me habían enseñado.

—Creo que este año he aprendido a adaptarme. Está claro que el deporte puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Hay que estar preparado para eso, para responder inmediatamente si quieres el trofeo. El año que viene trabajaremos en nuestra capacidad de respuesta, sin duda. Tendremos planes C para nuestros planes B.

Crowberry asintió.

—Seguro que eso también vale para tu última carrera.

Me removí en la silla. Claro que no.

—Sí, sin duda —respondí en cambio.

Afortunadamente, no insistió en el tema. Se volvió hacia Diyana y esbozó una sonrisa falsa de presentador televisivo, mostrando demasiado los dientes.

—Pasemos ahora a nuestra estrella novata, Diana. Ya estás compitiendo por el título del Campeonato en tu primer año en la Fórmula 1, tras entrar en juego cuando un accidente inesperado dejó un asiento vacío. Lo has tomado con calma. Y creo que todos hemos visto el espectáculo que montó Dubái para despedirte antes de la carrera del fin de semana. ¿Qué ha significado la temporada para ti?

Diyana suspiró. La vi hacer crujir sus nudillos mientras pensaba; lo hacía siempre que se ponía nerviosa. Sonrió con cierta melancolía.

—Muchas cosas. Esta temporada me ha dado amigos y familia. Me ha proporcionado una plataforma en mi país desde la cual inspirar cambios. Me ha acercado tanto a la destrucción como a los sueños. Pero, sobre todo…, me ha permitido crecer como piloto y como persona. Al principio, pensé: «Maldita sea, nadie quiere esto, nadie quiere a una mujer aquí. Quizá ni siquiera yo lo quiera». Entonces me di cuenta de que, aunque el mundo quizá no lo quisiera, mi corazón sí. Sabía que solo sería feliz al volante. Eso es lo que ha significado la temporada para mí. Felicidad.

Todos los que estaban sentados en aquella rueda de entrevistas sabían tan bien como yo que la temporada no había sido solo felicidad, especialmente para Diyana. Los miré, pero, para mi sorpresa, no parecían tan escépticos como yo me sentía. También ellos irradiaban nostalgia.

Recordé el primer P1 de Diyana en COTA y cómo me había agradecido que llevara a sus padres. También pensé en nuestra gran familia de la parrilla: las comidas en Jaipur, las risas por el choque múltiple que le dio a Alex su primera victoria, las bromas a los entrevistadores en las conferencias, los pasteles de cumpleaños y el ataque de notas adhesivas al coche de Kasper (un tema tabú). Quizá, de alguna forma, aquella temporada nos había dejado a todos un poco de felicidad.

Antes de darme cuenta, llegó el último fin de semana de carreras de 2022. Las cosas empezaron a mejorar para mí el viernes con un segundo puesto en la FP1 y el primero en la FP2; parecía que los acontecimientos posteriores a Brasil en el garaje habían obrado magia con el trastorno de Revello. La FP3 selló el acuerdo, con otro segundo puesto para mí y un tercero para Andrea. Todavía teníamos una oportunidad, una gran oportunidad.

Entramos en la clasificación bajo la puesta de sol de Abu Dabi, impulsados por la adrenalina. La tensión en mis hombros se relajó mientras pasaba de la Q1 a la Q2 y a la Q3.

—Te he conseguido un buen tramo vacío. Haz tu mejor vuelta rápida —me ordenó Paula cuando quedaba un minuto.

Conseguí la mejor vuelta que jamás había hecho en Abu Dabi. Sonreí mientras frenaba tarde y me catapultaba por las traicioneras curvas. Crucé la meta y terminé la vuelta volando. Si aquella no era la vuelta definitiva, no sabía cuál podría serlo.

—¡*POLE* PROVISIONAL! —gritó Paula.

—¿QUÉ? —chillé.

—¡NO, *POLE*! ¡SE ACABÓ, ERES *POLE*! —gritó.

—¡NO PUEDE SER!

Revello había vuelto, así, sin más. Y debo admitir que sentí hasta alivio al completar la vuelta. Todos los obstáculos hasta el momento habían minado mi confianza. Pero no había perdido el toque. Seguía estando en mí, maldita sea. Solo me quedaba confiar en tenerlo más bajo control que Diyana.

50. Diana

Me arrodillé en el garaje. Mi madre y mi padre me abrazaron con fuerza, todos acurrucados juntos por última vez antes de la carrera de mi vida. La carrera que, con solo una temporada, definiría mi trayectoria.

Los labios de Baba se movían en oración silenciosa. Yo ya sabía las palabras. «Protege a mi hija», decía siempre antes de que compitiera. «Tráela de vuelta sana y salva».

—Amén —susurró Baba.

—Amén —repetimos Ammi y yo.

Permanecimos así un momento más antes de que me levantara y respirara hondo.

—Elissa, habla con ella —le dijo Baba a mi madre con una sonrisa.

Ammi le devolvió el gesto y me llevó aparte. Aquel era su ritual previo a la carrera. Antes de COTA me había dado una charla, igual que antes de todas mis carreras de karts. Y esa vez no fue diferente, justo cuando más falta me hacía.

—Para mí siempre serás mi *joonam* —comenzó—, pero ahora perteneces también a un propósito mayor, a esta gente. Ellos también te tienen como su orgullo y su alegría.

Ammi me agarró por los hombros. Pensé que me daría el discurso motivador de mi vida, y yo estaba dispuesta a oírlo. Con el tiempo había aprendido que, casi siempre, ella acertaba. Pero no dijo nada más; solo me miró fijamente con esos ojos verdes tan intensos y pronunció:

—Llévalo a casa.

Nunca había entrado en un circuito con más adrenalina en las venas que en aquel momento. Nos alineamos en la parrilla después de una vuelta de formación bajo el hermoso atardecer. La multitud cantaba y vitoreaba. Las gradas eran un mar de banderas. Todo había conducido a aquel momento. Todos los largos entrenamientos, los viajes, los compromisos, las lágrimas, las visitas a Urgencias, las

desilusiones, cada gramo de dolor que había soportado, cada gramo de oro que habíamos vendido por aquellos sueños. El circuito Yas Marina de Abu Dabi vibraba con energía, el corazón que sostenía mi mundo en ese preciso momento.

Mi familia. Mis fans. Ya no estaba sola en aquella búsqueda. Un millón de personas me respaldaban para que siguiera adelante. Gritaban mi nombre. *Yalla*, Diana.

Fijé la mirada en la pista que tenía delante a través del halo. Corríamos en casa y, si no defendía mi territorio, decepcionaría a aquel público.

Se apagaron las luces.

Más tarde me dijeron que había sido mi mejor salida de toda la temporada. El instinto se activó y tomó el control. Conduje como si fuera algo natural. Miguel, justo a mi lado en la *pole*, se adelantó, pero yo mantuve el ritmo, acelerando hasta alcanzar una buena velocidad y siguiéndole de cerca.

A medida que la parrilla se fue dispersando en las siguientes vueltas, perdí algo de terreno.

—Delta de más de dos segundos —dijo Aiden—. Intentemos acelerar un poco más, ¿te parece?

Aceleramos y pronto la distancia comenzó a reducirse. Aún no estaba persiguiendo, pero era un buen progreso. Con aproximadamente un segundo y una décima entre nosotros, entré en boxes para cambiar a neumáticos duros. El equipo realizó una de sus paradas más rápidas del año y me devolvió a la pista con el motor rugiendo.

—Miguel entra en boxes. Así que ahora estás justo detrás de Darien, Diana.

—Claro. Lo alcanzaré.

Adoraba a Darien, mi extravagante niño salvaje favorito, pero aquello era estrictamente profesional. Los adelantamientos eran adelantamientos.

—No me lo está poniendo fácil —refunfuñé mientras intentaba abrirme paso. La intención era forzar a Darien a una posición defensiva y aprovecharla para adelantar, pero él no respondía. Se quedó justo donde estaba.

—No te atrevas a volver a hacerlo —advirtió Aiden.

Sonreí bajo mi casco y aceleré en la siguiente curva. Me deslicé por el interior y pasé casi rueda con rueda junto a Darien. Pero valió la pena: salí en primera posición.

—Lo conseguí.

—Estás completamente loca.

—Soy consciente. ¿Dónde está Miguel? —pregunté.

—Está dando la vuelta por el otro lado de Darien. Estará justo detrás de ti —respondió Aiden—. Mantengamos el ritmo.

Llegué a la vuelta treinta y cinco en cabeza, momento en el que se produjo la segunda parada para cambiar a neumáticos duros. Abu Dabi era sofocante; el desgaste de los neumáticos era máximo y estaba perdiendo velocidad rápidamente. Aquella vez, sin embargo, apostamos por entrar en boxes después de Miguel. Cuando llegué a boxes, Aiden me recordó que la esperanza era que pudiera aprovechar la ventaja de los neumáticos nuevos para tomar la delantera.

Pero el calor empezaba a agotarme. La voz de mi madre resonaba en mi cabeza: «Llévalo a casa». Miguel, en primera posición, era de repente imbatible. Con él rindiendo al máximo de su potencial, superarlo era una quimera.

—Aprieta más, Diana, tienes combustible —me animó Aiden—. Diez vueltas y sigues fuera del alcance del DRS.

Me estaba costando mucho. No tenía experiencia compitiendo en aquellas condiciones y a aquella velocidad. Cuando conseguí la primera dosis de DRS para mi coche, ya quedaban dos vueltas.

—Delta de cinco décimas y reduciéndose. Aprovecha el hueco cuando lo veas.

La voz de Aiden denotaba un nerviosismo que nunca antes había oído. Incluso mi inquebrantable ingeniero empezaba a preocuparse.

Mi corazón latía con fuerza contra mi caja torácica cuando me di cuenta de lo que estaba pasando. Era lógico que en la carrera de mi vida se presentara la prueba de mi vida. Mis padres estaban en el *paddock*. Miguel estaba milésimas de segundo por delante de mí. Y la mayor victoria de mi carrera estaba en juego.

El miedo se apoderó de mí. Agarré el volante con fuerza mientras mi respiración se aceleraba. No había escenarios alternativos: ganar o perder, nada más. Allí estaba yo, en una pista con diecinueve hombres, en un deporte pensado para ellos.

—*Ya qalbi*.

Se me cortó la respiración al recordar aquella carrera. Jeddah, la serie junior de monoplazas. Mi primera derrota, y yo estaba inconsolable. Estuve en silencio todo el camino a casa y, cuando llegamos, me encerré en mi habitación y lloré. Solo tenía catorce años. No tenía nada que perder, salvo aquella carrera.

Pero mi padre, con la mayor delicadeza posible, llamó a la puerta. Y como un ingeniero a través de la radio, escuché su voz.

—¿Diyana?

Me sequé las lágrimas de la cara.

—¿Baba?

—Escúchame. Esta no es la niña que criamos. Conozco a esa niña y sé que no deja que sus miedos la venzan. No puedes permitirte tenerles miedo —me dijo mi padre, con palabras mesuradas y calculadas—, cuando son ellos los que deberían tener miedo de ti.

—¿De… mí?

—De ti, *ya qalbi*. Una carrera, una derrota, eso no te define. Te hará más fuerte y te hará intrépida. ¿Lo entiendes?

Asentí con la cabeza, olvidando que él no podía verlo.

—¿Lo entiendes, Diyana?

—Lo entiendo, Baba —dije por fin, con voz temblorosa.

Pisé el acelerador a fondo al entrar en la siguiente curva. Tenía que hacerlo. No podía dejar que me asustaran. Un adelantamiento más y a por el título.

«Voy a ganar».

Frené lo más tarde que pude y me metí por el interior por última vez. Mi coche dio una sacudida y tocó fondo con tanta fuerza que pude ver las chispas salir disparadas por los lados. Apreté los dientes contra la fuerza que sentía en el cuello mientras me estabilizaba y salía disparada aún más rápido, acelerando con Miguel justo a mi lado. Él avanzó unos centímetros. Yo respondí.

Maldiciendo entre dientes, pisé el acelerador a fondo en la recta. Estaba a casi dos décimas de él. Mi rueda delantera derecha casi tocó su trasera izquierda. Nuestros alerones amenazaban con rozarse. Exhalé, pisando con tanta fuerza que sentí que se me iba la cabeza y la parte trasera de Miguel se convirtió en una mancha blanca y roja. Cada célula de mi cuerpo me decía que parara, pero no lo hice. Y, una vez más, al igual que en aquel primer podio en Arabia Saudí, todo se decidió en la recta final.

Aceleré todo lo que pude. Los ojos de miles de emiratíes estaban puestos en mí, miles de mujeres, las que veían la televisión a puerta cerrada y con el volumen apagado para que sus familias no las oyeran. Mis padres, mis viejos amigos, la chica a la que le había firmado el casco en Imola. Y esperaba y rezaba para que las fuerzas superiores también me estuvieran observando.

—¡DIANA! ¡DIANA!

Era Aiden. Vi destellos y más destellos sobre mi cabeza. ¿Qué había pasado? ¿Me había estrellado? No era posible, seguía conduciendo.

No, estaba ilesa. Y aquello no eran chispas.

Eran fuegos artificiales.

—Yo no… Yo no he…

—¡ERES TÚ, DIANA, LO HAS HECHO TÚ! —gritó Aiden, perforándome los tímpanos—. ¡LO HAS REVENTADO!

—Diana, aquí Theodore Cavanaugh —intervino una nueva voz. El director de nuestro equipo, el responsable del lío en el que me había metido. Aquella vez, sin embargo, no estaba allí para cambiarme por mi compañero de equipo ni para advertirme de mi destino en el deporte—. Qué carrera, Diana. Qué carrera. Es un honor haberlo presenciado. Es un honor tenerte como piloto.

—*CAMPEONA DEL MUNDO* —oí retumbar por los altavoces—. *DIANA ZAHRANI, COCHE NÚMERO CUARENTA Y CUATRO, JOLT ARCHAMBEAU…*

La multitud estaba absolutamente eufórica mientras yo intentaba saludarla lo mejor que podía. Volví a la pista y llegué a la recta principal. Aiden volvió a comunicarse por radio.

—Destroza ese coche, Diana.

Grité y giré el volante hacia un lado. El aire se llenó de humo espeso mientras daba vueltas y vueltas en círculos, con ambas manos fuera del volante.

Cuando aparqué, me daba vueltas la cabeza. Sentía como si todas las cuerdas que me ataban a aquel mundo se hubieran roto y estuviera flotando libremente en aquel plano infinito de sueños.

Al principio, luché contra mi propio cuerpo solo para ponerme de pie sobre el chasis. Todo era tan ruidoso, tan abrumador. Cuando por fin conseguí mantener el equilibrio, apenas podía levantar los brazos en éxtasis. Alguien me entregó la bandera de los Emiratos. Intenté sostenerla con fuerza, pero solo pude llorar.

Cuando bajé del coche, inmediatamente me puse a cuatro patas en el suelo y lloré desconsoladamente, con sollozos entrecortados. La superficie del asfalto paspaba mis guantes, pero era una sensación reconfortante. Un viejo entrenador me dijo una vez que lo que le das al asfalto, él te lo devuelve. Le había dado todo lo que podía, ya que sabía que ese era mi único propósito en la vida. Él me había colmado de bendiciones.

Mis padres fueron los primeros en llegar, Ammi empujando a Baba en su silla de ruedas. Estaban llorando como yo, y los tres lloramos juntos.

Luego, una marea negra, plateada y púrpura se nos vino encima. El equipo entero invadió la pista. Quise agradecérselo a todos, pero no pude ni levantarme.

—¡Levántate, *joonam*! —oí que decía mi madre mientras me daba un golpecito en el casco—. ¡Ahora eres una campeona!

Me agarró de las manos y me ayudó a levantarme. Me quité el casco y el pasamontañas, y dejé escapar un grito primitivo, nacido del nudo de dolor y sacrificio que llevaba en el pecho.

La celebración en el podio me dejó sin fuerzas.

Al escuchar a la banda tocar en directo nuestro himno nacional una vez más, apenas podía creerlo, aquella vez con tambores, *rabab*, un coro de niños y todo. Era el primer Campeonato Mundial de Oriente Medio, la primera vez que escuchábamos cantar nuestro

maravilloso *Ishy Bilady*, mientras uno de los nuestros subía al escalón más alto del podio como ganador del título de Fórmula 1. Parpadeé para contener lágrimas. Las cámaras disparaban sus *flashes* y mis compatriotas emiratíes gritaban de alegría con cada estrofa, rugiendo cuando la banda llegaba al *crescendo*, el himno terminaba y yo levantaba la bandera detrás de mí.

Acepté mi trofeo con manos temblorosas. Agarramos nuestras botellas. Por última vez en aquella temporada, sonó el *Preludio* de Carmen y, antes de darme cuenta, Miguel y Darien me habían empapado por completo. Nos reímos juntos mientras yo agitaba mi trofeo en el aire y, al final, mientras los aficionados tomaban fotos y gritaban emocionados, me senté en los escalones, desconcertada por lo que acababa de vivir. Todavía no me parecía real.

Y entonces sentí una mano en mi hombro.

Me giré sobresaltada.

—¿Miguel?

—Diyana. —Su voz se quebró al pronunciar mi nombre, tan bajo que solo yo pude oírlo. Apreté los labios para contener un grito.

—Miguel…

—Diyana —repitió—. Vamos a hablar. Aquí mismo. Ahora.

51. Miguel

Estaba sufriendo.

Los De la Fuente éramos arrogantes. Siempre teníamos que ser los mejores, y cuando no lo éramos, no sabíamos cómo afrontarlo. No sabíamos perder.

Las trompos fueron divertidos, y toda aquella locura de final de temporada en nuestros coches también. Sin embargo, durante todo ese tiempo, solo sentía una profunda tristeza al darme cuenta de que había pasado otro año sin defender el nombre de la familia y, lo que era peor, otro año sin ganar. Ni el Campeonato de Pilotos, ni el de Constructores. Jolt se había llevado ambos.

Pero entonces la vi allí arriba, como siempre. Lloraba de felicidad mientras su gente coreaba su nombre, ondeaba banderas y hacía pequeños corazones con las manos cuando alzó el trofeo de P1.

Las palabras de Paula empezaron a cobrar sentido.

Estaba sentada en el escalón del podio, mirándome con sorpresa en sus ojos enrojecidos, con los iris brillando mientras la pantalla LED detrás de nosotros reproducía su vídeo de victoria. Su pelo mojado seguía trenzado, empapado de champán, con algunos rizos escapándose de las gomas transparentes. Sus botas de competición reposaban junto a ella.

—En primer lugar, enhorabuena —le dije mientras me sentaba a su lado en el escalón—. Hiciste una carrera increíble.

—Gracias. —La expresión de asombro seguía sin abandonar su rostro—. ¿Estás bien, Miguel? Sé lo duro que entrenaste y…

—Estoy bien. —Exhalé. Me llevaría tiempo, pero volvería a estarlo.

—¿Estás enfadado conmigo por haber ganado?

Qué pregunta tan audaz. Se podía interpretar de muchas maneras, pero sus ojos, inocentes y muy abiertos, preocupados, delataban sus intenciones. Seguía poniéndome primero, seguía preocupándose por mí cuando solo debería estar disfrutando de su éxito.

Levanté la mirada para encontrarme con la de Diyana. Ella apartó la vista hacia la parte inferior del podio. Era una pregunta difícil. Por supuesto que su victoria me había molestado.

—Estoy un poco enfadado.

Frunció el ceño y bajó la mirada hacia sus manos.

—Pero no me atrevería a enfadarme contigo. Lo estaría conmigo mismo, porque en toda esta estúpida competición, olvidé que una de las cosas más importantes que aprendí esta temporada fue cómo apoyarte. —Mis zapatos chirriaron en el suelo cuando me giré hacia Diyana—. Nunca te quejaste. Me diste todo el amor que pudiste. Y no pediste nada a cambio. Me sentiría profundamente decepcionado conmigo mismo si, en vez de reverenciar tu tenacidad, la pusiera en duda. Porque si llegara a eso, Diyana, no importaría quién ha ganado hoy. Ya habría perdido hace mucho tiempo.

Diyana clavó sus ojos en los míos. Pensé que eso era todo. Que se levantaría y se marcharía. Esa sería su decisión. Ese sería el final.

Pero no se marchó.

Apoyó la cabeza en mi hombro y exhaló. Pude sentir cómo la angustia abandonaba su cuerpo, oler cada nota del sándalo que usaba en su cabello.

—Miguel… Solo quiero que no sufras por mi culpa. Sé que tienes mucho mucho talento, y si ocupo tu lugar…

—No. Vas a ocupar mi puesto. —Le agarré las manos y me levanté, y, aunque parecía confundida, se levantó conmigo, apartándose un rizo detrás de la oreja y ajustándose la gorra.

Bajé del estrado, quedando debajo de ella, y miré a la mujer que se había ganado mi corazón durante aquella temporada de locura. Me quité la gorra y la dejé a sus pies.

—No puedo cambiar la forma en que el mundo te mira, Diyana. Sé que tú sola puedes callarlos, pero ahora mismo solo puedo decirte que nunca vas a ser segunda en nada para mí. —Sentí que se me encogía el pecho y las lágrimas me quemaban los ojos, allí mismo, en el escenario, mientras el público enmudecía—. Quiero que persigas tus sueños, quiero que encuentres la felicidad al volante y, maldita sea, quiero hacer los sacrificios necesarios para que tú no tengas que hacerlos. Llueva o haga sol, Revello o Jolt, no me

importa dónde estés, siempre que pueda estar a tu lado. *Cariño*, para mí eres el escalón más alto del podio. Eres mi Campeonato. Que les den a los trofeos. Te lo ruego. No voy a perder la bendición que el mundo me ha regalado por segunda vez.

Diyana se tapó la boca con las manos mientras le temblaban los hombros y las lágrimas corrían por sus mejillas. Apretó los ojos con fuerza, y yo me quedé esperando, rogando por una señal, por cualquier indicio de que quería intentarlo, de que me dejaría ocupar en su vida el lugar que ella había ocupado en la mía.

Abrió los ojos y asintió. Una vez, dos veces.

—Que les den a los trofeos suena… bastante bien —logró decir con una risa entrecortada, bajando corriendo los escalones hacia mí.

—Oh, ven aquí. —La alcancé y la rodeé con mis brazos, acercándola por las caderas, los dos empapados de champán. Tomé su cara entre mis manos y la besé, y ella respondió al instante. Podía saborear la sal de sus lágrimas mezclada con el alcohol. Era un beso distinto, cargado de desesperación y alivio, como si mil deseos y agradecimientos se hubieran escondido entre el roce de sus labios con los míos.

La multitud que gritaba, las decenas de miles de aficionados que veían cómo se desarrollaba nuestra historia ante ellos, eran ruido de fondo cuando se apartó y susurró las palabras que yo había querido decirle todo aquel tiempo:

—Te quiero, Mig, te quiero muchísimo.

No pude ocultar mi sonrisa, incluso cuando ambos lloramos todo lo que habíamos querido llorar durante los últimos diez años.

—Yo también te quiero, Diyana —le susurré, con los labios junto a su oído para que no se perdiera ni una palabra, para que supiera exactamente lo mucho que significaba para mí—. Lo eres todo, *cariño*, todo.

Mi campeona. Mi Diyana.

Diciembre de 2023

Haber decidido continuar compitiendo contra Diana Zahrani ha sido una de las mejores y peores decisiones que he tomado nunca.

Miguel Ángel de la Fuente
N.º 88, Heidelberg Hybridge F1 Team

Epílogo. Diana

Tarareaba una antigua canción de cuna egipcia mientras sacaba del fogón una olla recién hecha de *ghormeh sabzi*. Las cenas habían sabido especialmente deliciosas después del Campeonato Mundial de hacía una semana, tenía que admitirlo. El *ghormeh sabzi*, mi plato persa favorito, ya se había hecho esperar demasiado. Era hora de darme un festín a lo grande.

Miré el teléfono con un suspiro. Todavía nada. Ese idiota llegaba tarde. No tenía excusas esa noche. Le había dicho que la comida persa era un arte delicado. A las siete en punto. Creía haberlo dejado muy claro, pero seguramente no había sido suficiente para él. Me pregunté si lo habrían interceptado los medios o un grupo de fans, a los que nunca podía resistirse.

—¡No es fácil soportar tu fama de De la Fuente! —le había dicho cuando volvimos a casa después del caos del fin de semana.

Miguel me dio un codazo en el hombro juguetonamente.

—Como si tu fama Zahrani del año pasado hubiera sido más fácil de llevar.

Sonreí ante eso. Tenía que admitir que éramos un equipo de ensueño. Nuestros trofeos del Campeonato Mundial, aunque estaban con sus respectivos equipos —el mío en la sede de Jolt y el suyo recién ganado en 2023 con Heidelberg Hybridge—, quedarían unidos en la historia. Claro, me había molestado que su brillante coche negro pasara zumbando junto al mío y se llevara el título del año, pero yo, al igual que Miguel, no podía estar enfadada mucho tiempo. Estábamos en un punto en el que compartíamos victorias y derrotas, y aunque tomábamos muchas decisiones pensando ante todo en el deporte, nunca lo antepondríamos a nuestra relación.

Aun así, él tenía una obligación mínima conmigo. Habían sido unos días espantosos: fans enloquecidos golpeando nuestra puerta, *flashes* a cualquier hora, y *paparazzi* pegados a nosotros en cuanto supieron dónde nos escondíamos. Nos refugiamos en casa de mis

padres una semana, pero tampoco sirvió de mucho; al poco, varios fans llegaron con sus cosas para firmar y nos dio tanta pena que salimos en chanclas y sudadera a atenderlos. Volvimos rendidos y hartos a nuestra casa en las afueras de Dubái, después de que mis pobres padres aguantaran tres días a la prensa. Y yo, desde luego, necesitaba como mínimo cinco platos de *sabzi*.

Así que cuando un estruendo tan fuerte que hizo temblar mi plato comenzó a retumbar fuera del garaje, ni pestañeé. Probablemente eran coches deportivos. Los aficionados a la Fórmula 1 se volvían más escandalosos cada año. Me sentía mal, pero estaba hambrienta. No iba a salir a hacerme fotos en ese momento. En su lugar, me serví una buena ración de *sabzi*.

Sin embargo, el coche, o lo que fuera, seguía rugiendo. Entonces aceleró. Una, dos, tres veces, más insistente que un niño en plena rabieta.

Gruñí, agarré mi plato y subí las escaleras hasta nuestra habitación. Ya estaba bien. Iba a comer esa comida sin importar dónde tuviera que hacerlo.

Llevaba unas dos cucharadas cuando algo golpeó mi ventana.

Un taco particularmente desagradable escapó de mis labios mientras dejaba caer la cuchara y me levantaba de la cama sobresaltada. Otro golpe contra la ventana.

Oh. Así que era exactamente quien pensaba.

Me arrastré hasta la ventana, la abrí de un tirón y…

Aparcado en la carretera frente a nuestra entrada estaba el coche de Fórmula 1 de Revello.

Lucía impecable y brillante con los colores de la bandera italiana. Era imposible no verlo. No había forma de confundirlo con un modelo de exhibición. Era el coche real y, para que no quedara duda, el gigantesco 44 rojo estaba estampado en la parte frontal.

Mi coche.

Y ahora me daba cuenta de que había un hombre tumbado sobre el chasis.

—¡¿QUÉ DEMONIOS, MIG?! —grité asomándome por la ventana.

Le había dicho que a las siete. Pero ahí estaba Miguel de la Fuente, con un retraso considerable, armando jaleo delante de

nuestra casa.

Se limitó a encogerse de hombros. Y entonces, el idiota, levantó un cartel.

VALE

Le dio la vuelta.

ESCÚCHAME

Crucé los brazos y grité:

—¡NO!

Él simplemente agarró otro cartel.

BAJA

Me ajusté el cárdigan y descendí con determinación las escaleras recién subidas; salí a la puerta principal, aún en zapatillas, y corrí hacia el coche, donde estaba sentado el incordio mayor de mi existencia, con su bonito cabello alborotándose con el viento mientras lanzaba el casco al aire y lo atrapaba sonriendo.

Me planté delante de él con las manos en las caderas.

—A ver, explícate. El coche. Por cierto, te perdiste mi cena.

—Bueno, escucha, *cariño*. —Sonrió con picardía, con sus ojos castaños arrugándose en las comisuras. Pasó las piernas por el lateral del coche y se incorporó, quedando más cerca, mucho más cerca de mí. El corazón me retumbó en el pecho. Habían pasado casi dos años y todavía me hacía sentir así. Nunca podía enfadarme de verdad con él—. Me llevó un buen rato montar todo esto.

Suspiré con todo el dramatismo que pude, pasando los brazos por sus hombros.

—Bueno, ¿qué tal si ahora entras y te disculpas por tu retraso cenando antes de que se enfríe la comida?

—Puedo disculparme por mi retraso… —Miguel acercó sus labios a los míos— de maneras mucho mejores.

—Ajá —murmuré con una sonrisa, cerrando los ojos.

Entonces, Miguel cometió un segundo delito imperdonable: apartó la cabeza hacia un lado. Gemí.

—¡Dios mío, dime que este numerito terminará pronto, Mig!

—Sí. —Metió la mano en la cabina del coche haciendo gestos de esfuerzo exagerados—. Solo necesitaba… coger algo que me dejé aquí.

Puse los ojos en blanco.

—Miguel, date prisa, por favor, el *sabzi* está…

Me quedé boquiabierta cuando lo vi.

Arrodillado ante mí, sostenía una cajita de terciopelo azul que guardaba el anillo de oro de Dubái más magnífico, más radiante que los amaneceres emiratíes, decorado con diamantes dispuestos en forma de V, un anillo que evocaba las alas abiertas de un halcón.

Podía sentir mi corazón latir con fuerza contra el esternón. Quizá solo se trataba de una alucinación fantasiosa por mi parte, pero, por la forma en que brillaba aquel anillo, no podía negar que era real. Era real.

—Llevas casi diez años a mi lado. Has estado conmigo incluso cuando no lo estabas. Te amo más que a mi propia vida. No imagino qué sería de mí sin ti en el *paddock*. Diyana Heba Firouzeh Zahrani, eres la única persona que necesito en el garaje, siempre, incluso si eso significa que ponemos las ruedas al revés porque no están nuestros mecánicos. Conduciría con los neumáticos destrozados toda la temporada si eso significa que sigues conmigo —susurró Miguel—. Así que, Diyana, ¿quieres…?

—¡Sí! —solté antes de que pudiera terminar—. Sí, sí, un millón de veces, Miguel, sí. Claro que sí.

Se rio cuando le abracé y le besé, y me deslizó el anillo en el dedo cuando me aparté. Miguel, mi prometido.

Durante toda mi vida, mientras mi carrera me consumía y todos insistían en que no tenía otra opción más que dejar que me consumiera, intenté refugiarme en la conducción y fingir que no sentía nada. Pero ya no podía ocultarlo. Esa niña que temía no encajar en el mundo de las carreras, que creía que nunca sería suficiente, que daba poco y recibía demasiado… comprendí que ya no tenía por qué cargar con ella.

Porque, tras años diciéndome que había elegido un camino solitario, al fin había encontrado al hombre que se aseguraría de que nunca volviera a pilotar sola.

Nota de la autora

Comienzo con mi discurso habitual: no mantengo relación alguna con la Fórmula 1 ni con la FIA, no poseo derechos sobre equipos o pilotos reales, ni hago referencia a equipos reales en esta novela. Aunque los pilotos de *Parada en boxes* puedan estar inspirados en la parrilla actual, no pretenden parecerse ni representar a persona alguna más allá de los propios personajes. Todas las opiniones aquí expresadas son mías y, sí, me gustaría aprovechar este espacio para desgranar algunas de ellas para vosotros, lectores.

Esta es mi tercera temporada como aficionada a la Fórmula 1 y, francamente, desde la llegada de la F1 Academy, no puedo pensar en otra cosa que no sea qué sucederá después o, más concretamente, qué podría suceder después.

Supongo que eso convierte a *Parada en boxes* en el producto de múltiples «qué pasaría si…». ¿Qué pasaría si la F1 Academy funcionara? ¿Qué pasaría si hubiera una mujer en la F1 en el futuro?

El mundo dista mucho de ser perfecto y, como todos somos humanos, las cosas no serían ideales. Pero al escribir *Parada en boxes*, he investigado, leído y decidido que quizá no sean las mujeres del automovilismo quienes no están preparadas para la Fórmula 1. Es la Fórmula 1 y su cultura las que no están preparadas para las mujeres.

Diyana Heba Firouzeh Zahrani es, en esencia, una amalgama de todo lo bueno y lo paciente. Ha sido criada con humildad, con amor, para amar a su vez, y puede parecer que el deporte supone una carga demasiado grande para ella al principio, pero quiero que nos preguntemos si debería cambiar para adaptarse a un deporte donde los otros diecinueve competidores son hombres. Quiero que nos preguntemos qué le supone esa necesidad de cambiar, qué dice sobre las oportunidades en el mundo real. En palabras de Diyana: «¿Sabes por qué las mujeres no llegan a este deporte? Porque nadie quiere patrocinarnos. Pero yo lucho contra mí misma cada minuto de

cada día». En la vida real, Toni Cowan-Brown, experta en F1, declaró a la web *Jezebel* algo muy parecido: «¿Por qué no logramos retener a las mujeres en el automovilismo? Porque las tratan como basura en cuanto llegan aquí».

Además, Amna al-Qubaisi, piloto de carreras emiratí que ahora está en la F1 Academy (ella y su hermana son mis favoritas), quien resulta ser mi principal inspiración para el personaje de Diyana, también habló con *Jezebel* sobre el aspecto del patrocinio. Es lamentablemente difícil. Se dirigió a la industria como persona de color, donde ha luchado para no ser utilizada en minúsculas campañas publicitarias que no le reportan beneficio alguno en términos de patrocinadores para las carreras. Las marcas, dijo, decidirán que «no están interesadas en invertir». Como en el caso de Diyana, la lucha de Amna se vio agravada por la creencia estereotipada de que debe ser rica y necesitar poco o ningún dinero para abrirse camino en el automovilismo, solo por ser de los Emiratos Árabes Unidos. Barreras internalizadas como aquellas dificultan aún más obtener el apoyo necesario para prosperar en el mundo de la Fórmula.

Luego están las personalidades que tienen el control —los directores de equipo— y sus actitudes. El director del equipo Red Bull F1, Christian Horner, fue criticado la temporada pasada por sugerir que las aficionadas al deporte se sienten atraídas por los pilotos masculinos guapos, en referencia a la serie de Netflix *Formula One: Drive to Survive*. Uno se pregunta cómo personas con ese tipo de mentalidad y en posiciones de poder recibirían con los brazos abiertos a una mujer pilotando en la F1.

Después, naturalmente, está el componente psicológico. El síndrome del impostor del que habla Diyana. Ser manipulada repetidamente hasta creer que te falta algo, algo que los hombres tienen. ¿Es el alcance del pedal del freno? ¿La fuerza del cuello? ¿O simplemente habilidad? El entorno que se ha creado en estas series es un caldo de cultivo para tales pensamientos. Por lo que he visto, es una fachada que oculta la realidad. Incluso con series como la F1 Academy, dedicadas a abrir oportunidades en los niveles superiores

del deporte, la mentalidad lo es todo: las mujeres siguen estando abocadas al fracaso.

Las palabras más famosas las pronunció Sergio Pérez, piloto de Fórmula 1, aunque después afirmó que era una broma, cuando le preguntaron sobre tener a una mujer como compañera de equipo, y afirmó que estaría mejor en la cocina. «Imagina que te gana una mujer».

Imagina si Diyana Zahrani hubiera oído eso.

Referencias

Jaiswal, S. (2022, 3 de marzo). *«It's bringing in a lot of young girls because of all these great-looking young drivers». Twitter thrashes Christian Horner for his sexist comments*. *The SportsRush.* https://thesportsrush.com/f1-news-its-bringing-in-a-lot-of-young-girls-because-of-all-these-great-looking-young-drivers-twitter-thrashes-christian-horner-for-his-sexist-comments/

Leibert, E. (2022, 17 de noviembre). *Women are not barred from racing in F1. So why can't any crack the grid? Jezebel.* https://jezebel.com/f1-women-drivers-gender-motorsports-1849793355

Agradecimientos

Este libro ha sido mis 24 Horas de Le Mans, y sin la ayuda de tantas personas maravillosas no habría sido posible.

Gracias a mi madre, fanática de Mercedes, por su ayuda en la redacción de esta novela, como siempre. Y a mi padre, que me puso mi primer episodio de *Drive to Survive*. A mi hermano y mi hermana, os quiero más de lo que las palabras pueden expresar por cada segundo de cada minuto que he tenido la suerte de conoceros a ambos, y a todos mis queridos abuelos.

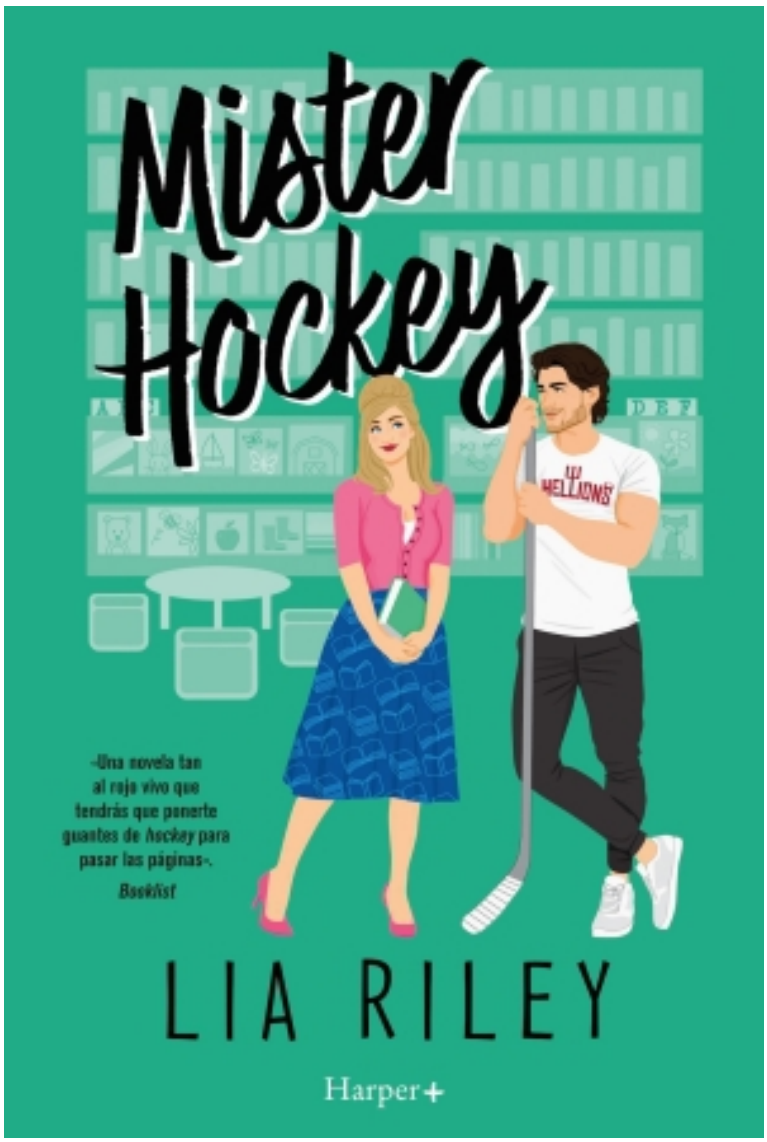
A mi grupo de la universidad, que logró que allí todo fuera acogedor como un abrazo: Ria, Ilaria e Isabelle, os quiero a todas, y siempre seréis las primeras en conocer las últimas noticias. A Chandana y Jahanvi, las vecinas más dulces del mundo. A Emma, la fan número uno de Miguel de la Fuente. A Addy, que se leyó cuarenta capítulos en menos de una semana. A Hiruni, fan de la Fórmula 1 desde los inicios de *Parada en boxes*. A la pandilla del karaoke: Ana, Sophia, María, mis rayos de sol. A mi equipo de apoyo, mis chicas en casa: Lina, Aditi, Pujal.

Al equipo de Avon UK por arriesgarse con este sueño, con estos personajes que tanto aprecio. A Amy, por todos los correos electrónicos que te he enviado, las llamadas de Teams, mis innumerables preguntas y el apoyo siempre que lo he necesitado. Gracias por tu fe en esta historia y en mí.

A mi comunidad literaria, os quiero infinitamente. A Bridget, una de las primeras autoras de F1 que conocí y que ahora es mi amiga más querida, te adoro a ti, a tu trabajo y a tu felicidad, a tu positividad inquebrantable. A Teigan, por tu hermoso arte y tu invaluable amistad. A Ams, por tu bondad y por el cuaderno que alberga todas mis ideas. A Apoorva, por todo tu apoyo en cada paso, por trabajar conmigo en las primeras etapas de este acuerdo. Gracias a Chloe, a Caylynn, a Grace y a Salma y, por supuesto, a mi Pit Wall. A las Chicas Desi: N. M., Ava, Bal y Ruby —que me envió su

receta de *paneer*, por el amor de Dios—, gracias por recibirme en este nuevo espacio con los brazos abiertos. Un agradecimiento especial a Soraya por ser la fuerza que puso *Parada en boxes*en manos de Amy.

A todos mis lectores originales y nuevos, a todos los que han comprado este libro. Habéis hecho lo mejor que se le puede hacer a un ser humano, y es creer en mí y en mis sueños. Un millón de gracias.



Mister Hockey

Riley, Lia

9788410641273

224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En este romance deportivo saltan chispas entre un jugador de hockey malhablado y una tímida bibliotecaria.

Jed West es Mister Hockey: el capitán del equipo ganador del campeonato de la NHL y el jugador más atractivo sobre la pista de hielo, al menos según Breezy Angel, que lleva años suspirando por él y teniéndolo como protagonista de sus fantasías más íntimas. Pero estas no se hacen realidad…, ¿o quiza sí?

Todo cambia cuando Jed entra en la biblioteca donde trabaja Breezy como invitado especial del club de lectura de verano.

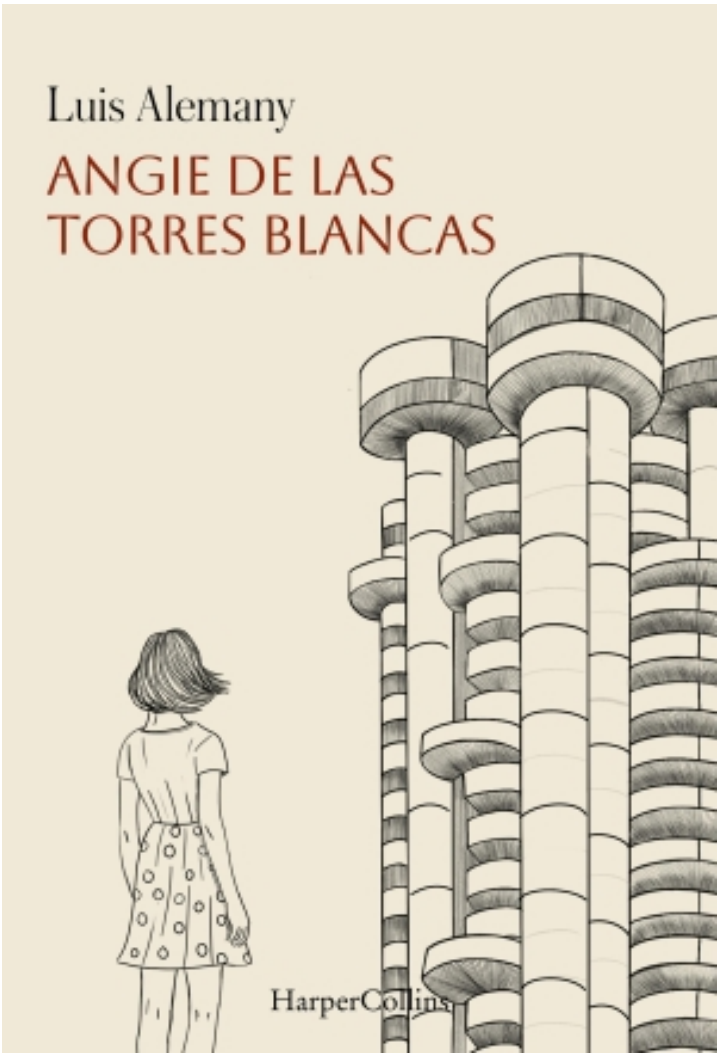
La atracción entre ambos es inmediata y lo bastante ardiente como para descongelar una pista de patinaje en tiempo récord.

Sin embargo, las cosas se complican cuando Breezy decide ocultar que es la mayor admiradora del jugador. Pero no es la única que tiene secretos, los de él podrían cambiar el curso de su carrera para siempre.

¿Encontrarán el valor para ser sinceros el uno con el otro o se acabará su historia de amor antes de que empiece?

«Una novela tan al rojo vivo que tendrás que ponerte guantes de hockey para pasar las páginas». *Booklist*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Angie de las Torres Blancas

Alemany, Luis

9788410645608

272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de memoria, deseo, duelo y revelación que captura, como pocas, la adolescencia cuando empieza a

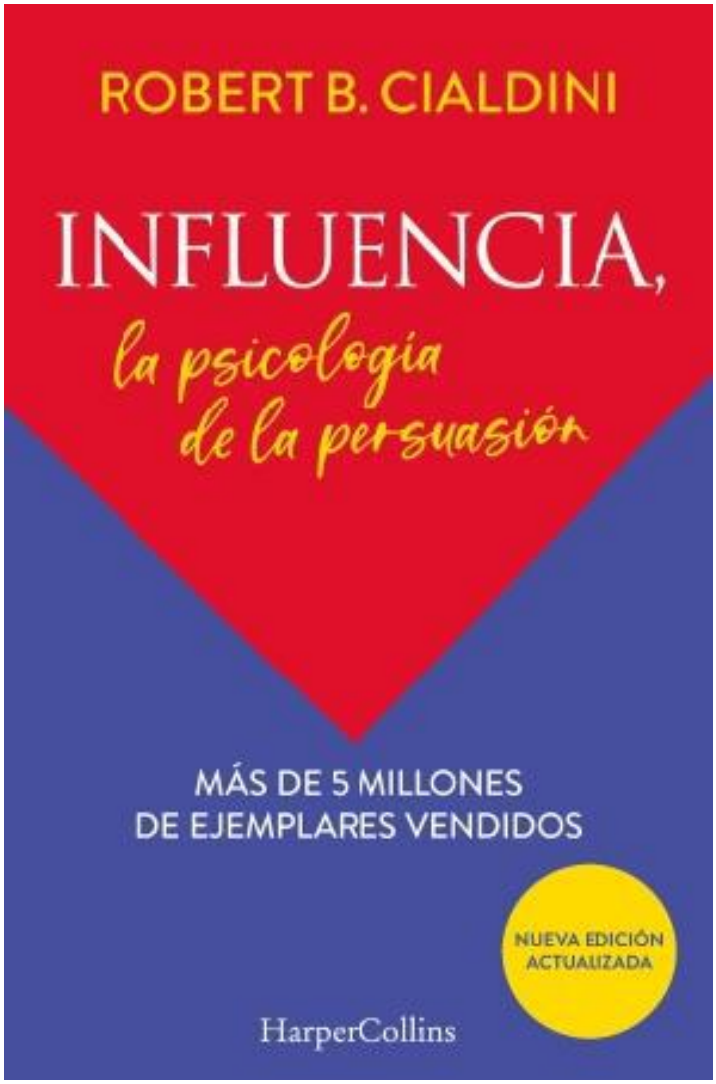
dejar de serlo.

En el Madrid de 1995, Angie Llovet se enfrenta al verano que marcará para siempre su paso a la vida adulta. A su alrededor se alza Torres Blancas, un laberinto arquitectónico y sentimental, tan icónico como inquietante, donde las vidas de sus vecinos se cruzan, se observan y se juzgan en silencio.

Desde ese laberinto de hormigón, memoria y deseo, Angie intenta entender quién es mientras la familia, la amistad y la idea misma de futuro se resquebrajan. Narrada por una voz coral tan irónica como conmovedora, la novela retrata el vértigo de madurar cuando todo —el cuerpo, el hogar, la ciudad— deja de ser un lugar seguro.

Angie de las Torres Blancas es una novela sobre crecer entre ruinas íntimas, sobre lo que heredamos sin saberlo y sobre la belleza frágil de seguir adelante cuando la vida deja de ser inocente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Influencia. La psicología de la persuasión

B. Cialdini, Robert
9788491397380
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El libro más importante sobre la ciencia de la persuasión que puede cambiar tu vida.

Tienes en tus manos la obra maestra de la persuasión. Un libro extraordinario que te ayudará a ser más eficaz en el trabajo y en la vida diaria, a maximizar tu carisma, a mejorar tus relaciones y estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

Bibliografía:
https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El prisionero de la planta 15

Perpiñá, Salvador

9788410641426

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una joven desaparecida, un hombre sin pasado.

Un edificio que también es un círculo del infierno.

Un Madrid misterioso de pandilleros, mentiras y almas perdidas.

Madrid, 1966. Víctor Cano, excombatiente de la División Azul, antiguo investigador privado y morfinómano, vive como un recluso en un apartamento del Edificio España. Con sus treinta ascensores, tres mil ventanas y cuatro mil puertas, el coloso de la arquitectura franquista es para él un ser con vida propia.

«Necesito que vengas a verme. Quiero que encuentres a mi hija. Virginia». Apenas doce palabras bastarán para que Víctor abandone la seguridad de su refugio en busca de Dolores Rivera, la joven leyenda de la alta sociedad madrileña que ha desaparecido sin dejar rastro.

Solo cuenta con la ayuda de Estela, una joven actriz de provincias sin suerte. Náufragos ambos en una ciudad inclemente, se lanzarán a un viaje alucinado por el submundo de las bandas callejeras de la época y los salones donde se respira el poder.

En el interior del laberinto, Víctor se enfrentará a un secreto perturbador que pondrá en cuestión todo lo que hasta entonces había creído saber sobre sí mismo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra
9788410021242
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS

CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN?

Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica.

En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud.

La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables.

UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA.

Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio.

«Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después.

Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria.

Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro.

¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)
